

Clara Albori

CUANDO
TODOS
ACABE

Copyright

EDICIONES KIWI, 2019

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, septiembre 2019

© 2019 Clara Álbori

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Corrección: Irene Muñoz Serruya

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Epílogo](#)

Agradecimientos

Esta historia es para ti, Lydia.
Porque sin tus sabios consejos,
tus audios interminables y
tus maravillosas ideas,
esta novela no sería lo que es.
Gracias.

El primer amor es una pequeña locura
y una gran curiosidad.

George Bernard Shaw

Prólogo

26 de noviembre

¿Qué diablos hacía aquella fea niña invadiendo su playa? Su lugar. Su refugio. El sitio donde no escuchaba a su madre gritar y llorar. El espacio donde se olvidaba por unos momentos de que él jamás tendría una familia de verdad.

Siempre se iba cuando oía dos fuertes golpes en la puerta de su casa indicando que el demonio, el mismísimo Lucifer convertido en hombre, regresaba para hacer con su madre lo que le diera la gana. Aunque debía mirar el punto positivo de todo eso, si es que se podía sacar algo positivo de su horrible situación: de momento, jamás le había levantado la mano, o eso era lo que quería pensar. Sin embargo, lo que le hacía tampoco era algo por lo que una persona debería pasar. Estaba cansado de presenciar día tras día como el demonio destruía a su madre. Ver como cada tarde, cuando se acercaba la hora, su liviano cuerpo comenzaba a temblar y forzaba sonrisas nada creíbles solo para que él no se preocupara.

Desde hacía dos años, esos episodios se repetían con más frecuencia. Cuando era más pequeño, valía con simplemente quedarse escondido en el armario y no hacer ruido mientras se tapaba la boca para evitar vomitar ante lo que escuchaba. Además, así tampoco dejaba que los sollozos que luchaban por salir delataran su presencia. El demonio sabía de su existencia, pero el miedo de su madre a que él también recibiera parte de los abusos era muy grande. Quería ayudarla y defenderla del monstruo que cada tarde invadía su hogar para divertirse un rato. Sin embargo, ella se lo impidió, a pesar de que le suplicaba para que se lo permitiera. Lo único que consiguió fue que su madre entre lágrimas le gritara que ni se le pasara por la cabeza intervenir, ya que él no debería salvarla ni pagar por los errores que cometió cuando era una estúpida jovencita que creía en los cuentos de hadas y en los príncipes azules.

Pero un día no obedeció y salió de su escondite para herir al monstruo. Quería matarlo y su mente a su corta edad había fantaseado con coger un

cuchillo y clavárselo en el estómago una y otra vez hasta que finalmente consiguiera que su cuerpo dejara de respirar. Veía que esa era la única forma de poner fin a la pesadilla que duraba desde que tenía recuerdos.

Sin embargo, el tiro le salió por la culata, pues, a pesar de intentar ser el héroe, casi acaba siendo el niño asesinado por manos del demonio.

A sus nueve años, había visto cosas que jamás debería haber presenciado. Eso le había hecho crecer y madurar antes de tiempo. También había aprendido muchas cosas, por ejemplo, a cocinar. Le gustaba mucho y conseguía que su madre sonriera entre lágrimas cuando él iba a su cuarto con un plato caliente. Sus alimentos eran muy limitados, ya que el sueldo de su progenitora apenas llegaba para cubrir las necesidades de cada día. Trabajaba limpiando las casas de la zona más rica de la ciudad y, a pesar de que pagaban bien, la mayoría de los meses no era suficiente.

Su padre, también conocido como el demonio, vivía en una de esas grandes y blancas casas. Su madre solo tenía veinte años cuando lo conoció y se enamoró de ese hombre que la sonreía y la trataba como a una princesa cuando, en realidad, era la criada de su castillo. A espaldas de su mujer, tuvieron una aventura y como resultado, se quedó embarazada. El príncipe azul se convirtió en el malvado del cuento y, a partir de ahí, ninguno de los dos había llegado jamás a ser felices. D. J. no recordaba la última vez que se sintió como un niño de verdad. A decir verdad, jamás se había sentido como tal. Su inocencia infantil había sido destruida y sabía que nunca la iba a recuperar. Tampoco le importaba, si era sincero consigo mismo. No negaba que le habría gustado nacer en una familia de verdad, pero quería a su madre por encima de todas las cosas y siempre estaría a su lado. Por muy tentadora que fuera la idea, no pensaba abandonarla a su suerte.

Desde el episodio, años atrás, en el que D. J. intentó salvar a su madre, esta le pedía que se marchara de casa para que no se volviera a repetir la locura que hizo cuando decidió dar la cara. ¡Claro que había sido una idea estúpida! Él solo tenía seis años en ese momento y era prácticamente un esqueleto, pero no se arrepentía, a pesar del fatal resultado que podría haberle costado la vida.

D. J. no sabía adónde ir cuando salía por la puerta de atrás de su casa para que él no lo viera, por lo que, desde hacía unos meses, la playa que

estaba cerca de su hogar se había convertido en una especie de refugio para él. Jamás había personas en ella, no sabía muy bien por qué, pero lo prefería. Sin embargo, ese día, parecía que una intrusa había decidido invadir su espacio personal. La playa era un lugar público, D. J. lo sabía, pero eso no quería decir que no le molestara ver a esa mocosa allí.

Comenzó a caminar por la arena mientras miraba a la niña. Estaba tumbada junto a unas altas hierbas verdes y parecía observarlas como si fueran lo más divertido del mundo. ¿Qué tenía de emocionante mirar cómo esas feas hierbas se movían por culpa del viento que las azotaba? Sin conocerla, D. J. ya pensó que era una de esas niñas raras a las que les gustaban las cosas más extrañas del mundo. Estaba convencido de que ni siquiera tendría amigos, claro que, él tampoco. Las personas no solían ser quienes decían, por lo que era mejor mantenerse alejado de todas.

Se fijó mejor en ella. No estaba descalza y llevaba un bonito vestido morado. Dos mechones de su pelo rubio los tenía recogidos a sendos lados de su cabeza con unas pinzas con la silueta de una mariquita y sostenía algo en la mano de color rojo. Era una cámara desechable. La niña no lo vio llegar; estaba muy concentrada mirando por ese agujero enano mientras su pequeño dedo índice acariciaba el círculo negro que captaría la imagen que tenía delante: esos horrorosos yerbajos.

—¿Qué haces, niña fea?

Ella se asustó y gritó al tiempo que se levantaba deprisa para empezar a correr, pero sus pies se enredaron y terminó por caer en la arena haciendo que la falda de su vestido se levantara y D. J. viera sus bragas azules con el dibujo de La Cenicienta.

—¡Bonitas bragas! —La señaló mientras se reía.

La verdad, no se lo parecían, eran muy infantiles y odiaba todo lo que tuviera que ver con Disney. Era un mundo de fantasía donde todos son felices y crean una visión paralela de la realidad perfecta e idílica que, obviamente, no tenía nada de real. Los finales felices no existían.

—Eres un niño tonto —le dijo enfadada, mientras apretaba los labios para evitar llorar y se sacudía de la falda la arena que se habían pegado en la tela.

D. J. no pudo evitar reírse ante ese nefasto insulto, aunque claro,

entendía que ella era más pequeña que él y, por su ropa, no vivía cerca de esa zona marginada. Tampoco en la parte rica, pero, aun así, no pegaba en aquel lugar.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó más serio.

Ella se quedó callada. Ese niño la intimidaba y por sus vaqueros rotos y la sudadera desgastada que llevaba, averiguó que vivía en la zona marginada, justo donde ella se encontraba y donde jamás debería haber puesto un pie, pero era el único lugar donde su familia no la buscaría cuando huyese de su casa. No iba a negar que esa parte de la ciudad le daba miedo. Según sus padres y sus maestras, estaba llena de niños malos que te pegaban y te robaban todo lo que llevaras encima. Asustada, intentó esconder su cámara tras la espalda y dio un paso hacia atrás para alejarse de él.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —formuló una nueva pregunta al ver que ella no abría la boca para contestarle.

Armándose de valor, finalmente, la pequeña respondió con la boca pequeña.

—Hacer fotos.

—¿A esas hierbas?

—Sí.

—¿Por qué? —quiso saber.

D. J. no sabía de dónde había salido ese interés por saber la razón que tenía la niña de capturar en una imagen algo tan simple, feo y estúpido como unas hierbas. ¿A él que más le daba?

Al ver que la niña parecía haberse quedado muda de nuevo, fue a reiterar la pregunta, aunque antes de poder decir palabra, ella sació su curiosidad.

—Porque aunque las hierbas sean simples, con el sol, la arena y el mar, se hacen bellas. Todo lo que parezca algo sencillo, feo y soso, tiene una belleza escondida que casi nadie sabe ver. Hasta las alcantarillas.

—¿Las alcantarillas? —Frunció el ceño.

¿De dónde narices había salido esa cría? Ya sabía él que iba a ser más rara que un perro verde. Tenía toda la pinta y su instinto no le había fallado.

—Sí, les hice una foto cuando llovía. Me tumbé al lado de una que estaba cerca de una farola cuando el agua caía por ella y le hice una foto.

Omitió en su pequeña historia lo que sucedió después. Se había empapado por completo la ropa por estar tumbada en un charco y la tremenda regañina que recibió de su madre cuando la vio con esas pintas. Ni siquiera se molestó en lavar la ropa. Directamente la tiró a la basura tras darle a su hija una buena ducha, durante la cual no dejó de gritarle lo tontita que era y lo poquito que usaba la cabeza.

—Eres una niña muy rara.

Ella se encogió de hombros. Con todo lo que le decían en casa, la palabra «rara» era hasta un halago. Nadie la entendía, nadie ponía interés en querer comprender qué le sucedía, y todo eso la estaba destruyendo a la corta edad de seis años.

Por ello, había buscado un pasatiempo, una afición, y encontró la perfecta. A pesar de que se consideraba una niña muy simple e incapaz de muchas cosas, sabía que con el conjunto de otras aptitudes, se convertía en alguien especial y con talento; y no en una inútil que no comprendía que las sumas en vertical hay que empezarlas de derecha a izquierda.

Miró de nuevo al niño. Ya no le daba tanto miedo como al principio. Si hubiera querido pegarla y robarla, ya lo habría hecho, ¿verdad? Ni siquiera se había movido de su sitio. Nerviosa, sacó la cámara de su espalda y la observó antes de alargar el brazo hacia él.

—¿Quieres mirar? —D. J. vio que le tendía esa cámara que parecía de juguete.

Sin saber por qué, finalmente la cogió y ella lo guio para que se colocara como anteriormente estaba. La niña se tumbó a su lado y le explicó que tenía que mirar por el agujero y debía cerrar el ojo contrario.

—Ya lo sé, niña fea. No soy idiota.

—Sí, lo eres —le espetó molesta recordando que se había burlado de ella por su pequeño accidente en el que su ropa interior había decidido aparecer en escena.

D. J. miró y se sorprendió. Las hierbas le rozaban el rostro y aquella cercanía era la clave de la imagen que observaba. La alta planta se mecía con suavidad gracias al viento y, al fondo, la arena conducía la imagen hasta el azul mar, donde sobre ella, las olas rompían con una espesa espuma blanca. El sol hacía brillar las aguas y el pequeño muelle de madera construido sobre

el mar aparecía ligeramente en su marco de visión, ya que solo se vislumbraba uno de los postes y el final del paseo. El niño pulsó el botón y se escuchó el *clic* de la foto antes de devolvérsela.

—Es muy bonito —le reconoció.

—Gracias. —Se levantó al ver que el sol comenzaba a ponerse—. Tengo que irme ya. ¡Adiós!

Se quedó sorprendido cuando ella se levantó y comenzó a alejarse de él. No le gustó la sensación de soledad que sintió mientras la veía alejarse por la arena para llegar al paseo. Nunca había vivido algo tan simple como tener una charla casual con una desconocida o hacer una fotografía. Ahora que lo pensaba... él jamás había hecho una. En solo unos minutos, ya había vivido cosas más gratificantes y normales que en sus nueve años de vida.

La niña aún corría con alguna dificultad por la arena y estaba convencido de que esta estaba entrando en sus zapatos de color amarillo, pero parecía no importarle, aunque no le cabía duda de que cuando volviera a pisar un terreno más estable lo primero que haría sería deshacerse de toda la arena de sus pies.

—¡Espera! —le gritó y corrió para reunirse con ella—. ¿Cómo te llamas?

—Nayra. ¿Y tú?

—D. J.

—¿D. J.? —Lo miró extrañada—. Eso no es un nombre.

—Son las iniciales de mis dos nombres.

—Pero, ¿cuál es tu nombre?

—Nadie me llama por mi nombre, así que mejor llámame D. J.

—Vale. Pues adiós, D. J.

Nayra volvió a correr y desapareció de la playa en dirección de nuevo a su infierno particular. Le gustaría quedarse en ese desértico lugar para siempre.

Lo descubrió hacía pocos días, de casualidad. Empezó a correr por la pequeña ciudad de Hocklast y acabó en la zona prohibida. O así la llamaba su padre, y le asustaba diciéndole que allí vivían personas malas y niños malvados que solo sabían meterse en problemas y matarse unos a otros, entre otras cosas.

Las casas de esa zona eran muy humildes y más de la mitad estaban sin habitar, por lo que era de extrañar que en esa pequeña playa hubiera personas paseando o bañándose. Nayra solo había estado en la playa del este de Hocklast junto con sus padres y su hermana mayor. Ni siquiera sabía que existía otra en la zona norte y muchísimo más bonita, aunque completamente abandonada. En ella, había unas tablas de madera en vertical sobre la arena, lo que parecía indicar que antes allí se encontraba un paseo para acceder hasta el mar. Algunas de las tablas estaban caídas, otras rotas y el resto se encontraban inclinadas. Solo tres de ellas parecían estar en buen estado.

Los días que corría hasta la playa se encontraba con habitantes de esa zona y no le parecían malos, pero tampoco se molestaba en pararse a hablar con ellos. Escondía bajo la ropa su preciada cámara para evitar que nadie se la robara y se reunía con la naturaleza en la playa.

Cuando Nayra llegó a su hogar, comenzó a temblar y a mirar la puerta de su casa como si fuera un monstruo rectangular de ojos malvados y dientes afilados. Se sentó en los escalones para intentar que su miedo se disipara y probó a distraerse mirando el número que la cámara tenía en la esquina superior izquierda. Se le había terminado el carrete. Era el momento de volver a sacar dinero de su hucha para ir a la tienda de la señora Owen, una de las pocas personas que era amable con ella.

Un mes atrás, les dijo a sus padres que quería que le compraran una cámara para hacer fotografías. La respuesta de su padre fue agarrarla del brazo con fuerza y sentarla en la silla para que hiciera los deberes del día. Su madre se mantenía impassible. Así que, con la propina que su abuela le dio en su cumpleaños, pudo comprarse, junto con lo que tenía ahorrado, tres cámaras desechables. Esa que tenía en la mano era la última que le quedaba y no tenía el dinero suficiente ni para revelar las fotos. Eso la entristeció, ya que, para comprarse una nueva cámara, tendrían que pasar once semanas de paga.

Volvió a esconderse bajo la ropa la cámara, expulsó un largo suspiro entrecortado y entró en casa. Corrió a su cuarto para ocultarla antes de que su padre entrara y le agarrara del brazo para zarandearla.

Como suponía, este no tardó en llegar y tras cerrar la puerta con un fuerte portazo, comenzó a gritarla y a ejercer fuerza física sobre ella para que

acatará sus órdenes.

—Estoy muy cansado de que en cuanto me despisto, te vayas. ¡¿Dónde te metes, Nayra?! Porque siempre salgo a buscarte y no te encuentro. —Las lágrimas comenzaron a caer por sus ojos—. Siéntate y termina de una maldita vez los deberes. Todos los puñeteros días igual —siguió gritándole, al tiempo que la hacía sentarse de mala manera en esa silla blanca frente a varios papeles que, por más que lo intentaba, no conseguía entender.

Aunque su padre pareciera cruel en ese plano, no era tan malo como parecía, pues le daba besos, abrazos, le decía que la quería y que solo deseaba lo mejor para ella, al igual que para su hermana mayor, Theresa. Sin embargo, no se esforzaba por intentar comprenderla. Siempre terminaba enfadándose por hacer mal los deberes y suspender los exámenes. Nayra se esforzaba muchísimo, de verdad que lo hacía, pero su mente no retenía todo lo que debía aprender y su padre no tenía paciencia para explicarle. Cuando llegaba el momento de hacer los deberes, huía para no tener que soportar los gritos, los insultos y los golpes de su padre. Era en esos momentos cuando dejaba de ser el padre cariñoso para convertirse en el ser más despiadado de la faz de la tierra. Sabía que le enfadaba mucho que suspendiera pero ¿por qué tenía que ser tan cruel con ella? Intentaba con todas sus fuerzas agraderle y se esforzaba muchísimo en el colegio. ¿Por qué eso era incapaz de verlo?

—¡¿Me estás vacilando, Nayra?! —le gritó tras corregirle las sumas—. Pero ¿qué haces? ¿Me tomas por idiota? —Golpeó la mesa haciendo que ella diera un pequeño brinco sobre la silla. Ni siquiera podía intentar controlar como su pequeño cuerpo temblaba ante los gritos y golpes de su progenitor—. ¡No entiendo cómo puedes ser tan inútil con esto! ¡¡Es lo más puñeteramente sencillo del mundo!! ¿A qué pretendes llegar si no sabes sumar? ¿Sin estudiar? ¡Estoy hasta las narices de que no te esfuerces, de que seas una maldita vaga y prefieras ser una inútil! Joder, ¡todos los días igual! —Suspiró furioso.

«Sí me esfuerzo», pensó bajando la cabeza.

—¡¡Y deja de llorar, porque esas lágrimas no te van a hacer aprender!! ¿Qué quieres? ¿Ser una idiota toda tu vida? No, ¿verdad? —Le dio una patada a la mesa y tiró el portapapiceros al suelo.

A Nayra le temblaba la mandíbula y por más que intentara retener las

lágrimas estas parecían tener vida propia. Se las secaba con la mano lo más rápido posible, pero era inútil e imposible disimularlas.

Su padre odiaba que llorara, pues él pensaba que lo hacía para darle pena y que la dejara en paz. Sin embargo, estaba lejos de ser la razón correcta. Sus lágrimas no eran de pena, eran de miedo.

—Pues más vale que empieces a esforzarte, porque estoy hasta las narices de tener que explicarte cómo se hacen las operaciones. A este paso, no vas a llegar a nada en la vida. ¡Tenlo claro!

Y dicho eso, se fue de la habitación dando un nuevo portazo y dejándola llorando y sintiendo que su padre tenía razón. Todos los niños de su clase sabían hacerlo ya, pero su cabeza no terminaba de entenderlo, y el trato que ejercía su padre sobre ella solo hacía que se sintiera peor consigo misma. Era consciente de que le costaba aprender más que a otros niños, pero nadie quería verla y ayudarla. Antes, cuando fuera mayor, quería ser maestra, pero, en la actualidad se conformaba con entender las cosas para conseguir que su padre dejara de gritarla.

En otra parte de la casa, George intentaba relajarse mientras con una mano se tapaba el rostro. Su hija no avanzaba y si seguía así, quizá podía correr el riesgo de sufrir un leve retraso mental. No quería eso para ella. Quería que, cuando él no estuviera, pudiera valerse por sí misma, pero si no conseguía ni siquiera graduarse en el colegio, no serviría para nada.

Odiaba comportarse así con ella, pero quizá fuera lo mejor para hacer que espabilara y se esforzara más. Era por su propio bien y estaba convencido de que, algún día, ese pequeño problema de comprensión desaparecería y ya no tendría que usar ese método con ella. Algún día, le daría las gracias por ser duro y haber hecho posible que consiguiera ser alguien en la vida.



9 de diciembre.

—¿Otra vez? —le preguntó D. J.

Nayra asintió aún con restos de lágrimas acariciando la piel de su rostro. Desde que se conocieron ese día, D. J. y ella se habían hecho amigos. Eran

los únicos que acudían a aquella playa y escuchaban el sonido del mar mientras hablaban y jugaban con la arena entre sus dedos.

D. J. sabía que a Nayra le costaba mucho estudiar; ella misma se lo había dicho. Se esforzaba, ponía interés y se concentraba al máximo, pero su mente no era capaz de retener toda esa información. Y si lo hacía, era después de mucho tiempo trabajando el aprendizaje que le tocaba.

Por su parte, él no le había contado de qué huía y eso que ella le había preguntado varias veces, e incluso por la pequeña cicatriz que tenía en la mejilla, pero él callaba. Era muy pequeña para entenderlo. Incluso los niños de su edad tampoco debían de comprenderlo y si él lo hacía, era por todo lo que había visto en su corta vida.

—Si quieres yo puedo ayudarte. Lo que dais ahora está chupado y te prometo no gritarte ni golpear las cosas.

—¿De verdad?

A Nayra se le abrieron los ojos y él pudo ver a través de ellos un hilo de esperanza y felicidad. Sabía lo importante que era para ella que alguien la entendiera y tuviera la paciencia necesaria para conseguir que aprendiera los conceptos más básicos. No sabía si con él conseguiría algún avance, no era profesor y solo tenía nueve años, pero por intentarlo no perdían nada y no se le pasaba por la cabeza gritarla o intimidarla para ver si de esa forma aprendía. Él mejor que nadie sabía cómo te podían destruir los gritos y los golpes.

—Claro. Podemos intentarlo. No pierdes nada. Empezamos mañana, ¿vale?

—Está bien, pero... —Se mordió los labios—. Mis padres dicen que el colegio de esta zona es malo. Que los niños pegan a otros, al igual que los profesores, y que no saben ni leer ni escribir.

Le dio un poco de vergüenza decirle eso y, al ver cómo el niño alzaba las cejas, pensó que la había fastidiado por no saber cerrar esa boca que tenía. ¡Ahora la odiaría y se quedaría sin el único amigo que tenía!

—Eso es mentira. —Rio dejándola sorprendida y aliviada al ver que no estaba enfadado—. No es tan bonito como al que vas tú, pero todos los niños que vamos allí, nos cuidamos unos a otros y nuestros profesores son muy guais. Nos enseñan jugando. También escribimos y leemos, que es lo más

rollo, aunque cada día hacemos cosas chulas. Para Navidad, vamos a hacer una obra de teatro para los más pequeños y también haremos adornos caseros para decorar el colegio.

—¡Qué chulo! —Sonrió—. En mi colegio solo hacemos fichas, dictados, apuntamos cosas... ¡todo muy aburrido! Y mi profesora es mala. Siempre me tira del pelo cuando me confundo, que es todos los días. Dice que soy una inútil y que no me esfuerzo.

Escuchar eso enfureció a D. J. ¿Qué clase de profesora era capaz de decir eso a una niña que solo necesitaba un poco más de apoyo para aprender? No le extrañaba que Nayra tuviera una autoestima tan baja y una imagen de sí misma que no era la que correspondía.

—Sabes que lo que dice no es verdad, ¿no? —Ella asintió sin creérselo mucho y sin mirarlo para que no detectara que le estaba mintiendo. Recordar cómo su profesora le gritaba le hacía ponerse triste y sentirse tal y como ella la describía con una palabra—. Solo necesitas un poco más de ayuda, pero ya está. Te ayudaré, ¿vale?

—Está bien. Quedamos aquí todos los días a las cinco.

—¿Podrás venir? —le preguntó D. J.—. Es decir, ¿tus padres no te buscan sabiendo que te escapas?

—Mi madre siempre está ocupada trabajando y mi padre sí me busca, pero me voy cuando no me ve y jamás pensará que vengo aquí, porque sabe que este barrio me da miedo.

—¿De verdad?

—Sí, bueno, aunque eso era antes. Ahora que lo he visto, me gusta mucho.

Nayra suspiró al ver que el sol comenzaba a ponerse y era hora de regresar a su casa. Se puso en pie y se sacudió de su ropa un poco de arena antes de despedirse. Llegaba el momento del día de enfrentarse a su padre y a sus nuevos gritos.

D. J. la vio marcharse, pero se quedó un poco más en aquella playa. Quería que pasara más tiempo antes de regresar y así, asegurarse de que su padre no estaba en casa junto con su madre. Pasó la siguiente hora recuperando las tablas caídas del antiguo paseo para crear un columpio para Nayra. Iba a necesitar muchos más materiales, pero, de momento, iría

guardando en un pequeño lugar que ambos habían encontrado días atrás todo lo que reuniera. Ese sitio se encontraba algo oculto entre las hierbas y estaba cerca del inicio del bosque, donde la arena y algunas ramas y hojas de los pinos se mezclaban. Era un sitio tranquilo, bonito y resguardado del resto de la solitaria playa donde estudiarían mejor. O eso esperaba.

Volvió a su amargo hogar cuando las luces del paseo se encendieron.

Antes de entrar en su humilde morada, asomó la cabeza y escuchó atento por si oía algo. Los intensos sollozos de su madre le hacían saber que él ya se había ido. Caminó por las pequeñas estancias de la casa y fue encendiendo las luces. Había colillas apagadas en el suelo y algunos objetos tirados, lo que indicaba que el desgraciado de su padre la había vuelto a tratar con brusquedad y rozando la violencia. D. J. lo recogió todo; no quería que su madre lo viera y que recordara lo que le sucedía día sí, día también.

Se dirigió a la cocina y cogió una sartén para preparar unos filetes a la plancha con verduras salteadas. Era un plato sencillo y ese día estaba un poco cansado. Además, todavía tenía que hacer los deberes y estudiar para el examen de Historia que tenía al día siguiente.

Colocó la comida en dos platos y llevó uno al cuarto de su madre junto con un vaso de agua y una pastilla para templar sus nervios.

—¿Mamá? —susurró asomándose a la oscura habitación.

—Sí, estoy aquí. —Calló unos segundos. Probablemente querría aclarar su voz para que no se le notara que estaba llorando. Siempre intentaba disimular delante de él, pero era algo inútil cuando sabía perfectamente lo que le sucedía y cómo le afectaba. Odiaba verla llorar, pero prefería que expresara sus sentimientos mediante las lágrimas a que se lo guardara dentro —. Pasa, cariño.

Él lo hizo sin encender la luz. Su madre no quería que lo hiciera para no verla, pero adivinó su silueta. Estaba ya vestida y el pelo lo tenía bastante enredado. Se acercó a ella y se sentó en el borde de la cama para tenderle la pastilla y el vaso. D. J. se percató de cómo su cuerpo temblaba, pues derramó parte del agua y le costó dejarlo sobre la mesilla.

—Te he traído algo de cenar. Es algo ligero y te sentará bien. Cada día estás más delgada.

—Estoy bien, mi niño. De verdad. —Le tocó el óvalo de la cara—.

Gracias. —Le cogió la mano y le dio un ligero apretón—. Sé que soy una madre nefasta. Tendría que ser yo la que te cuidara, la que tendría que ser fuerte por los dos, pero no; lo estás haciendo tú todo.

—Me gusta cuidarte, mamá. Y me gusta mucho que, cuando comes mi comida, te suelo sacar una sonrisa.

D. J. necesitaba que su madre pensara en otra cosa y le sonriera. Necesitaba ver una sonrisa sincera de su boca. Eso le hacía sentir un poco mejor y tener esperanza de que no todo en sus vidas estaba perdido.

—Eres un gran cocinero, cariño. —Se acercó a él para darle un beso en su cabello—. Te prometo que esto no será siempre así, que un día las cosas cambiarán y no te tendrás que preocupar más por mí ni... ni por tu padre.

—Sé que no podemos irnos de aquí, pero pienso estudiar mucho para tener un buen empleo y poder marcharnos muy lejos. Los dos solos, y seremos una familia de verdad, mamá. Te lo prometo.

Ella no contestó. Se limitó a acariciar su rostro antes de abrazarlo mientras las lágrimas caían sobre él. Clare no tenía esa esperanza. Su vida era, y siempre sería, un auténtico infierno mientras el desgraciado de su ex amante siguiera tan presente. Estaba segura de que, por más que huyeran, él los encontraría y le haría pagar caro su huida. Lo último que quería era que ese ser volviera a ponerle una mano encima al que era en verdad el hombre de su vida: su hijo.

Si soportaba sus constantes humillaciones y que la tratara como a un objeto, era por su pequeño; la había amenazado con matar a su hijo si se le ocurría irse o no someterse a sus deseos. Hacía aquello por amor a su pequeño. No podía permitir que le pasara nada, por eso le pedía que, después de comer, se fuera. No quería que estuviera bajo ese techo mientras él la utilizaba. Aunque no era idiota y sabía que los había visto más de una vez, pues un día, salió de su escondite para defenderla con un cuchillo en la mano. Al verlo, su padre se acercó a él y, tras dislocarle la muñeca para quitarle el cuchillo de la mano, le dio un puñetazo en el pómulo abriéndole una brecha con el anillo que tenía en el dedo. El anillo de casado. Además, no tuvo suficiente, ya que lo levantó del suelo para empujarlo y hacer que se golpeará con el umbral de la puerta. Le hizo una brecha en la sien y lo dejó inconsciente. Clare creía que lo había matado, pero tuvo suerte. D. J. solo

tenía seis años en ese momento. Su hijo no había tenido infancia y jamás había sido feliz por su culpa. Por estar ciega y por ver en su liquidador un príncipe azul. La imagen de su hijo pálido, sangrando e inconsciente fue lo más aterrador que había vivido en su vida.

—Ve a cenar y después, descansa, cariño.

D. J. asintió.

—Te quiero, mamá.

—Y yo a ti. Jamás lo olvides.



22 de febrero

Nayra se encontraba algo alejada del lugar donde solía reunirse con D. J., quien se estaba retrasando. Ese día, por casualidad, había descubierto, en un lugar dentro del bosque que había al lado de la playa, una especie de nido de mariposas azules. Eran preciosas y parecían sacadas de un lugar mágico. Le apenó no tener ninguna cámara; le habría gustado inmortalizarlas y quedárselas de recuerdo, aunque volvería a ese lugar para ver si no se iban de allí.

Desde hacía dos meses, D. J. la ayudaba con sus deberes y exámenes y, de momento, sus clases iban genial. Ella le decía la lección o hacía los deberes en voz alta para facilitarle el razonamiento mientras él seguía intentando construir una especie de columpio. En los primeros intentos, el niño no conseguía nada, pero, tras varios días, ya empezaba a tomar forma. Con el columpio como ejemplo, le explicó que nadie es perfecto y que a veces se necesita más paciencia, varios intentos y, de vez en cuando, otra perspectiva para poder alcanzar la meta. Con esa pequeña lección, Nayra se sintió más segura de sí misma y vio que tenía razón, ya que, a pesar de que hasta hace pocos días no sabía sumar con números de dos cifras, ahora había conseguido entenderlas y hacerlas bien a la primera. Se sentía orgullosa de sí misma y su padre ahora le sonreía más y la felicitaba cuando le corregía los deberes y veía que estaban perfectos, aunque aún le enfadaba que huyera, por lo que, sus gritos, todavía eran habituales. Solo esperaba que nunca la pillara.

—¡Aquí estás! Me ha costado encontrarte —escuchó una voz a su espalda.

Ella se dio la vuelta y vio a D. J. llegar con algo enorme entre las manos y envuelto con papeles de periódicos.

—Pero siempre lo haces. Siempre me encuentras.

—Sí. Y siempre lo haré.

Ella sonrió mostrando su mellada boca. En esos meses, se habían convertido en mejores amigos y, cuando estaban juntos, ambos se olvidaban de lo peor de sus vidas y se dedicaban a ser simplemente niños. Por primera vez en su vida, D. J. estaba teniendo algo parecido a una infancia.

—Ven, mira —lo apremió.

Él se acercó y se colocó a su altura para ver lo que le señalaba: mariposas. Pero no unas mariposas cualesquiera. Eran increíblemente bonitas, grandes y sus alas desprendían un vivo color azul. Él las conocía. Se llamaban mariposas monarcas y había que tener cuidado con ellas, ya que eran venenosas.

—Nunca las había visto en persona, pero sí en los libros de mi escuela —comentó.

—Yo tampoco. ¿A qué son muy bonitas? Me gustaría ser una de ellas.

—¿Quieres ser una mariposa? Sabes que su vida es muy corta, ¿verdad?

—Sí, pero en esa corta vida, son felices. Vuelan libres, son hermosas y nadie les hace daño; nadie les aprieta el brazo ni les grita ni nadie se enfada con ellas por hacer lo que les gusta: volar.

D. J. la entendía. A Nayra le aterraba estar en su casa. Solo su hermana la defendía de la actitud de su padre, sin embargo, no siempre lo hacía, pues, a pesar de tener cinco años más que Nayra, a Theresa también le aterraba su progenitor cuando se ponía furioso.

—Bueno y ¿qué tal el examen de hoy? —le preguntó.

—Creo que bien. He tardado más en acabarlo que los otros niños, pero sé que muchas respuestas las tengo bien. —Sonrió de oreja a oreja—. Y como empiezo a entender más cosas, al hacer los deberes, los hago mucho mejor y mi padre cada vez se enfada menos conmigo.

Él sonrió orgulloso. Estaba haciendo un buen trabajo con ella y se alegraba de que su situación mejorara. Si seguían así, con sus secretas clases

particulares en la playa, Nayra conseguiría todo lo que se propusiera. Estaba seguro de ello. Era una niña inteligente, aunque no lo creyera, pues la inteligencia no se medía por los números que una persona ponía en rojo sobre un papel, también era creativa, trabajadora, mostraba interés y se entusiasmaba muchísimo cuando comprendía un nuevo concepto. Lograría todo lo que se propusiera.

—Te he traído una cosa. —Le tendió lo que llevaba—. No sé si lo has visto, pero en la plaza del centro han colocado varios puestos dedicados a la fotografía.

—Sí, fuimos de excursión con el colegio. —Sonrió— Había fotos muy bonitas, pero eran muy caras y sé que mis padres no me comprarán ninguna.

—Entonces creo que esto te gustará. ¡Ábrelo!

Ella empezó a rasgar el papel de periódico hasta que vio lo que era: una de las fotos que vendían. Nayra abrió la boca emocionada y sonrió ampliamente antes de llevarse las manos a sus labios completamente alucinada por aquel regalo.

Esa foto la había visto cuando fue de excursión. Era una foto en bastidor, en blanco y negro y en ella salía una pareja besándose en mitad de la calle mientras más transeúntes caminaban. Se notaba que aquella imagen fue tomada hace años, pues las ropas que llevaban no eran como las que las personas vestían en la actualidad.

Nayra le dio la vuelta y leyó lo que ponía.

—*El Beso del Hotel de Ville*. Robert Doisneau.

—¿Te gusta?

—Sí, pero ¿cómo lo has conseguido? Cuesta mucho dinero.

—Bueno... —Se rascó la nuca—. Lo he cogido cuando el dependiente no miraba.

Nayra abrió los ojos como platos.

—¿Lo has robado?! —exclamó, sorprendida.

D. J. se encogió de hombros. Esa copia costaba treinta y siete dólares con novena y nueve centavos y no tenía ni siquiera esos centavos, pero al verlo, quería regalárselo. Sabía lo que le gustaba la fotografía y, aunque hubiera preferido regalarle uno sobre la naturaleza, ya que ese tema era el que le apasionaba, el puesto donde estaba aquella foto apenas lo vigilaban.

—Sí, pero no pasa nada. Tenían más.

—D. J., robar está mal. —Se quedó mirando el cuadro y finalmente, sonrió—. Gracias. —Le dio un beso en la mejilla—. Me gusta mucho.

Él también sonrió, aunque sabía que había hecho mal, pero valía la pena, pues había conseguido que a Nayra se le reflejara en el rostro la felicidad pura.

—Y ahora... —Sacó los libros—. Sigamos estudiando.



31 de marzo

—¡He aprobado, he aprobado! —gritó Nayra mientras corría por la arena para reunirse con D. J. en su pequeño lugar oculto.

Él estaba sentado en el columpio con una rodilla doblada contra su pecho mientras se ayudaba con el otro pie para balancearse suavemente sin dejar de mirar la infinidad del mar. Solo giró el rostro cuando oyó los gritos entusiasmados de Nayra, quien corría con un sobre amarillento en la mano.

—¡He aprobado el examen de Lengua! —volvió a gritar cuando se colocó a su lado en el columpio. Era lo suficiente grande para los dos.

Él sonrió levemente.

—¡Felicidades, pequeñaja!

A Nayra se le borró la sonrisa. Esa felicitación le pareció muy triste y su tono de voz no mostraba entusiasmo. Sus ojos claros estaban apagados y por más que intentara curvar los labios, no terminaba de conseguirlo.

—¿Qué te pasa? —quiso saber.

—Nada —contestó.

Frunció el ceño. No era la primera vez que lo veía así y, cuando le preguntaba, él siempre le respondía con ese odioso «nada». Ella le había contado todo sobre su familia y lo que le pasaba en el colegio. ¿Por qué D. J. no confiaba en ella? Ni siquiera le había contado aún por qué huía de su casa y cómo se hizo la cicatriz de la mejilla.

—Siempre me dices lo mismo. —Se cruzó de brazos y desvió la mirada.

—No lo entenderías, Nayra.

—Pues, ¡explícamelo! —exigió, saltando del columpio para colocarse frente a él y mirarlo con ojos suplicantes.

D. J. observó su mirada de color miel llena de dolor y suspiró antes de volver a fijarse en el amplio mar. Aquel tema no era fácil de tratar con una niña de seis años, pero le contaría lo necesario, sin detalles. Volvió a mirarla y se fijó en su dedo índice en el que, en ese momento, enredaba sobre él un mechón de su rubio cabello, como si lo rizara. En esos meses, casi siempre la veía hacer aquello.

—Yo no tengo familia, Nayra.

Ella abrió los ojos como platos. No se lo creía. ¿Cómo no iba a tener familia? Todo el mundo tenía una o, al menos, eso ponía en los cuentos que le leía su madre todas las noches antes de dormir. Era el único momento del día en el que estaban juntas pues, durante el resto, su progenitora estaba demasiado ocupada para atender a sus hijas.

—¿No tienes papá ni mamá?

—Sí, pero, no somos una familia normal. Mi padre es malo y no vive en mi casa, solo viene de vez en cuando para hacer cosas malas. Y mi madre, me quiere, pero soy yo el que la cuida, el que le hace la comida, el que limpia la casa... ¿lo entiendes? —Ella asintió—. Mi madre siempre está triste por culpa de mi padre y muchas veces me ha dicho que ya queda poco para que todo acabe y seamos felices, que no olvide que me quiere y que no volveremos a estar tristes por culpa de mi padre. Cada día me lo repite más, como si me diera una pista de que, dentro de poco, nos iremos.

—Eso quiere decir que... ¿te vas a ir a otro sitio a vivir lejos? —le preguntó, apenada y conteniendo las lágrimas.

No quería que se fuera. No quería volver a estar sola. ¡Lo necesitaba! Y si se iba, sabía que su vida volvería a ser la de antes... y no quería eso.

—Puede. No lo sé. No sé qué pasa por la cabeza de mi madre y no quiere decirme nada. —D. J. vio como asentía, triste ante la posibilidad de que él se fuera. Eso lo enterneció—. Quizá pueda venir de vez en cuando a verte.

—Sí... —Suspiró y se pasó los puños por los ojos para secarse las lágrimas. Por suerte, consiguió reponerse un poco para continuar hablando—. Así que tú papá es como el mío: malo. Aunque mi mamá no está triste, ella lo

quiere mucho porque los veo darse besos. ¿Los tuyos se dan besos?

—No. —contestó rotundamente. Lo que él le daba no podían llamarse besos—. Bueno, no hablemos de cosas tristes. Además, no quiero que llores. No me gusta verte hacerlo.

—¡No estoy llorando! —se quejó y él sonrió. Para su corta edad, era muy orgullosa.

—¿Qué es eso? —Le señaló el sobre que llevaba para cambiar de tema.

—¡Ah! —Nayra lo abrió—. Son las fotos que hicimos cuando nos conocimos. No he podido revelarlas hasta ahora porque no tenía dinero y he tenido que ahorrar. —Se las tendió para que las viera.

D. J. se quedó muy sorprendido. Aquella niña tan pequeña tenía un talento innato para el arte de la fotografía. En ninguna de ellas salían personas, solo la naturaleza: la playa, el bosque, las calles... eran increíbles.

—¡Mira! —Señaló una con sus pequeños dedos—. Esta la hiciste tú.

La reconoció; era la foto de las hierbas con la arena y el mar al fondo. Era muy bonita. Y él que al principio no vio nada interesante en esos yerbajos...

—Puedes quedártela.

—¿De verdad? —Ella asintió—. Gracias. —Le sonrió— Son todas muy bonitas y...

—¡¡Nayra Hastings!!

Ella se asustó al reconocer la voz de su padre aún lejos de ellos. Se dio la vuelta para verlo y salió de su escondite. Al estar de pie, su cabeza quedaba a la vista y la había pillado. Se quedó parada y apartó la mirada esperando a que su padre la alcanzara.

—Así que es aquí donde vienes. A este barrio de mierda —le espetó furioso—. ¡Te he dicho mil veces que jamás se te ocurra pisar este sitio! Me he vuelto loco buscándote por la ciudad estos meses. ¡Es increíble que siempre hayas conseguido escaparte! Pero ya se acabó.

George, el padre de Nayra, la cogió de la mano para comenzar a arrastrarla. D. J. se volvió loco al ver que su amiga comenzaba a llorar y a pedirle a su padre que, por favor, la soltara porque le estaba haciendo daño.

—¡Suéltela! —gritó yendo a su auxilio.

Cuando los alcanzó, cogió a Nayra de la otra mano y tiró de ella para,

así, liberarla de su agarre. George lo miró como si aquel muchacho no valiera absolutamente nada.

—No eres nadie para decirme qué debo hacer con mi hija. Vuelve a tu casa, niño y no vuelvas a acercarte a Nayra, porque te aseguro que, como lo hagas, tomaré medidas que no te gustarán.

—¡No, papá! —gritó ella—. D. J. me ha ayudado. Me ha enseñado mucho y gracias a él hago bien los deberes y apruebo. Y... y tú estás contento y... y no me gritas ni te enfadas conmigo. Por favor... déjame seguir con él.

George volvió a mirar a aquel chico vestido con unos vaqueros y una sudadera. Era cierto que Nayra había mejorado notablemente su rendimiento escolar, pero no se creía para nada que ese niño la hubiera ayudado. ¡Por Dios, solo era un maldito crío! Y estaba convencido de que su hija había mejorado esos meses gracias a su dura actitud hacia ella. No le gustaba usarla, pero era necesario.

—No volverás a verlo, Nayra —ordenó, pero antes de irse, miró a ese niño—. No vuelvas a hablarla.

D. J. se quedó inmóvil mientras veía como su amiga lloraba y lo miraba suplicando ayuda. Sin embargo, él debía ser realista: puede que no fuera un niño de nueve años normal, puede que fuera más independiente que otros y que cuidara a su madre y de sí mismo, pero, al fin y al cabo, por mucho que no quisiera verlo, solo era un crío.

Bajó la mirada y se fijó en su mano izquierda. En ella llevaba las fotos de Nayra. Querría ir a su casa y devolvérselas; ella le había indicado exactamente donde vivía, pero le daba miedo que su padre lo viera. Suspiró y finalmente se fue sabiendo que los mejores meses que había vivido llegaban a su fin. Volvería la soledad, los malos pensamientos, las crueles imágenes que pasaban por su mente al imaginarse lo que estaba sucediendo en su casa mientras él estaba en la playa. Pero, sobre todo, volvería a dejar de ser solo un niño. Acababa de morir la pequeña infancia que había nacido esos últimos meses. Todo había acabado.



24 de abril

Nayra corría con su padre detrás de ella. Llevaba semanas sin pisar su playa particular. Sin ver a D. J. En esas semanas, su rendimiento había vuelto a bajar. No entendía las cosas, le costaba comprenderlas y con ello, llegaban los enfados, gritos y golpes de su padre. Sin embargo, eso, en cierto modo, ya le daba igual. Echaba de menos a su amigo.

Corrió por la acera y antes de llegar a la playa, se desvió por el camino de la derecha, entrando en la calle donde sabía que él vivía. El día que ella le dio las indicaciones de su hogar, él le señaló su casa que se veía desde la arena.

Siguió corriendo hasta que se detuvo de golpe. Una de las casas estaba ardiendo. El fuego la cubría por completo y los bomberos intentaban, sin demasiado éxito, apagarlo.

La niña empezó a llorar al contar que era la octava casa: la de D. J. Gritó y reanudó la carrera. ¡Tenía que salvarlo! Pero el cordón policial que había a bastante distancia hizo que se volviera a detener.

—¿Hay alguien dentro? —oyó que preguntaba un policía a un bombero.

—Sí. Los vecinos nos han informado de que en la casa viven una madre junto con su hijo, pero el fuego está muy extendido y es imposible entrar. Hemos oído gritos y estos han cesado hace unos minutos. No hemos podido hacer nada.

Nayra no se lo podía creer. Escuchó de nuevo a su padre llamándola, pero su voz había pasado de un tono enfadado a preocupado por estar cerca de aquel incendio. Ella no lo pensó. Pasó por debajo del cordón y empezó a correr hacia la casa. ¡No podía abandonar a D. J.!

—¡¡Nayra!! —siguió escuchando a su padre.

Ni los bomberos ni los policías la vieron, ya que estaban ocupados intentando mantener el control del incendio y de la gente que había salido de sus casas para ver qué ocurría.

Se quedó a pocos metros de la puerta y gritó cuando oyó como algo por dentro se derrumbaba produciendo un gran estruendo. Los bomberos se percataron de su presencia y corrieron hacia ella cuando la niña se quedó a pocos centímetros del fuego. Vieron como, por culpa del viento, unas llamas

le rozaban la piel del brazo y, antes de que ellos llegaran, un hombre la cogió por la cintura para elevarla y apartarla de allí. Escoltaron a ambos hasta una zona segura.

—¡¡No, no, no!! —siguió gritando—. ¡¡¡D. J., NOOO!!!

Nayra empezó a llorar y su rostro adquirió una tonalidad roja. No paraba de patear y revolverse entre los brazos de su padre para que la soltara, por lo que George la sujetó con más fuerza mientras se alejaban de allí. La voz de la niña comenzaba a resentirse y su garganta a dolerle, pero le dio igual. Quería que su amigo la escuchara y saliera de allí. Que se salvara. Sin embargo, nadie salió de esa casa rodeada de calientes y dañinas llamas.

Su padre, al ver a su hija en ese estado, solo se le ocurrió abrazarla. Se fijó en el interior de su antebrazo izquierdo y vio que tenía una quemadura. Parecía una herida preocupante y debía dolerle mucho, aunque sus grandes lágrimas parecían no caer por ese dolor, sino por otro mucho más profundo: el amigo de su hija, el niño que la ayudó con el colegio y al que él trató como si fuera una basura, había muerto carbonizado.

Los sanitarios se acercaron y rápidamente atendieron a la pequeña. Su padre no se separó de ella e intentó calmarla todo lo posible con pequeños gestos, acariciándole el pelo o dándole besos en la sien mientras le susurraba una disculpa sincera. Nayra estaba en *shock*. Seguía llorando y su mirada estaba completamente ida mientras los sanitarios le vendaban el brazo antes de llevarla al hospital. Apenas reaccionaba a cualquier estímulo, ni siquiera al dolor que debía sentir por culpa de la quemadura.

Fue una larga noche, donde apenas había dormido por culpa de unas horribles pesadillas en las que veía como D. J. moría. Sus padres y su hermana no se habían separado de ella y, cuando finalmente cayó en un sueño profundo, George le contó al resto de su familia lo ocurrido esos últimos meses. Su mujer se enfadó con él por no darle a ese chiquillo una oportunidad si era el responsable de la notable mejora de Nayra. Theresa, por su parte, le gritó todo lo que había callado durante mucho tiempo. Le recriminó lo mal que trataba a Nayra y las malas consecuencias que eso le estaba trayendo y le echó en cara su estúpido método de ser duro, porque no funcionaba. Lo que de verdad la había hecho mejorar había sido la amabilidad y paciencia de un niño que había muerto. George sintió vergüenza

de sí mismo y sabía que debía intentar arreglar todo el daño que le había hecho a su hija pequeña.

Al día siguiente, todos los periódicos y canales hablaban de ese incendio, en el cual, los forenses habían declarado que no podían identificar a quién pertenecían los restos humanos encontrados, pero sí averiguaron que había huesos de una mujer de entre veinte y treinta años y unos dientes de leche.

George se arrepentía profundamente de todo lo que sucedió: de haber despreciado a aquel pobre niño y de haber apartado a Nayra de él. ¿Qué había hecho? Solo eran unos niños. Su hija había dejado de hablarle y cuando lo hacía, solo lloraba y le gritaba que era culpa suya, que D. J. jamás le gritaba ni se enfadaba con ella cuando le enseñaba, que con él era feliz.

Sus palabras le hicieron efecto y, aunque durante los siguientes meses intentó ser comprensivo, paciente y el mejor padre del mundo, Nayra no le perdonaba y seguía sin apenas dirigirle la palabra. Lo había arruinado todo y se sentía fatal. Estaba perdiendo a su hija a la temprana edad de siete años y eso le dolía como si le clavaran mil puñales en el corazón.

En Hocklast, todo parecía volver a la normalidad, como si D. J. jamás hubiera existido, pero en el corazón de una niña, siempre habría un hueco para él.



26 de noviembre

Nayra volvió a pisar la playa. Ese día tenía que acudir a ella, pues se cumplía un año desde que lo conoció. Nadie parecía acordarse de él. Era como si nunca hubiera existido. Ni siquiera sabía si alguien se había molestado en enterrarlos a él y a su madre, pero ella quería que, desde donde estuviera, supiera que no lo olvidaba y que siempre estaría dentro de ella.

Su padre no sabía que estaba allí. Tenía solo una hora para estar en la playa, hasta que su hermana saliera de su entrenamiento de natación. Se acercó hacia las hierbas, las cuales, fueron testigo del inicio de su amistad y arrancó algunas de ellas. No era un ramo bonito, pero a D. J. le gustaría

porque para ambos, esos yerbajos eran especiales. Caminó hasta colocarse debajo del muelle de madera construido sobre el mar y se metió en el agua hasta las rodillas.

—Yo no te olvido y nunca nunca nunca lo haré. Te lo prometo —juró antes de dejar caer las hierbas para que el mar se las llevara—. Algún día, volveremos a encontrarnos. —Miró al cielo—. Y nadie nos separará.

Capítulo 1

15 años después...

El agua estaba completamente helada, pero a Nayra parecía darle igual. Se había percatado de que, a lo lejos, unas ballenas ofrecían un maravilloso espectáculo saliendo a la superficie por unos escasos segundos. A pesar del *zoom* de su preciada Nikon, seguía estando demasiado lejos, así que, tras remangarse los vaqueros, no dudó en ir hasta el muelle de madera y colocarse debajo de él, aunque eso supusiera entrar en el frío mar. Sin embargo, le daba igual que la piel de sus piernas se congelara. Esa foto merecía la pena y no era nada habitual contemplar a las ballenas en las aguas de Hocklast.

Sabía que debía esperar y estar muy atenta cuando alguno de esos grandes mamíferos marinos volviera a dejarse ver. Podían pasar horas, pero no saldría de ahí hasta que consiguiera esa foto.

Desde pequeña, siempre le había fascinado capturar la belleza de la naturaleza, una belleza que mucha gente no era capaz de percibir. Tenía un don para encontrar la hermosura en cualquier cosa que se encontrara. Jamás había hecho cursos de fotografía, todo lo que había aprendido había sido por su cuenta y, el material que tenía, lo había pagado de su bolsillo trabajando como profesora particular de niños de primaria. No quería que ellos sufrieran lo mismo que ella por culpa de su mala capacidad para retener los conocimientos. Le gustaba mucho ese pequeño trabajo y la alegría y el entusiasmo con el que sus alumnos algunos días llegaban a su casa para decirle que habían conseguido aprobar los exámenes. Sin embargo, desde hacía unas semanas, había tenido que dejar de impartirlas, pues apenas tenía tiempo libre y si algo necesitaban esos niños, era tiempo y paciencia. Esperaba que su nuevo profesor o profesora supiera tratarlos y no se rindiera con ellos. Esos críos eran capaces de todo si se les daba el apoyo adecuado. Algo que su familia jamás hizo.

Con el paso de los años, se había distanciado de sus padres, tanto que, en cuanto pudo, se fue a vivir junto con su hermana mayor, Theresa. Odiaba el hecho de que jamás se molestaran en comprenderla y en entender qué le

ocurría, pero, al menos, ya no se oponían a que su poco tiempo libre lo dedicara a lo que de verdad le apasionaba. Claro que, si lo aceptaban, era porque estaba en la universidad. A sus progenitores les importaba más que se sacara una carrera que el hecho de que fuera feliz con algo que de verdad le encantaba. Además, sus notas eran bastante penosas, no lo iba a negar. Seguía costándole mucho retener lo que estudiaba y si aprobaba algunas asignaturas con apenas un cinco, era gracias a Liam, su novio. Cursaban la misma carrera y fue en ella donde se conocieron. Era lo único bueno que le había pasado en la universidad. Aunque Liam no era la única persona que entró en su vida, ya que, por casualidades del destino también conoció a la que se convirtió en su mejor amiga, Wendy. Sin embargo, a su hermana no le caía nada bien y no paraba de insistirle del mal que le hacía esa chica, pero nunca la escuchaba. Ella solo necesitaba a su lado a alguien que de verdad la apoyara. Y ella no pensaba dejarla a su suerte.

Prefirió abandonar esos pensamientos y concentrarse en lo que de verdad importaba en ese momento. La zona baja de sus piernas se estaba quedando helada. Tenía la piel de gallina y las olas ya habían mojado el bajo recogido de sus pantalones, pero le daba igual, no pensaba irse de allí sin hacer esa foto. No era la primera vez que se quedaba durante horas en algún lugar, completamente quieta y esperando hasta conseguir la instantánea perfecta. Como decía el dicho, la paciencia era una virtud y ella podía presumir de que no estaba escasa de ella. Gracias a eso, en el tema fotográfico había logrado grandes resultados. Y estaba orgullosa de ello. La fotografía le hacía sentir que en verdad algo se le daba bien. Y si sus padres le dieran la oportunidad, se lo demostraría. Sabía que, con estudios, podría llegar a ser una gran fotógrafa.

—Os tengo —susurró mientras apretaba el botón de su cámara.

Por fin la consiguió. Sonrió sintiéndose triunfal. Algunos podrían pensar que era un poco egocéntrica por sentirse así, pero sabía que, si ella no lo estaba, nadie lo estaría. Aunque no siempre era así, ya que también era muy crítica consigo misma y no se contentaba con cualquier fotografía. El conjunto de ella debía ser lo más perfecto posible y ello dependía de varios factores, no solo de los protagonistas de la imagen.

Colocó la tapa en la lente y salió del mar temblando como un pollo

desplumado. Se había quedado congelada, pero había merecido la pena. Fue a la galería de su gran cámara y observó la foto. El ángulo, la luz que había desde debajo de aquel muelle de madera y la opción que seleccionó en la cámara, hacían que esa imagen hubiera quedado perfecta. Sonrió y empezó a enredar en su dedo índice un mechón colorido de su cabello.

Comenzó a caminar por la arena distraída aún, mirando la foto que acababa de hacer con una sonrisa, pero esta se le borró cuando escuchó un grito y después, sintió como algo, o más bien alguien, chocaba contra ella y la hacía caer.

—¡¡Cuidado!!

A Nayra no le dio tiempo a reaccionar. Solo sintió el fuerte golpe y como por un par de segundos, su mente se desorientó al terminar tirada en la arena. No tardó en saber lo que había sucedido y, a pesar del dolor que sentía en la cadera, solo le preocupaba una única cosa.

—¡Mi cámara! —gritó Nayra arrastrándose hasta coger su más preciado tesoro.

Parecía no importarle el dolor de su cadera, aunque era algo lógico. Le costó mucho ahorrar para comprarse un equipo completo de fotografía profesional y solo esa cámara costaba ochocientos dólares. Si se rompía, además de perder todas las fotografías de la memoria, no podría pagar el arreglo o incluso comprarse otra si no había solución y no valía la pena repararla.

El joven que la había embestido mientras corría por la playa se quedó mirándola sin decir nada. No era la primera vez que la veía. Esa chica solía acudir cada día a la playa donde casi siempre estaba con su cámara y cuando no, la veía sentada en la arena, abrazada a sus rodillas y con un gesto triste. Sabía que se quedaba allí durante horas, pues cuando emprendía su carrera de vuelta, seguía allí. Un día, se quedó mirándola hasta que la vio marcharse cuando el sol se iba poniendo.

En ese momento, que la tenía más cerca, se fijó más en ella mientras comprobaba preocupada su cámara. No le echaba mucho más de veinte años y su pelo rubio oscuro cerca del castaño, tenía algunas mechas de colorines desde la mitad de su cabello hasta las puntas.

Se fijó en su antebrazo izquierdo, donde tres pequeñas mariposas

cubrían lo que parecía ser una cicatriz. La escuchó suspirar mientras enredaba uno de sus mechones alrededor de su dedo índice. Se quedó hipnotizado mirando ese gesto y un escalofrío recorrió su cuerpo, pero se obligó a pisar de nuevo la tierra.

—Lo siento —se disculpó y se levantó antes de tenderle la mano para ayudarla—. ¿Estás bien?

—Sí —contestó seca, levantándose ella sola sin aceptar su ayuda. No le molestaba el golpe, sino su cámara, que, por suerte, parecía estar bien—. Casi te cargas mi cámara, pero como está bien, te absuelvo de tu castigo.

Él no pudo evitar sonreír. La vio sacudirse la arena de sus vaqueros y se fijó más en su cuerpo, aunque poco pudo apreciar, ya que la ropa que llevaba era tres tallas más grande que ella.

—No ha sido solo culpa mía. Tú también ibas distraída y te has cruzado conmigo —se defendió—. No me ha dado tiempo a esquivarte, pero te juro que normalmente mis reflejos son bastante buenos, lo que pasa es que hoy estaba abducido por mis pensamientos. —Vio como ella no paraba de masajearse la cadera—. ¿Seguro que estás bien?

—Sí, se pasará —contestó agachándose un poco para ponerse bien el bajo de sus vaqueros—. Siempre estoy en las nubes —confesó—. Lo siento, si te hubiera visto, no me habría cruzado —dijo sincera guardando su cámara en su bolsa y sintiéndose culpable por haber sido tan borde con él—. Aunque bueno, a esta playa no viene casi nadie, prefieren la del este de la ciudad, así que estoy acostumbrada a ser solo yo la que deambula por aquí.

—¿Tú no vas a la del este? —quiso saber él.

—No. Siempre me ha gustado más esta; desde que era una niña.

—Vaya... ¿vives cerca de aquí? —indagó.

—Vivo en esta ciudad, pero mi casa está en la zona sur. Aquí nos referimos a cada zona de la ciudad por los puntos cardinales, ya te irás acostumbrando.

—¿Cómo sabes que soy de fuera? —Alzó las cejas.

—Llevo dieciséis años viniendo a esta playa y nunca te había visto. Y Hocklast tampoco es que sea una gran ciudad, es más bien un pueblo grande.

—Pues sí, acabo de mudarme. Llevo un mes aquí y una semana viniendo a esta playa a correr. —Miró a su alrededor contemplando el paisaje

—. Es preciosa.

—Sí, aunque para mí es especial. —Lo miró—. Se me va a hacer raro ver a otra persona aquí.

—Puedo correr por otro sitio.

Nayra abrió los ojos como platos y se tapó la cara con las manos al darse cuenta cómo había sonado su frase. Ella no era ninguna borde, es más, a pesar de los palos que se había llevado en la vida, siempre se mostraba amable con otras personas.

—¡No, no, no! ¡Por Dios! —volvió a mostrar su rostro para sonreírle—. Esta playa es pública y no me vas a molestar y espero que yo a ti tampoco, es decir, que... uff... se me da muy mal explicarme. —Se volvió a tapar la cara con las manos y al apartarlas, él se quedó observando embelesado esos ojos de color miel. Hacía demasiado tiempo que no había visto ese color. Su mirada era preciosa y única.

—Te he entendido, tranquila. —Ella asintió—. Ahora creo que es hora de que me vaya, me estoy quedando un poco frío y tengo que darme una buena ducha. Encantado de conocerte eh... —Frunció el ceño y alargó esa vocal para que le dijera cómo se llamaba.

—Oh, me llamo Nayra.

—Yo soy Dan. Te estrecharía la mano, pero la tengo sudada y creo que no sería plato de buen gusto.

Nayra emitió una leve risa y se quedó mirando su blanca sonrisa. Dan tenía el pelo rubio y corto y unos ojos verdes claros muy bonitos. Sus carnosos labios estaban rodeados por una incipiente barba rubia que acentuaba su belleza. Era bastante alto, rondaría el metro noventa y a ella le estaba haciendo sentir una enana, a pesar de que casi rozaba el metro setenta. Bajo la ropa de deporte, se le veía un cuerpo fuerte y sus piernas al descubierto afirmaban su teoría de que estaba en muy buena forma.

—Un placer, Dan. —Giró el rostro para ver el sol desaparecer—. Tengo que irme ya. Supongo que... no sé, quizá nos veamos por aquí o... será mejor que me calle, la verdad es que no soy buena con las palabras. —Rio—. ¡Hasta luego!

A Dan no le dio tiempo a corresponder a esa despedida, aunque se quedó mirándola caminar hasta llegar a una bicicleta azul con una sonrisa en

la boca y una extraña sensación en el pecho.

Nayra salió de la arena y se sacudió los pies para eliminar parte de la arena antes de calzarse las deportivas que había dejado apartadas en una zona de la solitaria playa. Se subió a su medio de transporte y pedaleó con rapidez para llegar a su casa, la cual se encontraba en la otra punta de la ciudad.

Ese día le tocaba a ella hacer la cena y Theresa se ponía de mal humor si llegaba de trabajar y no estaba hecha. A veces, se entretenía demasiado en la playa y no llegaba a tiempo, así que su hermana se tomaba un tazón de cereales antes de irse a la cama. Estar ocho horas o, en ocasiones, unas pocas más encerrada en el laboratorio le hacía llegar agotada y de muy mal humor.

Sin duda, su hermana era el cerebritito de las dos, ya que llevaba tres años con una investigación que buscaba la cura para la epidermólisis ampollar, más conocida como la piel de mariposa. Ella, junto con su equipo, hacían una gran labor y sus padres presumían orgullosos de ella. Nayra adoraba a su hermana, pero no podía evitar sentirse inferior cuando sus progenitores solo decían de ella que, aunque le había costado, estaba en la universidad estudiando Periodismo. Supuestamente, ya tendría que estar a punto de acabar, pero tenía tantas asignaturas pendientes que lo más probable era que estuviera como mínimo un año más.

—Hola —escuchó a su hermana entrar por la puerta—. No puedo más. Hoy he estado a punto de tomarme una cucharada de sosa.

Theresa dejó las cosas en la entrada y fue a la cocina donde su hermana había preparado un poco de salmón con una ensalada. Se dejó caer en una de las sillas y se recostó como pudo en la mesa antes de que Nayra sirviera dos platos.

—No exageres. Siempre dices lo mismo y cuando el esfuerzo da sus frutos estás contenta durante una semana.

Nayra se sentó en otra silla y vio a su hermana colocarse de nuevo recta, aunque algunos de sus mechones castaños habían decidido cambiarse de sitio. Theresa se peinó un poco con la mano antes de recogerse el pelo en un moño mal hecho en lo alto de su cabeza con la goma que tenía en la muñeca.

—Es verdad. —Sonrió—. Por cierto, me ha llamado papá —inició una conversación que sabía que acabaría mal antes de meterse un trozo de tomate en la boca—. Mañana vamos todos a cenar al restaurante del centro por el

cumpleaños de mamá y antes de que digas nada, tienes que venir.

Nayra suspiró y dejó su tenedor sobre la mesa. Se le había quitado el apetito de repente. No contestó a su hermana de forma inmediata, sino que respiró y contó varias veces hasta diez. Una conversación en la que los protagonistas fueran sus padres no le gustaba absolutamente nada. Y saber que se verían, menos gracia le hacía. No es que no los quisiera, lo hacía, pero cada vez que se veían le hacían algún comentario que a ella le hacía sentir de nuevo como la niña de seis años. Eran comentarios sin maldad, pero Nayra los odiaba.

—Yo creo que paso.

—No puedes pasar, Nayra —le recriminó su hermana—. Son nuestros padres. Quieren que estemos las dos.

«¡Claro! Para que a ti te elogien constantemente y a mí me miren como si jamás llegara a ser nadie en la vida», pensó y enseguida se arrepintió. Menos mal que no lo había dicho en voz alta.

Quería a su hermana y no era culpa suya que ella no tuviera su misma inteligencia. Además, Theresa estaba ahí para apoyarla siempre. Estaba de su lado y muchas veces, años atrás, había actuado de mediadora entre sus padres y ella. Desde que su padre abrió los ojos el mismo día que el incendio, Theresa se prometió a sí misma que nadie volvería a tratar a su hermana como si no valiera para nada.

—Nayra... —la llamó al ver que se había quedado ausente.

—Sabes que no me gusta demasiado estar con ellos —se sinceró—. Mamá siempre pasaba de nosotras, le preocupaba más estar encerrada en su despacho y cumplir como directora de Recursos Humanos de su empresa que el bienestar de sus hijas. Y puede que a ti no, pero a mí papá no hacía más que chillarme que era una inútil, una idiota, que no me esforzaba, que lo vacilaba, que le tomaba por gilipollas y mil cosas más mientras golpeaba la mesa o daba patadas porque no tenía facilidad para entender. Jamás vio que me esforzaba y la única persona que sí me ayudó de verdad está muerta. Y creo que si no hubiera pasado por algo tan traumático de niña, como ver ante mis narices como el único amigo que tenía moría abrasado por las llamas, hubiera seguido siendo así conmigo. Así que lo siento, Theresa, si tengo un atisbo de rencor hacia papá.

—Sé que no lo hizo bien, no lo definiendo, pero papá te quiere, se preocupa por ti y le duele que apenas le hables. Y a mamá le pasa lo mismo.

Finalmente, la conversación acabó como Theresa se temía. Con Nayra cabreada ante los recuerdos que le venían a la cabeza y con ella sintiéndose fatal por sacar el tema.

—Pues que se lo hubieran pensado antes de tratarme como a una mierda —declaró furiosa y salió de la cocina—. No tengo hambre.

Theresa vio a su hermana salir por la puerta de la cocina y suspiró. En cierto modo, entendía lo que le decía. Ella había sido testigo de las crueles palabras que su padre le gritaba y ella lloraba y temblaba muerta de miedo por si algún día se le iba la mano. Poco a poco, la fue destruyendo y en su etapa de adolescente, la relación familiar empeoró, hasta tal punto que Nayra no aparecía hasta altas horas de la noche.

Al principio, todos creían que se metía en líos, hasta que les contó que, en realidad, se iba a la biblioteca para estudiar allí. Se pasaba horas con la cabeza metida en los libros y su máxima nota fue un siete y medio que la colmó de orgullo. Nayra creía que nadie se sentiría nunca así por ella, pero Theresa sí lo hacía. Estaba muy orgullosa de su hermana, aunque las pocas veces que se lo había dicho, ella no la creía. Solo le decía esas palabras cuando su hermana se sentía de nuevo como cuando tenía seis años, por lo que pensaba que las pronunciaba por lástima y solo para animarla. Theresa sabía que debería decírselas más a menudo y no solo cuando tuviera un mal día. Además, ella seguía creyendo que algo en su cabeza no iba bien, pero eso no era cierto.

Cuando Nayra tenía ocho años, le habían realizado numerosas pruebas y test para detectar qué le ocurría, pero todos descartaron un trastorno en el proceso de aprendizaje. No le ocurría nada, simplemente, a su cabeza le costaba mucho más comprender y retener las cosas. Su padre lo entendió e intentó seguir los consejos que el orientador del colegio les comentó para favorecer el proceso de aprendizaje de Nayra. Además de recriminarle que en ningún momento debería haber utilizado amenazas ni portarse de manera violenta con la niña. George sintió vergüenza de sí mismo ante las palabras y miradas del psicólogo. Había sido un idiota. Sin embargo, ella parecía no reaccionar ante los estímulos que recibía. Simplemente hacía los deberes y, si

tenía algún ejercicio mal, lo corregía sin decir palabra. Aunque, en ocasiones, cuando estaba sola en su cuarto, sus padres y su hermana la escuchaban hablar en voz alta. Se quedaron asombrados al ver que lo que hacía era razonar mientras realizaba los ejercicios y, a la hora de corregírseles, casi siempre estaban perfectos.

Desde entonces, le dejaron su espacio para que siguiera con su particular metodología para aprender, pero, a pesar de felicitarla por sus logros o reconocer sus esfuerzos, Nayra se había cerrado en banda con ellos. El daño ya estaba hecho y había sido demasiado tiempo soportando sus gritos y el miedo a estar bajo un techo que se suponía que era seguro.

Empezó a distanciarse de su familia, salvo de su hermana. Le recriminaba a su madre no estar más cerca de ellas y a su padre no intentar ayudarla de verdad desde el minuto uno, no a partir de ver lo que vio.

Theresa se levantó y, tras fregar los cubiertos, fue al cuarto de su hermana. Solo las mariposas que colgaban del techo iluminaban la pequeña habitación. Nayra estaba tumbada y mirándolas, deseando ser una de ellas; hermosas, libres, felices. Sabía que observarlas siempre lograban relajarla.

Se acercó a la cama y Nayra le dejó un poco de sitio para que se colocara a su lado. Odiaba estar enfadada con su hermana y sabía que se había comportado como una niña mala criada. Ya tenía veintidós años para tener esas salidas. Y, además, desde hacía unos años, quería cambiar la relación con su familia. El problema era que, tras tanto tiempo con la misma actitud hacia ellos, no sabía cómo hacerlo. Ni siquiera si le darían una oportunidad para ello.

Theresa se acomodó a su lado y la abrazó como pudo. Quería que Nayra supiera que, pasara lo que pasase, ella siempre estaría a su lado.

—¿Te cuento una cosa que nadie sabe? —le preguntó tras varios minutos en silencio observando las mariposas iluminadas del techo—. Cada vez que escuchaba a papá gritarte y los golpes, me ponía a llorar y me escondía debajo de la cama. Me daba miedo. Y tú lo aguantabas y te quedabas quieta soportándolo, y no solo eso, sino que cada día luchabas para que no volviera a pasar. Yo que soy la mayor y la que debía cuidarte, era una cobarde y tú la valiente.

—No era valiente, Theresa. Huía, ¿no lo recuerdas?

—Sí, lo recuerdo. Pero esas huidas te hicieron bien en más de un sentido. Gracias a ese niño. Además, yo no hubiera tenido los ovarios de ir sola por Hocklast a esa edad y menos a la zona norte con todo lo que nos contaban de niñas sobre ella.

—Sí. Al final, esa zona era como otra cualquiera. No hay nada malo en ella. —Suspiró y se dejó mimar por su hermana—. ¿Sabes una cosa? A veces me pregunto qué hubiera pasado si todo hubiese sido diferente. Si él siguiera aquí. Quizá con su ayuda, papá hubiera aceptado que no quisiera ir a la universidad y me habría dejado estudiar Fotografía. D. J. me comprendía y me aceptaba. —Se quedó pensativa mientras jugaba con el filo de su camiseta—. O quizá... con el tiempo, se hubiera cansado de mí, de mis caprichos y de mis sueños infantiles. En fin, jamás lo sabré.

Theresa se mordió el labio interior y carraspeó para aclararse un poco la garganta.

—Lo siento, Nayra, pero ahí estoy un poco de acuerdo con papá. No quiero que renuncies a tu pasión por la fotografía, porque eres increíble, ya te lo he dicho muchas veces, pero no es un mundo fácil y es mejor que te asegures unos estudios y un trabajo. Y si después sigues queriendo dedicarte a la fotografía, yo, y seguro que también papá y mamá, te apoyaremos.

—Lo sé. —Suspiró—. No voy tan mal y a papá y a mamá no les molesta cuánto tarde en sacarme la carrera mientras lo logre. Así que, me graduaré para que sientan un poquito de orgullo hacia mí.

—Ya lo están, solo que todavía no saben cómo decírtelo. —Le dio un beso en la mejilla—. ¿Me dejas dormir contigo?

Nayra sonrió y asintió. Aquella era una pequeña tradición que hacían desde que eran pequeñas. Cuando alguna de las dos tenía un mal día, dormían juntas para sentirse un poco mejor con la compañía de la otra.

A Nayra le costó un poco más dormirse. No dejaba de pensar en las últimas palabras de su hermana. ¿De verdad sus padres estaban orgullosos de ella? ¿Aunque solo fuera un poco? Quería creerlo e incluso sintió un pellizco de felicidad al pensarlo. Sin embargo, necesitaba que esas palabras salieran de su boca. O al menos que le demostraran que de verdad era así. Abandonó esos pensamientos cuando finalmente el sueño la venció.

A la mañana siguiente, las hermanas Hastings se levantaron bien entrada

la mañana y desayunaron con calma. Nayra estaba más tranquila y, finalmente, había accedido a acudir esa noche a la cena para celebrar el cumpleaños de su madre. No tenía demasiadas ganas, a decir verdad, y sabía que iba a estar tensa durante esas horas suplicando para que, por una vez, sus padres no hicieran ningún comentario que la abarcara a ella y a los estudios. Sin embargo, podría ser el primer paso para intentar mejorar su relación.

—Tenemos que mirar qué ponernos para esta noche.

—Sigo sin estar muy convencida de esto, pero bueno. —Suspiró Nayra apurando su taza de leche con mucho cacao.

—Espero que no tengas esa cara de amargada que tienes para la cena. — La señaló.

Nayra, de forma irónica, cambió el gesto a una sonrisa de oreja a oreja antes de comerse su último trozo de tostada para ir a la fregadera y lavar su taza.

—¿Puede venir Liam? —preguntó.

Estaría más tranquila si su novio estaba a su lado. Al menos no se sentiría tan sola en una mesa donde sabía que tres pares de ojos estarían pendientes de ella: de sus comentarios, reacciones, movimientos... de todo. Desde hace años, su familia tenía una esperanza de que llegara el día en el que ella les perdonara por los errores del pasado.

—Es una cena familiar, Nayra. Solo nosotros cuatro.

—Está bien. —Suspiró— Me pido los zapatos rojos.

Capítulo 2

—No te preocupes, mi amor. Todo irá bien. Te lo prometo.

—No me dejes...

—Jamás te dejaré. Siempre estaré contigo y no olvides que siempre te querré, pase lo que pase.

—¡No! Quiero irme contigo.

—No puedes... debes vivir.

—¿Cómo lo voy a hacer sin ti?

—Lo harás, mi vida, lo harás. Y no lo olvides: te quiero, te quiero, te quiero.

Dan se despertó de golpe. Estaba sudando y el pulso lo tenía acelerado. Se quedó sentado en la cama y apoyó su ancha espalda contra el cabecero de la cama. No era la primera vez que soñaba con eso o, más que soñar, en realidad lo que hacía era recordar la última vez que estuvo con la única mujer que amó... la única persona que quiso y con la que conoció lo que era el amor verdadero.

Su recuerdo, sus palabras, su fortaleza, su valentía... ella le enseñó muchas cosas y le hizo ser quien era ahora. A pesar de los años, seguía doliéndole su ausencia y muchas veces había estado tentado de dejar de luchar en la vida e introducirse en los malos caminos de esta. Era normal que estuviera cansado de todo, pues toda su vida, sus largos veinticinco años, habían sido una lucha continua.

Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás para soltar un sonoro suspiro antes de masajearse las sienes.

Miró por la ventana y se quedó ausente observando el precioso paisaje que ofrecía el mar.

La casa que había alquilado junto con su mejor amigo, Tyler, estaba situada en la zona norte, justo enfrente de la playa y les había salido barata por ser la zona más pobre de Hocklast, además, estaba muy abandonada. No había demasiados habitantes allí y los que había, eran ancianos que llevaban toda la vida en sus casas. Incluso el colegio de esa zona estaba cerrado y su

estado de abandono era visible. Daba pena verlo. Y claro, el Ayuntamiento no pensaba gastar ni un mísero centavo por gente considerada inferior a ellos.

Sin poder evitarlo, rememoró su encuentro del día anterior. No había cambiado nada. Nayra estaba igual que como la recordaba. Vale, sí, con unos pocos años más, pero cada uno de sus gestos seguían formando parte de ella. Esa costumbre de enredar un mechón de su cabello en torno a su delgado y largo dedo, sus prisas a la hora de despedirse, su inseparable cámara y esos ojos... jamás se había olvidado de ellos. Se había quedado completamente bloqueado cuando la tuvo tan cerca de él. Su cuerpo entero comenzó a temblar y se había quedado sin habla. Fue dispuesto a contarle todo, sin embargo, no fue capaz. Las dudas lo invadieron y actuó como si no la conociera de nada. Después de tanto tiempo, de desear cada día volver a estar con ella, le ponía nervioso que su mente le hubiera jugado una mala pasada y viera en esa joven a la niña que le hizo apreciar la vida. Por muchas coincidencias, cabía la posibilidad de que no fueran la misma persona.

Consiguió dejar de lado la nueva pesadilla con la que había soñado, así que se levantó para ir a la cocina a tomarse su dosis de cafeína. Procuró no hacer demasiado ruido, ya que Tyler había tenido turno de noche en el hospital como celador. Su amigo tuvo suerte al encontrar trabajo allí. Era lo bueno de tener estudios previos. Él, de momento, no tenía nada, aunque estaba estudiando y entrenando para convertirse en policía y, con los años, aspiraría a ascender puestos, pero por el momento, debía empezar de cero.

Cuando entre su compañero y él reunieron el suficiente dinero, pagaron los estudios de Tyler y, ahora, era su turno. Dan no sabía qué habría hecho con su vida si ese chico no se hubiera cruzado en su camino.

A pesar de sus ahorros, los gastos aumentaban, por lo que en una hora, Dan tenía una entrevista en el restaurante del centro de la ciudad. Contaba con el punto a su favor de que se defendía en la cocina y antes de llegar a Hocklast, Tyler y él habían estado en decenas de lugares, moviéndose continuamente y sobreviviendo como podían. Habían tenido todo tipo de trabajos: limpiadores, mozo de cargas, peones de obra, camareros, incluso fueron paseadores de perros. Cualquier cosa les iba de lujo. Y, aparte de esos trabajos, habían vivido en todo tipo de sitios, algunos completamente inhabitables, pero cuando cumplieron dieciocho años, no tenían

absolutamente nada. Era más, los primeros días solos no les quedó más remedio que dormir en la calle y robar comida. Estaba claro que sus vidas no habían sido un camino de pétalos de rosas, sino más bien de espinas afiladas.

—Buenos días —saludó Tyler—. Estoy agotado, pero no consigo volver a dormirme.

—Después de comer caerás de nuevo.

—No te lo niego. —Cogió una taza del armario para servirse un café—. ¿A qué hora tienes la entrevista?

—A las doce.

—Pues a por todas, tío. Demuéstrales lo que vales. Y oye, eso de lo que me hablaste, ¿es ella?

—No lo sé. Todo me indica que sí, detalles que ya vi antes. Pondría la mano en el fuego por que es ella pero no quiero hacer ni decir nada hasta confirmarlo. Me odiaría si meto la pata.

—¿Por qué la meterías?

—Por si le cuento quién soy y ella no es mi Nayra. Las casualidades existen, ¿sabes?

—Venga ya, tío. Esto es Hocklast, no Nueva York. ¡Claro que es tu Nayra!

Dan sonrió y apuró su café.

—Voy a darme una ducha. A ver si oliendo a rosas consigo que alguien me contrate.

Tyler rio y lo vio desaparecer por la puerta antes de quedarse contemplando la cocina. Aquella casa no era demasiado grande, pero era bonita y acogedora. Además, tras los sitios donde habían dormido, para ellos ese hogar era una mansión y en ese momento, tenían ahorros suficientes para estar allí durante bastante tiempo y no dudaba de que Dan conseguiría un trabajo. Ya era hora de que la vida les sonriera un poco.

Tres cuartos de hora después, Dan estaba sentado frente a un hombre de más de cincuenta años. Tenía el pelo cubierto por canas, pero aún se vislumbraba parte de su cabello rubio. Los ojos los tenía oscuros y su rostro estaba lleno de arrugas.

Su restaurante, llamado Karelia's, era el más reconocido de la ciudad.

El joven se mantenía rígido como un palo y con su mirada verde clavada

en aquel hombre que respondía al nombre de Roger Miles. Mientras esperaba que le diera paso a su despacho, algunos empleados del lugar le habían cuchicheado algunos rumores. Se decía de él que era un gran empresario, pero una pésima persona. Se veía que le ponía los cuernos a su mujer cada vez que podía y que apenas estaba con sus hijos. Lo que más le importaba era el negocio y ser alguien reconocido. Con los años, lo había conseguido.

—Veo que tienes experiencia en este mundo.

—Sí, la mayoría de los trabajos que he tenido han sido en el mundo hostelero: camarero, ayudante de cocina, incluso estuve de cocinero en un restaurante de comida rápida. Tengo bastante experiencia.

—Mira, chico, ahora mismo tengo todo el cupo cubierto y me da igual en lo que hayas trabajado. Lo que serás si te contrato será el lavaplatos. Tú decides si aceptas o no. —Tiró su currículum encima de la mesa—. Empezarías esta misma noche. Abrimos a las siete y cerramos a las doce. Serías de los últimos en salir, de madrugada, y al día siguiente, te querría aquí de doce a tres. ¿Tu trabajo? Fregar y limpiar la mierda, básicamente. Y no trabajarás todos los días. Solo los fines de semana y quizá algún día te llame para que acudas entre semana. Serán diez dólares la hora. ¿Lo aceptas?

Dan vio que los rumores eran ciertos. Ese hombre sabía llevar un negocio, pero era un capullo de los gordos. No tenía una actitud profesional con los empleados y ni siquiera se molestaba en mostrarse amable. Empezaba a preguntarse por qué los empleados trabajaban para él si era un idiota. Aunque enseguida lo entendió: pagaba bastante bien y, para quienes no tuvieran muchos recursos, ese sueldo era lo que les permitía llevar una vida decente.

—Ahora mismo, cualquier cosa me viene bien y créame, señor Miles, he tenido trabajos cien veces peores.

—Muy bien. Ve a la cocina y dile a Lucy que te dé el uniforme.

Se negaba rotundamente a salir con ese horroroso uniforme. No podía ser más cutre y horrible. Estaba compuesto por una camiseta y un pantalón de tela de cuadros negros y blancos y las zapatillas de plástico negras le recordaban a las que se ponían las abuelas. Por no hablar del pañuelo blanco con el que debía cubrirse la cabeza. Era horroroso. Al menos, no podía

quejarse de que no era cómodo.

Además, no entendía demasiado bien la organización. Los camareros servían y retiraban los platos, pero, cuando los clientes abandonaran la mesa, él debía salir de la cocina con un carrito para tirar las sobras y recoger los últimos cubiertos antes de colocar un nuevo mantel y platos. ¿Acaso eso no tendría que ser también parte de las tareas de los camareros?

No le quedaba otra que aguantarse y sus nuevos compañeros le habían dicho que esa organización funcionaba bastante bien. Confiaba en ellos. Por suerte, todos eran amables con él, a diferencia del jefe, y lo ayudaban en todo lo que pedía, pues aún se sentía un poco despistado. Sin embargo, no creía que tardara en hacerse a su nuevo trabajo.

—El nuevo —lo llamó Roger—. Ve a la bodega a por las cajas de vino y súbelas.

Dan asintió y antes de que pudiera preguntarle dónde se encontraba dicha bodega, vio como su jefe se iba. No quiso preguntar a ningún compañero por ella, ya que aún no tenía confianza con ellos, así que decidió caminar por el restaurante mirando por todos lados hasta que vio una puerta de madera en una zona alejada del local. Se acercó a ella y al tirar del pomo negro vio que estaba cerrada con llave.

—¡Hey! —le sobresaltó una voz y al girarse vio al dueño—. No te acerques a esa puerta. Ahí solo tengo yo acceso.

El tono que usó fue bastante borde y a Dan le habría gustado contestarle. ¿Y él qué sabía? Hacía solo una hora que estaba allí trabajando y no le había dicho dónde se encontraba la bodega. Simplemente le había ordenado subir las cajas.

—Lo siento. Creí que era la bodega.

—La bodega está debajo de la cocina. Allí hay una puerta que da acceso a las escaleras. Bajas y en la parte izquierda están las cajas.

El joven solo asintió y echó un vistazo a la puerta de madera antes de dirigirse a la cocina.



Mientras, en la zona sur de la ciudad, Nayra se miraba en el espejo. Para

esa noche, había elegido un jersey negro y una falda blanca con líneas finas negras en horizontal y vertical que formaban cuadrados blancos. Era de cintura alta, pero parte de la piel de su vientre quedaba a la vista. Los zapatos rojos que lucía con un alto tacón realzaban sus piernas y las hacía mucho más largas.

Le daba bastante pereza hacerse un peinado, así que cogió dos pinzas con la silueta de una mariposa y se recogió dos mechones de las sientes para juntarlos en la parte de atrás de su cabeza antes de aplicarse un sencillo maquillaje.

—¿Estás ya? —le preguntó su hermana.

—Sí.

Nayra se roció su perfume y cogió el bolso para colgárselo al hombro e irse. Su hermana conduciría hasta allí. No era que vivieran lejos del centro, pero esa noche no vestían el calzado más cómodo y sus pies se resentirían. Además, después, Theresa había quedado con unos amigos.

Sus padres ya las esperaban en la puerta. Primero saludaron a la mayor de las Hastings. «Como no», pensó Nayra poniendo los ojos en blanco. Cuando acabaron de abrazar y besar a su hermana, se acercaron a ella y la saludaron con un escueto:

—Hola, Nayra.

—Hola —les devolvió el saludo.

Sabía que sus padres querían salvaguardar las distancias. Dejarle su espacio para evitar que se alejara más de ellos cuando querían conseguir el resultado contrario.

—Me alegra mucho que hayas venido —dijo sincera su madre—. No las tenía todas conmigo.

Esa frase no le gustó mucho y alzó las cejas. Había acudido dispuesta a intentar empezar a cambiar y a afianzar su relación, pero, como se imaginaba, ciertos comentarios le iban a complicar mucho la tarea de dejar a un lado la coraza que siempre se ponía cuando estaba cerca de sus padres.

—Dad las gracias a Theresa.

—Cariño... ¿cuándo me vas a perdonar? —quiso saber su padre.

—No lo sé. Aún no consigo olvidar cómo te dedicaste a gritarme, a insultarme, a humillarme, a amenazarme y a hacerme sentir una mierda.

—«Ya empezamos», pensó.

Ella no quería, pero parecía tener un mecanismo que saltaba automáticamente cuando su padre le hacía recordar lo que sufrió con seis años. Sin embargo, tras acabar de volverle a echar eso en cara, bajó la mirada y se disculpó.

—Lo siento. —Suspiró—. Eso ha estado fuera de lugar.

No quería soltar eso, pero era tener a su padre delante y querer decirle todo eso como si fuera su escudo protector para que no la volviera a hacer daño. Sentía la necesidad de soltar todo lo que calló cuando era una niña.

George no dijo nada, simplemente asintió con la cabeza, pero Nayra podía ver en sus ojos tan parecidos a los suyos, lo mucho que esas palabras le habían dolido. Le hacían sentirse culpable y un mal padre. Llevaba más de dieciséis años intentando compensar a su hija por el gran y grave error que cometió, pero era inútil. Sentía que su pequeña jamás lo perdonaría y ese hecho, le partía el corazón.

Todos se quedaron en silencio y, para acabar con el incómodo momento, Nayra empezó a caminar para entrar en el restaurante. Su familia la siguió y tras decir a qué nombre estaba la reserva realizada, se sentaron en una mesa.

—Bueno y ¿qué tal en el laboratorio, Theresa? —le preguntó su madre.

—Mal. No conseguimos casi nada.

—No te apures, cielo. Hacéis un gran trabajo. —George miró a su hija menor—. ¿Y tú qué tal en la universidad? Apenas nos cuentas nada.

—¿Para qué lo quieres saber si ya ves mis notas?

«Mal, Nayra. Maaal», se regañó mientras apretaba los párpados. Debía cambiar el chip.

—Sé que te cuesta más estudiar, pero estás logrando aprobar las asignaturas. Y estoy muy feliz por ello. —Le cogió de la mano—. Solo quiero que sepas que me da igual si te cuesta más. No hay prisa y sé que lograrás graduarte.

—Sí, pero con la media de mi expediente no seré ninguna superperiodista y te lamentarás por no poder presumir de tu otra hija.

«¡Jodeer con mi boca! ¡Nayra, vale ya! Por Dios, ¿así pretendes que las cosas vayan a mejor?», oyó de nuevo a su vocecilla en su cabeza.

—¡Nayra! —le recriminó su hermana—. Te estás pasando.

Tenía razón, pero, por mucho que lo intentara, no le salía comportarse con sus padres de otra forma. Se lo habían ganado a pulso y el rencor que tenía era muy grande. Además, ese interés tan fuerte que ahora su padre tenía por ella de repente, solo estaba ahí desde hacía un par de años, cuando la llamó con voz rota y le pidió que hablaran. Lo rechazó sin dudar y, a las pocas horas, su hermana llegó a casa llorando y le gritó que debía hablar con él y perdonarlo.

Si era sincera consigo misma, odiaba ese sentimiento de rechazo hacia sus padres. Le gustaría que fueran una familia unida y feliz, incluso lo estaba intentado, pero le dolía tanto lo que vivió... Por un lado, la indiferencia de su madre y por otro, la incompreensión de su padre. ¿Algún día podría hacer borrón y cuenta nueva? No lo sabía, aunque en el fondo de su corazón, esperaba que sí. De momento, lo mejor sería abrir lo menos posible esa boca que tenía.

Mientras cenaban, Nayra se fijó en su padre. Parecía que estaba agotado y diría que había adelgazado. Suponía que estaría estresado en el trabajo. Otra cosa que le extrañó era que no bebiera vino como su madre y Theresa, sino que su copa estaba rellena con agua.

—Nayra —la llamó su padre—. Quiero que... necesito que... —Calló y bajó la mirada—. Tengo que hablar contigo de algo que considero importante, así que, si algún día quieres escucharlo, sabes dónde encontrarme. No quiero presionarte. Más de lo que ya lo he hecho.

—Está bien —claudicó antes de levantarse de la silla—. Si me disculpáis, voy un momento al servicio.

Sus padres asintieron y la dejaron ir. Habían cometido muchos errores con sus hijas, pero con Nayra, sentían que todo lo habían hecho mal.

Con la mirada puesta en sus pies, anduvo hasta la puerta del baño donde se echó agua en la nuca. Le dolía demasiado el mero hecho de estar con sus padres. Ella deseaba tenerlos, pero no quería bajar la guardia y que todo volviera a ser como antes. No negaba que su actitud con ellos era más propia de una adolescente, sin embargo, era su escudo protector. No quería que sus padres volvieran a hacerle llorar.

Por otra parte, no le había pasado desapercibido el tono de voz de su padre, junto con su mirada entristecida cuando le había dicho que debía

contarle algo importante. Tampoco cómo su madre y Theresa apartaban la mirada como si sintieran la necesidad de ocultar sus emociones. Eso la dejó preocupada y, aunque por un lado sí quería saber qué era eso que le quería decir, por otro, le daba miedo descubrir que era algo muy malo.

Se quedó en el aseo unos segundos más antes de salir para regresar. Intentaría suavizar su carácter con ellos. Si quería que fueran una familia feliz, debía empezar a destruir sus barreras. Sabía que, si funcionaba y se reconciliaba, no se arrepentiría nunca. Pero, si ni siquiera lo intentaba, estaba convencida de que toda la vida se lo estaría echando en cara y regañándose por ser tan cabezota.

Empezó a caminar entre las mesas y se quedó embobada mirando a toda la gente que había. Parejas felices, familias con niños, matrimonios mayores o simplemente, una cena de amigos. Ese restaurante era el mejor de todo Hocklast y no era de extrañar que siempre estuviera lleno. Sin embargo, a ella no le parecía nada del otro mundo. No se quejaba del lugar ni de la comida, pero siempre preferiría una cena compuesta por hamburguesas o pizzas y de postre una tarrina de helado, con su pijama puesto y envuelta en su manta de dos metros, que una comida *delicatessen* y vestida un poco más arreglada que de lo normal.

—¡Cuidado!

Nayra expulsó un pequeño grito al sentir como algo alargado se hundía en su estómago. Se llevó las manos a él y alzó la mirada. No dio crédito a lo que veía delante de ella.

—¿Tú otra vez?

—Supongo que sí, que yo otra vez —dijo Dan, dejando el carro a un lado para ayudarla y sentarla en una silla. Iba encogida tras ese golpe—. Lo siento.

—Más yo, te lo aseguro. —Se masajeó el estómago—. ¿Trabajas aquí?

—Claro. No ves este uniforme tan bonito que llevo. Soy el subchef.

—Sí, precioso uniforme —se mofó—. Aunque bueno, si nos ponemos al lado, parece que somos una de esas parejas que le gusta ir a conjunto. —Se señaló divertida su falda.

Dan rio. Le gustaba que, a pesar de haberla agredido dos veces sin querer, bromeara con él y no tuviera ganas de devolverle los golpes.

—Prometo cambiar el uniforme cuando consiga que el jefe me deje esto en herencia —bromeó—. Siento mucho haberte golpeado. ¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

—No. —Se levantó—. No sé si darte las gracias por socorrerme o gritarte por volver a chocar conmigo.

—No me he chocado contigo —se defendió—. Nos hemos chocado los dos. Es como el sexo; tiene que haber dos personas para que se produzca.

Nayra abrió los ojos con esa comparación y acabó riendo. Solo había visto una vez más a ese chico y, aunque al principio de sus dos encuentros lo único que le había producido había sido un enfado, su forma de ser, su amabilidad y esa sonrisa que tenía mientras hablaba, hacían que su mal humor se fuera y también le sonriera. Era como si ejerciera una extraña magia sobre ella.

—¿No había otra comparación?

—Las hay, pero es la primera que se me ha ocurrido, mariposita.

—¿Mariposita? —Frunció el ceño mientras volvía a masajearse el estómago. Sentía punzadas de dolor, pero sabía que estas enseguida desaparecerían.

Dan le señaló las pinzas de su cabello y parte del tatuaje que asomaba por la manga del jersey que llevaba. Nayra se miró el dibujo de su antebrazo. Se lo hizo cuando cumplió los dieciocho y a sus padres no les hizo ni pizca de gracia, pero a ella no le importó. No era un tatuaje ni grande ni feo: tres mariposas pequeñas en blanco y negro que parecían volar en armonía. Además, para ella, tenían un significado especial.

—Ah, ya —dijo bajándose la manga, pero esta enseguida volvió a subirse.

—Si te ha molestado, te pido disculpas.

—Eh... no, no lo ha hecho solo que... ha sido raro.

—Tengo que volver al trabajo, pero me gustaría volver a verte. ¿Te apetece cenar algún día conmigo?

Quedar con ella iba a ser la oportunidad perfecta para confirmar lo que tanto deseaba y contarle la verdad. Quizá había sido demasiado directo, pero, como le había pasado el día anterior, se había puesto nervioso al tenerla a pocos metros de él. Se sentía como un adolescente hablando con la chica que

le gustaba desde que empezaron el instituto.

Nayra abrió los ojos como platos. ¿Acababa de escuchar bien? No se conocían de nada y por supuesto, no iba a quedar con él. Aparte de que tenía novio, Dan era muy lanzado para su gusto. ¡Se lo había soltado sin anestesia!

—Lo siento, pero no —respondió sin ni siquiera pensarlo—. Pareces un chico muy amable y simpático, a pesar de que casi me matas dos veces en veinticuatro horas, pero no quiero nada más. Adiós.

Nayra pasó por su lado y casi corrió hasta su mesa. Él se quedó mirándola un tanto sorprendido. Vale que quizá hubiera sido un poco brusco, pero ese rechazo sin dudar no le había gustado absolutamente nada. Se quedó observando cómo sus coloridas puntas se movían al ritmo de sus pasos hasta que se sentó en una mesa junto con la que suponía que era su familia.

Un tanto dolorido por ese no, cogió el carro y siguió con su trabajo. Parecía que le iba a costar más de lo que pensaba.

El corazón de Nayra todavía latía con velocidad, incluso el cuerpo entero continuaba temblándole. No conocía a Dan. Solo habían cruzado cuatro palabras y no pensaba salir con él. Podría ser un psicópata. Además, no pensaba hacerle eso a Liam ya que, si la situación fuera al revés, a ella le molestaría. No le gustaría que su pareja saliera a cenar o a tomar algo a solas con una chica que no fuera ella.

—¿Estás bien, Nayra? —le preguntó su madre cogiéndola de la mano.

—Sí. —Sonrió—. Bueno, no del todo. —Bajó la mirada—. Aún no te he felicitado. ¡Feliz cumpleaños, mamá! —Se acercó a ella para darle un beso en la mejilla.

Mery sabía lo que le había costado a su hija hacer ese gesto. Llevaba muchos años sin felicitarla y esas palabras, a pesar de no notar demasiado entusiasmo en su voz, le habían gustado.

Nayra sabía que tenía que poner de su parte si quería que se hiciera realidad una de sus fantasías desde niña: tener una familia normal que la quisiera. Y, sobre todo, que se sintiera orgullosa de ella. Sabía que sus padres sí lo hacían, pero quería que se lo demostraran de verdad. Y de momento, no lo hacían.

—He estado pensando y... podría hacer un parón en la universidad para estudiar fotografía. Y si no encuentro trabajo, retomar los estudios.

—No me parece bien, Nayra —dijo su padre—. Quiero que te saques la carrera. Después, ya hablaremos de tus estudios de fotografía.

«Claro, porque jamás podrás estar orgulloso de mí si soy una simple fotógrafa».

Le molestaba que no mostraran un poco más de entusiasmo o de apoyo ante algo que a ella le gustaba de verdad y se le daba bien. ¿De verdad esperaba que le dijeran que sí con una sonrisa de oreja a oreja? ¡Menuda ilusa!

Ella solo asintió como respuesta. A eso se refería. Unos padres deben desear que sus hijos sean felices tomen el camino que tomen, a no ser que este sea malo, pero sin serlo... ¿por qué no la dejaban? Además, ya les había dicho que, si no conseguía trabajo tras estudiar fotografía, regresaría a la universidad. Sin embargo, se negaban en rotundo.

—¿Y cuándo me la saque? ¿Podré estudiar lo que de verdad me gusta? —quiso saber.

—Ya te he dicho que, cuando consigas graduarte, ya lo hablaremos.

Nayra asintió y siguió degustando su comida hasta que llegó la hora de irse. Theresa había quedado con unos compañeros, por lo que, esa noche, tendría la casa para ella sola hasta bien entrada la madrugada.

Tras llegar a casa, se cambió de ropa y cogió su cámara para ir al bosque que había cerca de la playa. Cuando la noche caía, la naturaleza creaba un paisaje precioso. Además, en la zona norte, apenas había farolas, por lo que, encontrando un lugar adecuado y algo apartado, se podían ver las estrellas del firmamento.

Al captar imágenes únicas y mágicas era el único momento en el que se sentía completa y feliz.

Capítulo 3

Theresa estaba preocupada y bastante enfadada con su hermana. Y también cansada de la situación. No se daba cuenta del daño que le hacía su relación con Wendy.

La chica había vuelto a desaparecer sin dar señales y Nayra estaba muy asustada por ella. Temía que un día hiciera una locura y cuando su amiga desaparecía, un malestar invadía su cuerpo; tanto físico como mental. Por las noches, no podía dormir y las pocas horas que lo hacía, tenía pesadillas. Era incapaz de concentrarse en nada y muchas veces se derrumbaba y lloraba muerta de miedo por si le había pasado algo grave, ya que esa chica había tenido varios intentos de suicidio y, aunque sí se lastimaba, no terminaba de ser capaz de abandonar la vida.

A Nayra se le cerraba el estómago y, en ocasiones como aquella, acababa por correr al baño para vomitar la poca comida que había ingerido minutos antes. No le entraba nada y en esos cuatro días que llevaba sin saber nada de Wendy, había perdido peso.

—¿Cuándo vas a ver que a esa chica no le importas? ¿A darte cuenta de que en realidad es una egoísta?

Nayra tiró de la cadena y salió del baño con un aspecto horrible. Se había lavado los dientes y en ese momento se pasaba la mano por la boca para secarse el agua que quedaba a su alrededor.

No quería creer las palabras de su hermana. Wendy no era así, pero nadie era capaz de verlo. Solo ella se daba cuenta de que, en realidad, era una chica con muchos problemas y sin nadie que la apoyara. Por ello, no pensaba abandonarla.

—No es una egoísta. No la conoces. Solo lo pasa mal y me necesita.

Theresa se cruzó de brazos mientras negaba con la cabeza. Nunca le daría la razón y, por muy cruel que sonara, tenía que intentar que su hermana se quitara la venda y mandara a la mierda a esa tía.

—Nayra, si de verdad fuera tu amiga y le importaras, no te haría pasar por esto sabiendo cuánto te afecta. Te mandaría, aunque fuera, un mísero

mensaje, pero creo que esa chica necesita verte mal para comprobar que de verdad le importas. Te quiere atar a ella, que la busques, que le hagas sentir lo que las personas más cercanas a ella no consiguen, ¿no lo ves? —Elevó un poco el tono de voz mientras daba un paso hacia ella—. Y después, cuando consigue chuparte la energía, se larga. ¿No te das cuenta de lo tóxica que es?

—¡Basta ya, Theresa! —Nayra empezando a hartarse de tener siempre la misma conversación—. No la conoces.

Nayra pasó por su lado molesta con lo que le decía su hermana. Ella no entendía por todo lo que Wendy pasaba y no era como la describía ya que, cuando era ella la que no estaba bien, su amiga la animaba y no se separaba de su lado. Aunque en lo que sí le tenía que dar la razón, era en que le podría avisar de que iba a tomarse un tiempo alejada de todo. Un mísero mensaje donde le dijera que necesitaba estar sola o lo que fuera. No podía evitar pensar en que un día la encontrarían muerta. Al imaginarse esa posibilidad, se derrumbaba, pues no sabría qué iba a hacer sin Wendy. La necesitaba demasiado en su vida, incluso a veces sentía que había creado una dependencia hacia ella. No era idiota y sabía que eso no era bueno, al contrario; no podía depender de una persona y lo intentaba evitar, pero con Wendy había conectado como con ninguna otra persona. Era la primera amiga que tenía de verdad y que no le daba la espalda en sus momentos malos. Al contrario que otras, que no dudaban en darla de lado cuando se aburrían o aparecían nuevas personas.

—Yo sí me preocupo por ti de verdad, Nayra —le dijo su hermana a su espalda—. Y créeme, evitaría a toda costa que estuvieras como estás ahora por mi culpa. Ojalá algún día te des cuenta.

La miró un segundo antes de que Theresa se colgara el bolso al hombro para irse a trabajar, y ella tendría que hacer lo mismo. Con el tema de Wendy, esa semana apenas había pisado la universidad. Menos mal que Liam, su novio, le pasaba los apuntes. Él, a diferencia de su hermana, no le comía el coco para que cortara su relación con su amiga, aunque sí le advertía de que tuviera cuidado.

Llegó a clase sin demasiado ánimo y se sentó en las filas del medio. No le gustaba sentarse demasiado adelante, pero tampoco atrás, ya que, si no, no veía nada. Poco después, vio por la puerta llegar a Liam. Tan impresionante

como siempre con su cabello oscuro algo despeinado y sus ojos azules ocultos por sus gafas de sol. Le sonrió desde la distancia y se sentó a su lado tras darle un ligero beso en los labios.

—Hola, preciosa. ¿Estás mejor? —Le acarició con mimo la mejilla.

—No. Sigo sin saber nada.

—No te preocupes. Aparecerá. Siempre lo hace. Después te llora un poco y tú la perdonas.

Nayra lo miró con el ceño fruncido. ¿A qué venía aquello? Liam jamás le había hecho un comentario parecido con respecto al tema de Wendy.

Observó cómo se quitaba las gafas de sol y sacaba los apuntes como si no acabara de pasar nada.

—¿A qué ha venido eso, Liam? —Al ver que él callaba sin saber qué contestar, prosiguió—: Ya he tenido suficiente con la charla de mi hermana. —Se recostó en la silla—. No necesito que tú también me digas lo mismo.

Liam expulsó un largo suspiro y se giró un poco en la silla para mirarla y coger sus manos entre las suyas.

—Sabes que nunca lo hago, pero no puedo callarme más. ¡Mírate! —La señaló—. Te consume poco a poco. Aparte de las ojeras que tienes, los ojos hinchados y la evidente pérdida de peso, psicológicamente estás mal. Tenemos que presentar dos trabajos en menos de diez días y no estás nada concentrada y, por si fuera poco, has suspendido un parcial. Abre los ojos, nena. Esa tía no hace más que hacerte daño para que ella se sienta mejor. Tu sufrimiento es lo que le da la vida y eso no debería de ser así. Los amigos de verdad no hacen eso.

No dijo nada. Se limitó a girar la cabeza para que no viera la humedad que se había formado en sus ojos. Los cerró para intentar secarla, aunque lo único que consiguió fue que dos lágrimas se deslizaran, aunque se las secó con rapidez. No quería que nadie la viera llorar.

Puede que su relación con Wendy no fuera la mejor, pero sí que era verdadera, además de la que más le había durado. Su amiga era la persona con la que más unida se sentía. Aparte de Liam.

Suspiró y sintió un suave beso en su nuca.

—No me gusta decirte esto, Nayra, pero tampoco que esa chica te haga todo lo que te hace.

Se giró para enfrentarse a él. Creía que Liam sí la respetaba en cuanto a su relación con Wendy, pero veía que, en realidad, era igual que su hermana.

—Solo necesita que alguien la apoye y la ayude a cambiar su vida.

—Sí, el problema es que ella no pone empeño, prefiere quedarse como está y no luchar por una vida mejor. Claro, como se lo dan todo hecho, que trabajen los demás por ella y le regalen su esfuerzo.

—Liam, para, por favor. —Cerró los ojos y contuvo las ganas que tenía de vomitar—. No tengo fuerzas ni ganas para discutir.

Finalmente, él decidió dejar de hablar y se concentró en sus apuntes. Durante la clase, no dejó de observar cómo Nayra no paraba de mirar su móvil, esperando un mísero mensaje que parecía no llegar. Si era sincero consigo mismo, prefería que jamás volviera a hablarla. Sabía que sería duro, pero, con el tiempo, lograría superarlo y estar bien de verdad sin comerse constantemente la cabeza pensando si Wendy se encontraba bien. De esa forma, no tendría que volver a preocuparse por ella.

Nayra no era capaz de concentrarse en clase y sabía que el simple hecho de que prestara atención, ya le ayudaría bastante con su pequeño problema. Era increíble cómo, a pesar de su esfuerzo, seguía costándole retener lo que estudiaba.

Volvió a mirar su móvil disimuladamente y el corazón le dio un vuelco al ver que tenía un mensaje de Wendy. Un sudor frío cubrió su piel y con su mano temblorosa, desbloqueó el teléfono para leer el mensaje.

Wendy:

Lo siento. He vuelto a discutir con Parker y... creo que te imaginas el resto. Si has decidido mandarme a la mierda, lo entenderé. No te merezco.

Sin importar que estuviera en mitad de una clase, Nayra contestó:

Nayra:

¿Quieres hablar? Podemos vernos dentro de una hora en el muelle.

Wendy:

Vale. Gracias por estar a mi lado.

Nayra:

Siempre.

Nayra se acercó a Liam para susurrarle que cuando acabara la clase, iba

a marcharse, a lo que él le respondió que no le parecía bien. Saltarse clases no la beneficiaba nada, además, esa semana no había aparecido hasta ese día, pero sabía que era como hablar con una pared. En ese momento, lo que más le importaba era correr hacia donde estuviera su mejor amiga.

Tal y como dijo, una hora después, por fin Nayra abrazaba a su amiga entre lágrimas y aliviada al ver que estaba bien.

Se sentaron en el borde del muelle de madera construido sobre el mar de la playa del norte y dejaron sus piernas por fuera.

—Lo siento, Nayra —se disculpó Wendy—. Necesitaba estar sola.

Se fijó en su amiga. Tenía un aspecto horrible, señal de que había pasado esos días rodeada de personas nada recomendadas, de alcohol y de drogas. Había perdido mucho peso, pues tenía los huesos muy marcados y su rostro estaba pálido, con los ojos rojos y bajo ellos, unas profundas ojeras negras. El cabello, negro como el carbón, lo tenía sucio y desaliñado, señal de que había pasado esos días durmiendo en la calle y no bajo un techo con una cama decente y una ducha.

—Sabes que estoy aquí para lo que sea. No tienes que huir cada vez que se te complican las cosas.

—Es que no quiero que mi mierda te afecte. —Suspiró—. Pero pase lo que pase, sabes que nunca nos separaremos. Solo son temporadas malas.

—En este mes has estado desaparecida tres veces. ¿Te haces una idea de lo mal que lo paso por ti? ¿De cuánto me preocupó?

Wendy bajó la mirada a sus pies que se balanceaban sobre el agua del mar. Su vida era un auténtico infierno. Por lo que sabía Nayra, se quedó embarazada con diecisiete años y su familia la dejó de hablar. Su novio y la familia de este, la acogieron como a una más y ellos eran lo único que tenía. Sin embargo, Parker no era quien decía ser.

La engañaba siempre que podía y prácticamente la trataba como si fuera una esclava: ella era la que se dedicaba a limpiar, a cocinar y a cuidar del hijo de ambos, mientras él salía a acostarse con cualquiera. Al principio, lo hacía con discreción, pero desde que lo pilló, no se molestaba en cambiar y en serle fiel, prefería seguir con su otra vida. Y, por si fuera poco, chantajeaba a Wendy mostrándole la realidad: si su relación acababa, no tendría nada. No tenía estudios ni trabajo y subsistían gracias al dinero que sus suegros, los

padres de Parker, les pasaban y el techo bajo el que dormían era una de las casas que pertenecía a la familia de él. Si sus caminos se separaban, lo perdería todo, incluido a su hijo, ya que ella sola no podría mantenerlo.

Había tenido varios trabajos: limpiadora, cocinera, camarera, dependienta... pero no le duraban, ya que la despedían por culpa de sus excesos.

Sí, para evadirse un poco de la realidad, cuando podía, Wendy desaparecía durante días y se pasaba ese tiempo bebiendo y acostándose con quien fuera. A veces ni se acordaba de si había usado protección y debía hacerse pruebas para ver si le habían contagiado alguna enfermedad de transmisión sexual. Además, por si fuera poco, en ocasiones, se drogaba.

Nayra lo sabía y algo dentro de ella moría cuando le confesaba que había consumido cocaína o cualquier otro tipo de droga. No le gustaban absolutamente nada y el cuerpo le temblaba cada vez que escuchaba esas palabras.

A todo esto se le sumaba que también estaba al tanto de que Wendy, ante la vida que llevaba, se había intentado suicidar en varias ocasiones, incluso cuando estaba embarazada, ya que, el día que pilló a Parker, estaba de siete meses. Había intentado intoxicarse y cortarse las venas y, aunque se había autolesionado más de una vez, parecía no ser capaz de quitarse la vida.

Nayra la conocía desde los dieciocho años (Wendy era cinco mayor que ella) y fue un apoyo, ya que, en ese momento, no lo estaba pasando nada bien. La conoció de casualidad en un bar del oeste de Hocklast. A Nayra la habían acusado de traicionar a sus amigas y la habían dejado de lado sin ninguna explicación coherente. Ella no había hecho tal cosa. Wendy había salido para beber, drogarse y acostarse con alguien, pero cambió sus planes al ver a una chica llorando y bebiendo sola en la barra. Esa noche, ambas hablaron de sus vidas y sus problemas y desde entonces se necesitaban en su vida como el aire para respirar.

—Volví a pensar en... ya sabes... —Nayra sintió como el corazón se le paraba—. Estoy harta de ver que se va con otras y lo peor de todo es que yo soy la idiota por seguir acostándome con él cuando nos apetece. Pero no puedo dejarlo, aunque quiera. Él es mi pilar. Sin Parker, no tengo absolutamente nada y perderé a Dylan.

—¿Acaso piensas en tu hijo cuando te invaden esos deseos de suicidarte? —le espetó un tanto enfadada y con una molestia en la garganta por retener las lágrimas.

—No. Sé que soy una egoísta y prometí cambiar la última vez que... intenté cortarme las venas. Cuando desperté en la camilla del hospital me mató verlo llorar y abrazarme pidiéndome que no me muriera. Estoy intentando apartar esos pensamientos, pero son muy fuertes... No te puedes hacer una idea de lo que sufro.

—Tendrías que seguir en la terapia —dijo en voz baja.

—¿Para qué? Fui durante más de un año y no me sirvió de nada.

—Porque tú también tienes que poner de tu parte, Wendy. —La miró y dobló una rodilla para abrazársela—. No sabes el miedo que paso por ti cada vez que desapareces.

Vio como su amiga apartaba la mirada. Wendy sabía perfectamente lo mal que lo pasaba cuando decidía desaparecer sin avisar y solo tenía que ver el aspecto de Nayra para ver que, en esa ocasión, no había sido diferente. Se la veía agotada, por lo que supuso que no había dormido y algo más delgada. Sin embargo, si era sincera consigo misma, experimentaba cierto placer al ver que no lo pasaba bien por ella. Eso significaba que la quería de verdad, no como otras personas de su entorno.

—Quiero pensar que no siempre estaré así. Que mi vida tarde o temprano cambiará y que podré largarme de aquí con mi hijo.

Nayra asintió. No deseaba nada más. Prefería que se fuera lejos, pero que estuviera feliz y a salvo, a que se quedara junto a su pareja y cada dos por tres tuviera que sufrir situaciones como aquellas. La echaría de menos, pero ambas estarían tranquilas y podría ir a verla siempre que pudiera.

—¿Dónde has estado? —quiso saber.

—Ya sabes dónde. Creo que a estas alturas es mejor no recordar dónde me meto cuando salgo de Hocklast.

Nayra asintió. Sabía que los días que huía pasaba la noche con el tío o, mejor dicho, los tíos con los que se acostaba. A parte de proporcionarle sexo y evasión, a alguno de ellos se le podía considerar algo más caballeroso. La invitaban a comer algo y como no, a las drogas. Ella no se podía permitir pagar nada.

—Voy a pasar la Navidad en casa de mis suegros. —Cambió de tema. No quería hablar de las idioteces que había hecho durante esos últimos días—. Sabes que allí apenas hay cobertura. Te lo digo para que no te asustes y prometo hablarte siempre que vea que tengo conexión.

Nayra asintió. Los suegros de Wendy vivían fuera de Hocklast, en una zona montañosa donde la cobertura prácticamente era inexistente.

—Está bien. —Se levantó y se sacudió un poco los pantalones—. Tengo que irme ya, es tarde y a las cuatro viene Liam a casa para seguir con uno de los trabajos que tenemos que entregar. —Suspiró—. Wendy, por favor, si necesitas desahogarte, sabes que estoy aquí. —Colocó una mano en su hombro—. No tienes que hacer lo que haces. Yo puedo ayudarte a que tu vida cambie un poco. No hago milagros, pero sé que, si me dejas, podría mejorar algo tu vida. Si te desahogaras conmigo, y no como lo haces, conseguirías que te duraran los trabajos, incluso poder estudiar en un futuro. Podrías ser feliz.

—Te prometo intentar cambiar.

Nayra solo asintió y bajó la mirada a sus pies. Siempre le decía eso, pero, si algo había aprendido en el tiempo que llevaban juntas, era que Wendy jamás cumplía sus promesas. Aquello era otra cosa que le dolía mucho. Para ella, una promesa era muy importante y todas las que su amiga le había dicho, las había incumplido. No se fiaba de su palabra. Cuando prometía algo, significaba que la iba a fallar y, a pesar de eso, seguía perdonándola y dándole una oportunidad tras otra.

Más tranquila y con el estómago de nuevo abierto tras estar con Wendy, Nayra llegó a casa para prepararse algo de comer. No tenía demasiadas ganas de cocinar, así que sacó de la nevera la lasaña que sobró la noche anterior. Había bastante, tanto para ella como para Theresa, ya que la cocinaban para dos días y debido a su estado de malestar por su amiga, Nayra no la probó.

No esperó a su hermana para comer, ya que esta iba a tardar en llegar, así que, tras devorar aquella deliciosa comida, fue a echarse un rato antes de que Liam llegara. De los días que llevaba sin apenas echar ojo, esa siesta no fue suficiente y se levantó más cansada de lo que se acostó. Era más, si no llega a ser por el sonido del timbre que indicaba la llegada de su novio, habría seguido en la cama.

—Hola, nena —la saludó con un beso—. No sé si vamos a avanzar mucho con el trabajo —dijo desnudándola con la mirada.

Antes de echarse la siesta, había decidido cambiarse de ropa para ponerse más cómoda. Llevaba una camiseta básica que le estaba bastante grande. Le dejaba un hombro descubierto y le llegaba a medio muslo, donde apenas se podía vislumbrar el corto pantalón de algodón gris que vestía dejando a la vista sus preciosas piernas desnudas. Solo unos altos calcetines de color crema cubrían parte de ellas.

—Aparta esos pensamientos, Liam. No nos sobra el tiempo.

—¿Está tu hermana en casa? —le preguntó mientras se dirigían al salón para sentarse en la mesa.

—No.

—¿Uno rápido? —le preguntó agarrándola de las nalgas para atraerla hacia él y que sus cuerpos se ciñeran—. Así estaremos después de mejor humor para sumergirnos en el interesante tema de las técnicas de investigación periodísticas.

Liam comenzó a dejar un reguero de largos y húmedos besos en su cuello mientras sus manos vagaban por todo su cuerpo incitándola a que se dejara llevar.

Nayra no estaba disfrutando nada de ese pequeño arranque de pasión. Normalmente, cuando empezaban con los arrumacos, siempre acababan en la cama, incluso era ella la que lo arrastraba. Pero, en esa ocasión, su cabeza aún estaba hecha un caos y en ese momento estaba de todo, menos excitada.

—Liam, para. —Se separó—. Aún no estoy de humor y ya te he dicho que el tiempo no nos sobra. Vamos a quitarnos esta mierda cuanto antes, por favor.

Él suspiró. Si no fuera por la idiota de Wendy, ahora su novia estaría bien y, en ese instante, ambos estarían disfrutando del cuerpo del otro. No recordaba la última vez que se acostaron. Entre unas cosas y otras, Nayra no estaba receptiva, y, por mucho que le apeteciera, él no era ningún cabrón que la presionaría a hacer algo que no quisiera.

—Está bien. —Se sentaron y cada uno encendió su portátil—. ¿Has estado con Wendy?

—Sí.

—¿Y?

Nayra lo miró. Liam estaba a la espera de que le confirmara sus sospechas. No pensaba mentirle, aunque esperaba que no empezara otra vez con la charlita.

—Lo de siempre, Liam. ¿Eso querías escuchar? —le espetó—. Sí, se ha pasado estos días follando a cualquiera, bebiendo y drogándose y sí, también ha vuelto a tener pensamientos de suicidio.

Abrazó con una mano su cintura y la acercó un poco hacia él para besarle la sien.

—Lo siento, nena.

—Ya... Me ha prometido cambiar.

Él alzó las cejas.

—¿La crees?

—No. Sé que lo volverá a hacer.

—Y si lo sabes, por qué no...

—¡Liam, ya! —Alzó una mano para indicar que parara—. Vamos a dejar este tema a un lado y a concentrarnos en esto, ¿vale?

—Como quieras.

Apenas hablaron durante las tres horas que estuvieron avanzando sin parar con el trabajo que debían entregar en pocos días. Agotados, decidieron dejar la bibliografía para el día siguiente y, cerca de las siete y cuarto de la tarde, Nayra se despedía de Liam con un dulce beso. No le gustaba estar enfadada con él.

Minutos después, cogió su cámara para irse a tomar fotos. Llevaba días sin hacerlo. Era increíble lo que le afectaban las huidas de su amiga.

Se cambió de ropa para ir a la playa del norte, el único lugar donde podía ser ella misma. Siempre había algún detalle nuevo que inmortalizar y, si no lo encontraba, paseaba por su alrededor hasta que algo llamaba su atención. Casi siempre regresaba a casa con nuevas fotos. Podía pasarse horas con su cámara.

Con la llegada de la tarde, se había levantado un viento bastante fuerte y podría ser peligroso estar cerca del mar, por lo que decidió hacer las fotos desde lo alto del bosque. Era mágico tener la playa y un bosque tan juntos. Con ese viento, el oleaje sería impresionante y podría jugar con la perspectiva

de los troncos de los árboles, las copas y las olas. Algo se le ocurriría.

Salió de su casa y cogió su bicicleta azul para ir hasta su destino. Ella no tenía el carnet de conducir ni demasiado entusiasmo por sacárselo. Además, Hocklast no era muy grande y con su bicicleta le valía. Colocó en la cesta que tenía la pequeña mochila de la cámara y pedaleó hasta la playa.

Como imaginaba, al llegar, pudo ver de lejos como las olas chocaban contra el muelle donde esa mañana se había sentado junto a Wendy. El cielo estaba nublado, pero algunos rayos de sol se colaban entre las nubes y se posaban en el mar haciendo que este brillara. Podría capturar una ola chocando contra el muelle y a la vez captar el brillo de esa ola, pero no estaba en buen ángulo. Si pudiera subirse a algún sitio...

Comenzó a caminar por el bosque buscando algo elevado, pero no había absolutamente nada, así que tenía dos opciones: acercarse a la playa y arriesgarse a que el mar la engullera o subirse a la rama de alguno de los pinos. La segunda idea le pareció menos peligrosa y comenzó a trepar hasta quedar sentada en una de ellas con la espalda apoyada en el tronco. Por el camino, se había hecho algunas pequeñas heridas en las manos, pero nada grave. Lo que de verdad la preocupaba era que la rama no aguantara su peso.

Sacó su cámara de la bolsa que llevaba colgada a modo de bandolera y colocó el objetivo de 70-300 mm. Necesitaba bastante *zoom* para poder captar lo que quería.

Las olas aquel día eran impresionantes. Alcanzarían los cinco metros de altura y morían con fuerza sobre la superficie del mar. A ella le aterraba un poco estar cerca de ellas cuando se ponían así por culpa del mal tiempo.

—Allá vamos —se animó antes de acercarse la cámara.

Nayra empezó a manipular el objetivo para obtener el mejor punto para captar la imagen. Lo malo era que tenía que esperar a que las nubes dejaran ver un poco el sol para lograr lo que ella quería.

Un movimiento llamó su atención y sin poder evitarlo, movió la cámara para ver qué era. O más bien quién. De pie en la arena y con una tabla al lado, se encontraba un chico rubio vestido con un neopreno.

—No se atreverá a entrar —se dijo un tanto asustada.

Podía ser peligroso hacer surf con esas olas. Ella no sabía practicar aquel deporte, pero no había que ser muy lista para ver que esas olas enamorarían a

cualquier surfista. Estaban locos. Parecían no conocer el peligro del agua.

Aumentó más el *zoom* y lo reconoció: Dan. Su gesto estaba serio, como si estuviera pensando en si entrar o no en el agua. Eso o que quizá su mente estaba muy lejos de allí. Lo observó hacer unos ejercicios de calentamiento antes de coger la tabla y correr para meterse en el mar.

A Nayra se le disparó el corazón al ver cómo las olas se lo tragaban, pero sabía manejarlas y comenzó a mover los brazos antes de ponerse en pie sobre la tabla para cabalgarlas. Era un espectáculo magnífico.

Ella nunca había fotografiado personas, siempre le había gustado más captar la belleza oculta de la naturaleza, pero aquella vez, sentía que debía hacer una excepción.

Empezó a sacar decenas de fotos manipulando el *zoom*, las funciones de su cámara, el ángulo... No sabía cómo estaban quedando, pero la imagen que ella estaba viendo y reteniendo en su memoria, era impresionante.

Dan sabía lo que hacía y se le veía pequeño rodeado de esas enormes olas, aunque practicando surf, era muy grande. Nayra tiró una foto cuando lo vio realizar un salto sobre una ola y sonrió. Apartó la cámara y fue a la galería para verlas. Algunas no le gustaban nada como habían quedado, pero otras, eran increíbles. En especial dos de ellas: en una, las olas salvajes ascendían varios metros mientras otras morían con fuerza. Dan se encontraba en medio de ellas. Parecía que miraba a la muerte a la cara y jugaba con ella. Impresionaba bastante, además, el cielo nublado potenciaba su profundidad. En la otra, había aplicado más *zoom* y salía saltando sobre una de esas olas. Al fondo, se vislumbraba la luz del sol entre las nubes rodeando su figura. Parecía un dios en aquella imagen.

Nayra suspiró y volvió a mirar por la lente. Dan había salido ya del agua y se sacudía el pelo húmedo mientras su pecho se movía al ritmo de su agitada respiración. Su rostro mostraba satisfacción, como si le gustara enfrentarse al peligro para sentir que estaba vivo.

Vio como se desabrochaba el neopreno y se lo bajaba hasta la altura de la cadera dejando su torso desnudo al descubierto.

—¡Madre de Dios! —exclamó aumentando el *zoom*—. Menuda tabletita tiene el amigo...

Lo siguió a través de la lente y lo vio detenerse en la pequeña colina que

formaba la arena donde unos yerbajos crecían. Observó cómo cogía una mochila y sacaba de ella ropa limpia y una toalla. No se pensaría desnudar allí mismo, ¿verdad?

Nayra siguió espiándolo y abrió la boca al ver que se quedaba como su madre lo trajo al mundo. Lástima que le diera la espalda, aunque tenía un culo magnífico. Puede que ella tuviera novio, pero no era ciega.

Se fijó en su brazo derecho y movió el objetivo para intentar apreciar el tatuaje que tenía en el bíceps. Era bastante grande y lo único que pudo distinguir era un círculo con más manchas negras en su interior, pero no apreciaba qué dibujo formaban esos trazos.

Dan enseguida se vistió y miró las hierbas que había a su lado. Pasó la mano por ellas antes de coger su tabla y su mochila para salir de la playa.

Nayra suspiró y se abanicó con la mano. Le habían entrado calores de repente, aunque no sabía si por las impresionantes fotos que había conseguido o por ver a Dan desnudo. ¿O quizá fuera por las dos? Sonrió divertida y tras guardar la cámara en su estuche, bajó del pino con cuidado para irse a casa y trabajar con las nuevas imágenes que había conseguido.

Capítulo 4

La cena de Año Nuevo no había sido nada del otro mundo, pero al menos era de las mejores a la que Nayra había asistido. Su madre había cocinado sus platos favoritos, dándole igual la comida más típica de aquella noche. Era como si quisiera que todos estuvieran a gusto, sobre todo ella.

George y Mery sabían que no habían sido los mejores padres del mundo, pero nunca era tarde para recuperar el tiempo perdido. Durante la cena, no hablaron de trabajo ni de estudios ni de política ni de religión, solo recordaron anécdotas y comentaron otro tipo de temas. Nayra lo agradeció hasta la infinidad. En cada reunión familiar, sus padres la interrogaban deseosos de ver alguna mejora en ella con el tema de la universidad, por lo que, el detalle de que esa noche no hubieran sacado ese tema, le había gustado. Incluso todos habían sentido que, por primera vez en mucho tiempo, estaban siendo una familia unida y feliz. El ambiente había estado cargado de risas, gestos cariñosos y sonrisas sinceras. Para Nayra, había sido especial y se alegraba de que hubiera decidido empezar a cambiar el chip.

Había sido una velada muy agradable, sin embargo, no podía dejar de pensar en lo que ocultaba su padre, ya que, cuando creía que nadie lo miraba, su sonrisa desaparecía y su gesto se transformaba en una mueca triste y apagada. Además, se le veía cansado y se notaba que había adelgazado más desde el día del cumpleaños de su madre. Sin poder evitarlo, le preguntó si estaba bien, a lo que él le respondió con un sí y le explicó que había empezado a cuidarse más y su cuerpo aún estaba acostumbrándose a los cambios.

Mery y Theresa, ante esa respuesta, bajaron la mirada y se quedaron en silencio durante unos segundos. Nayra se percató de cómo los ojos de su hermana se entristecían, incluso le pareció vislumbrar que estos se le humedecían. Cuando fue a preguntar que qué estaba pensando, su madre se le adelantó y sacó un tema al azar para romper ese incómodo silencio y desviar la atención de Nayra. Algo ocurría y se lo estaban ocultando, pero no quiso iniciar una discusión. Había prometido poner de su parte para intentar

mejorar la relación con sus padres, al igual que ellos se estaban esforzando para conseguir el perdón de su hija menor.

Tras abrazarse y besarse con la llegada del nuevo año, Theresa y Nayra se despidieron de ellos. Habían quedado para salir de fiesta y antes tenían que pasar por su casa para cambiarse de ropa.

Para aquella noche, Nayra había elegido un vestido rojo, ceñido y de encaje por encima de las rodillas. Lo combinó con unos tacones dorados y se hizo un semirrecogido.

—Me voy ya —dijo Theresa entrando en el cuarto de su hermana—. Con suerte, no dormiré aquí, así que tienes vía libre para traerte al idiota de tu novio.

—Theresa, Liam no es tan malo como crees.

—Lo siento, hermanita, pero un tío que a la mínima se lía a hostias, es un idiota y me preocupa que algún día se le vaya la mano contigo.

A Nayra le sorprendió ese comentario. Era cierto que, en ocasiones, Liam se ponía un poco violento, pero jamás con ella. Sabía que era incapaz de ponerle una mano encima.

—No pasará. Hemos tenido cientos de discusiones, algunas fuertes, y jamás me ha levantado la mano o me he sentido amenazada.

—De momento. No me fío. Aunque contigo sea perfecto, no deja de ser violento, algo que a mí no me gusta en ninguna persona.

Puso los ojos en blanco. Parecía tener un don para juntarse con personas no gratas para su familia, en especial, para su hermana. Primero fue Wendy y después Liam.

Al principio, Theresa no tenía nada en contra de Liam. Le parecía un buen chico, pero un día, Nayra llegó cabreada a casa y con el maquillaje corrido por culpa de las lágrimas. Había pasado la noche entera, primero en el hospital y después en comisaría. Al verla en ese estado y asustada por las horas a las que llegaba, Theresa le preguntó por lo ocurrido. Estaba tan destrozada que decidió ser sincera con su hermana. Le contó como Liam se había metido en un grave problema por liarse con un tío a hostias por el mero hecho de que, cuando ese chico que trabajaba de camarero le sirvió a ella la copa, al entregarle el vaso le rozó los dedos. Él lo vio y se volvió loco. Primero se enfrentó a él verbalmente y cuando ambos se calentaron del todo,

llegaron a las manos. Resultado: el camarero fue despedido y a su novio lo echaron de la discoteca. Ambos acabaron con el labio partido y Liam con una brecha encima de la ceja.

A su hermana mayor no le gustó nada escuchar eso, pero lo dejó pasar, hasta que esa única pelea causada por celos se transformó en algo habitual en la relación de Nayra con su novio. Había perdido la cuenta de las veces que Liam había agredido a otro chico por el simple hecho de estar cerca de Nayra.

—Ten cuidado, ¿vale? —se preocupó, acercándose a su hermana para darle un beso en la mejilla—. Pásalo bien. ¡Te quiero!

—Y yo a ti. —Sonrió—. No bebas mucho y elige bien a tu conquista. — Le guiñó un ojo y Theresa salió del cuarto moviendo las caderas divertida.

Minutos después, ella oyó unos bocinazos, lo que le indicaba que Liam ya estaba allí. Se retocó el pintalabios y cogió el abrigo y el bolso para reunirse con él.

El frío la azotó cuando salió y corrió como pudo con los tacones que llevaba para meterse en el coche. Se frotó las manos y dejó que el calor que el vehículo desprendía la envolviera.

—¡Feliz año! —lo felicitó dándole un corto beso—. Dios, ¡qué frío hace!

—¡Feliz año, cielo! Estás muy guapa, aunque lo estarías más sin esas mechas multicolores.

Negó con la cabeza y prefirió no hacer ningún comentario. No era la primera vez que le decía eso y estaba harta de dejarle claro que a ella le gustaban y que si a él no, era problema suyo. Solo se las quitaría cuando se aburriera de tenerlas, no porque nadie se lo implorara.

Liam, al ver su gesto molesto, decidió callar y arrancó el coche para ir al lugar donde habían quedado con sus amigos. No tardaron en llegar y dejaron el vehículo en el *parking* de la discoteca más conocida situada en el centro de Hocklast. Como si fuera un caballero, le abrió la puerta y la ayudó a salir antes de entrelazar sus dedos para caminar hasta la entrada. Se adentraron en la sala para dirigirse a la barra y pedir una copa. El local estaba lleno. Media ciudad celebraba el nuevo año allí mientras bailaba, bebía y algunos se enrollaban en mitad de la pista como si no hubiera nadie más.

Nayra se fijó en el establecimiento. Lo habían adornado con espumillón,

globos, serpentinas y todo tipo de ornamentación. Estaba demasiado recargado para su gusto. Además, entre las paredes y el techo lleno de esas cosas y la cantidad de gente que había, se sentía algo agobiada con el poco espacio que había. Para moverse, tenían que pasar entre la gente. Aquello hizo que Liam apretara más fuerte su mano para evitar perderla.

Cuando llegaron al reservado, que días atrás había solicitado, con sus copas en la mano, se sentaron en el sofá. Eran los primeros en llegar; los amigos con los que Liam había quedado todavía no estaban allí. A Nayra no le caían mal, pero en los dos años que llevaba con su novio jamás había conseguido conectar con ellos y mucho menos con sus novias, más que nada, porque las cambiaban cada dos por tres.

—¿Qué tal la cena con tu familia? ¿Ha sido como siempre?

Liam conocía todo de ella y sabía la relación y los altibajos que tuvo con sus padres en el pasado, pero también estaba al tanto del cambio que sus progenitores estaban dando con ella. Desde el cumpleaños de su madre, no le preguntaban por sus estudios, solo si estaba bien o necesitaba algo. A Nayra eso le gustaba, ya que sentía que por primera vez en mucho tiempo, sus padres se preocupaban de verdad por ella, aunque todavía se mantenía alerta y no terminaba de relajarse con su presencia.

—Ha estado bastante bien, aunque noto a mi padre raro.

—¿Cómo de raro?

—No parece... feliz. No es el mismo, aunque intente mostrarse bien, no parece que lo esté. ¿Crees que puede ser por el esfuerzo que supone que cambie su actitud conmigo?

—No lo sé, nena. Sabes que apenas conozco a tu padre.

Ella asintió. En los dos años de relación, solo se habían reunido todos cinco veces y no porque sus padres no quisieran estar con su yerno, sino porque a Liam no le iba la movida de conocer a la familia de la otra persona e ir a eventos con ellos.

Meses atrás, una prima suya se casó y él se negó a acompañarla a la boda. Era su novio y ni siquiera lo pensó, directamente le respondió que no cuando se lo preguntó. Y encima, su hermana Theresa sí consiguió que su rollo por aquel entonces fuera con ella. Cuando el lunes lo vio, tuvieron una fuerte discusión, pues ella se había sentido sola en ese evento.

Liam, al ver que se quedaba callada y apartaba la mirada, rodeó con un brazo su cintura para atraerla más a él y susurrarle al oído.

—Estás preciosa esta noche. —Comenzó a acariciarle la pierna—. ¿Qué te parece si pasamos de la fiesta y nos vamos a tu casa?

Nayra curvó los labios en una ligera sonrisa y atrapó su mano para que no la introdujera más por su vestido. Al principio de su relación no le habría importado, pero cada vez sentía que esa pasión inicial poco a poco se había ido consumiendo, aunque no le daba importancia. Le ocurría a todas las parejas, ¿verdad? Perder la pasión no significaba dejar de querer. Al menos eso creía ella. Cada día que pasaba, la idea de tener sexo con Liam le resultaba aburrida y perezosa.

—No. Me apetece divertirme un poco antes de ir a casa —le contestó.

—¿Segura? —La tentó besándole el cuello.

Ella disfrutó de esos besos, aunque lo apartó al ver a Ian, Ewen y Niall acercarse a ellos para sentarse en el sofá junto con unas chicas. Nayra no las conocía, así que no descartaba que las hubieran acabado de conocer y, al saber que tenían un reservado, los habían acompañado para pasar una buena noche.

Saludaron a Liam, y ella, como siempre le pasaba, sentía que sobraba. Solo la saludaron con un escueto «hola, Nayra». Ni siquiera le felicitaron el año, pero ella tampoco. Se sentaron en el sofá y colocaron sobre su regazo a sus conquistas. Le sorprendió esas confianzas que se tomaban los amigos de su novio con las chicas, aunque parecía no importarles.

—Casi no consigo escaparme —relató Ian—. Mi madre quería retenerme todo el tiempo posible para pasar el resto de la noche en familia jugando al dominó y al bingo. ¡Querían que jugara al puto dominó!

—Lo mío es peor —empezó a hablar Niall—. Mi padre quería una foto con toda la familia. No se dan cuenta de que ya no soy un puto crío.

Uno a uno, todos los que estaba allí empezaron a quejarse de sus familias por motivos bastante estúpidos. Nayra los fulminaba con la mirada y con envidia, ya que a ella le gustaría tener una familia como la de ellos. Gente que desea pasar tiempo contigo haciendo cualquier cosa. Ya fuera jugando al bingo o haciendo fotos sin parar. Jamás había vivido nada así y le habría encantado. Harta de escuchar sus estupideces, se puso en pie.

Necesitaba alejarse de allí con urgencia antes de que la lengua se le fuera sola y soltara por su boquita algo que sabía que después le traería problemas con su novio.

—Si me disculpáis —Se bajó el vestido para que quedara en su sitio—. Voy un momento al servicio.

—Te acompaño —se ofreció Liam.

—No tienes que acompañarme. Estaré bien y será un minuto.

Nayra vio cómo se tensaba, pero empezaba a cansarse de que, cuando salían, no se separara de ella ni un segundo. Al principio sí que le encantaba que se comportara así, ya que nadie la había protegido de esa manera, pero con el tiempo, la agobiaba y veía que eso no era protección, sino un pequeño ataque de desconfianza y celos. Por desgracia, tuvo que darse cuenta de ello cuando empezaron a pasar toda la noche fuera, primero en el hospital y después, siempre que se lo llevaban a comisaría tras la pelea. La última vez que su novio inició una y esa rutina se repitió, fue un par de semanas atrás. ¿La razón? Un chico había recogido del suelo su abrigo, que se le había caído, y le había hablado para devolvérselo. Pero Liam vio algo más en aquel inocente gesto y no dudó en abalanzarse sobre ese pobre chico quien ni siquiera se defendió.

Sabía que debía imponerse y conseguir que corrigiera aquello. Ella no pensaba hacer nada que lo molestara porque valoraba mucho la palabra respeto, pero le estaba costando bastante. ¡Qué diablos! No había conseguido ningún puto avance.

—Liam... por favor... —le suplicó—. Confía en mí.

—Está bien, pero ten cuidado.

Ella asintió y le sonrió antes de salir del reservado para ir al aseo. Pasó como pudo por toda la gente que bailaba en la pista hasta que consiguió entrar en el pasillo que conducía a los servicios. Como se imaginaba, la cola era bastante considerable, pero hasta lo prefirió. El tiempo que estuviera ahí, estaría lejos de los comentarios estúpidos de los amigos de su novio.

Al salir, suspiró y retomó el camino de vuelta, pero al alzar la vista de sus pies se detuvo en seco. Wendy estaba allí, muy animada y bailando con un tío mientras este le metía mano sin ningún tipo de discreción.

El rostro de Nayra se tensó y una punzada de dolor atravesó su pecho:

había vuelto a mentirle. Le había prometido cambiar y empezar a centrarse, aunque no la sorprendía nada que hubiera roto esa promesa. Lo que de verdad lo hacía era que esa misma noche, a las doce, le había mandado un mensaje para felicitarle el año y ella le había respondido que en cuanto ayudara a su suegra a recoger la mesa, se iría a la habitación. Era mentira. No estaba en casa de su suegra. Ni siquiera sabía si alguna vez había pisado la casa de los padres de su novio. Si a Parker se le podía considerar así. Estaba muy enfadada y dolida por lo que acababa de ver, así que, sin dudarle, se acercó a ella y cogiéndola de la muñeca, la apartó de aquel hombre.

—¡Me has vuelto a mentir! —No ocultó su dolor y sus ojos color miel echaban chispas—. ¿Por qué? —Quiso saber mientras negaba con la cabeza—. ¡¿Acaso estas Navidades has salido de Hocklast?!

Wendy se sorprendió al verla y se arrepintió de su nueva mentira. Bajó la mirada y respondió con una voz casi inentendible.

—No. Te mentí. Parker sí se ha ido con el niño, pero yo preferí quedarme y tener la casa sola para mí. Quince días para ser feliz. —Sonrió y dejó escapar una leve risa—. Me siento bien, libre, sin ataduras ni humillaciones. Soy yo.

—Estás borracha. —Miró sus ojos—. Y colocada.

—¡Lo necesitaba! En dos días Parker vuelve y con él, mi mierda de vida.

A Nayra le entraron ganas de llorar, pero aguantó las lágrimas. No quería seguir llorando por ella, aunque a veces, era inevitable. Wendy caía una y otra vez en el mismo zulo y a la mañana siguiente, o al menos días después, prometía y juraba que iba a empezar a cambiar por su hijo y por ella misma. Y siempre la rompía. Sabía que su amiga quería a su hijo, pero su egoísmo y sus ansias de recuperar su vida anterior, hacían que, por unas horas, su pequeño pasara a formar parte de un segundo, tercer e incluso de un cuarto plano.

—Vete a casa, Wendy.

—Oye, bonita. —Se acercó a ella el tío con el que antes su amiga bailaba. Estaba igual de colocado que ella—. ¿Acaso eres su madre? Tienes dos opciones: o te unes a nosotros. —La desnudó con la mirada—. O te largas. —Nayra le sostuvo la mirada—. Aunque yo preferiría que eligieras la

primera opción. —Rodeó con una mano su cintura y comenzó a restregarse contra ella.

—¡No la toques! —Se abalanzó Wendy sobre él para que la liberara y consiguió que le diera una bofetada que la tiró al suelo.

—¡No le pongas la mano encima! —gritó Nayra colérica mientras le propiciaba un rodillazo en su entrepierna que hizo que se doblara y la soltara.

Fue a ayudar a su amiga a levantarse, quien lloraba y se negaba a colaborar debido a lo que fuera que se hubiera metido en el cuerpo. No podía con ella y Wendy se negaba a poner de su parte. La gente pasaba por su lado y en vez de ayudarlas, las esquivaban.

«Desgraciados», pensó preocupada y nerviosa por lo que estaba tardando en regresar. Seguro que Liam estaría histérico. Aunque no tardó en averiguarlo.

—¡¡Hijo de puta!! —Escuchó su voz a su espalda.

Liam la había seguido. No se fiaba nada, así que no la perdió de vista en ningún momento. La vio conversar con la borracha y drogadicta de su amiga y como después, un tío la agarraba y restregaba su polla contra la pierna de su novia. Nayra se defendió, pero él ya estaba haciéndose paso entre la gente para darle su merecido.

—¡Liam, NO! —gritó sin querer dejar sola a su amiga, pero debía separar a su novio de ese chaval.

Empezó a dirigir su mirada de su amiga a su novio y viceversa, y se sintió agobiada por no saber qué hacer. ¿Dejar a su amiga sola y tirada en el suelo? ¿O ayudar a su novio y evitar que acabaran de nuevo en el hospital y en comisaría? Quería gritar, llorar, explotar y largarse de allí. Unas nauseas habían invadido su cuerpo, pero pudo contener las ganas de vomitar. En aquel momento, se sentía perdida, sola y completamente derrumbada. Su vida estaba llena de problemas y se le habían juntado dos de golpe.

Finalmente, salió de su estado de *shock* y consiguió levantar a su amiga del suelo. Nayra giró el rostro para ver dónde estaba Liam y lo vio con el labio partido, los ojos llenos de furia y ejerciendo fuerza para que los seguratas de la discoteca lo soltaran y, así, poder seguir dándole puñetazos a ese desgraciado.

Suspiró y cogió el brazo de su amiga para pasarlo por sus hombros y

sacarla de la discoteca, pero antes cogió del guardarropa los abrigos y los bolsos de ambas. Como si fuera su madre, Nayra se lo colocó y la llevó a una esquina para inclinarla antes de meterle los dedos en la boca y hacerla vomitar. Lo mejor era que expulsara toda la mierda que se había metido.

Cuando echó todo, le tendió un pañuelo y un chicle de menta para el mal sabor de boca. La separó de la vomitona y la sentó en un banco bajo una farola. El frío de la noche le sentaría bien. Le dio una botella de agua que llevaba en el bolso y su amiga le dio un gran trago.

—Quédate aquí y no te muevas, por favor. Te acompañaré a casa.

—Te lo prometo —consiguió decir.

Esas palabras de nuevo. Nayra había empezado a odiarla, así que no contestó. Se giró y volvió sobre sus pasos para ir hasta donde se encontraba Liam discutiendo con el portero para que lo dejaran entrar de nuevo. Creía que su novia estaba todavía dentro de la discoteca ya que, debido a su estado de ira, no se había percatado de que ya no estaba dentro del local.

—¡Liam! —lo llamó y él, al verla, se olvidó del portero y corrió hacia ella.

—¡¡Ves como no puedo dejarte sola!! Si no fuera por mí, ese hijo de puta te habría violado o algo peor —le gritó furioso—. ¡A partir de ahora, cada vez que vayas al baño o a cualquier otro puto sitio, yo iré contigo, te guste o no!

—¿Qué? —bramó Nayra—. ¡Ni hablar, Liam! Y lo que estás diciendo es una puta gilipollez. Sí, ese tío se ha propasado conmigo, pero me he defendido solita y no me ha pasado nada. Entiendo que te haya enfadado, pero no tienes que partirle la cara a nadie por mucho que te cabree. ¡¿O acaso te gustaría que yo me liara a hostias con todas las tías que se acercan a ti?! ¡¿Te crees que a mí no me molesta que intenten ligar contigo en mis propias narices?! —Él no dijo nada—. ¡Claro que me jode! Pero lo que nos diferencia es que yo sí confío en ti y no pienso pegarme con nadie.

—Pues quizá si te pegaras con esas chicas que se me acercan, vería que de verdad me quieres y te importo.

Nayra abrió la boca sorprendida y pestañeó varias veces. No podía haber escuchado bien.

—Pero... pero... ¡¿Te estás oyendo?! ¡La violencia no demuestra nada!

—Puede que para ti no, pero para mí es un acto para demostrarte lo mucho que te quiero.

«Oh, sí, ¡qué bonito!», pensó con ironía y colocó sus manos en sus caderas antes de dar un paso hacia él.

—¿Y ahora qué, Liam? ¿Se supone que debo caer rendida ante esa frase? —Se cruzó de brazos—. Hay muchas formas de demostrar amor por otra persona y la confianza es una de ellas. Y tú no confías en mí. Creo que no te das cuenta de que no pienso irme con otro tío estando contigo y no tienes que defender mi honor partiendo la cara de la gente.

—Pues yo sí lo veo necesario. Así aprenden que eres mía y que tienen que respetarte.

—Ahí está el problema, Liam. No soy tuya, soy mía. —Se señaló a sí misma—. No soy un objeto que pertenece a nadie. —Suspiró y se llevó una mano a la frente—. Y el que no respetas eres tú. El tío de hoy, era un gilipollas, aun así, no se merecía lo que le has hecho, pero es que a otras personas, las pegas por el mero hecho de que me sonrían o hablan conmigo. Eso no es ligar, es amabilidad.

—Qué ciega estás, Nayra...

—A lo mejor el ciego eres tú. —Suspiró y dio un corto paseo para calmarse—. ¿Sabes qué? Mi noche se ha jodido a base de bien y lo que menos quiero y necesito es discutir contigo de algo de lo que hemos hablado muchas veces, así que lárgate a casa. Yo acompañaré a Wendy a la suya y mañana o cuando estemos más relajados, hablamos, porque yo ahora mismo, de lo único que tengo ganas es de tirarme por un puente. Entre tú y Wendy me estáis robando la energía y la cordura. Me hacéis sentir que no valgo nada y de lo único que tengo ganas es de llorar. Me superáis los dos y yo a veces también necesito que alguien me apoye y me ayude y, sinceramente, ninguno lo hacéis. Me consumís poco a poco con vuestros actos. Y la verdad, ahora mismo de lo que más tengo ganas es de mandaros a la mierda a los dos —se desahogó y dos lágrimas negras por culpa del maquillaje se deslizaron por sus mejillas—. Olvida esto último. Vete a casa y ya hablaremos.

—Nayra...

—¡Vete a casa, Liam! —le gritó.

Al verla tan alterada, él finalmente le hizo caso y comenzó a caminar en

dirección a su coche. Nayra lo observó andar hasta que, al girar la esquina, lo perdió de vista y ella se dio la vuelta para regresar junto a Wendy, pero ya no estaba. Y no la sorprendía. Se lo había prometido y para ella prometer era sinónimo de mentir.

Agotada, comenzó a caminar por el centro de Hocklast para ir a una parada de autobús. Esa noche el servicio duraría hasta las seis de la mañana, aunque pasarían cada hora y no sabía en qué momento de esos sesenta minutos podría coger el que la dejaba cerca de su casa en el sur de la ciudad.

Las calles estaban vacías y ella estaba congelada, además, sentía sus pies doloridos por culpa de los tacones. No se había traído un zapato plano de recambio; pensaba que la noche acabaría de forma muy diferente.

Pasó por Karelia's, el restaurante en el que hacía poco celebraron el cumpleaños de su madre y se asustó cuando, al caminar al lado del oscuro callejón, escuchó un ruido. Miró hacia él y vio a un joven rubio con el uniforme del restaurante salir por la puerta de atrás con varias bolsas de basura. Lo reconoció: Dan.

—Así que subchef —habló en un tono un tanto irritado.

Una mentira más que acumular en su vida, aunque no fuera grave, pero esa noche había acabado todo tan mal que hasta lo más estúpido le resultaba molesto y aumentaba su enfado.

Dan se giró al escuchar una voz femenina y reconoció a la chica que tenía ante él. Aún no había olvidado como lo había rechazado hacía unas semanas.

—Bueno, casi subchef. En unos años, seguro que consigo ese puesto —bromeó—. Quería impresionarte, pero me salió el tiro por la culata. Soy la persona encargada en proporcionar a la vajilla su esplendor, su bienestar y su buena presencia o, lo que es lo mismo: lavaplatos.

Nayra no pudo evitar sonreír. Dan era de esas personas que tenían facilidad para alegrar a otras, aunque ella estuviera teniendo la peor noche de su vida... y el año solo acababa de empezar.

—Pero a pesar de ser este mi trabajo, soy un gran cocinero. Puedo demostrártelo cuando quieras si aceptas una cita conmigo.

«Di que sí, di que sí, di que sí... por favor, Nayra», suplicó cruzando los dedos detrás de su espalda.

—Lo siento, pero vuelvo a rechazarla.

«Mierda».

—¿Por qué?

—Tengo novio.

«Al menos de momento. Creo», pensó ella aún algo abatida con todo lo que había sucedido.

Dan mantuvo la compostura y no mostró lo que le molestaba ese pequeño detalle. Aunque no sabía por qué lo sorprendía. Nayra era una chica guapa, risueña y muy dulce. Lo raro sería que no lo tuviera. Pero para él seguía siendo esa niña inocente que le sacaba sonrisas cada tarde en la playa.

—No voy a seducirte ni nada. Solo quiero compensarte por esos golpes y que veas que soy un caballero que, cuando hace algo mal, intenta arreglarlo.

—Acepté tus disculpas. —Se abrazó a sí misma. Estaba helada—. No me debes nada, Dan.

—Está bien, pero al menos deja que te lleve a casa. Te estás muriendo de frío, no me lo niegues.

La veía encogida y sus piernas cubiertas por unas finas medias las tenía juntas para intentar entrar en calor. Por debajo del abrigo pudo vislumbrar una falda que se ceñía a su cuerpo roja y corta. Estaba preciosa, a pesar del maquillaje corrido de su cara. No sabía si era por el curso de la noche o quizá porque había llorado. No le preguntó. Ella no sabía quién era. Estaba claro que no se lo iba a contar.

—No, voy en autobús.

—Nayra, solo te voy a dejar en tu casa. Nada más.

Se lo pensó. Estaba congelada y no le apetecía estar esperando en la parada sentada hasta que el autobús llegara. Pero tampoco conocía tanto a Dan como para irse con él y darle la dirección de su casa. Para ese tipo de cosas, era muy recelosa.

—No te conozco. ¿Cómo sé que no me mientes?

Las mentiras estaban a la orden del día en su vida y esa noche ya había tenido suficiente.

—No puedo demostrártelo ni sé qué hacer para que confíes en mí, pero te prometo que mis intenciones son puras.

—No creo en las promesas —susurró.

—Para mí son sagradas. Si no la cumplo, puedes castigarme de la forma más cruel que se te ocurra. Puedes... no sé, esclavizarme en tu casa con cadenas y no soltarme hasta que la deje impoluta. O pincharme las ruedas de la moto o dejarme calvo o teñirme el pelo de rosa. ¡Lo que quieras!

Los muros de Nayra se ablandaron un poco y finalmente, tras curvar ligeramente los labios en una sonrisa un tanto imperceptible, accedió:

—Está bien, pero quiero dejar claro que esto no da pie a nada. Si me llevas, es porque quieres, no para que a cambio tenga una cita contigo o cualquier otra cosa.

—Te llevo porque quiero y, además, no me gusta verte temblar como lo estás haciendo, mariposita.

Ella sonrió y se metió con él en la cocina del restaurante para que entrara en calor mientras se cambiaba de ropa. Una vez listo, la condujo hasta donde tenía su moto aparcada. Una Kawasaki Z300, 39 CV que le costó varios años conseguir y adoraba como si fuera un hijo.

—Espera. —Lo detuvo Nayra—. ¿No tienes coche?

—No. ¿Te dan miedo las motos? —le preguntó—. No te preocupes, te dejo que me abras todo lo fuerte que quieras.

—No me dan miedo, pero no creo que lo que llevo sea lo más adecuado para que me monte en una moto.

—Te prometo que no se te verá nada.

Se quedó pensando y se estiró la falda de su vestido todo lo que pudo para aplastarla con el trasero cuando se sentara. Al verla, Dan sonrió, se montó y arrancó la moto antes de darle la mano para ayudarla a subir. Al levantar la pierna izquierda, la falda volvió a subírsele y suspiró.

—Espera —le pidió y apoyando los pies donde pudo, volvió a bajársela antes de sentarse y rodear con sus brazos su cintura.

Nayra abrió los ojos como platos al sentirlo. ¡Su abdomen estaba más duro que una piedra! Estuvo tentada en darle unos suaves golpecitos para cerciorarse bien, pero no lo hizo. Eso no estaría bien.

—¿Dónde vives? —le preguntó pasándole un casco antes de colocarse el suyo.

—En la zona sur, en Lou Street.

Él asintió y emprendió el camino hasta allí. Durante el viaje, él disfrutó al sentir su liviano cuerpo pegado a su espalda. Los brazos que rodeaban su cintura no lo abrazaban con fuerza, solo lo necesario para no caerse. Sentía que Nayra estaba confiando en él y que sabía que no haría nada que significara hacerle daño con la moto. Aún recordaba la primera vez que la vio en la playa. Siempre iba con su bicicleta y con las peores pintas posibles. Parecía que se vestía con lo primero que pillaba. Y como no, siempre la acompañaba su inseparable cámara. La veía colocarse en las posturas más raras para sacar una foto y a él siempre conseguía sacarle una sonrisa. Seguía siendo adorable. Una vez la vio tumbada para hacer una foto del revés. Estaba de lo más cómica. Siempre acudía a la misma hora para estar cerca de ella. Sin embargo, no era capaz de reunir el valor para acercarse hasta que se chocaron. Jamás le confesaría que ese día no se conocieron de casualidad. Él se chocó adrede con ella para tener una excusa y poder hablar. Lo primero que apreció cuando estuvo a pocos metros de ella fue el tatuaje de su muñeca. Casi siempre lo tenía expuesto, pero hasta que no se acercó, no distinguió qué eran esas manchas negras. Sabía que la forma en el que decidió presentarse había sido un tanto estúpida y puede que hasta cobarde, pero estaba convencido de que, si simplemente hubiera ido para saludarla como si nada hubiese pasado, le habría tomado por un loco o algo parecido. ¿Y si no lo creía? Y si no se equivocaba. Para Hocklast, él estaba muerto, por lo que para Nayra también.

Que esa noche le confesara que tenía novio, lo molestó. Ese chico era un puto afortunado y él no pensaba joder una relación, aunque sí quería que ella volviera a formar parte de su vida y él de la suya. Lo tendría complicado, pues predecía que Nayra no confiaba en la gente porque sí. Se tenía que ganar de nuevo su confianza y estaba dispuesto a ello.

No tardaron en llegar, la ciudad era pequeña. Dan entró en la calle y gritó para que lo escuchara por encima del casco.

—¿Qué número es?

—El 123.

Dan redujo la velocidad y empezó a fijarse en los números de las casas. Nada tenían que ver con la casa en la que él vivía. Esas eran algo más lujosas y grandes, aunque no tanto como las de la zona este. Aunque él no se

quejaba. Le gustaba su hogar.

—Hemos llegado. —Se detuvo y colocó la pata de cabra.

—Gracias —dijo bajándose de la moto con cuidado para que no se le viera nada.

Se quitó el casco y se lo tendió antes de peinarse con las manos un poco el cabello. Su semirrecogido estaba prácticamente deshecho y varios de sus mechones coloridos habían decidido enredarse con otros. A pesar de eso, Dan la vio preciosa.

—Ya ves que he cumplido mi promesa. —Se despojó él también del casco para mirarla mejor.

—Como debe ser, ¿no? —Él asintió—. Veo que te has adaptado bien a la ciudad. No he tenido que darte indicaciones.

Dan se tensó y se quedó unos segundos callado, pero enseguida respondió:

—Me oriento bastante bien y en mis ratos libres, mi mejor amigo, Tyler, y yo, hemos recorrido la ciudad para hacernos a ella y conocerla más. Es realmente bonita.

«¡Joder, tío! ¡Dile la verdad! Lo tenías a huevo», se regañó. Sin embargo, el miedo a su rechazo o a que no lo creyera lo podía. Le asustaba su reacción.

Ella asintió satisfecha con la respuesta y empezó a buscar las llaves en su bolso. Como se imaginaba, estaban bien al fondo y eso que no era un bolso demasiado grande.

—Muchas gracias por traerme.

—De nada, mariposita. —Le guiñó un ojo—. Feliz Año Nuevo y buenas noches.

—Feliz Año, Dan. Buenas noches.

Lo vio colocarse de nuevo el casco tras guardar el otro bajo el asiento y arrancó para irse de allí. Lo que más le gustó a Nayra no fue el gesto de ayudarla sin pedir nada a cambio, que también, sino que Dan había cumplido su promesa. Para cualquier otra persona podía ser una tontería, pero para ella, a quien nadie le mantenía una, era algo muy importante.

Capítulo 5

A la mañana siguiente, Nayra se levantó bien entrada la mañana y solo con pensar en que tenía que lavar su ropa del día anterior hacía que su cuerpo se pegara más a su cómoda y calentita cama.

Nada más llegar a su hogar, se había desprendido poco a poco de la ropa de camino a su cuarto y cada prenda estaba tirada por una parte de la vivienda. Su hermana no estaba en casa, ya que, de ser así, ya la habría despertado para que recogiera todo, pero el día anterior había sido una auténtica mierda. Lo único bueno fue la amabilidad de Dan para traerla a casa y así evitar que pasara frío, aunque no iba a negar que, en el corto camino en su moto, se había quedado completamente helada.

Pensó en que podía tener un pequeño detalle con él, a pesar de que le dijo que si la llevaba, era porque él quería, no por conseguir algo a cambio. Pero Nayra sentía que su actitud con él había sido un poco borde y había pagado su mala noche con él. Había estado todo el rato a la defensiva. Además, siempre que se encontraba con él, se enfadaba, y después, Dan le sonreía con esa perfecta dentadura, le dedicaba cuatro palabras y ese enfado parecía disiparse por arte de magia. El chico se había portado bastante bien con ella, así que no estaría mal que tuviera ese detalle. Pero ¿qué? No lo conocía, no sabía dónde vivía ni qué le gustaba. Y puede que no volvieran a encontrarse.

Se quedó unos minutos pensativa y, finalmente, decidió que iría a la playa. Sabía que su casa estaba cerca de allí y que salía a correr por esa zona. Aunque claro, no era seguro que se vieran. Eran las doce del mediodía y Dan tenía pinta de ser de los que madrugaban para echar una carrerita.

A su pesar, Nayra se levantó arrastrando los pies, con los mechones de su cabello despeinados, los ojos medio cerrados y con todo el maquillaje corrido. Se asustó al mirarse al espejo, pero más, al ver cómo había puesto la almohada de pintura. Se acercó a ella para quitar las sábanas y así cambiarlas.

Sin molestarse en adecentar un poco su aspecto, salió al pasillo y se detuvo en seco al ver a su hermana tirada en el sofá. Uno de sus pies

descalzos reposaba en el suelo, al igual que su brazo. Su pelo castaño tapaba su rostro y de su boca abierta salían unos sonoros ronquidos. Su vestido negro lo tenía mal colocado y podía vérselo el sujetador. Por no hablar de sus medias repletas de carreras. Se notaba que lo había pasado bien y por el estado en el que parecía haber llegado, todavía no había apreciado su ropa esparcida por la casa.

Pensó en despertarla para que descansara mejor en la cama, pero la conocía y se pondría a gritar histérica y furiosa por haber interrumpido su placentero sueño, así que prefirió dejarla y recoger su ropa para meterla en la lavadora antes de ir a darse una ducha caliente. La necesitaba. Aunque estaba tan cansada que se sentó en la pila y dejó que el agua cayera por su cuerpo. Minutos después, salió para preparar un termo de café y se sorprendió al ver a Theresa en la cocina, con el mismo pelo enredado y maquillaje por la cara, pero con el pijama puesto.

—¡Al fin! —exclamó al verla—. No sabía si te estabas duchando o analizando los hidrógenos del agua.

—Buenos días a ti también. Y de analizar cosas te encargas tú —le respondió sacando el brik de zumo de la nevera para darle un buen trago.

—Uf, no me hables de trabajo, que necesitaré al menos una semana para quitarme este resacón.

Theresa caminó hacia el baño y se lavó la cara antes de desenredarse el pelo para sujetárselo en una trenza mal hecha. Volvió a reunirse con su hermana y cogió una taza del armario. Necesitaba cafeína con urgencia, además de diez litros de agua y una caja entera de aspirinas.

—¿No ligaste? —preguntó.

—Sí, pero me sentí una auténtica asaltacunas. —Se tapó la cara con las manos—. ¡Cómo están los niños hoy en día! Te juro, Nayra, que le echaba treinta años.

—¿Cuántos tenía?

—Veinticinco.

Elevó las cejas y miró a su hermana sorprendida.

—¿Asaltacunas? Por Dios, Theresa, tú tienes veintisiete. Pareces una vieja anclada en el pasado. Hoy en día no pasa nada porque en la pareja la mujer sea algo mayor que el hombre. Además, si solo querías un rollo de una

noche, ¿qué más daba eso?

—Nada, pero me quedé pensando que cuando yo empecé la universidad, él sería un adolescente con granos en la cara.

Nayra soltó una carcajada y se sentó en uno de los taburetes altos de la barra que tenían en la cocina.

—Theresa, son solo dos años, si me dijeras que es un adolescente, vale, pero ¿dos años? Es ya un adulto.

—Si lo sé, pero se me hace tan raro. Bueno yo no, lo que pasa es que como la sociedad lo ve raro y todo el mundo se extraña, pues me hace sentirme una asaltacunas. —Suspiró—. Con lo mono que era y lo bien que habíamos conectado. Alto, fuerte, ojos claros, cabello oscuro, sonrisa perfecta, manos grandes, boca sabrosa...

—¿Boca sabrosa? —la interrumpió Nayra.

—A ver no me iba a quedar con tantas ganas y nos enrollamos para que el muchacho se fuera con algo, pero nada más.

Nayra se tapó la cara con las manos y soltó una carcajada. De verdad, que su hermana era increíble.

—Vamos que os quedasteis los dos con el calentón.

—Yo sí, él... hombre me imagino o me gustaría pensar que sí. —Cogió una manzana roja del bol para darle un mordisco—. Y tú, ¿qué? Llegué a las seis y no escuché nada y por lo que veo... Liam no está.

Tras soltar un suspiro, empezó a contarle a su hermana todo lo que había pasado la noche anterior, incluyendo cuando Dan la dejó en casa.

Theresa no se sorprendió de que Liam hubiera vuelto a originar una nueva pelea, aunque sí de esas palabras que le dijo a su hermana de que la violencia era una forma de demostrar amor. ¡¿Estaba loco?! Para qué se lo preguntaba, estaba claro que sí. Por último, abrió los ojos como platos cuando le habló de un tal Dan que ella no conocía.

—¿Cómo pudiste subir en la moto de un tío al que no conoces de nada? —le recriminó.

—A ver no es un completo desconocido y... ¡estaba congelada! Además, nos hemos encontrado un par de veces.

—Pero, ¿dónde lo conociste? ¿Y por qué no me habías hablado antes de él?

—En la playa del norte y no te he hablado de él porque no hay nada de qué hablar.

—¿Está bueno?

—¡¡Theresa!!

—¿Qué? Sabes que no me gusta Liam y aunque no conozco a ese tal Dan, su caballeroso gesto hace que gane puntos conmigo.

—Quiero a Liam y vale, no es perfecto pero ¿quién lo es?

—No vas a convencerme, Nayra. No me gusta y punto, pero te respeto. Y volviendo al tema del tal Dan. ¡No me has respondido si está bueno!

«¡Está como un queso!», pensó recordando las fotos que tenía suyas en un cajón de su mesilla. Se sentía una acosadora, pero al menos no le fotografió cuando se quedó desnudo.

—Está bien. Rubio, ojos verdes, sonrisa deslumbrante, alto, fuerte...

—¿Boca sabrosa? —La miró pícaro.

—¡¡Theresa!!

Su hermana no dijo nada. Levantó los brazos en son de paz y se dirigió con una traviesa sonrisa a su cuarto. No le parecía bien que Nayra se hubiera montado en la moto de un casi desconocido, aunque la aliviaba que ese muchacho se hubiese portado bien con ella.

Por otra parte, enterarse por lo que tuvo que pasar anoche la enfurecía y, a pesar de las ganas que tenía de gritarle que mandara a la mierda a esos dos idiotas, no lo haría. Era su vida y aunque con ellos no era feliz al cien por cien, con esas dos personas había experimentado momentos especiales. Aun así, por muchos momentos buenos, los malos la destruían y la consumían y, cuando de verdad quieres y aprecias a alguien, no le haces pasar por lo que Liam y Wendy hacían sufrir a su hermana.

Nayra se quedó unos minutos más en la cocina mirando su móvil. Tenía muchísimos mensajes de Wendy y Liam pero en ese momento no le apetecía nada hablar con ninguno de los dos, así que apagó aquel aparato y tras vestirse con unas mallas y una sudadera, cogió el termo de café y una bolsa de magdalenas para ponerlas en la cesta de mimbre de su bicicleta y pedalear hasta la zona norte, aunque en vez de internarse en la arena, fue por el desierto paseo marítimo mirando a todos lados por si lo veía, pero ese lugar estaba más vacío que un colegio en navidades.

Suspiró y se desvió por el camino que dirigía hacia las casas de la zona norte. Con el paso de los años, esas viviendas se habían dividido en dos partes: en una, se encontraban las casas viejas y medio derruidas y en la otra, unas más nuevas aunque seguían siendo pequeñas pero, al menos, los habitantes que allí residían tenían una mejor calidad de vida. Se detuvo frente a un gran hueco que había entre dos casas. Todavía se apreciaban algunas marcas que dejó el incendio. Contemplar esa imagen siempre la impactaba, pero ese día, fue otro detalle el que la sorprendió: en el centro había un ramo de narcisos amarillos. Eso la dejó extrañada. ¿Quién lo habría dejado? En todos los años que llevaba yendo allí jamás había visto nada para recordar la memoria de las dos personas fallecidas.

Nayra colocó la pata de cabra de la bicicleta y bajó de ella para colocarse en medio del hueco. El fuego lo carbonizó todo, incluidas las dos personas que estaban dentro de ese hogar. No pudieron salir y acabaron completamente calcinados. Al día siguiente, encontraron algunos fragmentos de sus cuerpos, sin embargo, estaban tan deteriorados, que no consiguieron sacar nada para identificarlos, pero ese mismo día, D. J. y su madre desaparecieron, así que la policía solo tuvo que sumar dos y dos.

Se quedó ausente mirando cómo los pétalos de esas flores se movían debido a la suave brisa que soplabla. Estuvo tentada de acariciarlos, como si de esa forma estuviera más cerca de ese amigo que se fue, pero no lo hizo.

Nayra jamás había podido olvidar a aquel niño y muchas veces se preguntaba qué hubiera sido de ellos si él estuviera vivo. ¿Habrían ido juntos a la universidad? ¿Habrían estudiado la misma carrera? ¿Él seguiría ayudándola con los estudios? ¿Liam y ella estarían saliendo si D. J. siguiera perteneciendo a su vida? Muchas preguntas que jamás tendrían respuesta. Ella solo tenía siete años cuando ocurrió, pero la imagen de esa casa ardiendo la tenía grabada a fuego.

Suspiró y se miró el antebrazo donde tenía el tatuaje de las tres mariposas volando. Debajo de esa tinta, se encontraba la cicatriz que la quemadura le provocó por intentar entrar para salvar a su mejor y único amigo. Por suerte, su padre lo impidió. Si no, ella habría acabado igual.

Tras estar allí unos minutos, caminó de nuevo hasta su bicicleta y montándola, empezó a pedalear por la acera sin dejar de observar las nuevas

casas que construyeron en esa zona de Hocklast. A sus padres les seguía sin hacer mucha gracia que deambulara por el norte de la ciudad, pero eso era porque ellos casi nunca paseaban por esa preciosa playa. Además, en todos esos años, no solo había cambiado la zona norte de imagen. También de habitantes. Casi todos se habían ido en busca de algo mejor, solo quedaban los más ancianos y en las nuevas casas construidas, vivían, sobre todo, personas que comenzaban su vida independiente. La mayoría, jóvenes estudiantes o con su primer trabajo.

Nayra pasó a una velocidad bastante lenta mirando todo aquello completamente fascinada. Era la primera vez que paseaba por ahí y la verdad, esas nuevas y preciosas casas se veían acogedoras.

Se detuvo frente a una de ellas donde se encontraba aparcada la moto verde de Dan. Y si no era esa, se le parecía bastante. Alzó la vista y se quedó contemplando la pequeña vivienda.

«Así que es aquí donde vive», se dijo y pensó en llamar a su puerta para agradecerle lo que hizo por ella. Sin embargo, pensándolo mejor, se dio cuenta de lo ridícula que se sentía. ¿De verdad se iba a presentar en su casa con café en un termo y magdalenas prefabricadas? No podía ser más cutre. Decidió emprender el viaje de vuelta a su casa, pero se quedó congelada al escuchar una puerta abrirse y ver que de ella salía Dan sin camiseta, con un pantalón de deporte, que dejaba a la vista la V que formaba su cuerpo, y descalzo. El pelo lo llevaba despeinado y tenía sus ojos medio cerrados, señal de que se acababa de levantar. Nayra se quedó completamente prendada observándolo, hasta que bajó de nuevo a la tierra y tras sacudir la cabeza y cerrar la boca, colocó un pie en el pedal para irse de allí antes de que la viera. Sin embargo, sus prisas y sus nervios la traicionaron haciendo que no apoyara bien el pie y casi cayera. Chilló y, como se imaginaba, la jodió. Dan ya la miraba.

—¿Nayra? —Se acercó a ella saliendo de la parcela de su casa— ¿Estás bien?

—Eh... sí. —Se sonrojó y se bajó de la bicicleta—. ¡¿Se puede saber qué haces sin camiseta?! Estamos en pleno invierno como para ir así, ¿no crees?

Nayra estaba tan nerviosa y sin saber por dónde salir que aquel

comentario era el primero que le había pasado por la cabeza.

Dan la miró sorprendido por esa salida y retuvo la risa al comprobar que la chica tenía la mirada apartada, como, si en lugar de ir sin camiseta, estuviera delante de ella completamente desnudo.

—Te voy a ser sincero. Tengo todas las camisetas en la lavadora. Mi amigo y yo no somos *fans* de poner la colada y tenemos la mala costumbre de hacerla cuando no queda más remedio. —Nayra solo asintió aún sin mirarlo—. ¿Qué haces por aquí? —quiso saber.

—Eh... yo... quería agradecerte lo de anoche. —Señaló lo que llevaba en la cesta de su bicicleta—. Te iba a proponer un desayuno en la playa, pero... ¡Dios, es muy cutre! —Rio, aunque más bien era una risa nerviosa.

Dan conseguía alterarla como nunca nadie lo había hecho antes, ni siquiera Liam. Y, en ese momento, las piernas le temblaban más que un flan. Lo peor de todo era que no entendía por qué ese chico la ponía tan nerviosa. Quizá fuera por el hecho de que estaba medio desnudo delante de ella.

«Por Dios, Nayra, ni que nunca hubieras visto a un tío sin camiseta. Incluso con menos ropa».

—No es cutre, es un detalle. —Le sonrió y por fin consiguió mirarlo. Estaba recién afeitado y sus ojos se concentraron en una línea blanca que tenía en la mejilla. No era muy grande, más bien era casi imperceptible, y se le marcaba cuando le mostraba esa perfecta dentadura. No sabía por qué, pero encontraba algo fascinante en ella—. No tenías por qué hacerlo, sabes que te llevé porque era lo que quería. Y un poco por lástima.

Ella elevó las cejas y perdió el interés en esa marca blanquecina de su piel. Se cruzó de brazos y lo miró fijamente a sus ojos esmeralda.

—¿Lástima?

—Un poco solo. Estabas temblando como un pollito, pero también porque no podía permitir que una chica guapa deambulara sola por la noche. No sería de buen caballero.

Y ya había vuelto a conseguirlo. Tras sentir un leve enfado por decir que le tuvo lástima, cuatro palabras después ya había conseguido que este se disipara y sacarle una sonrisa. Ese chico debería llevar en la frente un cartel de «¡Peligro, ladrón de sonrisas!».

—Está bien, mi caballero andante de brillante armadura, creo que hasta

aquí llegó la conversación.

Dan vio como se subía a la bicicleta y sin poder evitarlo, se colocó delante de ella y apoyó los antebrazos desnudos en el manillar para que no se moviera mientras posaba su preciosa mirada verde en ella.

A Nayra se le cortó la respiración. No sabía qué tenía ese chico, pero siempre que estaba cerca, algo dentro de ella se aceleraba y sentía unas ganas irrefrenables de sonreír. Se fijó mejor en el tatuaje de su bíceps. Era bastante complejo y estaba convencida de que no se dibujó sobre su piel en un solo día. Aquel círculo estaba relleno de lo que parecía el paisaje de un bosque con un lobo en el centro mirando fijamente, como si esos ojos vigilaran algo importante.

—No puedes irte, mariposita. Quiero ese desayuno.

—¿Estás seguro? —le preguntó apoyando los pies en el suelo para quedar de pie y estar más a su altura, aunque le seguía sacando una cabeza—. El termo del café no funciona bien, estará frío y las magdalenas... llevan mucho tiempo en mi armario. Estarán duras. En vez de agradecerte lo de anoche, va a parecer que quiero envenenarte o algo.

Dan soltó una carcajada e ignoró que su pulso se había acelerado al fijarse en sus mejillas sonrojadas y su dulce sonrisa. Una vez más, se quedó hipnotizado admirando como por culpa de sus nervios enredaba un mechón de su cabello en torno a su dedo índice. Dios, quería gritarle la verdad y abrazarla como deseaba desde que la volvió a ver, pero no lo hizo. Finalmente, decidió proponerle otra cosa. Se estaba quedando frío y en breve tenía que irse a trabajar.

—Hagamos una cosa. Como ahora mismo tengo el tiempo justo para vestirme y llegar al trabajo, el día que retomes la universidad, me pasó por allí y te invito yo a desayunar.

—Quedamos en que no te iba a conceder ninguna cita, además, en todo caso, tendría que invitarte yo.

—Pues no lo llamemos cita, llamémoslo... reunión, quedada, encuentro, tiempo de desayuno... no se me ocurre más.

Ella rio y se mordió el labio inferior con lentitud. Estuvo tentada de colocar bien un mechón de su rubio cabello que el viento había descolocado, pero no lo haría. Eso estaba mal y si Liam estuviera allí, Dan en ese momento

estaría con el labio partido o sangrando por la nariz. Al pensar en ello, por primera vez se sintió culpable de lo que su novio hacía con los chicos que se acercaban a ella. No quería que más personas probaran sus puñetazos y mucho menos Dan. No se lo merecía.

—Esto no ha sido buena idea. —Se separó de él y se colocó en el sillín—. Mira, será mejor que olvidemos que he venido, lo del desayuno y todo. Gracias por lo de anoche. Adiós, Dan.

Nayra separó la bicicleta de él y comenzó a alejarse, pero su profunda voz hizo que se detuviera.

—No me rindo tan fácilmente, Nayra. Iré a tu facultad y si te encuentro, te convenceré para que desayunes conmigo.

Ese tono decidido en su voz hizo que a Nayra se le pusiera la piel de gallina y, tras detenerse, giró el rostro, le sonrió y respondió:

—Encuétrame y ya veremos. —Le guiñó un ojo y emprendió el viaje de vuelta sabiendo que esa especie de coqueteo que habían iniciado le traería problemas.

Debería mantener a Dan lo más alejado que pudiera y, aunque no había nada malo en tomar un café con él, sabía que si Liam se enteraba, habría nuevos problemas. Estaba harta de ver a su novio pelearse y después tener que hablar con los policías porque iba a pasar una noche en el calabozo. Si el padre de Liam no fuera quien era, el alcalde de Hocklast, ya estaría entre rejas.

A veces Nayra se preguntaba si iba a aguantar mucho más esas peleas. Cuando se metía en ellas, se planteaba acabar la relación, pero cuando estaban ellos dos solos y él le hacía recordar las cosas por las cuales se enamoró de él, esa idea se evadía y se convencía de que esa pelea era la última. El problema era que, a medida que pasaba el tiempo, los líos en los que se metía aumentaban y ella empezaba a no sentir lo mismo que cuando empezaron. Lo quería, sí, aunque no como antes. Y el hecho de que Dan hubiera aparecido en su vida, solo estaba complicando las cosas. Él era tan vivaz, tan risueño, tan alegre y tan imprevisible que parecía estar reviviendo dentro de ella algo que tenía muerto desde hacía mucho tiempo. Era una locura, apenas se conocían, aunque le gustaba sentir esa sensación de querer sonreír por cualquier tontería. ¿Hacía cuánto que no sentía esas ganas de

sonreír todo el tiempo? Ni lo recordaba.

En esos momentos, estaba algo confundida con lo que acababa de ocurrir; por una parte, quería que él la encontrara. Salir de su facultad y verlo frente a ella con su preciosa sonrisa y el gesto alegre de su mirada en el que estaba convencida de que, sin hablar, ella podría leer dos palabras: «Te encontré». Solo con imaginarlo, un cosquilleo recorría su cuerpo y sonreía de oreja a oreja. Pero, por otro lado, se imaginaba esa escena muy distinta. Con Liam a su lado. Él vería a Dan acercarse y en menos de cinco segundos los dos se enredarían en una pelea.

Lo mejor que podía hacer era tener cuidado y evitar que la encontrara. A pesar de que ese pensamiento le provocaba un ligero pellizco en el corazón.

Capítulo 6

Dan se quedó unos minutos observando como Nayra se alejaba con su bicicleta mientras el viento mecía sus coloridos mechones. Aún no había conseguido quitar la sonrisa que tenía en aquellos momentos tras la situación vivida con ella. Había estado adorable, a pesar de lo poco que le gustaba su continuo rechazo, pero le encantaba ver que él le causaba ese estado de nerviosismo. Las mejillas se le marcaban cuando no sabía por dónde salir y, por más que le negara esa cita, él sabía que un ansiado sí quería salir por su boca.

Siguió observándola hasta que finalmente la perdió de vista y se metió en su casa. Se estaba congelando y sus camisetas seguían en la secadora. Esperaba que terminara pronto o no llegaría a trabajar.

Al entrar, se quedó mirando a su amigo y compañero, quien lo observaba apoyado en la ventana (también sin camiseta), bebiendo de su taza de café y sin quitarle la vista de encima.

—¿Qué?

—Es guapa. Y no parece la típica pija rubia a la que le preocupa si se rompe una uña. —Asintió con la cabeza como si le estuviera dando su aprobación—. ¡Me mola su pelo!

—A ti te mola cualquier persona que tenga culo y tetas.

Tyler soltó una leve carcajada y dio un sorbo a su café mientras observaba a su amigo deambular por la cocina, nervioso, esperando a que la secadora acabara. No le gustaba llegar tarde a su trabajo.

—¿Has averiguado algo nuevo? —quiso saber Tyler.

Dan se giró para mirarlo y se apoyó en la encimera.

—¿De qué? De Nayra o de... lo otro.

—Nayra.

—Estoy convencido de que es ella, aunque prefiero confirmarlo antes de soltarle la bomba. —Se pellizcó el puente de la nariz—. Por lo que leí, la policía corroboró que en el incendio fallecieron dos personas... Si se enteró de la noticia, creerá que estoy muerto. Además, ha pasado tanto tiempo que

hay una posibilidad de que me haya olvidado. —Suspiró—. No es tan fácil como parece.

—Y, ¿cómo piensas confirmarlo? Algo que creo que no hace falta que hagas porque está claro que lo es.

—Bueno, tengo mi as bajo la manga pero si me pilla dudo que le haga gracia y lo más probable es que me mande a la mierda.

—Creo que sé lo que tienes planeado. —Recordó lo que ambos hacían cuando tenían que sobrevivir en la calle—. Y tienes razón, si te pilla, estás fuera. —Señaló con el pulgar su espalda.

Dan asintió, pero necesitaba estar completamente seguro antes de hacer nada y Nayra no se lo estaba poniendo nada fácil rechazando continuamente sus citas, en las que podrían hablar en algún lugar tranquilo y él podría tomarse su tiempo. No poder ser sincero con ella lo estaba matando por dentro y necesitaba recuperar a una persona que la vida le arrebató.

—Y tú, ¿qué? —le preguntó queriendo cambiar de tema—. Yo pringando y tú de fiesta.

—Tampoco te perdiste nada. —Suspiró—. No triunfé, pero casi. Pelo castaño, ojazos azules, metro setenta de curvas perfectas y una boca que mataría a cualquiera.

—¿Y qué pasó?

—Me llamó crío. ¡Me dijo que para ella era un puto crío! —bufó molesto—. Me dio un pellizco en la mejilla, me metió la lengua hasta la garganta dejándome duro como una puta piedra y se largó.

—¿Era una madurita?

—¡¡Qué va!! No me dijo su edad, pero en cuanto le dije que en mis veinticinco años de vida no había conocido a nadie como ella, la sonrisa se le borró, se lamentó, me besó y se largó.

—¿Y no hiciste nada?

—Una paja en el baño.

—Joder, macho, no me refería a eso.

—¿Qué iba a hacer? Me dejó en *shock*... —dijo molesto—. Como me la encuentre, pienso dejarle claro lo que se ha perdido conmigo.

—Te deseo suerte, amigo, si piensa que eres un crío, no te dejará acercarte a ella.

—Eso ya lo veremos.

Tyler subió a su cuarto para echarse un rato y recuperarse de la resaca que todavía tenía. Aquel día le tocaba turno de noche en el hospital como celador. Le gustaba su trabajo y estaba planteándose aumentar sus estudios para, en un futuro, convertirse en enfermero, pero sabía que no sería sencillo, sobre todo porque para ir a la Universidad de Hocklax necesitaba tener la suficiente pasta como para vivir y estudiar y no sabía si algún día la conseguiría.

Por otro lado, Dan se estaba preparando para pasar el examen físico y así, poder presentarse al escrito y conseguir ser policía. Poco a poco, quería ascender hasta convertirse en detective o inspector pero de momento, había que empezar por abajo.

La secadora pitó y se acercó para sacar la primera camiseta que pilló. Estaba más arrugada que una pasa aunque no le importó. Con la cazadora no se le iba a ver y en el trabajo se tenía que vestir con el horroroso uniforme.

Cogió la moto y aparcó donde siempre antes de entrar por la puerta del servicio para ir a un pequeño cuarto, en el cual, los empleados guardaban sus cosas y se cambiaban de ropa.

—Buenos días, Dan —le saludó Evan.

—Buenos días.

—¿Saliste ayer muy tarde?

—Media hora más de lo normal.

—Mi padre dice que la plantilla está al máximo, pero es mentira. Hace falta más personal aunque él lo niegue. —Suspiró—. Es demasiado avaricioso.

Dan asintió. En el poco tiempo que llevaba allí, Evan era el compañero con el que más había conectado. Era el hijo mayor del dueño del restaurante y a sus treinta años y más de diez trabajando en el negocio familiar, su progenitor aún seguía sin ver todo el esfuerzo que el joven ponía. Empezó igual que él, como lavaplatos y en esos diez años había conseguido el puesto de *maître*, a pesar de que Evan había estudiado cocina y se había especializado en repostería. Sin embargo, para su padre, nada era suficiente. Siempre deseaba aspirar a mucho más.

—Se nota. Cuando me contrató me dijo que trabajaría los fines de

semana y algún día entre semana y en el tiempo que llevo, casi todos los días me ha llamado para venir. No me quejo, que conste, la pasta me viene de puta madre, aunque es lo que dices: es avaricioso y eso puede perjudicar al negocio.

—Y a mi vida... —Bajó la mirada apenado—. Sarah no para de insistirme en que busque otra cosa, trabajar en lo que de verdad me gusta, fuera de Hocklast. Pero no puedo hacerlo... este negocio es parte de mi vida y algún día, será mío. Mi hermano no quiere saber nada de él.

Dan asintió. Evan le había relatado parte de su vida. Roger, su padre, era el ser más despreciable que había sobre la faz de la tierra. No hacía más que putear a su hijo mayor y amenazarlo con cualquier cosa en relación con el restaurante para que no se enfrentara a él; a su hijo menor, directamente no le hablaba. Hace años que tuvieron una fuerte discusión y Jack decidió cortar su relación con su padre y poner tierra de por medio. Con dieciocho años, viajó a Leicester y gracias al dinero que su madre le enviaba en secreto pudo estudiar Medicina en la universidad de allí. En la carrera, conoció a Sophia Miller. Ambos acabaron completamente enamorados y en ese momento, ocho años después, a sus veintiséis años, estaba prometido con esa chica. Era feliz y Evan estaba orgulloso de su hermano pequeño. Ellos dos seguían en contacto, al igual que con su madre. Su progenitora seguía culpándose de que su pequeño hubiera tenido que irse lejos para poder ser feliz. La fuerte discusión que le hizo tomar esa decisión fue por ella. Su marido no la trataba nada bien. No era un maltratador, al menos en el aspecto físico, pero su indiferencia le hacía daño y no era idiota. Sabía que le era infiel. Apenas le hablaba y si lo hacía era para gritarle por todo lo que hacía mal. Además, por si fuera poco, casi no estaba en casa. Algunos días de la semana se quedaba hasta tarde en su despacho, en el cual, a veces descansaba y otras noches, dormía en casa de sus amantes. Esa situación hacía que, poco a poco, la salud de Stephanie, su mujer, se fuera resintiendo. No solo física, sino también mentalmente y ocho años atrás, había intentado quitarse la vida. Jack lo impidió y tras eso, tuvo aquella enorme discusión con su padre. Eso marcó un antes y un después en su vida. Stephanie decidió seguir allí por sus hijos y a escondidas de su marido, enviaba dinero a Jack, aunque desde que terminó la carrera, había dejado de hacerlo, pues este se lo prohibió cuando consiguió un

buen trabajo.

—Ojalá algún día tu padre cambie y vea el esfuerzo y el trabajo que inviertes.

—Lo dudo mucho. Jamás cambiará. No lo hizo cuando mi madre se intentó suicidar, lo va a hacer ahora. —Se pasó las manos por el pelo—. Estoy intentando convencerla de que se aleje de él y sea feliz pero ella se niega. La ha destrozado tanto que teme acabar desamparada o algo. Aunque mi padre no le diera nada, ni Jack ni yo lo permitiríamos. Sin embargo, tiene tanto miedo... y es por culpa de ese desgraciado. Es mi padre por sangre, pero hace años que dejé de sentir que era así. Es decir, siento como si no tuviera padre, como si Roger fuera solo mi jefe.

—Te entiendo... —Posó Dan una mano sobre su hombro—. ¿Quieres que te sea sincero? —Evan asintió—. Creo que deberías replantearte lo que Sarah te dice. Tu padre es demasiado orgulloso como para vender esto y aunque le joda, te lo dejará a ti. Cuando lo haga, ya decidirás si quieres continuar en tu otro trabajo o retomar el negocio. Y si por puro egoísmo lo vende y te quedas sin esto. —Señaló a su alrededor para que supiera que se refería al restaurante—. Puede que tú ya hayas conseguido lo que deseas y te sea indiferente lo que tu padre haya hecho con el negocio. Piénsalo, porque tus continuas discusiones con tu novia pueden acabar mal y arrepentirte de anteponer un negocio a la persona que amas.

Evan lo miró sabiendo que Dan tenía razón. Estaba bastante harto de dejarse la piel trabajando para que su padre siempre le sacara fallos y cuando su servicio era excelente y no podía recriminarle nada, se cabreaba y se encerraba en su despacho.

Minutos después, ambos salieron para empezar a trabajar. El restaurante estaba a punto de abrir.

Aquel día, Dan no paró ni un segundo. Al ser uno de enero, muchas familias y amigos decidían disfrutar de una buena comida y el Karelia's era el mejor de todo Hocklast.

Como era de esperar, acabó su turno más tarde de lo normal pero al menos esa noche no tenía que asistir. Aprovecharía para seguir entrenando para su examen físico. Con el trabajo, apenas le quedaba tiempo para cumplir con sus ejercicios.

Como casi siempre hacía, tras descansar un poco, fue a la playa para correr durante una hora. Estuvo atento por si veía a Nayra allí con su cámara y con su particular *look*. Le gustaba que no fuera la típica chica que se preocupaba demasiado por lo que llevaba puesto o por si algún mechón de cabello se le escapara del aprisionamiento de la goma.

Pero ese día no la vio. Alargó más de lo normal su carrera para esperar por si aparecía. Por desgracia, no tuvo suerte. Le apetecía muchísimo verla y volver a hablar con ella. Conseguir sacarle una sonrisa y ver cómo sus mejillas se le marcaban con un ligero sonrojo. Y seguir intentado que aceptara quedar con él.

Lo que él no sabía era que ella sí lo observaba desde una esquina de la playa un poco oculta, cerca del inicio del bosque. Las altas hierbas la tapaban, pero desde su posición, ella podía admirarlo.

Se encontraba sentada en el viejo columpio que construyó con D. J. formado por varias tablas de madera y sujeto al árbol por unas cuerdas. Bueno, ella estuvo mirando mientras él lo montaba. Con el paso de los años, estaba un poco deteriorado. Las cuerdas habían cedido y aunque no tocaba la arena, se salvaba por pocos centímetros. Por suerte, aún aguantaba su peso.

Nayra se colocó la cámara sobre su ojo izquierdo y lo analizó. Una fina capa de sudor recorría su cuerpo y la ropa deportiva que llevaba se le pegaba a esos perfectos y trabajados músculos. Estaba parado, con las manos en las caderas y observando a su alrededor, como si buscara algo o a alguien. Nayra reconocía que había adquirido la mala costumbre de convertirse en su espía particular. Al menos, ya no le había hecho más fotos y las que ya tenía reveladas estaban bien escondidas en el fondo secreto de su cajón. Si su hermana las encontrara... sabía que no se enfadaría pero la sometería a un buen interrogatorio.

El móvil le vibró en el bolsillo y bajó la cámara para ver quién le mandaba un mensaje. Suspiró al ver que se trataba de nuevo de Wendy. Llevaba enviándole mensajes durante todo el día, pero ella aún no había respondido a ninguno. No estaba de humor para ello tras lo vivido la noche anterior.

Wendy: [1 de enero 9:32 a. m.]

Perdóname. Sé que he vuelto a romper una promesa y no sabes cuánto me arrepiento.

Wendy: [1 de enero 10:15 a. m.]

Por favor, Nayra, hablemos. Sé que ni todos los “lo siento” del mundo arreglarán lo que he vuelto a hacer, pero necesito saber que me perdonas.

Ahí Nayra tenía que darle la razón. Por más que le pidiera perdón, ya de nada servía para que el nuevo dolor que le había causado se fuera. Estaba cansada de sus promesas rotas, de llorar por ella, de asustarse por si había hecho una tontería. Sin embargo, era incapaz de decirle adiós.

Wendy: [1 de enero 12:58 p. m.]

Estoy preocupada por ti, Nayra. Siento que te estoy perdiendo. Sé que no me merezco en mi vida a una persona tan maravillosa e increíble como tú. Sé que tendría que alejarme de ti y dejar de hacerte daño, pero no puedo hacerlo. Junto a mi hijo, eres quien me da fuerzas para seguir viviendo.

Aquel mensaje le había puesto la carne de gallina. Odiaba cuando hacía alusiones al suicidio. Pasaba tanto miedo por ella...

Wendy: [1 de enero 2: 35 p. m.]

Por favor, por favor, por favor, háblame. Dime al menos si estás bien.

Una lágrima se deslizó por la mejilla de Nayra. Se la quitó con rabia. Estaba tan cansada de llorar por ella. Le exigía que al menos le confirmara que estaba bien cuando, si la situación era al revés, Wendy pasaba olímpicamente de ella. Así sabría lo que sentía cada vez que desaparecía sin dar señales de vida.

Siguió leyendo los mensajes.

Wendy: [1 de enero 5:16 p. m.]

Eres de lo mejor que tengo en mi vida. No me abandones tú también... déjame demostrarte que puedo cambiar. Prometo empezar a convertirme en la mujer que quieras que sea.

Nayra no pudo evitar contestar, a pesar de haberse jurado no hacerlo hasta que su ánimo se recuperara un poco.

Nayra:

No prometas. No digas cosas que ambas sabemos que no vas a poder ni querer cumplir.

Su amiga no tardó en responder a ese mensaje.

Wendy:

Pero pienso intentarlo y poner todo de mi parte para que así sea. Te quiero, Nayra. No puedo perderte....

Nayra:

No vas a perderme....

Era lo único que pudo contestarle. Wendy la necesitaba a ella, pero Nayra también sentía esa necesidad de tenerla cerca. Eran dependientes la una de la otra y, aunque sabía que eso no era nada sano, no podía evitar que así fuera.

Wendy:

¿Me perdonas?.

Nayra:

Dame tiempo.

Bloqueó el móvil antes de guardarlo y alzó la mirada de nuevo para observar a Dan desde el escondite que proporcionaban los yerbajos pero él ya no estaba.

Se levantó del columpio y se sacudió la arena que tenía pegada a la ropa para coger su bicicleta y regresar a casa. Cuando llegó, dejó su transporte apoyado en la pared de la fachada y entró en su hogar. Se paró de golpe al ver que su hermana no estaba sola.

—¿Qué haces aquí?

Liam suspiró al ver aparecer a Nayra. Además, la mirada asesina de Theresa lo estaba incomodando más de lo normal y en ese tiempo que llevaba a solas con ella no se había cortado en lanzarle pullitas acerca de su violento comportamiento.

Aliviado, se acercó hasta su novia y le cogió las manos, pero ella se soltó de su agarre.

—Nena, necesito hablar contigo.

La verdad era que a Nayra no le apetecía mucho escucharlo, pero sabía

que Liam sería muy insistente, así que lo mejor era acabar esa conversación cuanto antes.

—Pues habla.

Liam sonrió y miró a Nayra por encima del hombro para fijarse en Theresa, quien lo seguía aniquilando con la mirada.

—¿Crees... crees que podemos ir a mi casa?

Nayra sabía por qué lo decía. A su novio lo incomodaba mucho la presencia de su hermana y Theresa no pensaba abandonar su propia casa. Disfrutaba haciendo sentir incomodo al idiota de Liam.

—Dame un minuto.

Nayra pasó por su lado para ir a su cuarto, dejar la cámara y quitarse las zapatillas con arena. Se puso una deportivas y Liam prácticamente la arrastró hasta su coche. Se notaba lo mucho que ansiaba salir de su casa.

En el camino en coche, ninguno de los dos habló y Nayra se dedicó a mirar por la ventana hasta que llegaron a la zona este de Hocklast. La zona más rica de la ciudad y donde se encontraba la casa del alcalde, quien también era el padre de Liam. Ya había estado antes en su casa, pero siempre que iba, se quedaba impresionada por la magnitud de aquel piso. Además, siempre estaba perfectamente ordenado y limpio, a diferencia de su pequeña casa, pero claro, Theresa y ella no tenían servicio de limpieza.

—Pasa —se apartó Liam cuando abrió la puerta.

Nayra entró, aunque a pocos pasos de pasar al salón, unos gritos la detuvieron.

—¡¡Isabella!! —reconoció la voz de Ryan, el padre de Liam—. ¡¿Has entrado en mi despacho?!

—Sí, señor —se oyó una voz más dulce, pero en la que se notaba miedo—. La señora me pidió que limpiara el polvo de las estanterías.

—¡Coloca de nuevo todo en su sitio! ¡¡Y no vuelvas a entrar en mi despacho a no ser que yo mismo te lo pida!! Me obedeces a mí, no a la señora. ¡¿Entendido?!

—Sí...sí... se...señor —tartamudeó la joven empleada—. Lo siento señor.

—Que sepas que si luego voy al despacho y falta un solo papel, lo pagarás caro.

Nayra se estremeció. La verdad era que no le gustaba nada su suegro. Siempre la hacía sentir incómoda y aunque ante el público se mostraba un hombre benevolente y humilde, era todo lo contrario.

—Siento... esto —se disculpó Liam cogiéndola de la mano y llevándola hasta el salón donde estaba el alcalde.

—Papá, tenemos visita.

Ryan alzó la mirada y mostró a Nayra una sonrisa que hizo que a la joven le recorriera un escalofrío y el estómago se le revolviera.

—¡Nayra! —Se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla que duró más de lo que le gustaría—. Me alegro mucho de verte, querida. ¿Te apetece tomar algo?

Fue a contestar, pero Liam la detuvo.

—Tenemos que hablar, papá. ¿Te importa dejarnos solos?

—Para nada. Además, tengo unos asuntos que arreglar. Será mejor hacerlo cuanto antes. —Fijó sus ojos fríos en Nayra—. Espero que tú y yo tengamos oportunidad de vernos más. El bobo de mi hijo casi no te trae por aquí y no conozco mucho a mi nuera. Podemos hacer una cena —Soltó una risa.

Nayra curvó ligeramente los labios e intentó disimular todo lo que le provocaba ese hombre. Y ninguna de esas sensaciones era buena. No le gustaba nada cómo la miraba y no se fiaba ni un pelo de él.

—Estaría encantada, señor Brown —se obligó a responder.

Era su suegro, no tenía más remedio que aceptar la propuesta. Su cuerpo se relajó levemente cuando lo vio desaparecer por la puerta de su despacho.

Liam y ella se quedaron solos. Nayra se cruzó de brazos y lo miró esperando que hablara.

—Nayra... lo siento mucho.

—¿Que lo sientes? ¿Estás seguro de que es a mí solo a quien tienes que pedir perdón? ¿Te olvidas de todos los chicos que por tu culpa han pasado la noche en urgencias?

—Lo sé. Es solo que... te quiero y no quiero perderte. —Nayra tuvo un *déjà vu*. Hacía poco tiempo que Wendy le había dicho lo mismo—. Sé que hago muchas cosas mal, pero son locuras que salen de lo más profundo de mí. Solo quiero protegerte y que seas feliz.

Nayra puso los ojos en blanco al escucharlo. Si su hermana hubiera escuchado eso, probablemente se hubiera metido dos dedos en la boca para fingir que iba a vomitar. Nayra la vio y suspiró.

—La violencia no es una forma de amar.

—No es la más adecuada, pero...

—¡No, Liam! —Dio un paso hacia atrás—. Puede que en las novelas de adolescentes, a las protagonistas se les caigan las bragas cuando su enamorado se lía a hostias con alguien por ellas y surge una escena superromántica: ella llorando mientras le cura las heridas, y él prometiéndole amor eterno y diciéndole que, por la chica que ama, haría cualquier cosa. Pero yo no soy así; no quiero que mi novio sea el chico malo de una novela adolescente. Solo quiero a alguien que esté a mi lado, que me quiera, que me haga reír pero, sobre todo, a alguien que no me haga llorar o sufrir cada dos por tres porque tiene que marcarme como de su propiedad a base de puñetazos.

—Nena... lo siento muchísimo. —Cogió sus manos, pero esta vez, ella no se apartó. Le dejó hacer y Liam le besó los nudillos—. Hago muchas cosas mal y no soy perfecto, aunque de lo que sí estoy seguro es de que estoy completamente enamorado de ti y te prometo intentar controlarme y cambiar para evitar hacerte llorar de nuevo.

«Otra vez esa estúpida palabra... prometo... ¡ja!, no se lo cree ni él», pensó.

Nayra no se emocionó nada con esas palabras. La primera vez que se las dijo, acabó sonriendo como una idiota y besándole con auténtica devoción, pero ese mismo discurso se lo repetía una y otra vez. No eran más que falsas palabras bonitas en las cuales quería ocultar su mentira.

—Liam... esto no...

Liam pareció averiguar lo que su novia iba a decir, así que le cogió el rostro entre sus manos y la besó de forma suave y tierna para que así ese pensamiento que albergaba su cabeza se esfumara.

—Te quiero. Dame la oportunidad de demostrártelo.

Nayra se quedó de nuevo bloqueada. Había estado a punto de acabar con todo, pero, como siempre, él conseguía persuadirla y hacerla dudar. Si lo dejaba, quizá más adelante se arrepentiría.

—Está bien, aunque ahora mismo creo que es mejor que me vaya. —Lo miró con un aire de furia en sus ojos color miel.

Liam asintió y se despidió de ella hasta dentro de unos días, cuando se vieran en la universidad.

Nayra cogió el autobús para volver a su casa y no pudo evitar echarse a llorar cuando entró. Se deslizó por la pared hasta quedar sentada en el suelo de la entrada. Theresa la escuchó y fue a su lado para abrazarla y que le contara qué había pasado. Temía que Liam le hubiera hecho daño físico, pero, por suerte, no fue así. Nayra le contó lo que habían hablado los escasos diez minutos que había permanecido en su casa. Quizá no debería haberse marchado, pero no se sentía cómoda en ese lugar y cada día soportaba menos la presencia de Liam.

Nayra se dejó mimar por ella y tras separarse, su hermana le secó las lágrimas.

—No me gusta nada lo que tanto Liam como Wendy te hacen sentir.

—Lo sé, pero también me hacen feliz.

—Eso es lo que crees, Nayra. ¿Sabes cuándo de verdad serás feliz? — Ella la miró para que terminara la frase—. Cuando todo acabe. Cuando decidas acabar con esas relaciones que no hacen más que hacerte sufrir. Una vez que te alejes de ellas, verás que tenía razón y aunque al principio duela, con el tiempo te percatarás de que es mejor estar sola, que mal acompañada.

Theresa le dio un último beso en la frente y la dejó sola. Ella debía pensar en si de verdad deseaba pasar toda su vida con esos altibajos que dos personas le ocasionaban o dejarlas atrás para iniciar una nueva vida e intentar ser feliz junto a otras que la quisieran de verdad.

Capítulo 7

Nayra entró en la universidad con más sueño de lo normal. Le daba mucha pereza volver tras las vacaciones de Navidad. En esos días, apenas había salido de su casa y el tiempo se le había pasado lentísimo. Se aburría como una ostra y lo poco que había abandonado su hogar había sido para sacar fotos o ir con su hermana de compras. Bueno, más bien, Theresa compraba mientras ella miraba. A diferencia de Nayra, a su hermana le chiflaba la moda y pasar horas en un centro comercial. En cambio, la menor de la familia Hastings lo detestaba. Prueba de ello era que muchos días se vestía con lo primero que cogía del armario. Solo se arreglaba cuando quedaba con Liam o Wendy para ir a tomar algo o cuando asistía a clase.

Aunque ese día no se había esmerado demasiado. Llevaba unos vaqueros con el dobladillo a la altura del tobillo, unas Converse bajas rosas y una sudadera del mismo color tres tallas más grande que ella en la que se podía leer en letras grandes y azules «CALIFORNIA». Y para rematar su conjunto, había pasado olímpicamente de peinarse, por lo que se había recogido sus mechones coloridos en un moño mal hecho en lo alto de la cabeza.

Entró en la clase que le tocaba y suspiró al pensar que esa asignatura Liam no la tenía ya que ella se encontraba más retrasada en comparación con los compañeros con los que empezó, aunque no iba tan mal. Al menos se estaba sacando la carrera. El periodismo siempre le había gustado, sobre todo, porque tras licenciarse podía dedicarse al fotoperiodismo. No era su gran pasión, a ella no le gustaba captar la belleza de las catástrofes humanas pero al menos realizaría algo que le gustaba. Claro que no sería fácil conseguirlo, más con el expediente tan flojo que tenía.

Pero volviendo al tema de Liam, ¿era malo que se alegrara del hecho de que en todo el día no iban a coincidir en ninguna clase? Nayra no lo quería ver aún. Todavía no le había perdonado lo que hizo la noche de Año Nuevo. Al igual que le ocurría con Wendy. Las palabras de su hermana las tenía muy clavadas en su mente.

«¿Sabes cuándo de verdad serás feliz? Cuando todo acabe».

Cuando todo acabe. Eso decía ella pero quizá si acababa con esas dos relaciones sería la persona más desgraciada del mundo. Solo tenía que echar la vista atrás para ver que las amistades no se le daban nada bien, mucho menos los noviazgos. Sí que se había liado con otros antes de Liam, pero oficialmente, él había sido el primero en todo. Temía quedarse sola de por vida si les decía adiós.

Sin embargo, tenía que darle la razón a su hermana en algo. ¿Hacía cuánto que no se sentía completa y feliz? ¿Hacía cuánto que vivía sin miedo a que a su mejor amiga le ocurriera algo? Y, ¿hacía cuánto que salía a la calle sin la preocupación de que Liam se pudiera liar a golpes con el primero que se dirigiera a ella? Por más que echara la vista atrás, era incapaz de recordarlo.

Las cuatro horas que tenía se le hicieron completamente aburridas y se pasó la clase mirando con disimulo su móvil, más en concreto, las redes sociales y las movidas que en ellas había. Nayra nunca entraba en ninguna, era lo mejor, pero siempre le daban ganas de coger un bol de palomitas mientras leía las sandeces que decían. Una red social para conocer gente se había convertido, con el paso de los años, en un patio de colegio de personas adultas con un comportamiento infantil e hipócrita.

Siguió cotilleando hasta que se detuvo en una publicación de Wendy. No había escrito nada pero la imagen que había puesto con una frase triste hablaba por sí sola. Indirecta en toda regla para ella.

Suspiró y bloqueó el móvil para concentrarse en la clase y seguir tomando apuntes. Así evitaría pensar en todo lo que su mente albergaba.

Cuando por fin llegó la hora de marcharse a casa, guardó a toda prisa sus cosas en su bolso gigante de color coral y salió por la puerta a paso apresurado. No quería encontrarse con Liam por los pasillos, por lo que dio una vuelta por todo el edificio de la facultad para salir por la puerta de atrás pero antes de alcanzarla se detuvo y se quedó pensando en lo idiota que era. Parecía una niña pequeña huyendo del niño que le tiraba del pelo. Levantó la cabeza y se dispuso a salir por la puerta principal aunque con cierto nerviosismo por si se encontraba con él. Sabía que se acercaría a ella para persuadirla y en lo más hondo de ella, tenía claro que no quería perdonarlo.

Al menos por el momento. Estaba cansada y Liam debía ver lo que él y solo él provocaba. Tenía que darse cuenta de que la perdería si no cambiaba. Y de verdad. A ella ya no le servían las promesas.

Los rayos de sol se posaron en sus ojos y los entrecerró para evitar que estos la molestaran. A pesar de ser enero, en Hocklast hacía buen tiempo casi todo el año y ese día, era uno de ellos. Se estaba muy bien al sol.

Comenzó a caminar por el campus sumida en sus pensamientos antes de recolocarse el bolso sobre el hombro. Iba distraída mirando a sus pies cuando un brazo le rodeó la cintura y su espalda quedó pegada a un duro torso.

—Te encontré —escuchó una voz cerca de su oído.

Nayra quiso gritar cuando notó ese aprisionamiento, pero se relajó, al menos en parte, al adivinar al propietario de aquella profunda y grave voz. Se revolvió para que la soltara y se dio media vuelta para quedar frente a él.

—¿De verdad? —Puso distancia entre los dos—. No tenías derecho a hacer lo que has hecho. —Miró nerviosa a su alrededor—. ¿Qué haces aquí?

—Te dije que te encontraría y así, me invitas a ese desayuno que tenemos pendiente.

Nayra miró a ambos lados y dio un paso hacia atrás.

—Y yo te dije que lo olvidarás. Es una mala idea. —Volvió a mirar a sus espaldas.

Dan se percató de cómo Nayra no dejaba de observar a todas partes como si estuviera vigilando algo. Eso lo puso en alerta y estaba convencido de que le preocupaba que alguien los viera juntos. Por el amor de Dios, ¡solo estaban hablando! Y, por mucho que quisiera quedar con ella, sus intenciones eran buenas. Sabía que tenía pareja y él no era de esos tíos que iban por ahí jodiendo relaciones.

—Solo es un café con grasas extras. —Se refirió a la bollería con la que solía acompañarlo.

—Dan, vete. Es lo mejor. —Se dio la vuelta y retomó su camino, pero él no pensaba rendirse y corrió para ponerse frente a ella.

—¿Y si te invito yo?

—No rechazo la quedada o como lo quieras llamar por quién invite a quien. Es que... —Volvió a mirar a su alrededor—. No es moralmente correcto. Es decir, si mi novio se fuera con otra, me molestaría.

Nayra se imaginó esa escena y se quedó pensativa. ¿La molestaba? Sí, ¿no? Era lo que todo el mundo esperaría, ¿cierto? En ese momento, tendría que estar un tanto celosa por imaginarse a su novio con otra y no lo hacía. ¿Por qué?

—¿Te puedo hacer una pregunta? —Ella asintió—. Si yo fuera una chica y te ofreciera ir a tomar algo, ¿aceptarías?

—Pues, me imagino que sí. No sé, dependiendo de cómo sea la chica. Si es una zorra mala con piel de cordero, ni de coña.

—No te hablo de una chica cualquiera, digo si yo, tal y como soy, en vez de tío fuera una tía.

Nayra se quedó pensativa y enredó un mechón colorido que se escapaba de su recogido en el dedo índice. Dan parecía haberse quedado hipnotizado observando aquel gesto. Su expresión había cambiado por completo. Parecía que la miraba con ternura.

—Sí, aceptaría —contestó con sinceridad.

—¿Entonces? ¿No aceptas por mi género? —Elevó las cejas.

—¡Oh, Dios! ¡Qué mal suena! —Se tapó el rostro con una mano y se mordió el labio inferior—. Me caes bien, no pienses lo contrario, pero no sé, creo que no sería correcto.

—¿Quién dice que los chicos y las chicas no puedan ser amigos y quedar como colegas?

—No sé... ¿la sociedad?

—Nacemos y crecemos escuchando comentarios machistas —afirmó Dan—. Piénsalo. Hoy en día hay gente que farda de que estamos avanzados, de que no vivimos como en la edad media, pero ¿es acaso cierto? ¿O algunas personas siguen mirando de forma rara a un niño que va a clases de danza? ¿O a una niña jugando al béisbol o al fútbol americano?

—Tienes razón, pero...

—¡Vayamos en contra de la sociedad! Venga, cometamos la locura de tomar un café juntos teniendo tú novio —dramatizó divertido y Nayra sonrió—. Disfrutemos de nuestro último día antes de que nos encarcelen. ¡Yujuuu! —Elevó los brazos como si celebrara una victoria.

Nayra acabó soltando una carcajada, aunque lo que decía era tan cierto como que ella se llamaba Nayra Hastings. No, no había nada malo en tomar

un café con otro chico, pero si alguien de la facultad la viera, Liam no tardaría en enterarse. No era el hecho de que a ella le pareciera mal, sino que al resto sí lo haría y traería consecuencias.

—No puedo... lo siento, de verdad.

—¿Y si me disfrazo de chica? —bromeó aunque por dentro se sentía un auténtico gilipollas y calzonazos. ¡Se estaba arrastrando!

Nayra fue a responder pero antes de poder siquiera abrir la boca, notó como alguien le agarraba del brazo y tiraba de ella para apartarla. Acto seguido, escuchó un golpe y segundos después, se percató de que Dan estaba en el suelo y Liam sobre él dándole puñetazos mientras el rubio intentaba detener sus golpes.

—¡¡Liam!! ¡¡Para!! ¡¡Para!! —Le agarró de la chaqueta y comenzó a tirar de su novio hacia atrás—. ¡¡Déjalo en paz!!

Nayra se estaba haciendo daño en los dedos y de nada servía tirar de él. Liam estaba cabreado y era mucho más fuerte que ella. Su rostro se quedó desencajado y se apartó cuando varias personas se acercaron a ellos para separar a su novio de Dan ya que el pobre chico no se estaba defendiendo ni devolviéndole los golpes, simplemente, detenía sus puñetazos como podía, aunque más de uno se había llevado.

Nayra se colocó delante de Liam cuando lo levantaron y puso una mano en su pecho para que no volviera a atacar. Tras verlo más calmado, la gente que había acudido al rescate de Dan se fue dispersando tras asegurarse de que el joven se encontraba bien.

Liam miró a Nayra a sus ojos enfurecidos. Estaba pálida, contenía las ganas de chillar y de llorar y le sostenía la mirada mientras negaba con la cabeza.

—Lo siento.

—¡¿Que lo sientes?! —le espetó—. ¡Eso mismo me dijiste hace unos días y me prometiste cambiar!

—Y lo haré, pero necesito tiempo.

—No, Liam, las cosas no funcionan así. —Lo empujó—. ¡¡Lárgate!! ¡Vete! Porque ahora mismo no puedo tenerte cerca y será mejor que te marches y me dejes en paz antes de que sea yo la que haga o diga algo de lo que después pueda arrepentirme. —Se quedó pensativa—. O, ¿quién sabe?

¡Quizá no me arrepienta!

—Nayra...

—¡¡No!! Cállate, Liam. Porque estoy cansada de tus palabras, de tus promesas, de tus actos... ¡estoy muy cansada! No me enamoré de un puto neandertal que demuestra su «amor»... —Hizo las comillas con los dedos— ... A base de golpes. Con la violencia. ¡El chico del que me creía enamorada no existe! —gritó fruto del enfado y Liam se quedó estupefacto mirándola.

—¿Qué estás diciendo, Nayra? ¿No me quieres?

Cerró los ojos y respiró. Sabía que se tenía que haber marchado. Así, esas palabras que habían salido por su boca seguirían guardadas en su mente. Enseguida comenzó a pensar en si estaba siendo demasiado dura y cruel. Odiaba cabrearse y estaba hablando sin antes meditar las palabras que estaban saliendo por su boquita. Algo más calmada, expulsó un largo y sonoro suspiro.

—No es eso... —susurró—. Es solo que a veces no te reconozco, Liam. Creo que antes no eras así. Me gustaba salir contigo y divertirnos sin temor a que en cualquier momento te pusieras a pegarte con alguien. Me consumes. Hay momentos en los que acabo tan hundida que me pregunto si lo nuestro tiene algún futuro.

—Lo tiene, amor. —Le cogió las manos—. Lo tiene. Lucharé por él.

Nayra se soltó y dio un paso hacia atrás sin ni siquiera verle la cara. No podía ni quería mirarlo.

—Vete, Liam. Por favor.

—Dime que esto no es el fin.

—No lo sé. —Se cruzó de brazos—. De ti depende.

Liam asintió y a su pesar, empezó a caminar de vuelta a su casa dejando a su novia con aquel tío que había sido testigo de su nueva discusión. No le gustaba nada dejarla ahí con él, pero no pensaba joder su relación y sabía que esta pendía de un hilo. Nayra le acababa de dar un ultimátum. Tenía que cambiar. Iba a cambiar. No podía dejar que sus celos y su mal carácter estropearan algo que era importante para él. Lo lograría.

Nayra se quedó unos segundos mirando con gesto serio a Liam marcharse antes de girarse para acercarse a Dan y así, inspeccionarlo. Tenía un golpe al lado del ojo y le sangraba un poco el labio. Sus heridas no eran

graves, gracias a que había esquivado la mayoría de los golpes, pero aun así, debía de dolerle.

—Lo siento mucho. —Se disculpó por Liam.

Tenía muchas ganas de llorar. Y también se sentía culpable, ya que, si ella y Liam no estuvieran juntos, muchos chicos no habrían tenido que sufrir los golpes de su novio.

—No ha sido para tanto. —Se limpió con la manga de la sudadera que llevaba la sangre del labio—. Ahora sí me merezco una cita, ¿no?

Ella medio sonrió y lo miró. A pesar de la paliza, él seguía con su gesto alegre y transmitía esa emoción a pesar de que, en ese momento, ella no estaba para sonreír.

—Ya has visto porque la rechazo... aunque sea como amigos, corres un poco de peligro.

—Sé defensa personal. Si hubiera querido, le habría dejado *KO*.

—¿Y por qué no lo has hecho?

—Por dos razones: la primera, es tu novio y si le hubiera mandado al hospital, no habrías vuelto a hablarme en tu vida; y, la segunda, estoy preparándome para ser policía. Unos antecedentes por pelea no me vendrían bien.

Ella solo asintió con la cabeza.

—A veces pienso que Liam se merece que le den de su propia medicina.

—¿Quieres que vaya a buscarlo y le dé? —bromeó haciéndola sonreír de nuevo—. Bueno qué, ¿me concedes la cita de amigos?

—Dan, me caes bien y precisamente por eso, no la acepto. No quiero que Liam se vuelva a cebar contigo y créeme, lo hará. Sus promesas valen lo mismo que un cero a la izquierda.

—Y, ¿por qué lo soportas? Está claro que estás cansada de que sea así y por lo que he visto y oído... Creo que en tu interior no ves el momento de darle la patada.

Dan no quería decirle directamente que lo mejor que podía hacer para que su situación mejorara era dejar a su novio. Nayra no se merecía sufrir lo que sufría por los malos actos del idiota de su pareja. Nadie se merecía tener a su lado a una persona violenta. Ahora solo atacaba a otros tíos, pero ¿y si más adelante era a ella a la que agredía? Si se enteraba de que ese tal Liam le

ponía alguna vez la mano encima, le daría igual qué pasara después con él; juraba que lo mataría.

—Es mucho tiempo juntos y, en el fondo, no es mala persona —quiso defenderlo, aunque no sabía muy bien por qué lo hacía.

—Pero no te hace feliz. —Nayra bajó la mirada. Dan tenía razón—. No hace falta conocerte demasiado para ver en tus ojos lo que te duele que haga esas cosas.

—Claro que me duele, pero cuando no es así, es encantador, de verdad. —Esas palabras no se las creía ni ella.

Antes sí que lo era, pero hacía mucho que no sacaba a relucir al chico del que se enamoró. Estaba bastante confundida ya que no sabía si su corazón seguía albergando amor por él o este volvía a estar vacío. Quizá fuera fruto del enfado que tenía, pero era cierto que hacía tiempo que se sentía sola a pesar de tenerlo a su lado.

—No lo pongo en duda, pero ten cuidado con él, ¿vale? No me fio de la gente violenta. Hoy lo paga con los demás, pero mañana puede hacerlo contigo.

—No lo hará. Lo sé.

—Espero que tengas razón.

Nayra bajó la mirada y comenzó a jugar con sus dedos enredándolos todo el rato.

—No sé qué siento por él en estos momentos —se sinceró—. De lo único que estoy segura es de que no es lo mismo de antes.

Ambos se quedaron en silencio. Ella esperando a que dijera algo, pero Dan seguía analizando sus palabras e intentando entender con la poca información que tenía su situación.

—¿Tienes papel y boli?

Nayra lo miró extrañada ante esa pregunta que nada tenía que ver con lo que estaban hablando. Solo asintió y sacó de su enorme bolso su agenda y un boli de color morado.

—¡Qué mono! —Sonrió Dan al verlo y abrió la última página de la agenda—. Este es mi número. Aunque no quieras una cita conmigo, al menos quiero que sepas que tienes un amigo con el que puedes hablar y desahogarte. Soy penoso dando consejos, pero al menos, no te lo guardas para ti. —Le

devolvió la agenda—. Además, no creo que haya problema porque nos mensajeemos, ¿no?

—No. —O eso espero, lo que me faltaba ahora es que Liam me controlara el móvil—. Gracias.

—De nada, mariposita. Prometo ser un muy buen colega y un hombro sobre el que llorar y sabes que yo siempre cumplo mis promesas.

—Prefiero que no prometas. No es por ti, es...

—Es por mí. —Acabó la frase dramatizando y llevándose una mano al pecho.

—Eh, sí, más o menos. Odio esa palabra.

—Y, ¿cómo podemos prometer sin prometer? Es decir, sin pronunciar la palabra maldita.

—No sé...

—¿Qué te parece... te lo cumplo? Porque esa es la palabra que define lo que esperas de las promesas. Además, prometer es un anticipo, cumplir es una seguridad de alcanzar el objetivo. —Se quedó pensativo—. ¿Me he explicado? Creo que no me he entendido ni yo.

Nayra rio.

—Sí, te he entendido. —Se colocó mejor el bolso sobre su hombro tras guardarse la agenda.

—Entonces... voy a ser un gran colega y un buen hombro sobre el que puedas llorar. Te lo cumplo.

—No sé ser amiga, la verdad, nunca he tenido suerte con ninguna relación, creo que, a la vista está. —Suspiró—. Pero lo intentaré contigo. Te lo cumplo.

Dan sonrió y le guiñó un ojo antes de despedirse de ella. Se había hecho tarde y tenía que ir al restaurante. A pesar de tener el rostro dolorido, se iba con una sonrisa en la boca por haber dado un paso más. Pensaba conseguir esa cita, aunque le costara otra sarta de puñetazos. Valdría la pena. Estaba seguro de ello.

Capítulo 8

Ese día había amanecido nublado y el cielo amenazaba con dejar caer todo lo que esas oscuras nubes aguardaban. Nayra cruzaba los dedos para que aguantara un poco. Lo que le faltaba; llegar a casa completamente calada.

Su hermana insistía en que se sacara el carnet de conducir pero no tenía demasiado entusiasmo. No se le daba nada bien estudiar y estaba convencida de que, con lo patosa que era, estrellaría el coche de la autoescuela en su primera lección. No, no tenía la suficiente confianza en sí misma ni siquiera como para intentarlo. Su padre se encargó de ello y de destruir toda su autoestima. Apenas había hablado con él desde el día de Año Nuevo, a pesar de que su progenitor la llamaba más que nunca, aunque rara vez le cogía las llamadas ya que no solía llevar mucho el móvil a mano. Además, las veces que sí contestaba, sus conversaciones eran cortas, monótonas y repetitivas. Por no mencionar lo incómoda que se sentía cuando hablaba con él. La voz de su padre siempre estaba apagada y, cuando ella le preguntaba si todo iba bien, él le contestaba con un «claro, cariño». Por más que intentaba olvidar, no podía. Al menos, por el momento.

Siguió pedaleando por el centro de Hocklast hasta que se detuvo delante de una pequeña y modesta tienda. Bajó de su bicicleta y puso el candado alrededor de un árbol que había. Cogió su bolsa de la cesta y entró con una gran sonrisa.

—Buenos días, señora Owen —saludó Nayra.

—Buenos días, cielo. ¿Para revelar?

—Sí. —Contestó tendiéndole el USB donde guardaba las fotografías que quería tener en sus manos.

La señora Owen lo cogió e introdujo el *pen drive* en el ordenador para ver aquellas obras de arte. Conocía a Nayra desde que era una enana. Recordaba el primer día que la vio entrar en su tienda. Solo tenía seis años y había caminado sola hasta allí para que le revelara sus primeras fotos de una cámara desechable. Ella se quedó sorprendida y, aunque pensó en llamar a la policía para que sus padres fueran a buscarla, ya que una niña tan pequeña no

podía ir por ahí sola, cuando Nayra se puso a llorar y le suplicó que no lo hiciera porque su padre se enfadaría mucho al ver que le gustaba la fotografía, tuvo que ceder ante esos ojos llorosos y suplicantes.

Cada cuatro semanas, la pequeña volvía para comprar con sus escasos ahorros una nueva cámara desechable y, dos semanas después, regresaba para revelarlas.

La señora Owen había sido testigo de su evolución y, como amante de la fotografía que también era, veía en Nayra lo que otras personas se empeñaban en destruir. Esa chica tenía un gran talento. Había sido autodidacta y hacía fotografías que perfectamente podían exhibirse en una exposición. En el tiempo que la conocía, sabía que convertirse en fotógrafa profesional era su sueño. Formarse en algo que la apasionaba y viajar por todo el mundo para captar la belleza oculta de las cosas. El problema era que nadie la apoyaba y le exigían estudiar para tener un futuro asegurado.

—Son preciosas, Nayra —le dijo contemplando cada imagen—. Tienes un talento innato.

—Gracias. —Sonrió—. Ojalá mis padres me dieran la oportunidad de demostrar que puedo tener un futuro con la fotografía.

—¿Quieres que te sea sincera? —Ella asintió—. Creo que, si no dejas de luchar por ello, algún día tus padres lo verán y te apoyarán de verdad.

—Tampoco quiero hacerme ilusiones. —Suspiró.

Nayra comenzó a deambular por la tienda observando las cámaras que tenía expuestas, objetivos, marcos y tipos de cuadros con ejemplos de cómo se pueden revelar las fotografías. Ojalá la señora Owen tuviera razón y un día sus padres la miraran con orgullo, el día que por fin consiguiera demostrar lo mucho que valía. Una pequeña sonrisa se dibujó en su rostro al imaginarse esa escena. Quizá, en ocasiones, los sueños y las fantasías sí se hacían realidad. Seguiría luchando como llevaba haciendo dieciséis años.

La señora Owen se acercó al mostrador y apoyó los antebrazos en él. A Nayra le dolía mucho hablar del tema de la fotografía y sus padres. Significaba recordar que quizá jamás consiguiera dedicarse a lo que de verdad le gustaba y que, si lo hacía, sus padres no estarían orgullosos de ella. Eso era lo que más deseaba: que sus progenitores se enorgullecieran de ella. Aunque fuera un poco.

—Nayra —la llamó y ella se giró para mirarla—. Tengo una amiga que regenta un pequeño local. No es nada del otro mundo, pero a veces ha organizado exposiciones de todo tipo: escultura, pintura, historia, fotografía... podría hablar con ella y, si estás de acuerdo, preparar una exposición con algunas fotos. Yo podría ayudarte a revelarlas en un tamaño más grande, colocarlas en los marcos y todo. O, si lo prefieres, podríamos hacer las fotografías en bastidor. Creo que quedarán mejor que con un marco.

Un cosquilleo recorrió el estómago de Nayra. Su corazón no dejaba de chillarle que dijera que sí. ¡Era una gran oportunidad! Sin embargo, su cabeza hizo que bajara a la realidad.

—Te lo agradezco mucho, pero ¿quién iría a ver mis fotografías? No me conoce nadie y, además, es muchísimo gasto. Alquilar el local por unos días, el revelado en un formato especial, promoción... sé que todo eso saldría de mi bolsillo y... no puedo permitírmelo.

—Yo te haría precio y si hablo con mi amiga...

—No hace falta que te molestes, Melissa. —Le sonrió—. Sé que no sería una muy buena idea y me da miedo el hecho de que, si fracaso, deje de hacer lo único que consigue que sea yo misma y me hace sentir un poco feliz.

A Melissa le entristeció escuchar esas palabras de la boca de la joven. Sabía a qué se refería. Si preparaba la exposición y no salía bien, Nayra creería que no valía para eso y colgaría la cámara. Además, también vería que sus padres tenían razón desde el principio y eso no podría soportarlo. Sin embargo, ella creía en el don de esa chica y con un buen montaje, podría, con esa exposición, iniciar su formación en el mundo de la fotografía. La señora Owen estaba convencida de que sería su primer paso para abrirse las puertas al mundo al que Nayra quería entrar desde que era una enana.

—La oferta seguirá en pie. —le dijo esperanzada de que cambiara de opinión—. Para pasado mañana tendrás las fotografías.

—Gracias.

Aquella despedida fue bastante fría, pero Nayra no sabía qué decir. Sabía que con esfuerzo y quizá buscando un empleo, podría costearse una pequeña exposición. Sin embargo, le daba tanto miedo que eso le abriera los ojos y la realidad la golpeará para que viera al fin que ella no estaba hecha para dedicarse al mundo de la fotografía, que prefería no arriesgarse y seguir

evadiéndose y siendo feliz con su *hobby* aunque solo fuera unos minutos. Pero quizá, si dejaba de un lado por una vez en su vida sus miedos y se arriesgaba, podía conseguir lo que llevaba tanto tiempo ansiando. Por un momento, se imaginó esa sala con sus fotografías, la gente admirándolas y su familia a su lado sintiéndose orgulloso de ella y, ¿por qué no?, presumiendo de hija. Tenía que pensarlo muy bien. Ese no rotundo que le había dado a la señora Owen, se acababa de convertir en un quizá.

Montó de nuevo en su bicicleta tras quitarle el candado y colocó su bolso en la cesta de mimbre para regresar a su casa antes de que empezara a llover. La tormenta llegó cuando se encontraba a dos minutos de su hogar, así que pedaleó más rápido para mojarse lo menos posible.

Una vez allí, fue al garaje para guardar su transporte y se quedó unos minutos mirándolo. Cuando la lluvia remitiera y las nubes que había se fueran, lo mejor que podía hacer era limpiarlo un poco. Estaba un poco sucio de la arena de la playa.

Se quitó la capucha de su sudadera y se desprendió de las deportivas para no mojar con ellas el suelo de la casa. Entró por la puerta de atrás, la que daba directa a la cocina y abrió el frigorífico para coger el brik de zumo y beber un trago. Theresa odiaba que hiciera eso, pero en ese momento, no la estaba viendo.

—¡¡Nayra!!

O eso creía. Se llevó tal susto al oír el grito de su hermana, que escupió parte de la dulce bebida.

—¿Cuántas veces te he dicho que no bebas a morro? ¿Sabes todas las bacterias que me voy a meter yo ahora a la boca? Bueno, ninguna, porque ese zumo te lo acabas tú sola. —Puso una mueca desagradable.

—De niña poco te importaban las bacterias —contestó limpiándose los labios con la mano.

—No sabía lo que sé ahora y si tú conocieras lo mismo que yo, no harías eso.

—Prefiero vivir en la ignorancia.

Nayra negó con la cabeza y volvió a guardar el brik en su sitio.

—Voy a darme una ducha —dijo pasando al lado de su hermana.

—Antes tienes que saber algo. —Nayra se giró—. Ha venido Wendy.

Dice que no le coges el teléfono ni respondes los mensajes.

—He dejado el móvil cargando. ¿No ha querido esperarme?

—Oh, sí ha querido, pero lo siento, a esa puta *yonkie* no la quiero en mi casa.

Escuchar esas palabras hizo que Nayra se cabreara con su hermana. Estaba harta de que se metiera en todas sus relaciones. Por muy mal que le cayeran tanto Liam como Wendy, no tenía derecho a hacer eso. Ella jamás lo haría con sus amigos y tampoco había actuado así cuando su hermana mayor se traía a casa a alguno de sus ligues. Y eso que no todos le habían caído bien. Theresa se había liado con auténticos idiotas y ella había cerrado la boca. ¿Por qué no podía respetarla?

—¡¡Theresa!! ¡Sabes que tiene muchos problemas! —le recriminó enfadada.

—Todos los tenemos y no nos refugiamos en las drogas ni nos follamos al primero que pasa para desahogarnos. Sinceramente, Nayra, prefiero encerrarme y llorar durante un buen rato a seguir el mismo hábito que ella.

—Sus problemas son más complicados. —Quiso defenderla—. Su familia la repudió, su novio le pone los cuernos, no ha podido estudiar, casi nadie le da una oportunidad para trabajar y tiene que soportar todo eso para que a su hijo no le falte de nada.

—Mira, Nayra. Soluciones hay. ¿Su familia la repudió? Eso es lo que cuenta ella. ¿Su novio le pone los cuernos? Pues que coja la puerta con su hijo y se vaya, porque por lo que yo sé y tú me contaste, a él no le importa nada el niño. ¿Que no ha estudiado? No le ha salido de las narices hacerlo. En cuanto al trabajo... le dan oportunidades, pero cuando a los pocos días se presenta colocada... ¿te extraña que la despidan? —Nayra bajó la mirada y negó con la cabeza. No le gustaba nada cuando su hermana tenía razón—. Y en cuanto a su hijo... me da pena ese pobre niño. No estoy segura de que sus padres se ocupen de él. El padre follando a todo lo que pilla y la madre desapareciendo cada dos por tres para drogarse. Ojalá los servicios sociales hicieran algo.

—Todo siempre parece más fácil desde fuera. —Se acercó a ella para intentar convencerla de que su amiga no era tan mala como la pintaba—. Sin embargo, cuando lo vives de lleno, te das cuenta de que no lo es tanto y la

situación te sobrepasa hasta tal punto que el resto del mundo te da igual y lo único que quieres es dejar de sufrir haciendo cualquier cosa. Aunque sea por unas horas.

—¿Me estás diciendo que tú cuando estás mal también haces lo que ella?

—¡¿Qué?! ¡Claro que no!

—¿Por qué no lo haces? —Fue a contestar, pero se quedó callada. ¡Joder! Su hermana había vuelto a conseguir que viera que llevaba la razón —. ¿Por qué no lo haces, Nayra?

—¡Yo no lo hago porque para mí hay otras formas de desahogarme y de evadirme del mundo cuando estoy mal, ¿contenta?! En mi caso, me refugio en la fotografía, pero Wendy... —Theresa puso los ojos en blanco al ver que iba a volver a defenderla—, es distinta. Todas las personas son diferentes y no puedes pretender que todo el mundo haga lo mismo que tú o que yo cuando están pasando por malos momentos.

Theresa expulsó un largo suspiro y se frotó las sienes con una mano. Dios, ¡ojalá Nayra abriera los ojos! ¡Tanto la relación que tenía con Liam como con Wendy no eran sanas! ¡La destruían! Cruzaba los dedos para que un día se diera cuenta, pero ella sabía lo difícil que era desprenderse de esas amistades o noviazgos tóxicos.

También había tenido algún que otro episodio cuando era más joven y, a pesar de lo mal que lo pasó cuando las rompió, ahora se alegraba cada día de haberlas dejado atrás. Aún más, si pudiera dar marcha atrás, iría adónde se encontraba y se daría a sí misma una buena leche para que espabilara.

—Jamás apoyaré lo que hace esa chica y sigo pensando que los servicios sociales deberían llevarse a ese pobre niño.

Nayra no quiso seguir escuchando, por lo que se dio la vuelta y caminó a paso rápido hasta su cuarto. Cogió el móvil y vio todos los mensajes y llamadas que tenía. Abrió la conversación y tras leerlos, Nayra se dio cuenta de que pasaba algo grave. Al menos esa vez había decidido refugiarse en ella en vez de en el alcohol y las drogas.

Cogió de nuevo la bicicleta y sin importarle la lluvia que caía, pedaleó hasta el muelle que había en la playa del norte. Enseguida la encontró bajo este, sentada en la arena y abrazándose las rodillas. Algunas gotas de lluvia se

colaban por los huecos que había entre los tablones y caían sobre ella, pero a Wendy parecía darle igual. Su liviano cuerpo encogido temblaba, aunque no sabía si era por el frío o porque había pasado algo grave que la tenía asustada. Si era sincera, esperaba que fuera lo primero pero algo dentro de ella le decía que no iba a ser así. Tenía la cabeza enterrada entre el hueco que dejaban sus brazos cruzados, los cuales, estaban apoyados en sus rodillas.

A pesar de sus anchas ropas, se notaba que había perdido más peso y, en su caso, eso no era nada bueno. Varias veces había estado ingresada en la planta de anorexia debido a su extrema delgadez, a pesar de que no sufría ese trastorno.

Nayra ni siquiera se molestó en atar la bicicleta. Se bajó y la dejó caer antes de correr por la playa lo más rápido que podía hacerlo por ese irregular terreno para llegar hasta su amiga. En cuanto la alcanzó, se dejó caer a su lado. Hasta que no le tocó el hombro, Wendy no se percató de que estaba allí.

—Hey —la saludó—. Ya estoy aquí. ¿Qué pasa?

Wendy la miró con los ojos inundados en lágrimas y se lanzó a sus brazos. Necesitaba que alguien la abrazara y la consolara, a pesar de que había vuelto a joder su vida. Y esa vez, nadie podría ayudarla. Sin embargo, necesitaba que Nayra le mintiera y le dijera que todo saldría bien. No sabía qué iba a hacer. Lo había arruinado todo. Había terminado de joder su propia vida.

—Me van a quitar a mi hijo —consiguió decir entre sollozos.

Nayra se quedó completamente bloqueada y en cierto modo, asustada. Hacía solo unos minutos que Theresa y ella habían tenido una discusión sobre eso. ¿Y si su hermana había llamado a los servicios sociales? Era una locura pero tampoco lo descartaba.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado?

—De momento nada, pero va a pasar. Parker me va a echar de casa y yo me quedaré en la calle con un niño de diez años. Los servicios sociales no tardarán en darse cuenta de su situación de desamparo y me lo quitarán y yo me quedaré sola y sin nada por lo que merezca la pena vivir.

Un escalofrío recorrió a Nayra al escuchar un nuevo comentario en el que volvía a hacer alusión a quitarse la vida.

—Eso no pasará, pero dime qué ha sucedido, Wendy.

Ella desvió la mirada y se quedó mirando a la infinidad del mar mientras las lágrimas seguían cayendo de sus oscuros ojos. Se abrazó más fuerte las rodillas y dijo con voz rota:

—Estoy embarazada. —Nayra abrió los ojos sorprendida—. Y sé que no es de Parker. No sé quién es el padre, pero Parker no.

—¿Él lo sabe?

—No. Si se lo cuento, pasará lo que te he dicho. Me dará la patada. A mí y a mi hijo. Parker no quiere a Dylan, así que le da igual lo que pase con él. Si no fuera por mis suegros y sus creencias, no estaría viviendo en su casa. Ellos obligaron a Parker a hacerse cargo... —Cerró los ojos y apretó los párpados antes de decir entre dientes—: No puedo tener a este... ¡bastardo! —Lo nombró con una mueca de asco.

A Nayra no le gustó que se refiriera así a la criatura. Si fuera al revés, por mucho que ella no supiera quién era el padre, seguiría siendo su hijo, alguien que era parte de ella, pero Wendy tenía otra filosofía y no había que ser muy lista para saber que estaba deseando deshacerse del «problema».

—¿Se lo vas a decir?

—No lo sé. Parker sabe que me follo a todo el que quiero, al igual que hace él, pero me amenazó. Me dijo que, si con mis aventuras me quedaba preñada, me destruiría la vida por humillarlo. Por una parte, si se lo digo, aun sabiendo mi futuro, podría darme la pasta que necesito para abortar, pero si no se lo digo, seguiría como estoy y tendría que ocultar este problema hasta que me ocupara de él. —Se secó las lágrimas—. He visto que hay unas pastillas que provocan un aborto.

—¡Ni se te ocurra, Wendy! —la advirtió—. Son muy peligrosas.

—¿Y qué puedo hacer?

—Centrarte. Buscar un trabajo, dejar al gilipollas de tu novio y salir adelante tú sola con tus hijos. Podrías hacerlo si de verdad luchas por ello.

—No quiero a este bastardo que está creciendo dentro de mí. ¡Me ha arruinado la vida!

«Ya la tenías arruinada... y lo has hecho tú solita, ese bebé no tiene la culpa», pensó Nayra apenada y un tanto enfadada.

—Además —prosiguió—, me echas en cara que no me estoy centrando cuando lo primero que he hecho al enterarme es recurrir a ti y has pasado de

mí —le reprochó—. Estoy cumpliendo lo que querías. No me he largado para ahogar mis penas con hachís o coca, he acudido a ti y no me has hecho ni puto caso.

—Estoy aquí, ¿no? —dijo molesta porque se enfadara con ella—. Y si no he respondido a tus mensajes ha sido porque he dejado el móvil en casa y había salido. Cuando mi hermana me ha dicho que habías ido allí, lo primero que he hecho ha sido correr a mi cuarto para leer tus mensajes y al ver que estabas mal, he corrido hasta ti.

Wendy se sintió como una completa idiota. Sabía que se había pasado. No se merecía que alguien tan buena como Nayra estuviera a su lado, pero era tan egoísta que, a pesar de saber lo que la chica sufría por su culpa, no estaba dispuesta a dejarla marchar.

—Tienes razón. Lo siento. —Suspiró—. Es solo que... estoy muy confundida y no sé qué hacer. Hasta para las patillas necesito un dinero que no tengo. Y si no paro esto rápido, Parker se enterará y me destruirá.

—Sé que no es fácil la solución que yo te he dado, pero, aunque sea dura, creo que es la que más te conviene. Podría ayudarte los primeros meses. No estarías sola.

—No quiero deber nada a nadie.

—Dios, Wendy, no te pediría que me devolvieras el dinero que te prestara. Es más, podría hablar con Liam. Su padre es el alcalde y podría tirar de contactos y...

—No quiero tu ayuda. Es mi problema.

Nayra se levantó de golpe y comenzó a caminar en círculos sobre la arena. Necesitaba calmarse o le soltaría cosas de las que después se arrepentiría.

—¡¿Lo ves?! ¿Ves como no dejas que nadie te ayude? ¿Por qué siempre me das un no cuando solo intento que tu vida cambie para bien?

—Porque yo ya soy un caso perdido. Nadie puede ayudarme y lo mejor que puedo hacer es resentirme con lo que yo solita he conseguido. —Suspiró—. Obtendré la pasta para esas pastillas y Parker no se enterará.

Nayra se cruzó de brazos.

—¿Para qué me has llamado exactamente si no era para que te ayudara? —quiso saber—. Parece que ya tenías decidido lo que ibas a hacer desde

antes de que me llamaras.

—Aunque no lo creas, me has ayudado. —Se puso en pie y se acercó a ella para coger sus manos—. Eres la única persona en la que confío y necesitaba hablar de esto con alguien. Contigo. Sé que no me juzgas, a pesar de ser una puta y una drogata de mierda y...

—Wendy, tú no eres...

—Lo soy, Nayra. No puedes negarlo y yo soy la primera que lo sé. No me gusta, pero así soy yo y no sé si algún día podré cambiar y ser la mujer y la amiga que tú te mereces. Pero de momento, eres la única que está a mi lado con todas las consecuencias, la que no se rinde conmigo, la que no me deja sola cuando más lo necesito, la que no me juzga por mis malos hábitos y la que no me abandona cuando las cosas se ponen tan negras como el carbón. Te necesito en mi vida como el aire para respirar y eres de las personas que más quiero en este mundo. Si soy ser sincera, solo quiero a dos y una de esas dos, eres tú.

Nayra bajó la mirada para secar la pequeña humedad que se había formado en sus ojos antes de acercarse a su amiga para abrazarla. Wendy hacía muchas cosas mal pero todo el mundo las hacía y al igual que el resto de la gente, su amiga también tenía cosas buenas.

—Yo también te quiero, Wendy. Por eso quiero ayudarte, porque no soporto ver cómo cada día sufres más y poco a poco te autodestruyes. Paso mucho miedo por ti, ¿sabes?

—Sí, lo sé. Y no deberías. A veces pienso que debería salir de tu vida y dejarte volar libre, como tus mariposas. —Le acarició el tatuaje de su antebrazo—. Para que puedas vivir feliz, sin estar todo el día pendiente de mí o preocupada por lo que me pueda pasar.

—Si algún día haces eso, sé que jamás levantaré la cabeza. No quiero perderte, Wendy. No puedo... eres de lo poco bueno que tengo que mi vida.

—Si tú no quieres, no te dejaré ir pero si algún día decides decirme adiós, porque te cansas de mi mierda de situación, aunque me duela muchísimo, lo aceptaré y te dejaré ir.

—Eso nunca pasará.

Wendy sonrió y volvió a abrazarla al tiempo que le daba un beso en la mejilla. Disfrutó de ese acto, ya que, tras lo que tenía pensado hacer, corría

un alto riesgo de que Nayra decidiera acabar con su amistad para siempre. La conocía y sabía que jamás le perdonaría su decisión, pero no le quedaba otra opción. Si no la llevaba a cabo, todo iría a peor y con seguridad, su relación terminaría.

Capítulo 9

Nayra sentía que la cara le ardía y estaba convencida de que la tendría más roja que un tomate. Aunque no era de vergüenza, sino de cansancio. Llevaba dos horas en el gimnasio de la universidad. Ya eran pasadas las diez y a esas horas estaba completamente vacío, pero necesitaba soltar toda la adrenalina posible antes de regresar a casa. Además, decían que el ejercicio fabricaba endorfinas, la hormona de la felicidad, y le vendrían muy bien.

Estaba cansada de todo. Parecía tener un maldito imán para los problemas. Tras contarle Wendy lo de su embarazo, su amiga había vuelto a desaparecer, aunque esa vez le había dicho que iba a estar unos días desconectada de todo para pensar. Nayra no era tonta y sabía que lo que menos iba a hacer, era pensar. Estaba segura de que estaría engatusando a algún idiota para que le pagara las dichas pastillas para abortar.

En esos días, había investigado un poco más sobre estas, incluso le había preguntado a su hermana si conocía algo de ellas con la excusa de que quería esa información para realizar un artículo que debía presentar en unos días. Eran unas pastillas peligrosas y, por lo que había averiguado, no sabía cómo podían ser legales.

Por otro lado, estaba el tema de Liam. Llevaba esos mismos días sin hablar con él. No tenía ningunas ganas, no lo echaba de menos y ni siquiera leía sus mensajes; directamente, los borraba. Si era sincera consigo misma, quería decirle adiós, pero el miedo de quedarse completamente sola y sin nadie que la quisiera podía con ella. Sin embargo, tampoco quería vivir una vida en la cual tuviera que acompañar a Liam varios días a la semana a urgencias y después, estar declarando en comisaría. A ese paso, ella iba a acabar muy perjudicada. Necesitaba tiempo para pensar y ver cuál sería la mejor decisión.

Detuvo la cinta de correr y cogió su toalla para secarse el sudor de la cara y el pelo. Una ducha en ese momento le iba a ir a las mil maravillas. Se dirigió a los vestuarios mientras bebía un buen trago de agua de su cantimplora y dio las gracias a que solo estuviera ella a esas horas. Le daba

mucho corte ducharse con las demás chicas y, cuando había demasiadas, se marchaba a casa con ese apesoso olor para ducharse allí.

Dejó la toalla y la cantimplora dentro de su bolsa y sacó de ella la ropa de recambio para dejarla doblada en el banco formado por tres tablas finas de madera. Se desnudó y se cubrió su cuerpo con una toalla más grande antes de dirigirse a la ducha.

Se desprendió de la toalla y pulsó el botón para que el agua saliera de la especie de alcachofa que tenía el gimnasio. Una vez que esta estuvo a la temperatura adecuada, se colocó bajo el chorro y se enjabonó el cuerpo y el pelo lo más rápido que pudo. Las duchas estaban algo oscuras y a esas horas de la noche siempre le daba algo de miedo estar sola.

Mientras se aclaraba su largo cabello, oyó el chirrido de la puerta al abrirse. Nayra se detuvo y abrió los ojos. Debía estar alerta por si tenía que salir corriendo, aunque no era una buena idea correr mojada y desnuda por Hocklast en pleno mes de enero.

Despacio, Nayra asomó la cabeza por la pared que separaba la ducha del resto del vestuario, pero no vio nada. Entonces, ¿qué era lo que había escuchado? Probablemente se lo habría imaginado. Cuando estaba algo asustada, su mente le jugaba siempre malas pasadas. Se encogió de hombros y continuó retirándose el jabón de su cabello.

Una vez limpia, volvió a enredarse la toalla a su pecho y salió para vestirse y regresar a su casa. Sin embargo, se quedó completamente paralizada cuando vio que encima del banco de madera solo estaba su ropa de recambio. ¡Alguien le había robado la bolsa de deporte!

—¡Joder! —exclamó—. A la mierda la cartera, el móvil, las llaves y todo. —Se pasó la mano por su pelo húmedo y maldijo de nuevo.

¡Sabía que antes había oído la puerta! Expulsó un suspiro de frustración y recogió su ropa. Al menos el ladrón había tenido la consideración de dejársela para que no fuera hasta su casa como Dios la trajo al mundo.

Pero le seguía jodiendo mucho que el resto de sus cosas hubieran desaparecido, ya que, antes de ir al gimnasio, había sacado dinero del cajero para pasar la semana. Ciento veinte dólares que se habían esfumado.

Enfadada, se recogió su pelo húmedo en una trenza con la goma que tenía en la muñeca y se vistió a toda prisa para salir de allí. Encima, tendría

que ir hasta su casa andando. Ese día había ido hasta allí en autobús, ya que, la cadena de su bicicleta había decidido soltarse y le había dado pereza colocarla de nuevo. Sin dinero y sin el bono transporte, no le quedaba más remedio que ir a pie. Porque tampoco tenía el móvil para llamar a su hermana. Menudo desastre le había montado en un segundo él o la idiota que le hubiera robado la bolsa.

—Cómo lo pille lo voy a... —amenazó mientras salía del gimnasio—. ¡Argg! —gruñó y apretó los puños.

Giró la esquina para dirigirse al paso de cebra, pero se detuvo en seco al reconocer el símbolo rosa fosforito de su bolsa y su nombre escrito en grande en ella. Estaba en el suelo, a los pies de un chico alto y fuerte que tenía su cartera en una mano mientras que en la otra parecía sostener su tarjeta de crédito. No le veía la cara, ya que esta estaba tapada con la capucha de su sudadera negra.

Sin dudar, Nayra corrió hacia él y comenzó a golpearlo para que soltara su cartera. El chico no lo hizo, pero se cubrió con los brazos la cara para que los golpes no impactaran contra ella.

—¡Capullo, ladrón, devuélveme mis cosas! —le gritó Nayra sin dejar de golpearle.

—¡Para, para! —le pidió el ladrón retrocediendo varios pasos—. ¡Nayra, para!

Al ver que la chica no se rendía y parecía no haberlo escuchado, soltó la cartera y la tarjeta para cogerla de las muñecas e intentar que dejara de golpearlo.

—¡Nayra, para! Soy yo, soy Dan.

Al escuchar ese nombre, ella se detuvo y lo primero que hizo fue mirar al suelo para ver su cartera y la tarjeta. Se lanzó a por ellas, pero Dan fue más rápido y las cogió antes.

—Pero ¿¿se puede saber qué diablos haces?!

—He tenido que recurrir a medidas extremas para que aceptes esa cita conmigo. —Le sonrió.

—¡¿Qué?! ¿Hablas en serio? —Nayra no daba crédito.

Aunque no lo pareciera, Dan estaba un poco asustado. Lo había pillado con las manos en la masa y ahora tenía que improvisar para que, con suerte,

no lo mandara a freír espárragos.

—Totalmente —dijo sacando los ciento veinte dólares que tenía en la cartera—. ¿Quieres recuperarlos? —Los sacudió sin saber muy bien qué narices estaba pasando por su cabeza.

—¡Pues claro que quiero! ¡Con eso tengo que subsistir toda la semana!

Dan estaba haciendo un gran esfuerzo para que las carcajadas no salieran por su boca. Nayra estaba adorable cuando se enfadaba. No era la primera vez que lo estaba con él, pero sí que era distinta a todas las demás, ya que, mientras las otras veces consiguió sacarle una sonrisa tras ese enfado, esa vez parecía estar a punto de saltarle a la yugular. No iba a negar que temiera un poco por su vida. Y, para ser sincero, puede que se mereciera un pequeño golpe.

—Te los devolveré cuando aceptes esa quedada que tenemos pendiente.

—¿Crees que voy a aceptar salir contigo después de esto? ¡Vete a la mierda! —le gritó intentando recuperar su dinero sin éxito—. ¡Dan! ¡Dámelo! —le pidió poniendo su mano bocarriba—. O te juro que llamo a la policía.

Lo bueno de esa situación era que ya había recuperado la bolsa con su móvil dentro y no dudaría en utilizarlo si fuera necesario.

—Venga, Nayra, solo es una noche —intentó convencerla—. Ganarás ciento veinte pavos, que te invite a una cena y unas horas con mi agradable compañía.

—Eres... eres...

—¿Adorable? —terminó la frase por ella.

—Estás muy lejos de ser adorable. Ahora mismo, te odio.

—¿Te paso a recoger por tu casa este sábado a las nueve?

Nayra lo fulminó con la mirada. Dan iba completamente en serio. No estaba bromeando y no paraba de sacudir sus preciados billetes en sus narices. Le daban ganas de matarlo y, para más colmo, el muy idiota no dejaba de sonreírle con esa dentadura perfecta que, sin duda, debilitaba sus defensas. ¿Por qué tenía que tener esa sonrisa tan preciosa? ¿Y esos ojos verdes tan risueños, bonitos y vivaces? ¿Y ese cuerpo de infarto? Por no mencionar su duro trasero... Nayra se arrepentía de no haberle hecho una foto a esa increíble retaguardia cuando la tuvo delante.

«Pero ¿en qué narices estás pensado, Nayra?! Este tío que tienes delante te está robando la pasta en tus narices y encima se está divirtiendo de lo lindo», se regañó.

—Corres peligro, Dan. Y no solo lo digo por mis ganas enormes de asesinarte ahora mismo y tirar tus restos al mar para que se lo coman los tiburones.

—Si lo dices por el idiota de tu novio, no habrá problema. Sé el lugar perfecto para tener nuestra cita.

—No lo llames así —le dijo—. No sería ninguna cita.

—¿Quedada de amigos?

—Mejor. —Suspiró cruzándose de brazos.

—¿Aceptas?

A Nayra esa situación le parecía totalmente surrealista. Tendría que estar llamando a la policía, no a punto de decir que sí a esa pregunta. Y como Liam los viera, sabía que se iba a liar muy gorda.

—Está bien. Acepto, pero devuélveme mis cosas.

Dan sonrió de oreja a oreja y le tendió la cartera y la tarjeta. Nayra vio que no era la de crédito, sino su carnet de identificación.

—¿Me has cotilleado esto? —Se lo mostró—. ¿Para qué?

—Porque quería saber más cosas de ti y, así, si no aceptabas mi ci... quedada de amigos, al menos ya te conocería un poco más. Ya sabes, nombre completo, cumpleaños, dónde vives, padres...

«En resumen, necesitaba estar seguro de que eras tú», pensó.

—Será mejor que pares antes de que me arrepienta de esto y haga que te detengan por ladrón. —Volvió a extender la mano—. Mi dinero.

Dan se quedó pensativo mirando esa pasta. Jamás había tenido tanto dinero en la mano, pero no se lo pensaba robar. No era su plan. Sin embargo, la situación había variado bastante y había improvisado sobre la marcha para conseguir lo que llevaba semanas anhelando. Pensaba dejar la bolsa donde estaba antes de que ella terminara de ducharse pero el tiro le había salido por la culata.

—Te doy la mitad y la otra mitad te la entregaré después de la cita. —Le tendió sesenta dólares y el resto se lo guardó en su bolsillo trasero del vaquero.

—¿Me estás tomando el pelo? —Alzó las cejas y volvió a cruzarse de brazos—. Dan, esto ya está empezando a sacarme de mis casillas. La pasta no es que me sobre precisamente. Solo la compra semanal que hago con mi hermana ya me va a costar más de cuarenta dólares.

Dan se quedó pensativo y la observó. Tenía el ceño fruncido y ya había cogido su bolsa de deporte que se encontraba apoyada en su hombro. Apretaba los puños con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos y, al mismo tiempo, temblaba muerta de frío debido a que llevaba el cabello húmedo. Era hora de despedirse.

—Mi última oferta es adelantar nuestra cena al viernes.

Nayra emitió un gruñido que hizo que Dan sonriera. A cada minuto que pasaba con ella, le nublaban más la mente y notaba algo dentro de él que no sabía cómo describir. Jamás se había sentido así.

—Te sigo odiando, que lo sepas.

—Me lo merezco, pero ya ves que mi intención no era robarte.

—Si no hubiera aceptado, ¿me habrías devuelto mi dinero?

—*Nope*. Pero los habría guardado hasta que aceptaras.

—Estabas muy convencido de que lo haría, ¿verdad?

—La verdad es que no estaba nada seguro, pero ya te dije que no me rendía con facilidad.

Nayra negó con la cabeza y expulsó todo el aire retenido. Seguía muy cabreada, pero veía que no le quedaba más remedio que aceptar. Además, solo sería una noche. Después de eso, recuperaría sus sesenta dólares y lo perdería de vista.

—Y pensar que me caías bien... —susurró un poco alto para que le oyera y se fijó en algo que había detrás de Dan—. ¿Esa es tu moto? —La señaló.

Él asintió con la cabeza y Nayra pasó por su lado para llegar hasta esa impresionante máquina y así, subirse a ella.

—¿Qué haces? —preguntó acercándose.

—Ahora mismo estoy con un cabreo monumental por tu culpa y me estoy quedando congelada. Además, me has robado sesenta pavos, que para mí son como mil dólares, así que lo mínimo que puedes hacer es llevarme a mi casa para que no acabe enferma, ¿no crees?

—Menuda excusa más barata para decirme que te mueres por volver a abrazarme.

—Eso no te lo crees ni tú.

Dan sonrió e hizo que se bajara para montarse él primero, arrancar y quitar la pata de cabra. Nayra se pasó la correa ancha y negra de su bolsa deportiva a modo bandolera antes de colocarse detrás de él y apoyar sus manos en el borde del asiento. Ni en broma pensaba abrazarlo, como él había dicho.

—Eso ha sido un duro golpe para mi orgullo, mariposita.

Ella no dijo nada. Solo curvó los labios en una sonrisa retadora y aceptó el casco que le tendía para colocárselo. Una vez listos, a Dan se le pasó por la cabeza conducir de forma un poco más temeraria para que se agarrara a él, pero ya había sido demasiado capullo esa noche con ella, así que decidió comportarse como un caballero.

—¿Te acuerdas de dónde vivo? —le preguntó.

—Tengo una gran memoria. Me acuerdo perfectamente, no te preocupes.

Nayra solo asintió con la cabeza y se agarró fuerte al asiento. Si era sincera, le gustaría abrazarse a él pero no con fines románticos ni nada de eso, sino porque se sentía más segura y sabría que no se caería. Sin embargo, por orgullo, aguantaría el viaje así.

No tardaron en llegar y antes de que Dan se detuviera del todo, notó como ella pasaba una pierna por el asiento para bajarse de la moto. Nayra se quitó el casco y lo dejó sobre el asiento antes de caminar a paso ligero.

—¿Ni siquiera te vas a despedir de mí? —preguntó mientras se deshacía de su casco al verla caminar decidida hacia su casa.

Nayra se detuvo, se giró, sonrió y le enseñó el dedo corazón antes de entrar en su casa. Dan soltó una carcajada y negó con la cabeza. No la culpaba. Con suerte, muy pronto le explicaría la razón de aquel robo. Él no quería ese dinero, sino otra cosa muy distinta y de mucho más valor que ciento veinte pavos: a ella. Sin embargo, el plan había tomado otro camino distinto que no le había salido mal del todo.

Guardó el segundo casco bajo el asiento y se colocó el suyo antes de arrancar y marcharse con una sonrisa en la cara.

Nayra entró en su casa y no pudo evitar dar un portazo. Aún se preguntaba por qué no había llamado a la policía. Dan se había comportado como un auténtico capullo. La verdad, no se lo esperaba de él. Creía que era más caballeroso y amable, pero claro, en realidad no lo conocía y había visto su lado oscuro.

«Tendría que haberle dado una patada en los huevos», pensó enfadada mientras caminaba por el pasillo. Aunque estaba segura de que, si lo hubiera hecho, se habría arrepentido al segundo y ella se pasaría el resto de la noche sintiéndose la peor persona del mundo. Prefería estar cabreada.

—Hola —saludó a su hermana al entrar al salón.

No le extrañó ver a Theresa recostada en el sofá, con la manta puesta y comiendo helado de sabor a frutas del bosque. Daba igual que estuvieran a diez grados bajo cero, el congelador siempre tenía que estar lleno de helado de todos los sabores.

—Qué tarde llegas hoy —le dijo metiéndose una nueva cucharada en la boca y sin dejar de mirar los papeles que tenía en la mano.

—Me he entretenido.

Ni en broma pensaba contarle lo que le había sucedido en verdad. Theresa sonrió y dejó lo que tenía en la mano en la mesilla auxiliar y bocabajo para que Nayra no lo viera.

—Lo sé. Dan me dijo que no me preocupara si hoy no venías a dormir a casa.

—Menudo... —Empezó a caminar hacia la cocina, pero se detuvo en seco cuando su cerebro comprendió las palabras de su hermana—. Espera, ¿qué?

Theresa rio y se giró para mirarla.

—Dan ha estado aquí —le dijo—. Cuando abrí la puerta para verlo, pensé que uno de mis deseos se había hecho realidad. Casi se me caen las bragas al ver a ese rubiales, pero cuando me ha preguntado por ti, se me han subido de golpe.

Nayra se acercó a su hermana y se sentó a su lado.

—Cómo que Dan ha estado aquí y que ha preguntado por mí.

—Pues sí. Me ha dicho que estaba preocupado por ti, ya que hacía mucho que no te veía y no le has mensajado —Se limpió el helado de las

comisuras de los labios—. Y por cierto, cuando me hablaste de él el día de Año Nuevo, te pregunté cómo era. Se te olvidó el detalle de decir que es un auténtico bombón.

—No es para tanto... —quiso quitarle importancia recostándose en el sofá—. ¿Qué quería? ¿Solo comprobar que seguía viva?

—Venía a buscarte y cuando le he dicho que no estabas aquí, ha puesto una carita de corderito degollado... Me ha dado pena, así que no he podido evitar comentarle dónde te encontrabas exactamente.

Nayra la miró con los ojos como platos y negó con la cabeza antes de colocarse recta en el sofá.

—Pero ¡¿cómo se te ocurre?!

—Dan me cae mejor que Liam. Deberías replantearte mandar a la mierda a tu novio y salir con un tío de verdad.

Nayra alzó las cejas. El día que su hermana no interfiriera en su vida pensaba montar una fiesta.

—¿Sabes qué ha hecho Dan al encontrarme? —Theresa hizo un gesto con la cabeza para que continuara—. Se ha colado en los vestuarios mientras me duchaba y me ha robado la bolsa de deporte. Y para más colmo, me ha cotilleado el carnet de identidad y me ha intentado robar los ciento veinte dólares que llevaba.

—¿Te los ha robado?

—No, pero porque se lo he impedido. Y el muy idiota me dice que me devuelve sesenta pavos ahora y el resto cuando tenga una cita con él.

—Habrás dicho que sí, ¿verdad?

—Sí, tampoco tenía muchas más opciones y ese dinero es mío.

—¡Oh!, ¡Qué bien! ¡¡Qué bien!! —Aplaudió.

—¿Qué bien? ¿Me tomas el pelo? Theresa, la función de una hermana mayor es proteger a su hermana pequeña diciéndole que ni se acerque a ese chico. ¡No animarla a que salga con él! Además, me parece una falta de respeto hacia Liam. —Suspiró mientras cogía una almohada para abrazarse a ella—. Creo que no debería aceptar y olvidarme de los sesenta dólares.

—Haz lo que quieras. Pero te diré una cosa. No pasa nada si sales con él en plan amigos, no faltas al respeto a nadie. Sabes que Liam no me gusta, aunque tampoco me agradaría que lo engañaras. No por él, sino por ti, porque

te conozco y te sentirías mal toda la vida. Sin embargo, sé que serías incapaz de hacerle eso, pero tú sí creerías que le has engañado por el mero hecho de ir a divertirte con otro chico sin malas intenciones. Así que, si no quieres aceptar la cita, no lo hagas, estás a tiempo. Y en cuanto a los sesenta dólares, ya te los dejaré yo.

Nayra suspiró y se acercó a su hermana para abrazarla. Aunque no ocurría muy a menudo, cuando le daba buenos consejos en vez de exigirle que hiciera las cosas, ella siempre se lo agradecía, a pesar de que muchas veces no quisiera escucharlos.

—Creo que debo mandarle un mensaje. Voy a anular la cita.

Theresa asintió y vio a su hermana desaparecer por el pasillo para ir a la entrada, ya que en ella había dejado caer su bolsa de deporte. Nayra se agachó para abrirla y buscar su móvil, pero antes de encontrarlo, vio la mitad de un sobre blanco asomar por el pequeño agujero de debajo de la puerta. Lo cogió y vio su nombre en una de sus caras. Al abrirlo, se sorprendió al encontrar el resto de su dinero junto a un folleto y una breve nota.

No puedo decir que no sea un ladrón, porque lo soy. He tenido que robar para sobrevivir durante algunos años y es algo de lo que no me enorgullezco. Por ello, no puedo hacer lo que te he dicho que haría. No quiero volver a esa vida de mierda, así que, aquí te devuelvo tu dinero junto con una disculpa. Siento mucho lo que ha pasado esta noche, he sido un completo capullo y por eso, entenderé si quieres cancelar nuestra quedada de amigos. Sin embargo, siempre he vivido aferrado a la esperanza y ahora, vuelvo a agarrarme a ella. El viernes hay una fiesta en un bar del pueblo de al lado; ahí tienes el folleto. Puede ser divertido, ¿no crees? Esperaré tu

respuesta definitiva. Tienes mi teléfono (yo aún el tuyo no y me muero por tenerlo, que lo sepas). Buenas noches, mariposita, y lo siento.

Dan

Nayra releyó varias veces aquella nota y se sentó en el suelo de la entrada para mirar el folleto de esa fiesta temática. Había que ir vestido con ropa adecuada al tema: *cowboys* y *cowgirls*, y allí mismo podrían, primero cenar y después tomar algo en ese lugar con el ambiente que habría.

Dejó todo apartado y volvió a buscar su móvil para contestarle:

Nayra:

Te espero el viernes a las ocho en la fuente del centro de la ciudad. Si la fiesta es a las nueve y tenemos bastante camino hasta allí, será mejor ir con tiempo, ¿no crees? Sé puntual, porque no habrá otra oportunidad.

A Nayra no le había dado tiempo a levantarse cuando él respondió.

Dan:

Tan puntual como un reloj. No pienso desperdiciarla. ¿Me perdonas?.

Nayra:

El viernes te lo digo. Buenas noches.

Dan:

Buenas noches, mariposita.

Nayra se dirigió con una sonrisa al salón con el sobre en una mano. Tenía que volver a hablar con su hermana.

—Theresa, necesito que... —Pero se detuvo al ver lo que esta tenía en las manos—. ¡Hey, eso es mío! —Se lanzó hacia ella para recuperar las fotos de Dan haciendo surf.

—Esto se merece ser observado y analizado, hermanita —dijo intentando apartar las imágenes del alcance de Nayra—. ¡Por Dios! ¡Cómo está el bombón!

—¡Me has cotilleado los cajones!

—No, he ido a cogerte la camiseta amarilla de volantes para ponérmela mañana y tenías la de abajo pillada al hueco secreto de tu cajón. Que ya no es

tan secreto. He ido a mirar y... ¡menudo tesoro he encontrado!

Nayra se detuvo y se sentó en su lado del sofá para cruzarse de brazos.

—¡Devuélvemelas!

—Ese chico te mola mucho. Jamás has fotografiado personas.

—¡No es lo que piensas! —intentó defenderse—. Fue un día que se avecinaba tormenta, así que fui a fotografiar el oleaje y él estaba allí. Vi que aportaba más belleza al paisaje y lo fotografié, pero nada más.

—Y tanto que aporta más belleza. —Continuó mirando las fotos—. Pero no me lo creo. Si fuera eso, ¿por qué las tenías escondidas?

—Porque te conozco y sabía que pensarías lo que no es.

—Bueno... bueno... ¿me las regalas?

Nayra la miró y esperó el momento adecuado para recuperarlas.

—Ni de coña.

—¿Y una copia?

No contestó. Se levantó y caminó a su cuarto para ponerse el pijama, aunque antes de llegar, consiguió recuperar sus fotos. Ahora tenía que buscar otro sitio donde esconderlas para que su hermana no se las robara.

No tardó en meterse en la cama; estaba agotada, pero, a pesar de eso, apenas pegó ojo, ya que no paró en toda la noche de comerse la cabeza pensando si era buena idea pasar la noche del viernes con Dan.

Capítulo 10

—No te vayas... quédate conmigo.

La mujer le sonrió entre lágrimas y le acarició con amor el óvalo de la cara.

—Sabes que no puedo... ha llegado la hora, cielo.

—No me dejes...

—Vas a ser feliz sin mí. Te lo prometo.

—¡No! Quiero estar contigo. —Lloró sabiendo lo que estaba a punto de ocurrir.

La única mujer a la que quería iba a irse para siempre. Según sus palabras se iba a un largo viaje del que nunca volvería.

—No puedes, mi amor. No soy lo que te mereces y aunque me duela muchísimo, es lo mejor. Se acabó el dolor.

—No... no.

La mujer expulsó un suave suspiro acompañado de una solitaria lágrima y cerró los ojos para no mirar el rostro de su pequeño desencajado por el dolor que ella le estaba causando.

—Adiós, mi amor.

Él negó con la cabeza e intentó retenerla a su lado. Pero era imposible, ella se había ido.

—¡No! ¡No! ¡Vuelve! ¡Vuelve! —vociferó con las lágrimas inundando su rostro.

—¡¡Vuelve!! —gritó Dan al despertarse de ese sueño.

Tenía su cuerpo cubierto por una fina capa de sudor y respiraba de forma agitada, como siempre le sucedía cada vez que soñaba con ese momento. Se pasó las manos por la cara y el pelo, y dobló las rodillas para apoyar sus codos en ellas. Era increíble, como, a pesar de los años, su mente no dejaba de recordar ese momento.

Volvió a Hocklast con un propósito. Sin embargo, a medida que pasaban los días, se planteaba dejarlo atrás junto con el pasado. Pero cuando soñaba con el último día que estuvo al lado de su madre, volvía a desear cumplir lo

que había venido a hacer.

Se tumbó de nuevo y cerró los ojos para estar un rato así antes de levantarse, pero un peso en su cama hizo que los abriera de nuevo. Seguro que sería Tyler para tocarle las narices, aunque se sorprendió al no verlo. Se sentó y saltó de la cama cayendo al suelo cuando descubrió al intruso que allí se encontraba.

—¡Joder! —maldijo levantándose del suelo—. Pero ¿qué cojones...?

Dan se quedó mirando completamente asombrado a ese gato negro de ojos verdes y sin la pata izquierda trasera que, en ese momento, parecía descansar a los pies de su cama. Tuvo que frotarse los ojos varias veces para asegurarse de que estaba despierto.

Sin molestarse en ponerse algo de ropa, salió de su cuarto y se dirigió al de Tyler pero antes de llegar lo vio agachado en el suelo y buscando algo debajo del sofá.

—¿Buscas algo?

Tyler se sobresaltó al escuchar a Dan y se puso en pie antes de sacudirse la porquería de sus rodillas.

—Sí.

Dan suspiró. Estaba convencido de que su amigo había vuelto a perder el móvil. Le ocurría bastante a menudo.

—Oye, ¿te dejaste ayer alguna ventana o puerta abierta?

—No, ¿por qué?

—Hay un puto gato durmiendo en mi cama.

Tyler no contestó. Pasó por su lado para meterse en la habitación de su amigo y suspiró aliviado al encontrar lo que buscaba.

—Aquí estás, campeón —dijo cogiéndolo en brazos mientras Dan los miraba sin entender absolutamente nada.

—¿Es tuyo ese maldito gato? —le preguntó sin poder dar crédito a lo que sus ojos observaban.

—Eh, un respeto, chaval. Es Toothless¹, mi nueva mascota.

Dan no sabía ni qué decir, así que Tyler empezó a responder a todas las preguntas que probablemente a su compañero le estuvieran pasando por la cabeza.

—Lo encontré hace unas semanas hurgando en nuestra basura y, cuando

me vio, echó a correr como pudo. —Le señaló la pata que le faltaba—. Me dio pena y he estado poniéndole un poco de comida y leche estos días hasta que nos hemos hecho amigos. Ayer me dejó cogerlo, lo llevé al veterinario, que, por cierto, me ha dejado tieso, y ya ha pasado de ser un gato callejero a mi mascota.

—Vale y, ¿por qué narices se llama Toothless?

—Por la película *Cómo entrenar a tu dragón*. Míralo. Es igual que Toothless. Negro con ojos verdes y le falta la pata izquierda trasera, al igual que al dragón le ocurre con su cola. Es clavadito a él.

—Pero el gato tiene dientes —le contraargumentó.

—Y el dragón también y se sigue llamando Toothless.

—Sí, pero él los tiene retráctiles. Y el protagonista le pone ese nombre porque cuando le va a dar de comer cree que no los posee, ya que en ese momento los tiene metidos para dentro. Tiene más sentido.

—Tío, ¿de verdad estamos debatiendo sobre una película de dibujos? A todo, esto, ¿cómo sabes eso?

—¿Y tú? —respondió Dan.

—Puede que tenga veinticinco años, pero paso de matar a mi niño interior. Me sigo tragando pelis de dibujos y esa, está entre mis favoritas.

—Lo mismo digo.

Los dos se echaron a reír y Tyler dejó a Toothless en el suelo para que continuara haciéndose a su nuevo hogar, aunque tenían que tener cuidado con que el casero no los pillara. No permitía tener animales.

—Oye, ¿qué paso ayer? —le preguntó Tyler cuando este fue a la cocina ya vestido para desayunar algo antes de irse al restaurante—. ¿Pudiste confirmar que es ella? A pesar de que estaba claro que sí.

Dan sonrió de oreja a oreja y asintió con la cabeza antes de beber un buen trago de leche directamente del envase.

—Es ella.

Tyler también sonrió y se acercó a él para darle la enhorabuena con un golpe en la espalda. Le hizo un resumen de lo ocurrido la noche anterior y su amigo no podía dejar de reír, aunque se preguntaba cómo no había terminado en el calabozo o, al menos, con algún que otro golpe.

—Así que, te pilló.

—De lleno. Te juro que creía que me iba a dar tiempo, pero la muy loca salió medio mojada de allí.

Tyler soltó una carcajada imaginando esa escena y cogió a Toothless para llevarlo a su cuarto y dejarle ahí. El gato ronroneó y frotó su cara contra su pecho como si le diera las gracias por darle un hogar. Volvió a la cocina para seguir conversando con su amigo.

—¿Y ahora? ¿Qué vas a hacer?

Dan se quedó unos segundos callado. No tenía ni la menor idea de qué contestar a esa pregunta, más que nada, porque no sabía qué iba a hacer. Prefería que la cosa fuera surgiendo antes de encontrar el momento adecuado. Lo que sí tenía claro era que quería quitarse ese peso de encima cuanto antes. Cuanto más atrasara contarle a Nayra quien era, peor sería.

—Improvisar —contestó—. Que sea lo que Dios quiera.

Dan terminó de desayunar y le dio un agua a su taza antes de cambiarse para irse a trabajar. Como siempre, el primero con el que se encontró fue Evan.

—Buenos días —lo saludó.

—Buenos días, Dan.

—Te veo hoy más contento.

—Jack ha venido junto con su prometida, Sophia. Echaba de menos a ese enano. —Rio—. Pero mi padre no lo sabe y es mejor que no lo haga. Ese desgraciado es capaz de todo y si se entera de que Jack está aquí, no quiero saber lo que haría. Lo pagaría con él y mi madre y, sinceramente, no quiero que a Sophia y a él le pasen lo mismo que a Sarah y a mí.

Dan frunció el ceño y se apoyó en la pared. Evan ya le había contado cosas acerca de su familia.

—¿Ha pasado algo nuevo?

—El otro día Sarah vino a buscarme para darme una sorpresa e intentar recuperar un poco la magia en nuestra relación. La conocéis todos, así que, a pesar de que el restaurante estaba cerrado, la dejaron entrar para que me esperara dentro y no en la calle con el frío. Mi padre la vio y la echó a voces, diciéndole que, por mucho que se acostara conmigo, no podía entrar aquí cuando habían echado el cierre y que era una puta buscona que lo único que quería era el dinero que le iba a proporcionar el negocio cuando me lo dejara

a mí, al igual que mi madre y que todas las mujeres que se había follado en su vida. Palabras textuales. —Suspiró.

—¿Y qué paso?

—Obviamente, la cosa no acabó demasiado bien. Salí para defender a Sarah y cuando nos fuimos volvimos a discutir. Dice que está cansada de todo, que se le ha acabado la paciencia y que tengo que elegir entre ella o mi padre. Se cabreó tanto que llegó al punto en que me dio a elegir.

—La verdad, yo tendría la respuesta clara. Sarah te quiere y ha aguantado esto durante años, ha estado a tu lado en esos horribles momentos cuando otra tía habría salido por patas y en cuanto a tu padre... creo que te conoce demasiado para poder manejarte a su antojo. Él cree que conseguirá que Sarah y tú os separéis porque para ti es más importante heredar esto. — Se refirió al restaurante.

—Para mí no hay nada más importante que Sarah —susurró y se acercó más a Dan. No quería que nadie lo escuchara—. He estado mirando locales para abrir yo algo y pasar de esta mierda. No lo sabe nadie todavía, ni siquiera Sarah, porque aún no es seguro y tampoco quiero contárselo para que después mi cobardía gane y me eche para atrás. Sé que sería el fin de mi relación con ella. Pero si soy sincero conmigo mismo, me jodería perder el restaurante. He invertido mucho trabajo y esfuerzo en él, esperanzado que mi padre se sintiera orgulloso de mí. Esperaba que cambiara y se comportara conmigo y con Jack como un padre de verdad... —Rio sin ganas—. Sueno como un niño... Qué estúpido soy.

—No, para nada.

Dan lo miró sintiéndose por dentro orgulloso de él. Evan estaba empezando a abrir los ojos y por fin comenzaba a ver que lo mejor que podía hacer era intentar abrir él algo, a pesar de que le doliera perder el negocio familiar. Tenía talento, conocía cómo iba el negocio y estaba convencido de que, la mayoría de la plantilla del restaurante de su padre se largaría de allí para intentar conseguir trabajo en el local de su hijo. A nadie le caía bien su jefe, sin duda, era un viejo cabrón, pero al mismo tiempo, tenía una gran eficacia para manejar el negocio y pagaba bastante bien. De no ser así, haría ya tiempo que habría quebrado.

—Si necesitas ayuda, cuenta conmigo.

—Gracias, Dan.

Le palmeó la espalda en señal de apoyo y decidió cambiar de tema.

—Oye, tengo una cita este viernes y me tengo que ir a un local en el pueblo que hay a veinte minutos de aquí. Tengo la moto, pero paso de que la chica se convierta en un cubito de hielo. —Rio—. ¿Sabes de algún sitio donde pueda alquilar un coche que no sea muy caro?

—Tío, no digas gilipolleces. Este fin de semana vamos a pasarlo juntos Sarah, mi madre, mi hermano y mi futura cuñada. No cogeré el coche y si lo necesitamos, mi todavía novia tiene el suyo —explicó sacando unas llaves del bolsillo—. Lo tengo aparcado en el *parking* del restaurante, es el todoterreno negro.

Dan cogió las llaves.

—¿Estás seguro de que quieres dejármelo? —bromeó.

—Es mi recompensa por escuchar mis lloriqueos.

Ambos soltaron una suave carcajada y terminaron de cambiarse para ir a su puesto de trabajo.

1 Toothless, en español Desdentao

Capítulo 11

El viernes llegó y Nayra no dejaba de dar vueltas a todo lo que tenía en la cabeza: Wendy seguía desaparecida, seguía evitando a Liam y esa noche tenía una cita.

«No es una cita. Es una quedada de amigos», se corrigió mientras miraba las mariposas que colgaban a modo cortina delante de su ventana.

Cuando Theresa se enteró no pudo disimular lo feliz que le hacía que su hermana pequeña saliera con el bombón, como lo había apodado. ¿Tan mal le caía Liam? Suspiró y se giró hacia su armario para mirar la ropa que tenía colgada de una percha. Su hermana, como experta en moda, le había ayudado con el vestuario estilo *cowgirl*. Llevaría un vestido de tirantes con la parte de arriba de tela vaquera, un cinturón ancho marrón y de él, saldría una falda blanca ligera con una ornamentación sencilla en el bajo. Lo complementaría con una chaqueta marrón con unos pocos flecos en los hombros, un collar y unas botas, también marrones, con más flecos y un poco de tacón. La verdad es que el conjunto era precioso y con su cabello rubio oscuro, sus mechas de colorines y sus ondas naturales, le quedaba muy bien.

—Vaya, ¡si mi hermanita está muy buena! —le había dicho cuando se probó el conjunto—. Cuidado, que igual a Dan le da por comerte —había bromeado dándole un suave azote en el trasero.

Esa frase no la dejó nada tranquila y lo único que había conseguido era que tuviera muchas más dudas.

Aún quedaba una hora hasta que llegara el momento de salir al centro para reunirse con él en la fuente donde habían quedado. Para hacer tiempo decidió coger su móvil y llamar a Liam, aunque no sabía si era muy buena idea. No pensaba contarle nada, pero necesitaba hablar con él. Marcó el número nerviosa y este no tardó en responder.

—Hola, nena —saludó ilusionado—. No sabes cuánto te echaba de menos.

—Hola, Liam —consiguió decir.

—¿Me has perdonado?

—No —contestó con rotundidad—. No puedo hacerlo hasta que no vea que de verdad has cambiado.

—Cariño, te prome...

—Como menciones la palabra prometer, te juro que te cuelgo —amenazó, interrumpiéndolo.

Lo oyó suspirar y se quedaron unos segundos en silencio.

—No has venido a la universidad estos días.

—No he ido a las asignaturas que tenemos en común. Necesitaba espacio y sé que no me lo ibas a dar si coincidíamos en algún lado.

—¿Me has llamado para esto? Creía que querías solucionar las cosas —dijo empezando a enfadarse.

—No, lo siento, no te llamaba para eso. —Se sentó en la cama y comenzó a frotarse las rodillas con la mano que tenía libre—. En realidad, te llamaba para comentarte una cosa. Aunque ahora no estemos en el mejor momento, sigo queriendo contar contigo para algunos asuntos.

—Lo que sea.

Nayra se levantó de la cama y caminó hasta la ventana para sentarse en el poyete y mirar a la calle. Empezaba a anochecer.

—El otro día fui a la tienda de la señora Owen a revelar unas fotos y me ofreció ayuda para que hiciera una exposición de fotografía en un local y empezar a dedicarme a lo que me gusta de una forma más... profesional. —Él no dijo nada—. Lo he pensado mucho, porque al principio le dije que no, pero... podría intentarlo y, así, empezar a hacerme un hueco en este mundo. Al menos intentarlo. Además...

—Nayra, no.

—¿Qué? —susurró sorprendida.

—Mira, me parece genial que te guste la fotografía, pero no tienes ni idea de ella. No has hecho ni cursos ni has estudiado nada y créeme, lo que para ti son unas fotos sorprendentes, para los verdaderos expertos van a ser una mierda.

Escuchar esas palabras la dejaron completamente descolocada. Se quedó muda por unos segundos pero por suerte, no tardó en recuperarse de ese pequeño *shock*.

—Es cierto que no he podido estudiar nada de fotografía, ¡pero por mí

misma sí que he aprendido muchas cosas mediante otras metodologías! Existen los libros, los vídeos, personas que sí entienden y te aconsejan y...

—Nayra, para —la interrumpió—. Te digo esto porque me importas. No quiero que hagas el ridículo. No sabes nada de fotografía, aunque creas que sí. Es más, quizá lo mejor que puedes hacer es dejarlo y centrarte en tus estudios o a este paso no te sacarás la carrera. La empezamos al mismo tiempo y yo estoy a punto de graduarme. En cambio, tú...

—¿Yo qué?! —le gritó.

—Vas con mucho retraso y no es solo por tu incapacidad retentiva, es porque pierdes el tiempo, horas de trabajo que malgastas para hacer estúpidas fotos que no sirven de nada.

—¿Sabes qué, Liam? Eres un auténtico idiota —dijo quedándose bien a gusto—. No sé qué diablos vi en ti para empezar a salir contigo. ¡Adiós!

Y colgó. No pensaba discutir ni mucho menos defenderse de esas palabras. Ella sabía que desde niña tenía un talento innato para capturar la belleza de la naturaleza con su cámara. Sí que era cierto que, en la universidad, iba con retraso, pero no era la única. Además, en épocas de trabajos y exámenes, aparcaba la cámara para concentrarse lo máximo posible en las asignaturas. Y Liam lo sabía, ya que estudiaban juntos. No sabía a qué narices había venido eso. Estaba convencida de que la iba a apoyar. Se equivocaba. Ese chico que decía ser su novio no era el mismo que conoció años atrás. Si desde un principio se hubiera mostrado como era en realidad y no con esa fachada de chico perfecto con la que estaba claro que la engañó, jamás se habría fijado en alguien como él.

Se levantó como un resorte y quitó el vestido de la percha para cambiarse. Pensaba disfrutar de la noche con alguien que, de momento, no la criticaba.

Se vistió y se maquilló de forma sencilla y con la plancha que compartía con su hermana se pronunció más algunas de sus ondas. Se miró en el espejo desde todos los ángulos y se sonrió. Se veía guapa, se sentía bien y estaba dispuesta a pasarlo en grande esa noche. Se prohibió pensar en su, por ahora, novio. No iba a hacer ninguna locura. Ella y Liam aún no habían dejado el capítulo cerrado y no sabía cómo empezaría el siguiente, pero se merecía una noche de risas, diversión y con una buena compañía. Se repasó el pintalabios

y cogió el bolso que le había prestado su hermana para salir hacia el centro de Hocklast.

—Estás para comerte entera —dijo Theresa con una gran sonrisa desde el sofá antes de levantarse.

Nayra sonrió y se colocó mejor en su hombro el bolso pequeño de color marrón y con una cadena metálica.

—¡Gracias! —Le devolvió la sonrisa—. Pienso dejar la mente en blanco y pasarlo en grande.

—¡Esa es mi hermana! —la aplaudió.

Nayra se mordió el labio inferior y bajó la mirada para mirar cómo sus dedos se enredaban unos con otros para disimular el temblor de sus manos por culpa de los nervios.

—No hago nada malo, ¿verdad? —le preguntó aún con un atisbo de duda en su mirada.

Al ver su gesto preocupado y nervioso, su hermana se acercó a ella y posó sus manos en sus brazos para darle ánimo.

—No, no haces nada malo, Nayra. Pero si te ayuda a sentirte mejor... piensa que Dan no tiene polla.

Nayra abrió los ojos como platos y soltó una leve carcajada mientras negaba con la cabeza. A veces Theresa se pasaba un poco con sus comentarios. Tras su aspecto bien arreglado y su maquillaje impoluto, muchas personas se quedaban sorprendidas al ver lo bruta que era hablando en ocasiones.

—No es eso. Es que... acabo de hablar con Liam y le he contado lo que te dije que me propuso la señora Owen.

Días atrás, había tratado ese tema con su hermana. Había sido la primera persona en saberlo y Theresa no había dudado en ofrecerle su ayuda si decidía seguir adelante con ese proyecto.

—¿Y? —la animó a continuar.

—Básicamente me ha dicho que me olvide de eso y de la fotografía, porque no hago más que joder mi vida y que si realizo la exposición lo único que conseguiré será ridiculizarme a mí misma.

Theresa alzó las cejas y tomó aire antes de contestar. ¡Dios, cada vez le caía peor ese tío! Ni sabía que eso pudiera ser posible, pero sí, lo era.

—Menudo capullo. —Fue bastante fina para todo lo que en ese momento pasaba por su cabeza.

—Está cambiando, Theresa. A mal —aclaró—. Liam ya no es como el chico que conocí, no es esa persona de la que me enamoré.

—Creo que, en realidad, ahora te está mostrando cómo es y que el chico que creías conocer solo era un papel que interpretaba para agradarte y que estuvieras a su lado.

—Por mucho que no me guste, tengo que darte la razón, ya que yo pienso lo mismo. —Expulsó el aire retenido—. Este tiempo que nos estamos dando, me está viniendo bien para pensar. —Se retiró un mechón tras la oreja—. Y yo que creía que estar alejada de él iba a ser una tortura... y está resultando ser lo contrario. —Nayra vio como su hermana fue a hablar, pero la detuvo antes de que comentara nada—. Ni se te ocurra decirme las tres palabras malditas y odiosas —la advirtió refiriéndose a la famosa frase «te lo dije».

Theresa hizo que se cerraba la boca con una cremallera invisible y ocultó la sonrisa que por dentro tenía. Por fin, su hermana empezaba a quitarse la venda con respecto al idiota de su novio. Ella lo caló desde el primer momento en el que lo conoció. Además, estaba cansada de ver a Nayra echa una mierda por sus continuas peleas con otros tíos, más, cuando estas eran sin ningún motivo. La estaba destruyendo poco a poco. Al igual que lo hacía su supuesta amiga, la cual volvía a estar desaparecida. Estaba claro que tenía muy mala suerte para las relaciones, así que ya era hora de que empezara a cambiar eso, y Dan le había dado una buena impresión.

—Y, ¿sabes algo de Wendy?

—Me mandó un mensaje hace unos días para decirme que estaba bien, nada más. —contestó—. Al menos esta vez me tiene más en consideración.

Theresa prefirió callar y no decir nada, aunque por su mente estuviera pasando uno de sus discursos para intentar convencerla de que mandara a esa tía a la mierda de una patada en el culo. Se fijó en el reloj que tenían colgado en la pared de su cocina americana y frunció el ceño.

—¿No habías quedado con Dan a las ocho?

Nayra miró su reloj de muñeca y vio que eran menos veinte. Había perdido el autobús y caminando desde su casa hasta el centro, tenía un largo

camino. Y no podía tampoco ir con la bicicleta.

—Mierda, mierda, mierda —maldijo—. ¿Puedes llevarme?

—Estoy en pijama, con pelos de loca y sin maquillar.

—¡Theresa, por favor! —le suplicó—. Ponte algo rápido, vamos con el coche, nadie te va a ver. Por favor, por favor... —Juntó sus manos y puso su cara de pena.

—Está bien. No tardo.

En coche hasta el centro solo había siete minutos. Llegaría a tiempo. O eso creía. A menos diez, su hermana seguía en pijama y aun maquillándose. Estaba claro que no podía salir de casa sin estar perfecta. ¡Por Dios, si se maquillaba hasta para hacer deporte!

—¡Theresa! No te va a ver nadie.

—¿Y si en la vuelta a casa pincho una rueda o tengo un pequeño choque, conozco al amor de mi vida y yo estoy con pintas de vagabunda?

—¡¡Theresa!! —la apremió comenzando a ponerse nerviosa.

—¡Vale, vale! —Dejó el pintalabios en su estuche y fue a su cuarto para vestirse.

Salió a los diez minutos vestida de forma impecable con unos pantalones de color caqui ajustados, un jersey de color lila, un fular del mismo color y unas botas con tacón del mismo tono que el pantalón. Lo complementaba con un collar grande que le llegaba a la altura de la cintura.

—Parece que eres tú la de la cita —le comentó divertida.

—No digas tonterías. Con esto siento que voy de *sport*.

Nayra negó con la cabeza y puso los ojos en blanco. Esa clase de ropa ella se la pondría para salir a tomar algo. Lo que ella se ponía para ir a la universidad o para hacer las fotos, sí que podía considerarse de *sport*, incluso rozaba un poco el uniforme marujil de ir por casa.

—Bueno, ¿podemos irnos ya? ¡Llego tarde! —Volvió a mirar el reloj que marcaban las ocho y diez.

Ambas salieron de casa y montaron en el coche mientras Theresa le decía que ya estaba tardando en sacarse el carnet de conducir. Así, no tendría que vestirse y prepararse a todo correr para llevarla. Nayra le echó una mirada cargada de ironía. ¿A todo correr? Había tardado más que ella en prepararse. Miró de nuevo la hora y comenzó a sentirse mal por llegar tarde.

Esperaba que Dan no pensara que lo había dejado plantado.

Mientras, en el centro de Hocklast, el chico miraba a todos lados para ver si su cita aparecía, pero no parecía dar señales.

«Creo que me ha dejado plantado», pensó y bajó la mirada a sus pies sintiéndose como un completo idiota allí parado y con el ramo de margaritas en la mano. No sabía si esperar un poco más o irse a su casa y aguantar las burlas que, seguramente, Tyler le soltaría antes de consolarlo. En efecto, ese era su orden: primero se reía y luego ejercía de perfecto amigo y hombro sobre el que llorar.

Dan volvió a mirar el ramo y lo giró para observarlo desde varios ángulos pensando qué hacer con él. Le daba pena tirarlo a la basura, pero a su compañero no le haría gracia como regalo. Podría ponerlo en un jarrón en el centro de la mesa que tenían en el salón. Así darían algo de vida a su humilde hogar hasta que se marchitaran.

Comenzó a caminar para regresar a su casa cuando escuchó el sonido de unos tacones tintineando a un ritmo bastante rápido.

—¡Dan, espera! —oyó su nombre.

Él se detuvo y se giró para ver a Nayra correr hacia él mientras se sujetaba la falda del vestido que llevaba para que no se le viera nada.

Enseguida lo alcanzó mientras ella maldecía por dentro que los coches no pudieran circular por allí. Su hermana la había tenido que dejar en el camino de la entrada al centro y correr hasta llegar a la fuente. Desde la distancia, lo vio y se percató de la mirada de tristeza que tenía antes de darse la vuelta para marcharse. Esa escena a Nayra le había encogido un poco el corazón y se obligó a acelerar el ritmo.

—Lo siento, lo siento, nunca llego tarde, pero primero mi hermana me ha entretenido, luego me he dado cuenta de que con esa charla había perdido el autobús, después le he pedido a la culpable que me trajera y la muy... presumida, no puede salir a la calle si no va monísima de la muerte —dramatizó mientras Dan la miraba sin decir nada—. Y, por si fuera poco, el tráfico no ha ayudado y por aquí no se puede meter el coche y...

Dan la detuvo colocando dos dedos en sus labios pintados de rosa y al ver que dejaba de hablar, los retiró.

—Has venido, mariposita —dijo en un tono que consiguió que ella se

derritiera un poco por dentro.

Los ojos verdes de Dan mostraban un estado de felicidad pura por verla allí y, si era sincera consigo misma, eso le encantó e hizo que un cosquilleo le recorriera el cuerpo entero.

—Sí —susurró—. He venido.

—La verdad, no las tenía todas conmigo.

Ella sonrió y se mordió el labio inferior con una lentitud que a Dan lo dejó completamente hipnotizado. ¡Estaba bien jodido!

«Hacías bien», no pudo evitar pensar Nayra, pero no lo dijo y se fijó más en él. Llevaba unos vaqueros oscuros, unas botas marrones de estilo más militar que de *cowboy* y una camisa metida por el pantalón de cuadros de color beige. A ella no le gustaba mucho ese estilo en los chicos, pero tenía que admitir que a él le quedaba como un guante gracias a su ejercitado cuerpo. Además, tenía dos botones desabrochados con lo que conseguía un aspecto más *sexy*.

«Negaré que he pensado eso», se dijo mientras aceptaba el sencillo ramo que le tendía.

—No soy de regalar cosas en las quedadas de amigos, pero creo que, si resulta que no te agrado como compañía, al menos con este detalle puedes pensar que habrá merecido algo la pena aceptar.

—Qué idiota eres. —Sonrió—. Gracias. Nunca me habían regalado flores.

—¿En serio? ¿Ni siquiera tu novio?

—No es demasiado detallista que digamos —explicó acariciando los pétalos de una de las margaritas y pensando que la única cosa que le regaló que podía considerarse un detalle fue el día que le llevó un café a clase.

—Bueno, ¿nos vamos?

Ella asintió y se dejó guiar por él. Caminaron hasta llegar al *parking* del restaurante donde Dan trabajaba y Nayra se sorprendió al ver dos luces naranjas de un todoterreno parpadear.

—¿Es tuyo?

—Ni de coña. Ya me gustaría a mí tener un juguetito así. —Lo contempló—. Es de un colega que me lo ha prestado para hoy. Pensé que si íbamos con la moto, te quedarías congelada.

—No había caído en eso —dijo Nayra subiéndose en el asiento del copiloto—. Además, llevo vestido y tampoco sería de lo más adecuado. —Rio—. Dios, menos mal que uno de los dos ha pensado en todo, porque si no... lo siento, pero creo que me habría negado a ir. Tendríamos que haber cambiado de plan o haberlo dejado para otro día. —Sonrió antes de dejar el ramo en el salpicadero.

—Ni en broma lo hubiéramos dejado para otro día —dijo—. Con lo que me ha costado que aceptaras cenar conmigo.

Nayra sonrió y Dan arrancó para emprender el corto viaje, aunque a la chica se le estaba haciendo eterno. El único sonido que había en aquel habitáculo era el de la radio. Sus nervios parecían aumentar por momentos y no se le ocurría hacer otra cosa que mirar por la ventana. No había mucho que ver, ya que en esa zona no había farolas y estaba todo oscuro, pero el cielo estaba despejado y se podían apreciar las miles de estrellas que lo decoraban.

Dan la miraba de reojo de vez en cuando. Él tampoco sabía cómo actuar. A pesar de que mostraba seguridad, por dentro estaba muerto de miedo. Esa noche, todo podría cambiar. Su vida podría volver a dar un giro de ciento ochenta grados. En realidad, no podría, sabía que lo iba a dar. Lo que desconocía era si para bien o para mal.

Pensó en decir algo pero cuando las palabras estaban a punto de salir por su boca, la cerró. No sabía muy bien de qué hablar. Y ni de coña iba a decir la típica frase de «pues se ha quedado buena noche». Además de que era mentira. El cielo sí estaba despejado, pero hacía un frío de muerte.

Suspiró sintiendo que la cita no empezaba nada bien.

Escuchó como los primeros acordes de la canción *Livin' on a Prayer* de Bon Jovi empezaban a sonar en la radio. Comenzó a mover la cabeza de forma inconsciente al ritmo de esa gran canción y volvió a mirar a su compañera de viaje. No dejaba de jugar nerviosa con el borde de la falda del vestido que llevaba. Miró sus manos, las cuales no paraba de mover y observó cómo elevaba una de ellas para enredar un mechón colorido alrededor de su dedo índice. Ese gesto lo puso completamente cardíaco, así que no se le ocurrió otra cosa que ponerse a cantar o, más bien, a gritar el estribillo de la canción.

Whoa, we're half way there / (Estamos en mitad del camino)

Whoa, livin' on a prayer / (viviendo en una plegaria)

Take my hand and we'll make it, I swear / (toma mi mano y lo lograremos, lo juro)

Whoa, livin' on a prayer / (viviendo en una plegaria)

Al escucharlo, Nayra giró la cabeza hacia él y elevó las cejas antes de sonreír. No dijo nada mientras oía como las estrofas salían de su garganta. Aguardó sin dejar de mirarlo hasta que acabó el estribillo.

—Vale, eso ha sido raro y que sepas que me has dado un pequeño susto —le dijo.

—El viaje estaba siendo de lo más incómodo —comentó con total sinceridad—, y no sabía cómo romper el hielo. Además, te veo aterrada y no tienes por qué, Nayra. No te voy a morder.

—No te voy a decir que estoy de lo más tranquila, porque sería mentira.

—Pues canta conmigo.

—¿Qué? —Soltó una leve carcajada—. Ni de coña. No queremos que llueva, ¿verdad?

Dan rio y negó con la cabeza mientras subía más el volumen de la radio.

—Cuando estoy nervioso por algo o asustado y no hay nadie en la sala, canto en alto. Es una manera de soltarlo todo y esta canción está genial para eso.

—Y si estás rodeado de personas, ¿también lo haces?

—Mentalmente, no es lo mismo, pero me ayuda, créeme.

Nayra lo miraba como si se le hubiera ido por completo la cabeza, pero quería que se relajara y él también necesitaba tranquilizarse. No podía pasar de esa noche que le contara la verdad y los nervios no ayudarían.

—No pienso cantar.

—Oh, sí lo harás. Una vez te dejas llevar, la vergüenza desaparece. Venga que viene otra vez el estribillo.

Dan subió hasta los topes la radio y bajó la ventanilla para sacar un brazo y moverlo mientras volvía a cantar a pleno pulmón. Esa vez, se dejó llevar por completo y sacudió la cabeza como si estuviera en un escenario actuando mientras Nayra soltaba una carcajada tras otra. Vio como metía de nuevo el brazo y le tendía la otra mano sin dejar de cantar.

—*¡Take my hand and we'll make it, I swear!* —La movió para que se la cogiera y ella lo hizo.

Al entrelazar sus dedos, Dan movió sus manos al ritmo de la música y las terminó alzando al techo representando lo que decía la letra de la canción: juntos, podrían con todo. Conseguirían superar esa cita.

—Eso es, mariposita. Ya te vas relajando.

Nayra asintió divertida y comenzó a balancear su cuerpo y a llevar el ritmo con el pie. Estaba empezando a soltarse y los nervios y la vergüenza parecían estar desapareciendo.

—¡Última oportunidad! —gritó Dan por encima de la música—. ¡Canta conmigo!

Y así lo hizo. Ambos lo dieron todo en el coche cantando los últimos segundos de la canción. Nayra, al no tener que estar pendiente de la carretera, cerró los ojos mientras lo hacía y movió la cabeza sacudiendo su melena en ese corto espacio hasta que, finalmente, la canción terminó.

Sin dejar de reír y con una sensación maravillosa en su cuerpo, la joven se peinó un poco con los dedos y se abanicó con la mano. Aquello había estado genial. Hacía tiempo que no se reía así y disfrutaba tanto haciendo una tontería.

—¿Más tranquila?

—Muchísimo más. —Lo miró—. Gracias.

—No tienes que dárme las. Ha sido la hostia.

Sin perder la sonrisa, Nayra volvió a mirar por la ventana hasta que llegaron al pueblo donde se organizaba la fiesta temática. Dan aparcó y sacó de los asientos de atrás, dos sombreros vaqueros. Uno blanco para él y otro marrón para ella.

Se los colocaron y caminaron hasta el local. Para ser un pueblo pequeño, la ornamentación estaba genial. El bar estaba construido en madera oscura y había unos pocos fardos de paja repartidos para darle un aspecto más del estilo de un granero. Las mesas estaban repartidas por el espacio de manera que, en el centro del local, se formaba una especie de pista de baile. Todo el mundo iba vestido de *cowboys* y *cowgirls*, incluso los más pequeños que habían acudido allí con sus padres. Nayra los miraba con una sonrisa mientras correteaban con sus pistolas de juguete.

Dan le cogió de la mano para pasar entre la gente que había hasta llegar a una mesa que estaba libre. Se sentaron en ella y enseguida los atendieron. Pidieron para beber dos cervezas y para cenar, dos hamburguesas completas. Era lo más ligero de la carta, ya que, con motivo de la fiesta, el resto de los platos eran carnaza y la cantidad de comida que servían para una persona, en otro sitio lo servían para al menos cuatro.

—¡Madre mía! —exclamó Nayra al ver su hamburguesa—. Creo que con una para los dos habría valido.

—Yo no sé ni por dónde empezar a comerla —dijo Dan mirándola desde varios ángulos para ver cuál le gustaba más para cogerla.

—No sé si comerla como siempre o hacer como mi hermana y pedir cuchillo y tenedor —bromeó agarrándola como pudo y, como se imaginaba, parte del contenido se le cayó.

—¿Tu hermana come las hamburguesas con cuchillo y tenedor?

—Sí. Theresa es toda una señorita cuando quiere. —Rio—. Siempre tiene que salir de casa impecable, comer sin mancharse, beber con elegancia... eso sí, es la persona más mal hablada que puedas conocer. En un entorno más familiar, suelta perlititas por su boca y todos la miran sorprendidos, porque, con su aspecto, parece que no le pega que diga tacos y cosas indecentes.

Ambos soltaron una carcajada.

—¿Eres la mayor o la pequeña? —preguntó antes de morder su cena.

—La pequeña. Theresa es cinco años mayor que yo —contestó cogiendo un trozo de lechuga que se le había caído al plato con los dedos para metérselo en la boca—. ¿Tú tienes hermanos?

—No, pero Tyler, mi compañero de piso, es como un hermano para mí. Ambos somos huérfanos y... —Se detuvo, no le gustaba mucho hablar de eso—. ¿Te acuerdas de lo que te dije en la nota? ¿Lo de que sí era un ladrón? —Ella asintió—. Cuando cumplimos la edad en la que ya no podíamos estar en el orfanato, los dos estábamos muertos de miedo. No teníamos absolutamente nada, más que el poco dinero que nos dejaron nuestros respectivos padres antes de morir. En mi caso, no superaban los cuatrocientos pavos y Tyler solo tenía doscientos más que yo. —Nayra lo escuchaba sin perder atención—. Hasta que conseguimos mejorar bastante nuestra situación, pasaron años.

Ahora es cuando estamos viviendo de forma decente, pero hasta llegar a eso, la calle era nuestro hogar y robábamos para comer y para conseguir medicinas cuando enfermábamos.

—Vaya... Lo siento mucho, Dan. Tuvo que ser horrible.

—Lo fue. Pero por suerte, nos teníamos el uno al otro.

Nayra sonrió. Tenía que ser genial tener un compañero de vida como Tyler. Alguien que estaba a tu lado en todo momento, que no te dejaba solo y que, por supuesto, no desaparecía sin dar señales cuando las cosas se ponían muy feas.

—Se nota que sois muy buenos amigos. Inseparables —comentó tras dar un buen trago a su cerveza.

—Sí. —Suspiró—. ¿Tú no tienes algún amigo o amiga inseparable?

—No lo sé.

Dan frunció el ceño ante esa respuesta. Se esperaba un sí o un no, o algo así como «no inseparable, pero sí es mi mejor amiga, mi confidente, mi hermana del alma», o alguna gilipollez de esas que solían decir las tías.

—¿No lo sabes?

—Mi mejor amiga se llama Wendy, pero no sé si la podría considerar inseparable. Para mí, sí lo es, aunque creo que yo para ella no, porque cada vez que las cosas se le vuelven muy negras, se aparta de mí. Es más, ahora está en uno de sus peores momentos y lleva días desaparecida. Apenas sé de ella y... me asusta, ¿sabes? —Bajó la mirada—. Muy poca gente sabe esto, pero se ha intentado suicidar varias veces, así que cada vez que no da señales, me muero de miedo por si lo ha hecho.

—Vaya... lo siento, Nayra.

—Gracias, es duro, pero al menos, esta vez estoy más tranquila. Antes huía sin avisar. Ahora, al menos me ha mandado un par de mensajes diciendo que está bien. Estoy preocupada, pero intento no pensar en ello, ya que, si no, me afecta mucho física y psicológicamente.

Nayra se arrepintió de decir esas palabras nada más pronunciar la última. ¿Cómo le había podido soltar eso? Dan iba a pensar o que estaba loca o que debía mandarla a la mierda. Si su opinión era la misma que la de su hermana y la de Liam, no sabía cómo se iba a sentir. Probablemente, decepcionada por estar con personas que no la entendían.

—¿Puedo ser sincero? —Ella asintió, nerviosa—. No conozco a tu amiga ni sus problemas, así que no pienso juzgarla, pero creo que debería valorarte más y pensar un poco en ti cuando hace esas cosas, si sabe cuánto te afecta.

—Lo sabe... —susurró—. Mi hermana y Liam no paran de decirme que la dé de lado, pero soy incapaz.

—Te entiendo. Cuando una persona es muy importante para ti, haces todo por ella, sin importarte ni siquiera tú mismo. Creo que, en tu situación, yo haría lo mismo.

A Nayra le sorprendió esa respuesta y curvó ligeramente los labios antes de seguir con su cena. Que alguien respetara lo que decidía era muy importante para ella.

—Y a Wendy, ¿la conoces desde que eras pequeña?

—No, la conocí hace unos pocos años. De pequeña, no puedo decir que tuviera demasiados amigos. Se me dan como el culo las relaciones. —Rio, aunque sin gracia.

—Bueno, pero algún amigo especial habría por ahí, ¿no?

Dan esperaba que lo recordara. Necesitaba oírla hablar de él. Eso le daría fuerzas para contarle todo. Incluso por su mente pasó una imagen maravillosa donde ella se tiraba a sus brazos emocionada. Lo abrazaba con fuerza y entre lágrimas le pedía que no se volviera a marchar.

—Sí... lo había. —Lo miró y vio tristeza en sus ojos color miel.

—Y, ¿qué paso?

—Las llamas lo mataron y... yo lo presencié. —Suspiró—. Tenía seis años cuando lo conocí y en nuestro primer encuentro, se rio de mí. Tuve un pequeño accidente, porque estaba concentrada en mis fotos y él me asustó, así que quise huir pero mis pies me traicionaron y, como llevaba un vestido, enseñé todo. —Dan sonrió con ternura. ¡Lo recordaba! Sin embargo, y tal como pensaba, lo daba por muerto—. Sin embargo, con el tiempo, ese niño y yo comenzamos a compartir refugio y nos hicimos muy buenos amigos. —Le mostró una sonrisa de oreja a oreja—. Él me comprendía como nadie lo hacía. Me ayudó muchísimo el poco tiempo que estuvimos juntos. —Se detuvo unos segundos—. Yo... era y sigo siendo malísima para estudiar, me cuesta mucho retener la información, y él consiguió que pudiera aprobar la

enseñanza más básica. Le debo muchísimo y me apena que no esté. Ni siquiera pude darle las gracias por todo lo que hizo por mí. —Sus ojos se humedecieron, pero consiguió retener las lágrimas—. Muchas veces me pregunto qué habría pasado si siguiera aquí. Han pasado más de quince años desde que murió y todavía lo echo muchísimo de menos. Sé que jamás podré olvidarle.

—Lo siento, Nayra. —Ella creyó que le estaba dando el pésame, pero en realidad se estaba disculpando por no haber estado allí y por el sufrimiento que había pasado por él—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—Me has dicho que presenciaste su muerte. —Ella asintió—. ¿Estabas con él?

—No. La historia completa es un poco larga, pero, en resumen: me escapé de casa para ir a la suya y mi padre vino detrás de mí. Le llevaba bastante ventaja, por eso no me alcanzó a tiempo. Mi amigo vivía en la misma zona en la que ahora estás tú pero en las casas que están un poco más viejas. Cuando llegué, su hogar estaba completamente cubierto por las llamas. Era imposible entrar, aunque yo no pensaba en las consecuencias y lo intenté.

—¿Qué? —dijo sorprendido y abriendo mucho los ojos.

—Fue una locura, lo sé. Pero solo era una niña que quería salvar a mi amigo y ni los bomberos ni los policías me vieron, así que aproveché para colarme por debajo del cordón y correr a la casa. —A Dan se le secó la boca—. Por suerte, mi padre llegó y me cogió a tiempo, pero me acerqué lo suficiente como para que unas pocas llamas me rozaran la piel causándome una quemadura de segundo grado. —Posó su antebrazo izquierdo sobre la mesa para enseñarle su cicatriz blanca cubierta por el tatuaje de sus mariposas—. No supe muy bien qué sucedió esa noche hasta que crecí e investigando, descubrí que había sido un incendio provocado y que los dos miembros que allí habitaban habían muerto calcinados.

Dan solo pudo asentir al escuchar esa historia y se quedó unos segundos observando la cicatriz de su piel. Daba gracias a que su padre llegara a tiempo para que evitara que Nayra hiciera esa locura. Ella podría haber muerto también ese día y era increíble que los servicios de emergencia no se

dieran cuentan de que una niña pequeña se había colado en la zona cero del accidente. O mejor dicho, del no accidente.

—Qué deprimente se ha vuelto la cita, ¿no? —bromeó Nayra.

—Un poco. —Dan no comentó que ella había usado la palabra «cita». Miró sus platos en los que aún aguardaban los restos de más de la mitad de sus hamburguesas—. ¿Vas a terminártela? —La señaló.

—Uff, creo que no, estoy llena.

—Pues vamos a bailar —dijo levantándose antes de tenderle la mano.

—No sé bailar *country*.

—Ni yo. Esto es como en el coche, Nayra. Suéltate el pelo, déjate llevar y disfruta.

Nayra se recolocó el sombrero y aceptó la mano que Dan le tendía para bailar en la improvisada pista la canción de *Fake I.D.* Ninguno de los dos sabía muy bien qué hacían. Simplemente, disfrutaban de la fiesta.

Dan le hacía girar y se dejaba llevar por él mientras daban pequeños saltos al tiempo que se movían al ritmo de la música. Una canción tras otra, ninguno de los dos quería dejar de bailar y Nayra, por primera vez tras mucho tiempo, desconectó de todo. Se olvidó de Wendy y de Liam. En resumen, saboreó lo que era la felicidad. Se lo estaba pasando en grande y no quería que nada ni nadie le estropearan esa noche. Hasta sentía un ligero dolor en las mejillas de tanto sonreír.

Dan cogió sus manos para separarla de su cuerpo antes de volver a atraerla hacia él con un suave impulso mientras la hacía girar para pegar su espalda a su duro pecho. Le cogió de una mano y le dio un pequeño empujón para que diera una vuelta completa antes de agarrarla de nuevo por la cintura para seguir con ese pequeño baile.

La inclinó y Nayra echó la cabeza hacia atrás sin dejar de reír. Se llevó una mano a la cabeza para que no se le cayera el sombrero. Algunos mechones de su cabello rozaban el suelo, pero no le importó. Dan volvió a elevarla y sus rostros quedaron a un palmo.

«Dios mío, ¿por qué tiene que tener los ojos tan bonitos? ¿Y esa sonrisa hipnótica?», pensó Nayra mientras se mordía el labio inferior.

Ambos estaban exhaustos por los bailes, tenían las respiraciones entrecortadas y sus alientos chocaban en el corto espacio que quedaba entre

sus bocas.

Una muy mala idea estaba pasando por la cabeza de la chica y el hecho de que ambos estuvieran pegados, mirándose a los ojos y con sus manos posadas en el cuerpo del otro, no ayudaba en absoluto a que ese pensamiento se disipara.

—Te encontré —susurró Dan.

Nayra se quedó un poco confundida. No había entendido a qué se refería. Eso y que estaba muy distraída contemplando sus labios y pensando si serían tan suaves como parecía. Frunció el ceño y curvó ligeramente su boca.

—¿Qué?

Dan se separó de ella y le cogió de la mano para salir a la zona exterior del bar. Se dirigieron a la parte de atrás y le dio la espalda. No sabía qué palabras iban a ser las más adecuadas para soltarle ese bombazo que tenía preparado para ella, así que dijo aquellas que resumían todo.

—D. J. —Fue lo único que salió por su boca.

Nayra se quedó bloqueada al escuchar ese nombre y la sonrisa que tenía le desapareció de golpe.

—¿Qué has dicho? —consiguió decir en un susurro.

Dan se giró para mirarla. Nayra tenía el rostro descompuesto y parecía temblarle el cuerpo entero.

—D. J. —repitió.

—¿Cómo sabes ese nombre? —le preguntó con un tono acusador—. Yo no te lo he dicho.

—Dan Jason Blake. D. J.: las iniciales de mis dos nombres.

Nayra perdió el color de golpe. Las piernas le temblaban como un flan y tuvo que apoyarse en la pared del local para evitar caer. Se llevó una mano al pecho para intentar detener el intenso y rápido latido de su corazón y comenzó a negar con la cabeza. Sentía que se iba a desmayar de un momento a otro, incluso su respiración comenzaba a agitarse.

No podía ser. Tragó saliva y, sin saber por qué, empezó a reír sin pizca de gracia mientras se quitaba el sombrero y lo dejaba caer al suelo. También había comenzado a sudar. Siguió negando con la cabeza y consiguió mirarlo. No... no podía ser.

—D. J. está muerto. Yo lo vi. —Una fina capa de humedad se formó en sus ojos—. Vi cómo ardía —dijo con la mandíbula tensa y los dientes apretados.

—Prometo contarte todo, Nayra. Pero, por favor, intenta calmarte.

Sabía que había esperado mucho. Debía habérselo contado antes, aunque para ser sincero, estaba seguro de que su reacción hubiera sido la misma.

Ella negó con la cabeza. Dan se acercó a ella al ver que comenzaba a llorar y a deslizar su cuerpo por la pared para quedar sentada. Estaba temblando y él sabía que no era de frío, pero Nayra se apartó antes de que la tocara.

—No sé quién eres ni a qué estás jugando, ¡pero D. J. está muerto! —le gritó enfrentándose a él. Dan se agachó a su lado salvaguardando las distancias—. Yo lo vi. La policía lo confirmó. ¿Si no cómo explicas que encontrarán sus restos? —Le temblaba la voz.

—¿De verdad lo hizo? ¿O al ser mi madre y yo unos don nadie cerraron el caso sin apenas investigar?

—Estás mintiendo.

—No lo hago, Nayra. Te lo demostraré.

—No... no, por favor... —Se levantó para alejarse de él, pero no pudo evitar la tentación de mirarlo, aunque sus lágrimas hacían que solo lo viera de forma borrosa.

Por mucho que lo negara, Nayra quería escucharle, a pesar de que corría el riesgo de sentir el mismo sufrimiento que experimentó en su infancia. Lo que más le dolía de eso era que su mente estaba creando unas esperanzas que podrían ser destruidas en cualquier momento. Sin embargo, en lo más profundo de ella, sí deseaba que le demostrara que D. J. y Dan, eran la misma persona.

—Una de las tardes en las que quedábamos en la playa, no estabas en nuestro lugar, donde construimos nuestro columpio, sino en el bosque. Me costó encontrarte y cuando lo hice, estabas mirando unas mariposas azules. —Nayra derramó dos lágrimas mientras negaba con la cabeza y se tapaba la boca con la mano. No podía ser—. Me dijiste que querías ser una de ellas y yo te pregunté que si sabías que su vida era muy corta.

—No sigas. —Dio varios pasos hacia atrás—. Por favor...

—Me contestaste que sí, pero que, en esa corta vida, son felices. Que vuelan libres, son hermosas y nadie les hace daño; nadie les aprieta el brazo ni las grita ni nadie se enfada con ellas por hacer lo que les gusta: volar. — Nayra no podía dejar de mirarlo mientras todo su cuerpo le temblaba. Cerró los ojos y bajó la cabeza sin dar crédito a lo que estaba escuchando. Era él. No tenía la más mínima duda y no sabía cómo sentirse al respecto. En ese momento, ella era una explosión de emociones contradictorias—. Jamás te he olvidado, Nayra. Y el día que te volví a ver en nuestra playa, me prometí que intentaría recuperarte.

Nayra no sabía qué creer. Estaba muy confundida. Ni siquiera sabía cómo sentirse. Si Dan de verdad era D. J., ese niño que fue muy especial para ella, debería sentirse feliz al ver que estaba vivo. Pero, por otra parte, quizá solo estuviera jugando con ella. Si él era quién decía ser, ¿por qué no le contó la verdad cuando se volvieron a encontrar? Estaba claro que Dan sabía quién era ella desde el instante en el que chocaron en la playa.

—Yo... yo no... —Ni siquiera le salían las palabras.

—Te lo contaré todo, Nayra. Pero creo que antes, necesitas asimilarlo.

Ella asintió, era lo único que podía hacer, y se secó las pocas lágrimas que había derramado. Estaba vivo. D. J. estaba vivo, lo tenía delante de ella, llevaban semanas juntos de nuevo y ni siquiera lo sabía. La situación le resultaba de lo más surrealista.

—¿Puedes llevarme a casa, por favor?

En realidad, no quería que él la llevara, pero no tenía otra forma de volver y un taxi le costaría un ojo de la cara. Tampoco quería molestar a su hermana y Liam ni en broma era una opción.

—Claro —susurró acercándose despacio a ella. Se moría de ganas de abrazarla, de decirle que todo estaba bien, pero sabía que ella no se sentía así y no quería presionarla—. Vamos.

Se encaminaron hasta el coche e hicieron el recorrido completamente en silencio. Ni siquiera Dan encendió la radio esa vez. ¿Lo habría jodido todo? Estaba deseando contárselo, pero no quería hacerlo hasta asegurarse de que ella era esa niña que le hizo feliz unos meses antes de que su vida diera un giro brutal y todo cambiara. Nayra era lo mejor de volver a Hocklast. A la ciudad que se lo arrebató todo. Odiaba vivir ahí, pero tenía que acatar su

destino. Tenía que hacer justicia.

Nayra se pasó los veinte minutos hasta su casa mirando por la ventana. Solo giró la cabeza para observar la imperceptible marca blanca que tenía en la mejilla, la cual cubría ligeramente ahora su corta barba, pero ella la había visto bien cuando fue a su casa y lo encontró recién afeitado. En ese momento, no relacionó esa marca con la misma que tenía D. J., pero claro, ¿cómo iba a adivinar solo por esa cicatriz que eran la misma persona? Habían pasado más de quince años y estaba claro que su amigo ya no era ningún niño.

El viaje se le hizo eterno y cuando Dan paró delante de su casa, bajó y se dirigió hacia ella a paso ligero. No se despidió de él. Ni siquiera lo miró. No estaba enfadada, solo muy confundida y, como él había dicho, necesitaba tiempo.

Dio gracias a que su hermana estuviera dormida, pues no estaba preparada para que la sometiera a un tercer grado con respecto a su cita. Se lo contaría todo. Necesitaba compartir lo que acababa de descubrir con alguien y Theresa era la persona indicada.

Caminó en silencio hasta su cuarto y se apoyó en la puerta una vez que esta se cerró. Allí, a solas y en la más absoluta oscuridad, se permitió derrumbarse. Se tapó el rostro con las manos y poco a poco se fue deslizando hasta quedarse sentada. Se abrazó las rodillas y hundió su cara entre ellas para ahogar sus intensos sollozos. Lloró. Lloró como nunca lo había hecho y sin saber muy bien el porqué. Lo único que sabía era que necesitaba soltar todo lo que su corazón albergaba: dolor, miedo, confusión, felicidad...

No sabía cuánto tiempo se quedó allí sentada, aunque sin darse cuenta, las lágrimas habían desaparecido. Solo quedaba de ellas el pequeño rastro que habían dejado por sus mejillas. Sin muchas ganas ni fuerzas, se levantó para ponerse el pijama pero antes de meterse en la cama, acarició la fotografía de *El Beso del Hotel de Ville* que tenía colgada en la pared. La fotografía que D. J. le regaló hacía casi dieciséis años. La acarició con cariño y, finalmente, sin saber muy bien por qué, sonrió sintiéndose completamente feliz.

—Está vivo.

Capítulo 12

Nayra apenas había podido dormir en toda la noche. La noticia que había recibido le había impactado tanto que su cuerpo y su mente habían sido incapaces de relajarse para dejarla descansar. Se había pasado horas dando vueltas a todo, recordando los momentos más especiales de su infancia, imaginándose qué habría sido de ellos si él se hubiera quedado en Hocklast y también, pensando qué sucedería a partir de ese momento.

Por una parte, quería que le contara todo. Necesitaba respuestas, saber lo que de verdad sucedió hacía tantos años. Eso era, de momento, lo más importante para ella. Quizá después podrían retomar el contacto, pero sentía que a partir de ese instante, todo sería incómodo entre ellos. No sabía muy bien cómo debía actuar cuando estuviera delante de él. No iban a poder tener un trato como hasta ese momento. Dan había pasado de un ser un casi desconocido a ser una de las personas más importantes que habían pasado por su vida. Pero claro, eran unos niños cuando eso ocurrió. Habían pasado muchos años desde entonces y ambos habían cambiado. Tenían que conocerse otra vez. Empezar de cero.

«Justo lo que estábamos haciendo», pensó Nayra levantándose de la cama. Lo que sucedía era que no sabía si lo poco que había conocido del nuevo D. J. era verdad o solo un papel que había usado para volver a acercarse a ella. Estaba claro que él había jugado con una gran ventaja y ella ni siquiera se había dado cuenta. Pero ¿cómo demonios iba a sospecharlo siquiera? Estaba convencida de que estaba muerto.

—Dios mío, está vivo.

Ni sabía ya las veces que había repetido esa frase. Era como si no pudiera parar de decirla en voz alta para poder estar segura de que era verdad.

Se tapó la cara con las manos antes de enredar en ellas mechones de su cabello. Habían pasado horas y era incapaz de asimilarlo. ¡Aún no podía creérselo! Incluso se había pellizcado varias veces por si resultaba que, en realidad, lo había soñado.

—No, no lo he soñado —susurró viendo en el suelo su vestido.

Caminó hasta la ventana para abrirla y que entrara un poco de aire fresco antes de dirigirse al baño para adecentarse un poco. Se peinó y se recogió su cabello en una trenza lateral antes de quitarse los restos de su maquillaje. Se había olvidado por completo de hacerlo el día anterior.

Fue a la cocina y se sirvió una buena taza de café. Le gustaba más la leche con cacao, pero necesitaba cafeína. Estaba tan sumida en sus pensamientos que ni se había percatado de que su hermana estaba allí.

—¡Buenos días, *cowgirl!* —la saludó Theresa entusiasmada entrando en la sala—. Intenté esperarte despierta para que me lo contaras todo, pero estaba muerta tras toda la semana de trabajo.

—Buenos días —fue lo único que le pudo contestar antes de sentarse en la mesa con su desayuno.

Theresa vio que Nayra estaba rara. Aún no la había mirado, tenía la cabeza baja, sus movimientos eran lentos, como si estuviera desganada y ese «buenos días» había sido casi imperceptible. Algo había pasado en su cita. Estaba segura de ello.

—¿No me vas a contar qué tal? —Se sentó en otra silla para estar más cerca de ella.

—D. J. está vivo —soltó sin rodeos antes de dar un sorbo.

Ni siquiera la miró ni titubeó cuando le soltó esa bomba. Theresa se atragantó con el bollo de leche que estaba comiendo y comenzó a darse golpes en el pecho para intentar que el aire volviera a sus pulmones.

—Espera, ¿qué? —dijo cuando se recuperó—. Repite eso, porque creo que aún estoy algo dormida y te he entendido mal.

—D. J. está vivo.

Nayra sentía que era incapaz de pronunciar otras palabras. Necesitaba escucharlo de su boca varias veces para ver si por fin terminaba de creérselo.

—Sí, te había entendido bien... —Theresa apoyó el codo en la mesa y su cabeza sobre la mano. Estaba alucinando—. D. J. —pronunció su nombre en un susurro—. Estamos hablando de ese niño del que te hiciste amiga cuando eras pequeña, ¿verdad?

—El mismo.

—¿Cómo sabes que está vivo? Pero si la policía dijo que...

—La policía cerró el caso antes de ni siquiera investigar al considerarlas

personas inferiores al resto —repitió las palabras que le dijo Dan.

—Nayra, ¿está segura de lo que dices? Es algo... muy serio.

Ella no contestó enseguida. Clavó su mirada en la frase que adornaba su taza: «Poción mágica para estar despierto toda la mañana». La rodeó con sus manos para calentarlas y movió sus hombros para relajar el pequeño dolor que sentía en los omoplatos por culpa de las contracturas.

—Dan es D. J.

Theresa abrió los ojos como platos y se echó hacia atrás en la silla mientras cruzaba los brazos y se quedaba mirando a un punto fijo en la pared. Ni sabía qué decir. Había abierto la boca en varias ocasiones pero las palabras se atascaban en su garganta.

—¿Es... estás segura? —prefirió preguntar primero.

—Al principio me pilló tan en *shock* cuando me lo dijo que... no me lo creía.

—Quizá no deberías creerlo... ¡Jo, con lo bien que me caía! —se lamentó para quitarle un poco de dramatismo a esa situación.

—Lo creo por... varios motivos. Primero, no pronuncié en ningún momento el nombre de D. J., lo dijo él. Después me contó algo que solo sabíamos él y yo y... sus ojos son los mismos que los de ese niño que un día se fue. Además, hace unos días le vi en la mejilla la cicatriz... la misma que tenía D. J. y que me obsesionaba de pequeña..., pero claro, en ese momento, lo último que se me iba a pasar por la cabeza es que él era ese niño. —Suspiró—. No me di cuenta antes porque... para mí estaba muerto.

—Lo raro hubiera sido que hubieras sospechado de que Dan era D. J. Ni siquiera sabías su nombre. Solo las iniciales.

Nayra asintió y comenzó a jugar con la cuchara dentro de la taza golpeando su porcelana. Su estómago estaba tan cerrado que ni era capaz de asentar un poco de café.

—No sé ni cómo sentirme —apartó su desayuno para apoyar los codos en la mesa y taparse la cara con las manos.

—Es que es muy muy muy fuerte —comentó Theresa—. Yo tampoco sé ni qué decirte ni cómo sentirme. En fin, estoy alucinando e incluso me he preguntado varias veces si estoy despierta. ¿Hablaste más con él?

Nayra negó con la cabeza antes de reposar sus antebrazos cruzados en la

madera de la superficie del mueble.

—No, en ese momento, era una explosión de emociones: confusión, miedo, aturdimiento, felicidad, emoción, tristeza, sorpresa, incredulidad y quizá también un poco de enfado, pero después este se me fue. No... no puedo estar enfadada. En fin, intento ponerme en su lugar. —Nayra no dejaba de mover las manos mientras hablaba—. Me contó un poco por todo lo que había pasado y... si yo fuera él... Creo que ni siquiera hubiera podido hacer lo que Dan. Quiero decir... el regresar aquí tras lo sucedido, intentar recuperar algo que murió hace años cuando éramos dos personas completamente distintas... no sé si me entiendes.

—Creo que sí. —Cogió la taza de su hermana y bebió un sorbo, ya que sabía que ella no iba a desayunar debido a la explosión de emociones que en ese momento tenía—. Debes hablar con él.

—Tienes razón, pero ahora mismo... no puedo. Necesito un poco de... tiempo. Asimilarlo bien, pensar con claridad y después, decidir. Mejor no precipitarse.

Theresa cogió la mano de su hermana y le dio un ligero apretón para transmitirle ánimo y decirle sin palabras que ella iba a estar ahí para todo lo que necesitara.

Cambiaron un poco de tema, pero solo un poco, ya que el protagonista seguía siendo Dan, y Nayra le contó a su hermana cómo había ido el resto de la cita. No iba a negar que se lo había pasado bien y, como prometió, se comportó como un caballero. No intentó nada ni la hizo sentir incómoda. Se sentía un poco estúpida por creer que iba a tener otro tipo de interés en ella. Leía y veía demasiadas historias románticas.

Theresa sonreía con lo que su hermana le estaba contando. ¡Dan le caía bien! Bueno, Dan, D. J., como quisiera que lo llamara. Se alegraba enormemente de que ese niño no hubiera muerto calcinado junto con su madre esa noche pero, al igual que Nayra, tenía muchas preguntas en su mente. Sin embargo, ella no podía averiguar nada. Era algo que su hermana debía hacer cuando estuviera preparada para conocer todas las respuestas.

—Creo que hoy no voy a salir de casa —dijo Nayra perezosa mientras se levantaba para regresar a la cama. Tenía mucho sueño.

Theresa sonrió y giró la cabeza hacia el pasillo al escuchar la melodía

del teléfono de su hermana.

—¡Móvil! —Se levantó y empezó a empujarla hacia su cuarto para que fuera a ver quién era—. ¡Date prisa! —la apremió—. Puede que sea el bombón.

—No lo llares así —le pidió al tiempo que andaba hacia su habitación—. Ahora sabiendo quién es, se me hace raro.

—Puede que lo conocieras cuando era un enano pero los años le han tratado muy, pero que muy bien. Es un bombón y punto. ¡Bendita pubertad!

Nayra suspiró y puso los ojos en blanco antes de coger su móvil con su hermana a su espalda. Miró la pantalla y no reconoció el número. Además, era más largo de lo que solían ser. Pensó en no cogerlo debido a todos los timos que había pero, finalmente, deslizó el emoticono verde. Era demasiado curiosa y si no lo cogía, se pasaría todo el día dándole vueltas a quién estaría detrás de ese número.

—¿Sí?

—Disculpe, ¿es usted Nayra Hastings? —escuchó una voz masculina al otro lado que no reconoció.

—Sí, soy yo.

—Mire, le llamo desde el hospital de Hocklast. Es por Wendy Lohan.

Nayra miró a Theresa y esta se preocupó al ver cómo su hermana perdía el color de su rostro. La vio sentarse en su cama y levantó la mano para pedirle que guardara silencio mientras ella seguía al teléfono.

—¿Le ha sucedido algo?

—No estoy autorizado para dar esa información. Deberá venir para que un médico le cuente lo sucedido.

—Ya... entiendo. Gracias.

Nayra separó el móvil de su oído para colgar y miró a su hermana. ¿Le podía suceder algo más?

—Era del... hospital. Algo le ha sucedido a Wendy.

Theresa no se sorprendió.

—¿Quieres que te lleve?

—Te lo agradecería.

Tardaron en salir bastante de casa. Al saber que su amiga estaba en el hospital, Nayra estaba contemplando varias opciones de por qué se

encontraba allí y ninguna era buena. Su cuerpo no había tardado en comenzar a resentirse con esa noticia y llevaba varios minutos en el baño. Theresa la había escuchado vomitar varias veces. Ya no tenía que tener nada que expulsar, más, cuando apenas había desayunado.

Odiaba verla así por culpa de esa zorra que decía ser su amiga, pero no diría nada. La llevaría al hospital y estaría de nuevo a su lado en los próximos malos días que llegarían.

—Nayra, ¿estás bien?

Theresa escuchó el sonido de la cadena antes de que su hermana abriera la puerta del baño. Estaba llorando, tenía un aspecto horrible y sus manos temblaban más que un flan.

—¿Y si está muerta? —le preguntó mientras se sentaba en la taza.

—No lo está, Nayra.

—Me da mucho miedo ir y ver que... que no voy a volver a hablar con ella o...

No pudo terminar la frase. Comenzó a sentir que le faltaba el aire. Se llevó una mano al pecho y empezó a coger aire muy rápido por la boca mientras notaba que se ahogaba.

—¡Nayra, respira! —exclamó Theresa cogiéndola de los brazos al ver que parecía estar dándole un ataque de ansiedad—. Mírame, cielo. Respira conmigo. Despacio.

Ella lo hizo y cuando se sintió un poco mejor, bebió un poco de agua que Theresa le tendía. Derramó parte de ella debido a sus continuos temblores.

—No pienso llevarte al hospital hasta que no te tranquilices.

—Es... estoy bien.

Theresa no le respondió. Se quedó con ella hasta que vio cómo, poco a poco, empezaba a relajarse.

Nayra se odiaba a sí misma en ese momento. Por mucho que Wendy le mandara mensajes diciendo que estaba bien, ella la conocía demasiado como para saber que mentía. Quizá debería haber intentado hablar más con ella.

Pero lo que más odiaba era cómo sus malas decisiones le afectaban a ella. Se preocupaba en exceso por Wendy, por culpa de esa dependencia que se había formado en su relación tóxica. Ella admitía que era una mala

amistad, pero lo que tenía de tóxica, lo tenía de adictiva. Estaba cansada de sentirse como lo hacía en esos momentos. Tenía que tomar cartas en el asunto o la que peor acabaría sería ella.

Se vistió con lo primero que pilló y su hermana la dejó en la puerta del hospital. Theresa odiaba tanto a Wendy que era incapaz de estar en el mismo lugar que ella, pero antes de irse, le pidió a Nayra que la llamara cuando tuviera que ir a buscarla.

La joven corrió a recepción y dio su nombre junto con la breve información que le habían comentado en la llamada. La chica que la atendió le pidió que esperara a que el doctor que estaba con su amiga fuera a comentarle su estado.

Una hora fue lo que estuvo esperando en aquella fría sala hasta que una mujer de unos cuarenta años y rubia apareció preguntando por ella.

—¿Es familiar de Wendy Lohan?

—No, soy... una amiga, pero, me han llamado y...

—Entiendo. La paciente solo tenía dos contactos de emergencia; uno era el suyo y el que tenía como preferente no ha respondido.

Ella solo asintió y se dejó llevar por la doctora hasta un pasillo donde se encontraban todas las habitaciones. Entraron en una de ellas y a Nayra le impresionó el aspecto de su amiga. Parecía una auténtica muerta viviente. Su piel estaba blanca como la nieve y se apreciaban perfectamente las venas de sus brazos desnudos. Tenía unas profundas ojeras bajo sus ojos y estaba muchísimo más delgada. Daba pena contemplarla.

—¿Qué... qué le ha pasado? —consiguió preguntar.

—Hemos tenido que hacerle un lavado de estómago debido a la cantidad de alcohol y drogas que tenía en su cuerpo. Eso combinado con su extrema delgadez y su estado de desnutrición le ha provocado un aborto que la ha dejado muy débil. Deberá quedarse varias semanas aquí hasta que se recupere por completo.

Nayra asintió y expulsó un suspiro entrecortado. Lo había vuelto a hacer y lo peor de eso era que no le extrañaba nada.

—¿Su vida corre peligro?

—Ya no. Ingresó inconsciente con una sobredosis pero, por suerte, pudimos estabilizarla. No se pudo hacer nada por el bebé. —Nayra asintió.

Estaba convencida de que ese había sido el objetivo de Wendy cuando se estaba metiendo toda esa mierda en su cuerpo—. Lo mejor sería que acudiera a un centro de desintoxicación y a un terapeuta cuando salga de aquí.

—Claro.

Nayra sabía perfectamente que su amiga se negaría por completo a volver a ponerse en manos de un profesional. Como ella decía, un psicólogo no iba a solucionar sus problemas. Su vida seguiría siendo una mierda por muchas sesiones a las que acudiera.

—Puedes quedarte con ella si quieres. No creo que tarde en despertarse —le comentó la doctora—. Si tu amiga necesita algo, pulsa el botón rojo del mando.

—Vale. Gracias, doctora.

Esta solo asintió y se fue cerrando la puerta con más fuerza de lo necesario. Nayra suspiró y se quedó más aliviada al ver que su amiga se iba a recuperar, pero tendría que hablar con ella. Otra vez.

Se acercó a la ventana que había para abrirla y ambientar un poco la habitación antes de sentarse en el sillón gris que se encontraba al lado de la cama. Se quedaría allí hasta que se despertara.

Nayra no sabía qué más hacer ya. Superaban un nuevo bache y llegaba otro mucho más grande. Su vida tampoco era ningún cuento de hadas y, en muchas ocasiones, había pensado en coger las maletas y largarse a otro lugar para empezar de cero. El problema era que no tenía los ovarios suficientes para terminar de tomar esa decisión, a pesar de que la había considerado varias veces. Incluso, una vez, habló con sus padres acerca de cursar un año de universidad en Inglaterra. Estos la apoyaron, cómo no, en cualquier tema que sí les interesara a ellos estarían con ella al cien por cien. Estuvo a punto de hacerlo pero primero, llegó Liam llorándole para que no se fuera porque la echaría de menos y mil palabras más que no debió creerse, y, después, Wendy hizo una de sus estupideces. Por si fuera poco, le reprochó que la fuera a dejar sola cuando más la necesitaba. Sentía que estaba atada a dos personas que jamás conseguirían hacerla feliz. Sabía que solo estaría bien cuando todo acabara, cuando se quitara las cuerdas que la encadenaban. El problema era que estaban demasiado fuertes y que no estaba segura de si quería desprenderse de ellas.

Sin embargo, las amistades deberían ser un fino hilo que se estira y se encoje, un hilo que tú puedas controlar, no una atadura sobre la que no tienes el poder.

Nayra suspiró. Era lo malo de no tener a nadie con quien hablar en ese momento. No podía dejar de comerse el coco. Demasiadas cosas le sucedían como para no hacerlo. En esos momentos, hasta comprendía por qué su amiga quería quitarse la vida y se odiaba por ello. ¡No podía tener esa clase de pensamientos! Por suerte, se deshacía rápidamente de ellos.

—Quiero que todo acabe —habló en voz alta antes de taparse el rostro con las manos para llorar. Necesitaba desahogarse—. Quiero dejar de sentirme así, quiero no tener que preocuparme por si las personas que me importan están bien, quiero que mi novio no se peleé cada dos por tres y que confíe en mí, quiero que mis padres me apoyen en mis decisiones. —Sollozó—. Quiero que D. J. esté aquí para consolarme como siempre lograba hacer, quiero no llorar más, quiero sonreír casi todos los días, quiero dejar de pasarlo mal, quiero dejar de sentirme así de impotente, quiero estar bien... solo quiero ser un poco feliz.

Se secó las lágrimas y ahogó los gemidos que estaban a punto de salir por su garganta. Volvió a mirar a Wendy con sus ojos enrojecidos y apretó los dientes mientras negaba con la cabeza. Le quería gritar lo egoísta que era, lo poco que parecía importarle, lo mal que le hacía sentir. Quería que abriera los ojos y viera con los suyos propios como ella y solo ella, conseguía hacerle sentirse como una auténtica mierda. Que viera cómo sus putas decisiones la destruían día a día y como sus promesas incumplidas lo único que lograban era que cada día su relación diera un paso de gigante hacia atrás. Odiaba que la tratara como un juguete al que tratar bien cuando ella quería y que después tirara a la basura cuando ya no lo necesitaba. Hasta la próxima vez. Quería gritarle todo lo que le hacía sufrir. Estaba enfadada, estaba cansada, estaba harta. Apretó los puños y respiró profundamente.

No podía soltarle todo aquello. Era lo que menos necesitaba, pero tampoco haría que se fuera de rositas.

Al ver que su amiga se movía en la cama, Nayra se secó los ojos y se levantó de la silla para sentarse en el borde. Wendy estaba tan débil que le costaba abrir los párpados.

—A... a... agua —consiguió decir.

Nayra fue a la mesita que había al lado de la cama y echó en un vaso de plástico un poco de agua de la botella que siempre llevaba en el bolso. Levantó un poco el colchón con el mando y la ayudó a beber.

—Gracias —pronunció y la miró con los ojos completamente vacíos—. Nayra...

—No hables. Tienes que recuperarte.

—Perdóname, no quería, pero... no podía costearme las pastillas y...

«Lo sabía».

—Así que casi te matas solo para perder el bebé... ¿verdad?

—En realidad, quería que nos muriéramos los dos.

Nayra miró a la pared y se pellizcó el puente de la nariz antes de expulsar un suspiro entrecortado. Otra vez lo mismo.

«Menos mal que empezaba a cambiar y a contarme las cosas», pensó recordando la última conversación que tuvieron. «¿Qué pensabas, Nayra? ¿Que esta vez iba a ser distinto? ¡Qué idiota eres!».

Ya no sabía qué hacer para ayudarla, más cuando no la dejaba. Pero tampoco quería darla de lado, pues la conciencia le reconcomería durante el resto de su vida si un tiempo después se enteraba de que estaba muerta. Además, ella no era de esas personas que abandonaban a otras, pues conocía de primera mano lo mal que se pasaba cuando alguien sale de tu vida de la noche a la mañana sin razón. Aunque claro, si ella lo hiciera con Wendy, la razón estaría clara.

—Lo siento, Nayra. Sé lo que vas a decir que...

—En realidad —la detuvo—, no voy a decir nada.

—Pero sé lo que estás pensando. —Nayra solo se quedó mirándola. No respondió—. Estás pensando que te he vuelto a fallar, que soy una mierda de persona, que he vuelto a no pensar en mi hijo, que estás cansada de soportarme a mí y a mis problemas, que estás harta de que sea incapaz de cumplir mi palabra, que no voy a cambiar nunca y que deberías olvidarte de mí para siempre, pero eres incapaz de hacerlo porque lo que hay entre nosotras es especial. Cuando no estoy mal, nuestros buenos momentos son muy buenos.

—No recuerdo la última vez que tuvimos un momento así.

—Yo tampoco —susurró—. Pero, aunque ahora me odies, quiero que sepas que te quiero mucho, Nayra. Eres mi mejor amiga.

—¿De verdad? —preguntó seria y con un tono que rozaba la ironía.

—Lo siento.

—No voy a perdonarte, Wendy. Esta vez no. Y no sé ni siquiera si un día podré.

—Lo entiendo. —Bajó la mirada—. ¿Sabes algo de Parker?

—El hospital lo llamó, pero no cogió el teléfono.

—Bueno, de todas formas, tampoco estaría aquí. Le importo una mierda. —Rio sin ganas—. ¿Cuándo podré irme? Quiero ver a mi pequeño.

«Vaya, ahora sí que le importa su hijo», pensó.

—Estarás aquí unos cuantos días. Hasta que te recuperes del aborto, las sustancias tóxicas y cojas algo de peso.

—No soy anoréxica. Aunque la gente lo crea.

—Lo sé, pero estás en una delgadez extrema. Si haces lo que te dicen, no tardarás en recuperarte y... quiero que vuelvas a la terapia.

—¿Para qué? Un psicólogo no hará ni que Parker me ame ni que mi vida de mierda mejore.

—Puede que sí. Si te tomas esto en serio y si dejas de hacer lo que haces cuando las cosas se ponen feas, puedes conseguir un trabajo que te dure, ahorrar pasta y después largarte con tu hijo. Estar limpia y ser feliz. Es como un efecto dominó, Wendy. Lo que pasa, es que tú te equivocas a la hora de empujar las fichas. Lo haces en sentido contrario.

—Si estás aquí para echarme la bronca, puedes largarte. Es lo que menos necesito ahora mismo.

—No me pongas a mí como la mala, Wendy, cuando soy la única a la que de verdad le importas. No voy a consentir que, encima de que ahora mismo estoy destrozada por dentro por tus decisiones de mierda, me eches en cara que me estoy portando mal contigo.

—Tienes razón, lo siento.

—Voy a ir a casa para coger algo de aseo. Pasaré la noche aquí.

—No, no hace falta que...

—Lo voy a hacer, te guste o no.

—No te merezco...

—No, es cierto.

A Wendy se le borró la pequeña sonrisa que se le había formado tras conocer la decisión que Nayra había tomado. Esas palabras le habían dolido muchísimo, pero no podían ser más ciertas. Tenía que desaparecer de su vida. Solo necesitaba tener el valor suficiente para hacerlo, sin embargo, sabía que jamás sería capaz.

—Volveré en unas horas. Creo que ambas necesitamos calmarnos un poco.

Wendy asintió y algo se rompió en ella cuando vio a Nayra coger su bolso y marcharse sin ni siquiera despedirse. Jamás la había visto tan fría y seria con ella. Era como si la chica que había tenido delante no fuera su amiga y sabía que solo era culpa suya. Tenía que hacer algo. A pesar de no demostrarlo, Wendy la quería muchísimo y estaba dispuesta a conseguir que fuera feliz y que sus preocupaciones desaparecieran. Lo juraba, y esa promesa, sí pensaba cumplirla.

Capítulo 13

El lunes le costó muchísimo levantarse de la cama debido a su estancia ese fin de semana en el hospital para hacer compañía a Wendy. Apenas había salido de su habitación y en todas las horas que había estado allí nadie la había ido a visitar, a pesar de que su amiga había hablado con su novio y le había contado todo, salvo el dato de que se había quedado embarazada, ya que, si lo hacía, sabía que su vida, definitivamente acabaría.

En esos dos días, Nayra casi no había pegado ojo, así que el domingo, por orden de Wendy, regresó a su casa para dormir en su cómoda cama todas las horas que necesitaba pero el despertador no se lo permitió.

Le costó muchísimo despegar los párpados para apagar la alarma y nada más hacerlo, volvió a cerrarlos para continuar durmiendo. Había decidido que ese día no iría a la universidad y que, dentro de unas horas, regresaría al hospital. Sabía que no le convenía faltar tanto a las clases pero con todo lo que le había sucedido desde el viernes, no iba a estar nada concentrada.

Se dio la vuelta para continuar con su sueño y se envolvió más con las mantas. Estaba a punto de quedarse de nuevo dormida cuando su hermana entró como un auténtico torbellino en su cuarto.

—¡Nayra, levanta! —Abrió las cortinas y ella gruñó al sentir la luz impactar contra sus ojos—. Punto uno, tienes que ir a clase; punto dos, ya te dije que no deberías haber pasado la noche con ella, no se lo merece, pero bueno, paso de tener otra discusión contigo por la zorra de tu amiga. —Nayra la fulminó con la mirada con algunos mechones cubriéndole el rostro y se tapó hasta la cabeza con el edredón—. Y punto tres. —La destapó—. El idiota de tu novio está fuera, porque me he negado a dejarlo pasar.

Nayra pareció despertarse de golpe al escuchar esas últimas palabras. Su cuerpo se tensó.

—¿Liam está aquí?

—Sí. —Miró su reloj de muñeca—. Y yo me tengo que ir, pero hazme un favor. Dale una patada en el culo de una vez.

—No voy a hacer eso. —De momento, pensó y se levantó para coger su

bata de color cereza y así, ponérsela por encima del pijama—. Voy a ver qué quiere.

Ni siquiera se molestó en peinarse un poco o en ocultar los cercos oscuros que había bajo sus ojos color miel. Salió de su casa y vio a Liam apoyado en su coche. Se acercó a él a paso lento y, al ver que parecía no llegar, fue su novio quien acortó las distancias.

—Hola, Nayra. —Parecía nervioso—. He pensado que podríamos ir a desayunar a Luket's antes de ir a clase. Sé que te gusta ir allí y...

—Hoy no voy a ir a clase. Wendy está en el hospital y voy a estar con ella.

Liam dio un paso hacia atrás. Habían pasado semanas desde la última vez que había hablado con Nayra, por no comentar el tiempo que llevaba sin verla. Se suponía que era su novia y se estaban convirtiendo en unos perfectos desconocidos. ¿Qué había pasado con sus buenos momentos? ¿Por qué Nayra parecía no querer saber nada de él? La echaba de menos y tenía que conseguir que esa distancia que parecía haberse creado entre ellos desapareciera.

—¿Y qué pasa con nosotros, Nayra?

—Pues que vuestra relación está más muerta que los dinosaurios —dijo Theresa al pasar por su lado para montarse en su coche e irse al laboratorio.

Nayra asesinó con la mirada a su hermana, pero esta ni se percató de ello.

«Así no me ayudas, Theresa», pensó Nayra antes de volver a mirar a su, todavía, novio. Con el tema de Wendy no podía pensar con claridad en ese momento, por lo que irse con él no sería buena idea. Tenía las defensas muy bajas y no quería volver a caer en sus falsas promesas. ¡Liam no iba a cambiar! Ya se había convencido de ello, así que no pensaba dar un paso atrás cuando su mente por fin había conseguido que abriera los ojos con respecto a él.

—Liam, podemos quedar otro día pero hoy prefiero estar con Wendy. No está nada bien y ahora... necesita mucho apoyo.

Nayra lo miró esperando que le dijera algo como «lo entiendo» o «si necesitas algo, llámame, yo estaré siempre ahí para ti» o «¿quieres que te acompañe?». Aunque no se lo contara a nadie, ella también necesitaba en ese

momento que alguien estuviera a su lado con el tema de Wendy. Apoyándola, no dándole la charla en lo mala persona que era su amiga y cientos de cosas más, como había hecho su hermana cuando le dijo el sábado que no iba a dormir en casa.

—Ella siempre ha sido más importante para ti. —Bajó la mirada—. Ojalá algún día la zorra esa tenga el suficiente valor para suicidarse de una puta vez.

Ella abrió los ojos como platos y dio un paso hacia él.

—¿Qué has dicho? —dijo Nayra cruzándose de brazos.

Deseaba haber oído mal, pero no, sabía lo que había escuchado y de lo que tenía ganas en ese momento era de cruzarle la cara. Estaba claro que ese tío que tenía delante no era el que había conocido años atrás. Esas palabras eran demasiado fuertes, incluso para él. ¡Por Dios, estaban hablando de la vida de una persona! El suicidio era algo irreversible que había que evitar a toda costa.

—Nada. Lo siento, es solo que te echo mucho de menos —susurró rodeando su cintura con sus brazos para atraerla hacia él—. Hace tanto tiempo que no estamos juntos.

Liam se inclinó para alcanzar sus labios, pero antes de que lo hiciera, Nayra giró la cabeza para evitarlo. No quería su contacto. Se había dado cuenta de ello gracias al tiempo que se habían dado. Sí era verdad que le seguía importando, pero sentía que algo dentro de ella había cambiado desde la pelea que presenció la noche de Año Nuevo. Ahí fue cuando empezó a evitarlo. Y el hecho de que hubiera pegado a Dan no había ayudado en absoluto.

—Nayra...

—Lo siento, Liam. —Se separó de él—. No... no quiero esto.

Él la miró asustado. ¿Acaso estaba cortando con él? Además, le había sentado muy mal que rechazara su beso cuando en el pasado jamás lo había hecho. Ni siquiera después de sus discusiones más graves.

—¿Qué estás queriendo decir, Nayra?

—Te aprecio, Liam, pero me has fallado tantas veces que me cuesta mucho confiar en ti. Incluso me asusta salir contigo por si te vuelves a pelear con alguien por el mero hecho de que hable conmigo o sea amable. No

disfruto cuando tenemos una cita. No puedo dejar de estar tensa cuando estamos en algún lugar. Y no debería ser así.

—Nayra... —volvió a pronunciar su nombre—. Te quiero más que a mi vida. Lo eres todo para mí.

Ella sabía qué estaba haciendo. Palabras bonitas para ablandarla y volver a caer en sus brazos. Liam sabía muy bien cómo persuadirla. Se desviaba completamente del tema y le confesaba lo que sentía por ella para que lo perdonara. Sin embargo, ya no funcionaba. Incluso empezaba a pensar que esas palabras eran otra mentira y que, en realidad, no la quería. Solo estaba con ella por la comodidad que le proporcionaba la estabilidad de una relación.

Al ver que no respondía y apartaba la mirada, él se acercó más y volvió a abrazarla para intentar besarla.

—¿Qué te parece si vamos dentro y recuperamos un poco la magia? — Le mordió el lóbulo de su oreja y comenzó a desabrochar la bata que llevaba para introducir sus grandes manos bajo ella y acariciar mejor su cuerpo—. Te necesito, nena...

—Liam, ¡para! —Intentó quitárselo de encima mientras luchaba para que no la besara pero sus labios no dejaban de posarse en distintas zonas de su piel.

—Te deseo, Nayra. Muchísimo. —Dejó un reguero de húmedos besos por su cuello y su barbilla.

—Liam, ¡no! ¡¡Para!! —Lo empujó, sin éxito.

La agarró de las nalgas para que sus cuerpos se ciñeran más y comprobara lo excitado que estaba, aunque lo único que ella sintió fue repulsión. Quería darle un rodillazo en esa sensible zona que ahora estaba restregando contra su cuerpo, pero no lo haría, aunque sí le dio un fuerte pisotón para que se apartara.

—¿Qué entiendes por para, Liam?!

Nayra se volvió a abrochar la bata y dio varios pasos hacia atrás. No quería que la tocara. Ya no podía estar con él y, aunque no lo pareciera, le partía el alma ver cómo estaban terminando, pues antes de llegar a ese punto, habían vivido momentos muy especiales.

—No te reconozco.

—Ni yo a ti tampoco. ¡Antes me habrías arrastrado a tu cama y habríamos follado como locos!

—Mira, ni pienso contestar a esa grosería. —Caminó de vuelta a su casa, pero antes de entrar, se giró y lo miró—. Cuando te serenes, cuando pienses en lo que has hecho y dicho, cuando te des cuenta de cómo te estás comportando y cuando veas que, si no cambias, no conseguirás absolutamente nada bueno, me llamas y hablamos. Hasta entonces, déjame en paz, porque estoy empezando a no soportarte.

Dicho eso, entró dando un portazo. Escuchó cómo Liam se marchaba con el coche con un sonoro acelerón y volvió a la cama para seguir durmiendo. Sin embargo, tras lo sucedido, ya no podía conciliar el sueño. Volvió a levantarse y, tras vestirse y tomar su vaso de leche con mucho cacao, se dirigió al hospital.

Como Theresa se había marchado hacía rato, no le quedó más remedio que ir en su bicicleta. Prefería su particular transporte a soportar el hedor que tenía la gente que usaba el transporte público, más, un lunes por la mañana. ¿Acaso no se duchaban? Al menos podrían echarse desodorante, perfume o algo que hiciera que su olor corporal fuera algo más agradable.

Llegó al hospital a los veinte minutos, pero antes de entrar, fue a una tienda para comprar unos bombones con licor de cereza en su interior. Eran los favoritos de Wendy y aún le quedaban unos días en el hospital. Se estaba recuperando bastante bien. En los dos días que llevaba ingresada, había recuperado algo de peso, su rostro volvía a coger color y sus bolsas y ojeras empezaban a desaparecer. Estaba de mejor humor e incluso había aceptado volver a la terapia.

—Lo voy a hacer por ti, Nayra —le había dicho—. Si con esto hay una mínima posibilidad de acabar con todo y estar ambas bien, pienso intentarlo.

A Nayra le gustó mucho escuchar esas palabras, a pesar de que le costaba un poco creerlas debido a los antecedentes, pero le daría otro voto de confianza. El último.

—No me decepciones, Wendy —fue lo único que le pudo contestar.

Nayra entró por la puerta de urgencias, ya que el camino a las habitaciones se hacía antes si ibas por ahí, y comenzó a atravesar los distintos pasillos, pero antes de llegar se detuvo al escuchar el sonido de un llanto que

reconoció.

—¿Mamá? —dijo entrando en la sala de espera donde ella se encontraba sola y con un aspecto bastante demacrado.

—Nayra. —Se secó las lágrimas con un pañuelo que estaba ya completamente empapado—. ¿Qué... qué haces aquí? —tartamudeó.

—Mamá, ¿qué está pasando? —Se acercó a ella a paso lento.

—Na... nada. —Sorbió por la nariz—. Solo una visita rutinaria.

—Tú casi nunca lloras.

Nayra se estaba empezando a asustar. Sabía que su madre le estaba ocultando algo y si estaba allí, sola y llorando, no podía ser nada bueno.

Observó como volvía a pasarse ese pañuelo empapado por los ojos. Las manos le temblaban y la miró con una mirada que albergaba dolor, miedo y desesperanza.

El cuerpo de Nayra también comenzó a temblar. Sus piernas apenas aguantaban su peso y se apoyó en la pared mientras tragaba saliva a la espera de que su madre le dijera algo.

—Nayra... —pronunció su nombre con voz temblorosa—. Es papá... él... lleva un tiempo... enfermo y... y... se está muriendo.

A la joven se le cayó la caja de bombones y se balanceó al no sentir fuerza en las rodillas. Su madre la cogió a tiempo e hizo que se sentara en una de las sillas metálicas a su lado antes de abrazarla mientras seguía llorando.

Nayra aún no había reaccionado. Todo su cuerpo temblaba sin control, se había olvidado de cómo se hablaba y lo único que podía pensar en ese momento era en que lo que le había dicho su madre, no era verdad. No podía serlo. Se negaba completamente a creerlo.

Sin darse cuenta, dos lágrimas ya se estaban deslizando por sus mejillas. Se separó de su madre y se levantó de su asiento.

—Es mentira —dijo sin poder detener sus lágrimas.

—Nayra...

—¡Es mentira! —gritó dejando de contener su llanto—. Es mentira... es mentira... —repitió dejándose caer de rodillas—. Papá no puede morir. No... —Apoyó las manos en el suelo al tiempo que se quedaba observando esas grandes baldosas grises y respiraba con dificultad.

—Cariño...

Su madre se acercó a ella y la abrazó. Nayra se aferró a ella con fuerza y hundió el rostro en su pecho para ahogar en él los sonoros gemidos que salían por su boca. Jamás había llorado con esa intensidad y eso asustó a Mery. La dejó desahogarse mientras ella le acariciaba el pelo. No le importaba que estuviera poniendo perdida su blusa. Su pequeña la necesitaba y esa vez, no pensaba dejarla tirada. No volvería a cometer el mismo error.

Una maldita enfermedad había tenido que ser el detonante para que tanto ella, como su marido, apreciaran lo afortunados que eran por tener en su vida a sus dos maravillosas hijas.

Ambas lloraron mientras se aferraban la una a la otra con temor a que ellas dos también se separaran para siempre. Mery sabía que lo que estaba sucediendo en ese momento con su marido podría ocurrir, pero se mantenía positiva para que no empeorara. Estaba claro que la enfermedad estaba ganando.

Sin embargo, Nayra no sabía absolutamente nada de lo que estaba aconteciendo, por lo que enterarse de esa dura noticia en apenas unos segundos, había sido un fuerte golpe. Ella había ido allí para visitar a su amiga e iba a salir completamente destrozada y sin saber cómo seguir adelante.

—No... no... no...

—Lo siento, mi pequeña. —La separó de ella y limpió con los dedos la humedad de su rostro—. Qui... quisimos decírtelo, pero tu padre me lo prohibió hasta que arreglara las cosas contigo. Quiere que le perdones de verdad por...

—¡Solo estaba siendo más atento conmigo porque se está muriendo, no porque de verdad le importe! —la interrumpió gritando—. ¡¡Si le importara de verdad, no se moriría!! ¡No nos abandonaría! —siguió llorando.

—Nayra...

—¡¡No!! ¡No pienso perdonarlo! ¡¡No!! ¡Nunca ha dejado de hacerme daño! ¡Nunca ha dejado de recordarme lo mala hija que soy para él por ser una inútil que no sabe hacer nada bien! ¡¡Y, ahora, se muere para evitar que lo siga avergonzando por lo desastre que soy!! ¡¡Siempre me hace daño!! Y muriéndose, lo único que consigue es que se me rompa por completo el corazón —sollozó—. ¡Me va a dejar destrozada para siempre cuando se

vaya! ¡¡Eso es lo que quiere!! ¡Solo se muere para terminar de destruirme!

—Cariño... —Se acercó a ella.

—¡No! ¡No me toques! —Se apartó—. ¡Se muere y tú se lo permites!
¡¡Os odio!!

Nayra salió corriendo de allí. No le importó que por el camino se chocara con el personal médico y mucho menos que estos la miraran con cara de desaprobación. Necesitaba salir de ahí. Se estaba ahogando. Le costaba respirar por culpa del llanto.

Le costó muchísimo soltar el candado de su bicicleta debido a su estado de nerviosismo y a la humedad de sus ojos que hacía que viera borroso, pero en cuanto lo consiguió, se subió en ella y comenzó a pedalear sin rumbo.

No podía creérselo. No podía creer que su padre hubiera estado enfermo y nadie se lo hubiera dicho. En ese momento, entendía muchas cosas. La nueva actitud de su padre hacia ella, el hecho de que no bebiera nada de alcohol, su pérdida de peso, el día en el que Theresa le gritó llorando que tenía que perdonar a su padre... ¿por qué no se lo dijeron? ¿Acaso pensaban hacerlo cuando ya todo acabara? No... no quería creérselo. No quería que muriera... En lo único que podía pensar en ese instante era en lo mala persona que había sido ella con él en esos últimos años. Se había comportado como una niña malcriada. No pensaba en lo que estaba haciendo, ni siquiera se arrepentía, hasta ese momento. Qué cierto era el dicho que decía, no sabes lo que tienes hasta que lo pierdes. Lamentaba tanto lo que había sucedido entre ellos esos años... Su padre se tenía que estar muriendo para darse cuenta de lo mal que se estaba portando. ¿Cómo había podido?

Siguió pedaleando sin parar, pero a un ritmo bastante lento completamente sumida en sus pensamientos mientras lloraba en silencio. Sabía que la gente con la que se cruzaba la miraban, sin embargo, le traía sin cuidado. Con todo lo que le estaba ocurriendo, lo que menos le importaba era lo que esos desconocidos pensarán de ella.

¿Algún día le darían una maldita buena noticia? Estaba claro que en la otra vida tuvo que ser una auténtica zorra para que ahora el karma la tratara así de mal.

Se secó las lágrimas de las mejillas con una mano y bajó de las nubes para ver que había terminado en la zona norte de la ciudad. Se detuvo y posó

un pie en el suelo para evitar caerse. Ni siquiera había planeado acabar en esa zona, pero su subconsciente parecía tener claro en qué lugar iba a sentirse mejor en esos duros momentos.

Retomó el paso, aunque en vez de ir a la playa, fue por el camino que conducía a las casas de aquella zona. Pasó por las más viejas y apartó la mirada para evitar contemplar el agujero que había entre dos de ellas: el antiguo hogar de D. J.

«¡Está vivo!», gritó en su cabeza y, por primera vez, se lo creyó. Fue como ver una luz al final del túnel. Solo el hecho de que D. J. estuviera tan cerca de ella parecía hacerlo todo un poco mejor.

Aumentó el ritmo y se detuvo delante de su casa. Ni siquiera sabía si estaba allí, pero no perdía nada por llamar y averiguarlo. Ni siquiera dudó. Dejó caer su bicicleta al lado de la puerta y corrió para golpear sus nudillos contra ella repetidas veces.

—¿Dan? —lo llamó—. ¿Estás ahí? —Continuó golpeando la puerta—. Por favor, Dan. ¡Abre! —Cerró los ojos y apoyó la frente en ese trozo de madera mientras cerraba los ojos—. Te necesito— susurró.

Nayra se apartó dando un paso hacia atrás cuando la puerta se abrió. Se quedó callada al verlo delante de ella. Observó sus ojos verdes y, por primera vez, reconoció a través de ellos a ese niño que ella, sin darse cuenta, quiso con toda su alma.

—D. J. —susurró.

Dan no sabía muy bien qué decir. Ni siquiera sabía por qué Nayra estaba allí. La verdad que la chica tenía un aspecto muy desmejorado. Sus ojos estaban adornados por unas profundas y oscuras ojeras, además, estaban rojos e hinchados por culpa de las lágrimas que se posaban en su rostro. Se la veía cansada y parecía que le habían dado una paliza emocional.

—¿Estás bien? —se preocupó.

—No —consiguió decir antes de derrumbarse de nuevo y abrazarse a él.

Dan la dejó hacer y la rodeó con sus brazos mientras ella lloraba calándole por completo con sus lágrimas la camiseta que llevaba. Por suerte, ese día no lo habían llamado para trabajar en el restaurante y lo agradecía. Le hubiera sentado fatal tener que dejarla sola en el estado en el que se encontraba.

Todavía sin soltarla, Dan la hizo caminar para entrar dentro de la casa. Miró a un sorprendido Tyler que los observaba con Toothless subido en su regazo. Para ser un gato, era bastante mimoso. Le hizo una señal para que no dijera nada y que después, hablarían.

Sin pronunciar una palabra, Dan llevó a Nayra a su cuarto y cerró la puerta tras de sí antes de sentarla en la cama. La verdad es que estaba muerto de miedo en esos momentos. No entendía absolutamente nada y la chica parecía ser incapaz de dejar de llorar. Sabía que estaba soltando todo el dolor que su interior albergaba, pero jamás había visto a una persona llorar así. Ni siquiera a su madre cuando el desgraciado de su progenitor iba a su casa para hacerle daño.

—Nayra, ¿qué ocurre?

—Tantas cosas ocurren —consiguió hablar sacando un pañuelo del bolsillo de su vaquero para secarse las lágrimas—. Siento haber venido y más, con estas pintas y llorando como una idiota, pero... no sabía a quién acudir —sollozó—. No confiaba en nadie más.

El hecho de que Nayra confiara en él fue algo que le gustó. Tras lo último que sucedió con ellos, conocer parte de lo que pensaba de su persona le dejaba más tranquilo.

—No tienes que disculparte, Nayra. —Cogió su mano para darle un ligero apretón—. ¿Quieres hablar?

Ella asintió con la cabeza y expulsó un suspiro entrecortado. Tuvo que calmarse un poco y adecentarse el rostro con el pañuelo antes de poder hablar sin trabarse.

—En nuestra ci... quedada —se corrigió—, te hablé de mi amiga, Wendy. —Él asintió—. Sabes que ha tenido episodios suicidas, no solo de pensamientos, sino que también lo ha intentado varias veces.

—Lo recuerdo.

—Ella... estaba embarazada. —Suspiró—. No sabía quién era el padre, pero tenía que deshacerse de ese niño para evitar más problemas. Su vida, es muy complicada y larga para contar, pero, en resumen: su novio la engaña, tienen un hijo en común con el que la chantajea, la trata como una mierda y cada vez que las cosas se ponen muy feas, desaparece durante días, a veces semanas. Y te preguntarás, ¿por qué tu querida amiga no deja a su pareja? —

Dan asintió—. Pues porque no puede. No tiene a nadie más y si no fuera por su novio, que no es novio ni nada, estaría en la calle sin nada que llevarse a la boca. Además, los servicios sociales se encargarían de quitarle a su hijo. —Miró sus pies—. La cosa es, que al enterarse de que estaba embarazada, huyó de nuevo y... acabó ingresada por una sobredosis y un aborto causado en su mayor parte por las drogas. Volvió a intentar quitarse la vida, esta vez, a base de estupefacientes.

—¡Joder, Nayra! Lo siento mucho...

—La cosa no acaba aquí. —Rio sin ganas—. Ojalá solo fuera eso lo que pasara. Bueno —continuó—, el caso es que me llamaron a mí por ser uno de sus contactos de emergencia y pasé el fin de semana en el hospital. Me dijo que huyó porque no podía costearse ni un aborto ni unas pastillas que venden para provocarlo, así que se marchó en busca de algún idiota que le proporcionara las drogas. Algo que hace bastante a menudo, por desgracia. Lo encontró, se acostó con él en varias ocasiones y lo engatusó lo suficiente para que le pagara una potente pastilla, que eso, sumado a la cocaína que se metió, fue una explosión dentro de su cuerpo...

Dan ni sabía qué decir. Era tan... surrealista. Creía que esas cosas solo sucedían y se veían en las películas, pero no, la vida real siempre superaba a la ficción. Al ver que se detenía para tomar aire, él se levantó y le tendió una botella de agua que tenía en su cuarto sin abrir.

—Gracias —dijo Nayra antes de beber un buen trago. Se había quedado seca entre llorar y hablar. Se sentía ridícula. Dan la observó. Lo mataba verla así. Se apoyó en la pared que había delante de ella y esperó a que terminara de saciar su sed—. Lo bueno de esto es que se está recuperando bien y, con suerte, la semana que viene le darán el alta. Hoy he ido a verla, tras sufrir un nuevo episodio de mierda con mi novio, pero eso es lo más leve que me ha pasado hoy. Dios, ¡cómo me enrolló! Lo siento.

—No pasa nada. Estoy aquí para ayudarte en lo que pueda. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí y yo... te lo agradezco. De verdad. —Le tendió la mano y él la cogió para volver a sentarse a su lado—. Cuando he entrado en el hospital, he visto a mi madre allí y... y... me ha dicho que...

Se estaba volviendo a derrumbar. Contárselo a Dan solo lo hacía mucho

más real y ese hecho la estaba matando también a ella poco a poco por dentro.

—Tranquila, Nayra. —La abrazó y le acarició el cabello—. No te fuerces.

—Tengo que hacerlo... —Se separó de él y lo miró con sus ojos de nuevo empañados por las lágrimas—. Mi padre se está muriendo.

Dan volvió a abrazarla al ver lo mucho que le había afectado pronunciar esas palabras, algo que era completamente normal. Ni siquiera él sabía qué decirle. Solo se le ocurría darle el pésame, pero de poco serviría. Y en lo que llevaban de conversación, ya se lo había dado.

—Lo siento —no pudo evitar decir.

—Ni siquiera sé qué le ocurre, pero cuando mi madre me lo ha dicho... yo... yo... no quiero que se muera. —Volvió a sollozar.

—Vale, Nayra. Respira. —Le acarició el pelo y le siseó para que guardara silencio y se recuperara un poco de todo lo que le estaba contando—. ¿No sabes qué le ocurre? —Ella negó con la cabeza—. Quizá sí haya una solución, aunque sea una pequeña esperanza.

—No lo sé... antes de que mi madre me dijera algo más, me he marchado —se pasó la mano por los ojos para secarse un poco las lágrimas.

—Debes hablar con ellos, entonces.

—No puedo... no puedo... no quiero escuchar nada de lo que me digan, no voy a poder soportarlo...y... y... —no podía hablar. Empezó a trabarse e incluso le costaba respirar.

—Shss —siseó—. Respira despacio, Nayra.

Dan no supo qué más decir. Había sido sincero el día que le dijo que sabía escuchar, pero que era penoso con las palabras. Y, al ver su estado, prefirió callar y no decirle nada. Temía dejarla más jodida de lo que ya estaba. Solo le dio calor y el apoyo que parecía necesitar hasta que poco a poco, sintió como se relajaba y sus sollozos remitían. A los pocos minutos, la miró y vio que se había quedado dormida.

Con cuidado de no despertarla, la tumbó en su cama y la tapó con una manta. La dejaría descansar. Lo necesitaba. Salió de la habitación en silencio y cerró la puerta con cuidado.

No dio ni dos pasos cuando se encontró a Tyler esperándolo delante de

su puerta con Toothless en sus brazos. Ese gato no se separaba de él ni cuando su compañero iba al baño. Lo peor era que Tyler le dejaba que fuera su cómplice cuando hacía sus necesidades.

—¿No me dijiste que estaba cabreada contigo?

—Sí. Bueno, eso creo, más que cabreada, estaba alucinada.

—Es normal tío. La chica pensaba que estabas a dos metros bajo tierra.

—Ni eso. Dudo que mi madre esté enterrada... —Bajó la mirada—. Me siento tan impotente al pensar que acabó en un vertedero junto con los restos de la casa... Dios...

—No pienses en eso, Dan —le aconsejó—. Bueno y ¿qué le pasa? — Señaló su puerta con un gesto con la cabeza.

—En resumen, que tiene una vida de mierda. Parece un imán para los problemas. —Suspiró—. Novio capullo, amiga egoísta y... bueno, su padre no era el mejor padre que digamos, pero ella lo quiere, aunque se lo niegue y... se ha enterado de la peor forma que se está muriendo.

—¡Jo-der! —fue lo único que pudo decir—. Es normal que esté así. — Acarició la cabeza de Toothless y el gato ronroneó.

—Vamos a dejarla descansar. Lo necesita y... luego cuando se levante, intentaré hablar con ella... ¡Ni siquiera sabía qué decirle para animarla! —Se frustró pasándose las manos por el pelo.

—Si te sirve de consuelo —le dio una palmada en la espalda—. Yo tampoco sabría qué palabras elegir.

Dan asintió y miró la puerta cerrada de su cuarto. En todos esos años jamás se había olvidado de ella y saber por todo lo que estaba pasando y la poca ayuda que tenía, lo mataba. Pero ahora que había regresado a su vida, se juró no permitir que volviera a estar tan sola en esos momentos. No pensaba abandonarla de nuevo. Ya nadie lograría separarlo de ella.

Capítulo 14

Nayra se despertó completamente desorientada. No sabía dónde estaba, pero sentía sus ojos doloridos e hinchados y le escocía un poco la garganta debido a que la tenía completamente seca. Frunció el ceño cuando la luz que entraba por la ventana le dio en los ojos y los cerró de nuevo. Se los frotó y al separar levemente los párpados vio que estaba en una habitación que no era la suya.

Su mente comenzó a aclararse y, sin poder evitarlo, volvió a llorar al darse cuenta de que a su padre le quedaba muy poco tiempo de vida. ¿Días? ¿Semanas? ¿Meses? No lo sabía pero el tiempo daba lo mismo. No mitigaría el dolor que sentía y sentiría cuando el momento llegara.

Se apartó la manta que cubría su cuerpo y buscó por el cuarto algún pañuelo con el que secarse las lágrimas. No quería salir de allí y que Dan volviera a verla con esas desastrosas pintas. Se avergonzaba de haberse derrumbado delante de él, pero no había podido evitarlo.

Aún le costaba creerse que Dan y D. J. fueran la misma persona y había decidido tomarse más días antes de volver a hablar con él. Sin embargo, cuando se había enterado de lo que estaba sucediendo a su alrededor, su subconsciente la había llevado hasta su casa, porque sabía que Dan era la única persona que la iba a apoyar de verdad.

Esa misma mañana, Liam había demostrado todo lo contrario con su inoportuno comentario acerca de Wendy. No podía contar con él para nada. Aún se preguntaba por qué no había acabado su relación en ese mismo instante.

Nayra continuó buscando por la habitación ese trozo de papel que necesitaba para adecentarse un poco el rostro, aunque sin mirar en los cajones. Eso sería invadir su privacidad y a saber qué encontraba si lo hacía. Prefería vivir en la ignorancia. Estaba claro que en ella se estaba mucho mejor y más feliz.

Al no encontrar nada, se levantó un poco el jersey de punto de color rosa palo que llevaba y se limpió la cara con la camiseta básica que vestía por

debajo. Al menos no llevaba maquillaje, así que no la mancharía, pero la metería en la lavadora en cuanto llegara a casa.

Se miró en el espejo que Dan tenía en su cuarto y le dieron ganas de volver a llorar ante la imagen que reflejaba. ¡Estaba horrible! En esos momentos, le encantaría que su hermana estuviera allí con todos sus potingues para maquillarla y ocultar lo que el dolor había provocado en ella.

—Soy tan patética —se dijo a sí misma.

No sabía cómo salir de la habitación sin sentir vergüenza. Se había derrumbado delante, no solo de Dan, sino también de su compañero de piso. ¡Menuda primera impresión! Lo mejor que podía hacer era dar la cara cuanto antes. Así, más pronto pasaría el mal trago.

—Allá vamos —se animó Nayra pasándose un par de mechones tras sus orejas.

Abrió la puerta evitando hacer ruido y salió de forma tímida. Tomó aire y caminó por esa pequeña casa en busca de Dan. Lo encontró en el salón jugando con un gato negro al que le faltaba la pata trasera izquierda. Con su reloj, el chico reflejaba la luz del sol en el suelo formando en él un círculo y el gato lo perseguía continuamente para atraparlo. Como era obvio, no lo conseguía.

Una pequeña risa escapó de su boca haciendo que delatara su presencia. Dan, al escucharla, se dio la vuelta y se levantó del sofá para acercarse a ella.

—Hey, ¿cómo estás?

—Confundida, muerta de miedo, triste... supongo que las palabras que lo resumen muy bien son: emocionalmente echa una mierda.

—Lo siento, Nayra. —Joder, macho. Eres la hostia. Parece que solo sabes decirle eso, se regañó antes de aclararse la garganta—. ¿Quieres algo de beber o de comer?

—Quizá un vaso de agua. Me duele un poco la garganta. —Se la tocó.

—Claro. Siéntate en el sofá mientras voy a por él.

Nayra asintió e hizo lo que le pidió. Nada más sentarse en ese sofá negro de cuero, el gato saltó para colocarse al lado de ella. No sabía muy bien si debía acariciarlo o dejarlo en paz. Jamás había estado tan cerca de un gato en sus veintidós años de vida, aunque sonara raro, pero sí había visto vídeos y parecía haber dos tipos: los que arañaban porque tenían mala leche o los que

eran unos auténticos mimosos que no dejaban de buscar el cariño de las personas.

«Espero que este sea de los segundos», pensó Nayra estirando el brazo un poco con miedo para acariciarle la cabeza. Sonrió cuando el gato ronroneó y se tumbó a su lado para que le siguiera acariciando.

—No sabes lo que has hecho —dijo Dan entregándole el vaso del agua—. Ahora jamás se separará de ti. —Señaló al gato.

—Es precioso. Tiene unos ojos verdes muy bonitos. —Siguió acariciándolo—. ¿Cómo se llama?

—Toothless.

Nayra frunció el ceño ante ese extraño nombre.

—¿Tiene alguna explicación?

—Es negro, con los ojos verdes y le falta la pata trasera izquierda. Así que, a Tyler se le ocurrió ponerle el mismo nombre que el del dragón.

—¿Qué dragón? —preguntó sin entender todavía.

—¿No sabes quién es Toothless? —Ella negó con la cabeza—. El de la película *Cómo entrenar a tu dragón*.

—Ah, vale. Conozco la peli, pero nunca la he visto.

Dan se quedó completamente sorprendido al escuchar eso. ¿De verdad jamás había visto esa genial película? Tendría que remediarlo en cuanto pudiera.

—Por Dios, no sabes lo que te pierdes. Es una gran historia y creo que te gustaría.

Ella se encogió de hombros y continuó acariciando al animal. Su pelaje era muy suave y no dejaba de frotar su pequeña carita contra su muslo. Era un mimoso y, cuando apartaba un poco la mano, se quedaba mirándola cómo si le dijera «¿por qué te detienes? Quiero más» y ella, como buena amante de los animales, le regalaba más caricias.

—Dejé de ver películas de dibujos animados cuando tenía unos diez años.

—Pues me parece muy mal, mariposita. —Se sentó a su lado—. No podemos matar a nuestro niño interior. —Ella no dijo nada—. ¿Acaso te preocupa lo que piense la gente de ti por ver esas películas?

—Puede que... antes sí, ahora me da igual, pero no suelo verlas. —

Continuó acariciando a Toothless mientras este ronroneaba y cambiaba de posición para que le acariciara por todos lados—. ¿Qué le pasó en la pata?

—No lo sabemos. Tyler lo encontró así, pero cuando lo llevó al veterinario, dijo que alguien le había amputado la pata con cirugía porque la tenía bien. Así que suponemos que los dueños lo abandonaron porque no le gustaría tener un animal imperfecto.

—Pobrecillo...

Nayra se bebió el agua de un trago, incómoda por el silencio que se había establecido. No sabía qué decirle ni de qué hablar. Era todo tan extraño... Estaba delante de D. J. Jamás creyó ni imaginó que un día podría volver a hablar con él. Era un sueño hecho realidad, pues, en todos esos años, muchas veces, generalmente en sus peores momentos, había deseado que él estuviera ahí para que la apoyara aunque solo fuera una vez más.

—Me siento una idiota... y avergonzada por cómo me he comportado desde que me he enterado de la mala noticia hasta ahora.

—No debes sentirte así, Nayra. Es una reacción natural y lógica.

—La relación con mi padre nunca ha sido la mejor. —Lo miró—. Al día siguiente de... que nos separara el día que nos pilló, apenas cambió su actitud conmigo. Después del incendio, sí que vio su error e intentó ser el mejor padre del mundo, pero yo me alejé de él y con el paso de los años, esta distancia no dejó de aumentar. Decía que no me importaba lo que pensara de mí, pero no es así. Intentaba y sigo intentando agradarlo para que se sienta orgulloso, a pesar de que nunca lo termino de conseguir. Voy a la universidad por él. Por mí, me habría dedicado a estudiar Fotografía, no Periodismo. De la única persona que no me distancié fue de mi hermana, ya que vivo con ella. —Se detuvo unos segundos—. ¿Sabes lo peor de esto? Que sentía que cuanto más me alejaba de ellos, mejor estaba. Y ahora... ahora veo el gran error que he cometido. —Suspiró—. Cuando... cuando me he enterado, le he gritado a mi madre como nunca lo había hecho. Le he dicho cosas horribles, incluyendo, que los odio a los dos porque no paran de hacerme daño. —Se tapó la cara con las manos antes de apoyar los codos en sus rodillas—. No... no sé qué me ha pasado. Lo recuerdo y... no me reconozco. No sé qué narices me estaba pasando por la cabeza en ese momento. Es que... me avergüenzo de mí misma solo de recordar lo sucedido. Cualquiera que me

hubiera visto pensaría que me he comportado como una niña pequeña, malcriada e inmadura. ¡Por Dios, le he gritado a mi madre que los odiaba cuando lo que menos necesitaba era escuchar...eso! —exclamó incrédula por todo lo que había hecho—. Yo no los odio, aunque no lo demuestre, los quiero mucho. Son mis padres... y sé que ellos a mí también me quieren. Ellos... solo desean lo mejor para mí, a pesar de que no ven lo que de verdad es. Y voy yo y le suelto a mi madre que los odio. —Se recostó en el sofá y se tapó la cara con las manos—. Dios mío... ¡¿qué he hecho?!

—Nayra, escucha... —Se acercó más a ella y posó una mano en su hombro para que lo mirara—. Tu madre sabe que no los odias. Y lo que te ha pasado... es simplemente que no has encajado la noticia, cosa que veo normal, porque no es algo fácil. Ahora lo que creo que tienes que hacer es ir con ellos y hablar tranquilos. Tú tienes una segunda oportunidad para pasar más tiempo con tu padre, solucionar las cosas y decir lo que habéis callado. Yo no tuve esa oportunidad. Me lo arrebataron todo en cuestión de horas...

—Lo... lo dices por tu madre, ¿verdad?

—Sí. —Se acarició su mejilla—. ¿Ves esta cicatriz? —Nayra asintió observando esa fina línea blanca que le atravesaba en diagonal parte del pómulo, ahora tapada por una escasa barba—. Siempre me preguntabas por ella cuando éramos niños, pero por aquel entonces... eras demasiado pequeña para entenderlo. —Ella asintió recordándolo—. Te prometí contarte todo cuando estuvieras preparada y yo sí cumplo mis promesas. Pero no me importa hacerlo hoy u otro día, ya que, con todo lo que está pasando, quizá quieras...

—No —lo detuvo—. Quiero oírla. Por favor.

—Está bien. —Se acomodó más en el sofá—. Mi madre tenía veintiún años cuando se quedó embarazada de mí. Su padre, mi abuelo, se fue de casa cuando nació. Poco después de enterarse de que estaba embarazada, a mi abuela le detectaron un cáncer de páncreas bastante avanzado. Dejó de lado sus estudios y se puso a trabajar para costear los gastos del hospital. Era el ama de llaves de una de las casas de la zona este y empezó a tener una aventura con el dueño, mi padre. Ella se enamoró y cuando él se enteró de que la había dejado embarazada, la acusó de aprovecharse de él y de engendrar un bastardo para sacarle todo el dinero. La despidió, no sin antes

amenazarla de que, si le perjudicaba lo más mínimo, haría su vida un auténtico infierno. —Dan se detuvo unos segundos—. Mi madre era muy joven, así que se asustó y tuvo que tomar una decisión con el dinero que tenía ahorrado: gastarlo en los servicios sanitarios para su madre o en mi mantenimiento. Si hubiera elegido la primera opción, yo no estaría aquí ya que habría abortado.

—Dios... D. J. —susurró.

Esas palabras le habían dolido, ya que no podía imaginarse una vida sin él.

—Mi madre habló de esto con mi abuela y fue ella la que le dijo que me tuviera. A los pocos meses murió y como herencia, nos dejó la casa de esta zona. A medida que los años pasaban, nuestra calidad de vida fue decayendo. Ella seguía trabajando limpiando casas, pero el dinero no llegaba, así que, cuando yo tenía cuatro años, se presentó conmigo en casa de mi padre y le dijo que, o le pasaba una pensión o le contaba a todo el mundo que engañaba a su mujer.

—Y, ¿qué pasó?

—Que le salió el tiro por la culata. Sí que le pasó una pensión, lo que fuera porque nadie de Hocklast se enterara de que tenía un bastardo, pero ese dinero se lo tenía que devolver de una manera... así que, siempre que le daba la gana, se presentaba en casa y... la violaba. Le daba igual que yo estuviera delante. —Tragó saliva—. Al principio, no entendía nada, solo era un niño. Ella me pedía que me escondiera y, a medida que iba creciendo, iba entendiendo algunas cosas. Yo quería defenderla, sin embargo, ella me lo prohibía. Cada día veía a mi madre llorar y gritar y como ese monstruo le hacía daño y la destruía poco a poco, así que una noche, no obedecí. Salí de mi escondite, cogí un cuchillo de la cocina y entré en el cuarto para intentar defenderla. Lo único que conseguí fueron golpes, moratones y fracturas. Y esta cicatriz de recuerdo —Se la tocó—. Si mi madre no denunciaba ni decía nada era porque él tenía mucho poder y le hacía chantaje conmigo. O cumplía sus deseos o yo pagaría las consecuencias. —Se levantó la manga de la camisa y le mostró el tatuaje de su bíceps—. Este tatuaje, oculta una de las otras muchas cicatrices que tengo.

Nayra se acercó más a él y lo acarició notando la leve desigualdad en su

piel. La cicatriz se encontraba en el dibujo del río que había a los pies del lobo. Miró su rostro y, además de la de la mejilla, tenía otra en la ceja y en la barbilla. Le partió el corazón saber cómo y quién era el responsable de esas marcas. Era solo un niño que intentaba defender a su madre del hombre malvado.

—Por eso huía a la playa cuando él iba a casa. Mi madre me pedía que me fuera y no volviera hasta que ese hijo de puta se largara, y así lo hacía. Hasta que un día, vi a una fea niña invadiendo mi refugio particular. —Por primera vez en ese día, Nayra sonrió y él le apartó un mechón de su cabello detrás de la oreja—. ¿Te acuerdas cuándo me preguntabas si me pasaba algo y yo te decía que no lo entenderías? —Ella asintió—. Pues ya sabes lo que ocurría en mi casa prácticamente a diario cuando apenas era un niño. Tuve que aprender a cocinar, a limpiar y a hacer muchas cosas para cuidar de mi madre.

—Es algo tan... horrible. No sé cómo podías ser tan fuerte y cuando estabas conmigo, estar sonriendo y ayudándome con mis problemas cuando los tuyos eran cien veces peores.

—Conocerte fue lo mejor que me ha pasado en la vida. —Un cosquilleo recorrió el estómago de Nayra—. Verte cada tarde y pasar tiempo juntos en esa playa, era mi momento de felicidad. Eras una niña tan risueña, tan bonita, tan amable... era imposible no estar bien a tu lado. El día que tu padre te pilló y te apartó de mí, el mundo se me vino abajo. Me quedé completamente hundido.

Nayra lo miró enternecida y le acarició la mejilla. Se lo imaginó de nuevo de niño, con la mirada perdida y destrozado por su marcha forzada. El corazón se le encogió. Deseaba volver atrás y evitar todo por lo que tuvo que pasar.

—El día antes del incendio, mi padre fue de nuevo a casa y me volví a interponer. Estaba enfadado y sentía que ya todo me daba igual si no iba a poder volver a verte. Así que, cogí de nuevo un cuchillo dispuesto a no acobardarme esta vez y a acabar con todo. Me daba completamente igual lo que sucediera después. Sin embargo, me temblaban tanto las manos, tenía tanto miedo y lo único que hice fue ver la escena y llorar. Eso fue lo que me delató. Me escuchó y al ver mis intenciones, me atrapó sin dificultad y me

quitó el cuchillo sin problema, a pesar de que me resistí. Me empujó y se acercó a mí dispuesto a matarme pero mi madre lo impidió, aunque sí que me llevé un corte en la cara. —Se tocó la ceja—. Ese hijo de puta le dio un puñetazo que la dejó inconsciente y después me pegó una paliza. Me curé yo mismo, como pude. No quería que mi madre me viera tan... mal. Sabía que le haría sentirse peor, pero de poco sirvió. Al día siguiente, me dejó en un centro de acogida renunciando a mi custodia y se suicidó. Yo no me enteré de esto hasta que fui un adolescente y me puse a investigar por internet qué había sucedido ese día que me abandonó. En varios medios pusieron testimonios de los vecinos. Decían que mi madre estaba loca, que tenía problemas económicos, que se gastaba el poco dinero que tenía en drogas, que se tiraba a todo el que se pusiera en su camino, que me maltrataba y que no me quería... todo mentiras. —Apretó los puños y al percatarse de ello, Nayra apoyó su mano en ellos intentado que se relajara—. Y como el incendio de mi casa había sido provocado lo asociaron a un suicidio. La hipótesis fue que debido a la mala situación que vivíamos, mi madre decidió acabar con todo y llevarme a mí con ella por los dientes de leche que se me cayeron por culpa de la paliza de mi padre. Aparte de dejarla de drogadicta y puta, también la tacharon de mala madre... —Una lágrima solitaria se deslizó por la mejilla del chico—. Y me da mucha rabia, Nayra, porque no la conocían, solo juzgaban. Puede que no fuera el prototipo de madre que todo el mundo espera, pero para mí era la mejor y la quería incondicionalmente.

—También leí esas cosas tan horribles... pero nadie sabe qué pasó exactamente, D. J., solo tu madre podría responder a esa pregunta. El incendio sí fue provocado, pero puede que tu madre quedara atrapada y...

—No, sé que no fue así —la interrumpió—. Días antes, me decía mientras lloraba que me prometía que lo que pasaba no siempre sería así, que un día las cosas cambiarían y no me tendría que preocupar más por ella ni por mi padre. Desapareció de su vida y se aseguró de que creyeran que yo también. Así fue como ambos dejamos de sufrir sus monstruosidades.

Nayra cogió su mano y entrelazó sus dedos con los de él. Se notaba lo mucho que le costaba hablar de eso. Lo pasó tan mal de niño. Y, a pesar de eso, siempre estuvo ahí para ella. En ese momento, se sentía una idiota por quejarse de su vida. No la consideraba buena, pero no era nada en

comparación con lo que Dan había sufrido.

—Lo siento tanto, D. J.

—Ahora es cuando tendría que decir que no te preocupes y que ya lo he superado —bromeó—, pero no, no lo he hecho.

A Nayra se le rompía poco a poco el corazón a cada palabra que le decía. Sentía unas ganas horrorosas de abrazarlo y de consolarlo, pero no quería mostrar lástima por él. Sabía que eso no le gustaría. Sin embargo, lo que sí hizo fue acercarse a él y apoyó su cabeza sobre su hombro.

—Estoy aquí, D. J.

Que lo llamara por ese nombre fue algo especial para él. Sintió que, en ese momento, algo revivía en ellos. Había vuelto con ella. La había encontrado y ya nadie la separaría de él.

—Lo sé, mariposita. —Le pasó una mano por su espalda para abrazarla—. Tengo pesadillas. Muchísimas. Sueño con el día en el que mi madre me abandonó, aunque fuera para ponerme a salvo, sueño con todas las veces en las que él la violaba, sueño cuando me hacía cada una de mis marcas...

Una lágrima se deslizó por la mejilla de Nayra y le entraron unas ganas irrefrenables de matar a ese hombre.

—¿Por qué volviste a Hocklast?

Dan se tensó con esa pregunta y meditó muy bien sus palabras antes de responder.

—Para intentar decir adiós al pasado. —Nayra lo miró—. No vivo tranquilo pensando en que podía haber hecho más por mi madre. Su muerte me reconcome en la conciencia y necesito quitarme este peso. Convencerme de que no fue mi culpa. —Suspiró—. Aún no lo he conseguido, pero volver a encontrarte y estar de nuevo contigo hace que me sienta mucho mejor.

—Siempre me encontrabas... —susurró de nuevo con lágrimas asomándose por los ojos, aunque logró retenerlas.

Dan le sonrió y asintió.

—Cuando volví, ni siquiera sabía si seguías viviendo aquí. Al mudarme, empecé a correr por nuestra playa y el día que te vi por primera vez allí, me quedé paralizado. En mi interior, sabía que esa chica eras tú. Sacando fotografías a las cosas más raras y haciendo ese gesto tan típico de ti: enredando un mechón de pelo alrededor de tu dedo. Siempre lo hacías. Sin

embargo, tenía que asegurarme, así que el día que nos «conocimos»... — Hizo las comillas con los dedos—... cuando me choqué contigo, fue adrede. Llevaba mirándote días y... tenía que hablar contigo. En el momento en el que te tuve de nuevo cerca, supe que eras tú.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Bueno, aunque no lo creas, me daban miedo dos cosas: estar equivocado y tu reacción. Por eso quería que quedaras conmigo, para estar al cien por cien seguro y contarte todo esto.

—Dios, D. J., ¡podrías habérmelo dicho y no montar todo el embrollo que has organizado! —Sonrió.

—No habría sido tan divertido —bromeó—. ¿Te acuerdas del día en el que me pillaste robándote?

—Jamás me olvidaré de él. —Puso los ojos en blanco, aunque ya no estaba enfadada.

—No te estaba robando, sino, como te dije, cotilleando. Quise mirar tu carnet de identificación para confirmarlo y lo hice, pero no me dio tiempo a dejarlo donde estaba.

—En serio, ¡tendrías que haber hablado directamente conmigo! —Le dio un suave golpe en el brazo.

—Lo sé, pero bueno, ya viste cómo reaccionaste cuando lo supiste. Me costó muchísimo decírtelo.

—Tienes que reconocer que es algo... muy fuerte. Es decir, te daba por muerto.

—Lo sé.

—Pero no estoy enfadada ni nada. Ahora... ahora estoy bien. Dios mío... —Se lanzó a sus brazos e hizo lo que debería haber hecho esa noche: abrazarlo con fuerza—. ¡Estás bien! ¡Estás vivo!

Dan sonrió y le devolvió el abrazo, ese que había esperado la noche en la que desveló su identidad.

—Esta es la reacción que esperaba cuando supieras la verdad, mariposita.

Ella rio y se separó de él. En ese momento, y aunque resultara un poco extraño, se sentía mejor que nunca. ¡Feliz! Tras tantos malos momentos, por fin el destino le regalaba algo bueno: a la persona que le quitó hacía tantos

años.

—Y, ¿ahora qué?

—No lo sé. Supongo que lo mejor es dejarnos llevar y ver dónde terminamos. Esta vez, nosotros tomaremos las decisiones, no nuestros padres.

—Me parece perfecto.

Nayra lo volvió a abrazar mientras sonría como hacía tiempo que no hacía. Le iba a costar separarse de él. Tenía miedo de que cuando saliera de allí, volviera a desaparecer.

Y a Dan también parecía pasarle lo mismo, pues hundió su nariz en su cabello y aspiró su aroma. Le había costado muchos años volver a estar así con ella, así que pensaba disfrutar de cada segundo que la tuviera a su lado. Cada día desde que tenía nueve años, había estado pensando en ella. Se preguntaba qué estaría haciendo en ese momento, si se acordaba de él o cualquier tontería que se le pasara por la cabeza. Y ahora, por fin todas sus preguntas empezaban a responderse. Lo que no se imaginaba, eran las extrañas sensaciones que estaban empezando a nacer dentro de él cuando la tenía cerca.

—¡Quédate aquí! —le dijo separándose de ella—. Quiero enseñarte algo.

—Vale.

Lo vio marcharse y mientras estaba sola, se abanicó con la mano al tiempo que soltaba un largo y sonoro suspiro. Había tenido demasiadas emociones en esos pocos minutos y su mente, en ese instante estaba exhausta. Dan no tardó en volver y ella apreció que llevaba algo en la mano. Mientras esperaba e intentaba calmarse un poco tras lo que había vivido y escuchado, había oído cómo el chico revolvía los cajones y maldecía varias veces hasta que encontró lo que parecía buscar.

—Aquí están. —Le tendió un abultado sobre.

Nayra vio que estaba ya bastante desgastado y roto en las esquinas. Lo abrió y se quedó completamente sorprendida al reconocer lo que había ahí dentro.

—¡Oh, Dios mío! —Se tapó la boca con la mano—. Son... son... nuestras fotos...

—En realidad, son tuyas. Yo solo hice una. —Dan las cogió y las pasó

rápida­mente hasta encontrar la que hizo él, la de las hierbas—. Esta.

Nayra la cogió y se emocionó al verla. Recordaba perfectamente el día en que Dan la tomó. El día en el que se conocieron. La verdad es que veía muchos errores en la fotografía, pero había que tener en cuenta que se hizo con una cámara desechable que no tenía calidad y, a los seis años, no poseía los conocimientos que hasta ese momento había adquirido. Sin embargo, para ella, era especial.

—Creí que jamás volvería a ver estas fotografías.

—Las he guardado todo este tiempo y... las he visto tantas veces que me las sé ya de memoria. Cada detalle de ellas —dijo mientras Nayra seguía pasándolas.

—No son muy buenas, pero para mí significan mucho. —Acarició una de ellas con cariño—. Gracias por guardarlas todo este tiempo. —Se las devolvió.

—No. —Las rechazó—. Son tuyas, Nayra. Las he guardado todo este tiempo para ti.

Ella sonrió y volvió a tendérselas.

—Quiero que te las quedes, por favor.

—¿Estás segura?

—Claro. Tú las has cuidado todo este tiempo. Sé que estarán en buenas manos. —Sonrió.

—Gracias, mariposita.

Sin poder remediarlo, Nayra volvió a abrazarlo. Había tantos abrazos perdidos que sentía la necesidad de recuperar todos y cada uno de ellos.

—¿Quieres ver una cosa? —le preguntó ella cuándo se separaron.

—Me muero de ganas.

Capítulo 15

Nayra no sabía muy bien de qué podía hablar con Dan. Aún le costaba hacerse a la idea de que ese chico que en ese momento caminaba a su lado era el mismo con el que pasaba las horas muertas en esa misma arena que sus pies desnudos estaban tocando. Tenía mil preguntas en la cabeza y no sabía por dónde empezar, pero necesitaba decir algo para que ese incómodo silencio que se había instalado entre ellos desde que habían salido de casa se esfumara. Además, lo que le quería enseñar estaba a un paseo bastante largo.

—Te iba a hacer alguna pregunta estúpida para romper el hielo, pero ni sé cuál podría ser.

Dan la miró y sonrió. Él estaba pensando exactamente lo mismo. Formular alguna pregunta estúpida para que el silencio que había entre los dos se acabara. Empezaba a sentirse incómodo, pero tampoco quería presionarla para que volviera a tener la misma confianza con él como cuando eran niños, pues ambos ya habían crecido y, por desgracia y aunque no quisieran verlo, esa relación que se forjó entre ambos había desaparecido. Solo quedaban cenizas. Sin embargo, y si ambos se lo proponían, él estaba seguro de que conseguirían resurgirla al igual que el ave fénix.

—Supongo que aún te cuesta creerlo, ¿no?

—Un poco, no te voy a mentir. Es decir, mentalmente no paro de decirme a mí misma; «sí, Nayra, es él. Es D. J., solo que ya no es un niño. Ahora está muy crecilito». —Lo miró soltando una leve carcajada—. Y tanto. No soy bajita, pero me sacas una cabeza y media. ¿Cuánto diablos mides?

—Cerca del uno noventa.

—Eres veinte centímetros más alto que yo. Eso es mucho y no sé si me hace gracia. Ya odiaba que cuando éramos niños fueras más alto, pero claro, me llevas tres años.

—Eres una envidiosa. —Rio—. No es mi culpa que seas una enana.

—Hey. —Le dio un suave golpe en el brazo—. Mido uno setenta, no soy una enana. Tú eres un gigante, no te confundas. —Le señaló con un dedo.

Dan soltó una leve carcajada y miró al frente para ver adónde iban, ya que no habían parado de caminar por la orilla. Sin embargo, enseguida reconoció lo que se escondía a pocos metros de ellos. Sonrió al observar ese pequeño lugar donde la playa terminaba y el bosque empezaba. Debían tener cuidado con ese terreno, ya que iban descalzos y la arena de esa zona podía tener ramas, pinchos y cientos de cosas que el viento arrastraba del bosque. Aún recordaba las veces que Nayra se pinchó los pies por culpa de ellas. Cada vez que iban allí para estudiar, Dan tenía que cogerla a caballito, puesto que ella se negaba a pisar esa arena. Incluso le daba miedo sentarse para dar la lección diaria. Por ello, se le ocurrió hacerle una especie de silla que acabó convirtiéndose en un columpio donde ambos se sentaban y, con el suave balanceo, él la enseñaba y ella lo escuchaba y aprendía.

—No me acordaba de él —susurró adentrándose por el hueco entre los arbustos que salían de la arena y que escondían ese lugar.

Los recuerdos lo invadieron y miró ese trozo de madera que cogió de lo que había sido el paseo en la arena para poder fabricar el columpio. Le llevó varias horas encontrar una tabla adecuada que sirviera para sentarse sin que después les doliera el trasero, pero, por aquel entonces, él tenía bastante tiempo. Pasaba horas a solas hasta que se reunía con Nayra. En esas horas, su mente infantil no podía dejar de imaginarse lo que el desgraciado de su padre le estaba haciendo a su madre. Así que, cualquier distracción que ideara era muy bienvenida. Ese columpio fue una de ellas.

Nayra todavía no se había adentrado en esa zona con trampas escondidas bajo la arena. Aún se preguntaba cómo Dan jamás se clavó una espina en la planta de los pies. En cambio, ella parecía tener un imán para que siempre acabaran en los suyos.

Se quedó mirándolo. Le daba la espalda y sus anchos hombros estaban caídos. No lo veía, pero sabía que estaba mirando los restos del columpio. Estaba bastante cambiado desde que lo fabricó. Las cuerdas que lo sujetaban estaban casi caídas y la madera casi rozaba la arena, aunque todavía aguantaba su peso, pero sabía que no por mucho.

En esos años, ella había intentado arreglarlo, pero no era ninguna manitas y no había logrado jamás subirse al árbol que sujetaba el columpio para cambiar las cuerdas o sujetar mejor las desgatadas que ya tenía.

Bajó de las nubes y continuó mirando a Dan. Acariciaba con cariño la áspera superficie de las cuerdas.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Dan giró un poco la cabeza para mirarla y ella vio que no sonreía. Era más, sus ojos verdes mostraban un halo de tristeza que segundos antes no tenía. Con ese gesto, ya le había respondido, pero él decidió mentirla.

—Sí. Los recuerdos, ya sabes.

—Sí. Ya sé —respondió entrando con cuidado en esa zona.

Él la miró. Nayra caminaba a paso muy lento y mirando bien la superficie antes de apoyar el pie, incluso movía con sus dedos pintados de amarillo la arena para comprobar que no había nada escondido en sus profundidades. Estaba claro que ella también recordaba las veces que sus pequeños y delicados pies terminaron heridos.

Dan se acercó a ella para darle la espalda y doblar ligeramente las rodillas antes de echar los brazos hacia atrás.

—Vamos, gallina. ¡Salta! —la incitó.

—¿Qué? —dijo Nayra y negó con la cabeza—. Ni en broma, D. J. Ya no somos niños.

—¿Me estás infravalorando? —Se hizo el ofendido—. Vamos, salta. Puedo contigo.

—Que no. He estado aquí muchas veces y si voy con cuidado, esquivaré los pinchos hasta llegar al columpio.

—¿Aún aguanta?

—Sí, lo hace, e ignoraré la indirecta entrelíneas que he leído en esa pregunta. —dijo divertida.

Dan se colocó recto. Empezaba a sentir una molestia en la espalda de aguardar en esa postura. Se giró para mirarla y se cruzó de brazos.

—No había nada entrelíneas, Nayra. Ha sido... lógica. Ni el columpio está como cuando lo construí ni tú tienes el peso de una niña de seis años. Es más, si lo tuvieras, estaría muy preocupado por ti.

Nayra curvó ligeramente los labios y, finalmente, terminó por sonreírle.

—Tienes razón, pero vamos a ver cómo funcionan estos musculitos.

Hizo que se colocara como se encontraba antes y se apoyó en sus hombros para saltar y colocarse a caballito sobre él. Por un segundo, Nayra

sintió que volvían a ser esos niños que vivían felices y en paz durante las pocas horas que estaban juntos al día. Sin embargo, pasado ese segundo, se percató más de otra cosa mucho más interesante. La espalda de Dan era ancha y muy fuerte y su cuerpo desprendía calor. Le daban ganas de abrazarse más a su cuerpo y juntar su mejilla con la de él para poder abrazarse mejor a su cuerpo. Se sentía como una pluma. Dan la tenía tan bien sujeta que tenía la sensación de que no pesaba absolutamente nada. La sostenía con fuerza y anduvo con ella los pocos metros que había hasta el columpio. La dejó en el suelo y Nayra se sentó en el trozo de madera mientras él lo hacía en el suelo.

—No sé cómo nunca te clavaste nada con toda la mierda que hay aquí —le dijo mientras se balanceaba levemente.

—Sí lo hacía, lo que pasa es que no era un quejica como tú —comentó divertido lanzándole una pequeña rama la cual se enganchó en sus coloridos mechones.

Nayra se la desenredó y se la devolvió, pero ni siquiera lo rozó. Tenía una puntería pésima. Dan soltó una leve carcajada y volvió a coger esa rama, pero no se la lanzó. Comenzó a girarla entre sus dedos y ambos se quedaron mirándola como si fuera lo más interesante del mundo.

—¿Te confieso algo? —Ella asintió con la cabeza—. Para construir el columpio cogí el trozo de madera perfecto.

—¿Perfecto? —Frunció el ceño sin entender.

—Sí. Lo bastante grande para los dos, pero a la vez, lo suficiente pequeño para poder tenerte cerca. Sentirte a mi lado era lo único que me hacía ver que la vida podía merecer la pena.

Nayra sonrió enternecida y bajó del columpio para sentarse con él en la arena. Sintió como una rama se le clavaba en uno de sus glúteos, pero no se quejó y ocultó que ese pinchazo le había causado una leve punzada de dolor. No quería que él volviera a insinuar que era una quejica. Eso y que pasaba de decir que acababa de pincharse en el culo.

—¿Te confieso yo algo?

—Por supuesto, mariposita.

Nerviosa, ella comenzó a jugar con la arena entre sus manos sintiendo como esta se deslizaba suavemente entre sus dedos provocándole un ligero cosquilleo.

—A veces fingía que me pinchaba en la planta de los pies para que me cogieras a caballito. Era una de mis partes favoritas del día.

Dan soltó una leve carcajada y vio como a Nayra se había sonrojado levemente. Las mejillas se le marcaban y había apartado la vista de él para que no viera la vergüenza que le había dado confesárselo, a pesar de que tenía seis años cuando eso pasaba, pero, con veintidós, también le había gustado bastante que volviera a cogerla a caballito.

Volvieron a quedarse en silencio. Ninguno negaba que toda la situación entre ellos, aunque les resultara emocionante y feliz, seguía siendo rara. Nayra todavía estaba asimilando todo lo que le había pasado en tan pocas horas. Incluso se sentía un poco culpable por estar en esos momentos contenta debido a que se encontraba al lado de Dan como en los viejos tiempos, y no llorando por la fatal noticia que había recibido. Aunque bueno, no es que no lo hubiera hecho. Se recordaba que había acudido al chico con un aspecto horroroso por culpa de las lágrimas y se había derrumbado más de una vez delante de él.

Ella sabía que tenía que hablar con su familia, pero le daba miedo lo que iba a escuchar. Conocía cómo acabaría la historia, era lo único que su madre le había confesado, pero, aun así, le asustaba mucho que le relataran el resto de ella.

—Antes... —volvió a hablar Dan—, me has dicho que has tenido otro episodio malo con tu novio.

Dan se había quedado pensando en todo lo que había sucedido esas últimas horas y su mente había recordado cada palabra que Nayra le había contado. Había vuelto a mencionar algo de su novio, pero lo había omitido en la historia. Probablemente, ella ya no le daba importancia de lo cansada que estaba con las gilipolleces que su pareja hacía, pero a él sí le importaba si ese tío le había hecho algo malo, así que, no dudó en sacar el tema.

—Sí, pero lo que ha pasado con él no es nada en comparación con todo lo demás. —Se levantó de la arena y esperó a que Dan hiciera lo mismo. Le estaba empezando a doler el trasero—. Y ya no me sorprende que tenga esos... arranques.

—¿Ha vuelto a partirle la cara a alguien?

Ella negó con la cabeza y salieron de su escondite para emprender el

camino de vuelta. El sol iba desapareciendo por el horizonte y comenzaba a refrescar. Nayra se cruzó de brazos para conservar un poco el calor. No sabía muy bien cómo abordar el tema de su pareja con Dan, ya que estaba claro que a él tampoco le gustaba Liam para ella por la misma razón que a su hermana.

—Liam y yo llevamos casi dos meses sin hablarnos ni vernos — comenzó a relatarle—. Bueno, más bien soy yo la que no le hablo ni quiero verlo. Aparte del tema de las dichas peleas, ahora se está mostrando como creo que es en realidad. Le comenté que estaba pensando en hacer una exposición de fotografía y básicamente me dijo que ni se me ocurriera porque iba a hacer el ridículo.

La mandíbula de Dan se tensó al escuchar eso. Cada vez odiaba más al tal Liam, no solo porque era un desgraciado afortunado que tenía a su lado a alguien tan maravilloso como Nayra, sino también por no saber valorarla ni apoyarla. Le encantaría decirle que pasara de él, pero no tenía derecho. Por mucho que le jodiera que saliera con alguien como él.

—Pues yo creo que sí deberías hacer esa exposición.

—Solo has visto las fotos que hacía con las cámaras desechables, D. J. No las de ahora.

—Puede, y que sepas que me parecen preciosas, aunque tú digas que tienen mil fallos... Pero sí te he visto cientos de veces hacerlas con la cámara esa tan grande que tienes y no dudo que serán espectaculares.

Nayra sonrió levemente y se quedó pensativa. No sabía si tenía fe ciega en ella o solo le decía esas palabras para agradarla. Deseaba que fuera lo primero y sabía que él siempre había confiado en ella. Bueno, siempre, el tiempo que estuvieron juntos, pero en esos pocos meses, no dudó de su capacidad ni un segundo.

—Me lo seguiré pensando —zanjó y retomó el tema—. Bueno, siguiendo con lo de Liam, aparte de esto que te acabo de decir, lo que ha sucedido hoy ya ha sido demasiado.

—Nayra, si no quieres contármelo, no lo hagas.

Dan sentía que la estaba forzando a que se sincerara con él y era lo último que quería. Su principal objetivo era que se sintiera lo más relajada y tranquila posible tras los días tan intensos que estaba viviendo.

—Si no quisiera, ahora mismo no estaría hablando. —Se acercó un poco

más a él y pasó un brazo por el suyo para entrelazarlos—. ¡No pienses cosas raras! —lo advirtió al ver la cara que ponía ante ese gesto—. Me muero de frío.

—Yo no he pensado nada, mariposita.

Ella negó con la cabeza sabiendo que estaba mintiendo, pero sin saber qué era exactamente lo que había pasado por esa mente suya. Lo que sí sabía era lo que estaba sintiendo ella al estar caminando de esa forma con él. Simplemente, se sentía bien. Completa y feliz. Y eso no era demasiado bueno, pues en su interior estaban comenzando a nacer nuevas sensaciones y emociones que llevaban bastante tiempo muertas. No iba a negar que la asustaba. Sin embargo, era masoca y quería seguir experimentando lo que Dan estaba provocando en ella.

Finalmente, se aclaró la garganta con un suave carraspeó y continuó. A ese paso, llegarían al final del paseo y no habría acabado de contarle lo que había sucedido con Liam.

—Bueno, tampoco me voy a enrollar mucho. Le he dicho lo que había pasado con Wendy y mi yo iluso quería escuchar de su boca palabras de consuelo y apoyo. Sin embargo, he oído todo lo contrario. —Suspiró y se apartó algunos mechones que el viento colocaba en su rostro—. Ha insinuado que Wendy estaría mejor muerta y después ha intentado que... nos acostáramos. Yo no quería ni que me tocara y mientras lo hacía... me daba asco. —Frunció el ceño en una mueca de desagrado—. Sé que es una palabra un poco fuerte, pero era así. Me repulsaba y lo quería lo más lejos posible de mi persona.

Nayra alzó la vista para mirarlo, pero Dan parecía estar ausente con su vista clavada al frente. Podría pensar que no la había escuchado, pero sabía que había estado atento a cada palabra debido al gesto que mostraba. Todo su cuerpo estaba tenso, sus labios se apretaban en una línea recta y se le marcaba la vena de la sien, señal de que estaba enfadado. Al ver que no abría la boca, ella continuó hablando.

—Sé lo que piensas... que debo dejarlo y... —Cerró los ojos y expulsó un largo suspiro—. Tienes razón. Debo hacerlo.

—¿Pero...? —consiguió decir tras contar mentalmente hasta cien, aunque no había sido suficiente para relajarse.

—No hay ningún «pero». Estaba dejándole cuando comenzó a manosearme y pensé que lo mejor sería, como diría mi hermana, darle la patada cuando estuviera más sereno, porque estaba claro que, en ese momento, parecía haber perdido más de un tornillo. Sé que no se tomaría en serio nuestra ruptura y al día siguiente aparecería como si nada.

—Tu hermana me cae muy bien.

Dan sonrió recordando el día que Theresa le confesó donde se encontraba Nayra cuando fue a su casa preocupado por llevar días sin saber nada de ella. El mismo día que consiguió su cita porque la chica pensaba que le estaba robando todo el dinero.

—Tú a ella también. Por fin tengo a alguien en mi vida a quien mi hermana le gusta.

«Y tú le gustas demasiado», pensó recordando el mote con el que su hermana le llamaba. Sin saber por qué, su mente recreó una imagen en la cual Theresa intentaba seducir a Dan y sintió un pellizco en el corazón. Aunque, bueno, si eso sucedía, solo le tendría que comentar la edad del chico para que se sintiera una asaltacunas y no se acercara a él.

«Pero, por Dios, ¿qué me pasa?», abrió Nayra los ojos como platos y sacudió la cabeza para intentar desvanecer esos pensamientos.

—¿D. J.? —lo llamó.

—¿Sí, mariposita?

—Gracias por volver.

Capítulo 16

No tardaron en estar de regreso en casa de Dan. Las farolas del paseo ya se habían encendido y por las ventanas se vislumbraban las luces del interior, señal de que Tyler ya había regresado de trabajar.

Nayra recogió su bicicleta del suelo para sacarla de la parcela y emprender el camino de vuelta a casa. El leve estado de bienestar en el que se había encontrado al lado de Dan, había desaparecido y su rostro se había contraído en una mueca de tristeza absoluta. Además, se notaba el miedo que tenía de regresar a su casa, ya que suponía que había llegado el momento de conocer la verdad.

Mientras dirigía la bicicleta a la entrada para incorporarse al paseo marítimo, Dan la detuvo colocando una mano en su brazo. Nayra elevó lentamente la cabeza para mirarlo y a él se le encogió el corazón. Estaba aterrorizada y su mente le gritaba que ni se le ocurriera dejarla sola.

Sin decir nada, deslizó su mano por la largura de su brazo hasta posarla sobre la de ella en una lenta y delicada caricia que hizo que un escalofrío recorriera el cuerpo de Nayra. La chica soltó un suspiro entrecortado cuando clavó la vista en sus manos.

Dan dio un paso hacia ella y estuvo más tiempo del que debería acariciando la suave piel de su mano hasta que consiguió soltara el manillar para sujetar la bicicleta y dejarla apoyada en la valla que separa su hogar del paseo.

Nayra no dijo nada. Simplemente le dejó hacer sin saber muy bien qué era lo que estaba pasando por su cabeza y cuál sería su siguiente movimiento.

—Te llevo a casa, mariposita.

Ella solo asintió y se lo agradeció en silencio. No tenía ganas de pedalear hasta la otra punta de la ciudad.

Dan le pidió que esperara un minuto antes de entrar en su casa. Salió poco después con un casco colgado del brazo y una sudadera negra en la otra mano. Se la tendió a Nayra y esta la miró un tanto extrañada.

—Ha refrescado, no quiero que te congeles —le explicó pareciendo

leerle la mente—. Póntela —le pidió, y ella pareció dudar—. Sé que te dije que no era fan de hacer la colada, pero te aseguro que está limpia.

—¡No seas idiota! —exclamó sonriéndole—. Solo estaba mirando la frase. —Se la mostró antes de leerla—: «*I got 99 problems but my love for her ain't one*»². Adorable...

Dan maldijo en voz baja. Había cogido la primera sudadera que había pillado del armario y no se dio cuenta de cuál era. Esa en concreto, fue un regalo de Tyler que le hizo a modo de broma después de contarle todo lo que estaba haciendo para conseguir que Nayra aceptara una cita con él. Le dijo que era un auténtico calzonazos por arrastrarse y que parecía un adolescente detrás de la chica popular del instituto. Se negaba en rotundo a vestirla, aunque, a pesar de que le costaba bastante reconocerlo, esa sudadera tenía parte de razón. Él estaba lleno de problemas, pero Nayra, no era uno de ellos. Al contrario, era lo mejor de su vida.

—Si te estás preguntado si me la pillé en un acto de romanticismo cutre por una chica, te digo que no. Fue un regalo de Tyler. Pensó que sería gracioso que me paseara por Hocklast con ella pero ni de coña pienso ponérmela.

Ella curvó los labios levemente.

—Nunca digas nunca —dijo colocándose y agradeciendo el calor que le proporcionaba.

Como se imaginaba, le estaba enorme, pero no le importó. Es más, gracias a la largura de las mangas podía esconder sus manos en ellas para que no se le congelaran.

Salieron de la parcela para ir hacia la moto y Dan sacó del asiento el otro casco que llevaba para tendérselo. Tras colocárselo, Nayra se subió detrás de él apoyándose en sus hombros, pero una vez acomodada, tardó unos segundos en decidir dónde poner las manos. Ella quería rodearle la cintura, no lo iba a negar, pero quizá lo más apropiado fuera en el asiento.

«A la mierda lo correcto, Nayra. Por una vez en tu vida, deja de pensar tanto en las cosas y haz lo que quieres, por muy chorrada que sea abrazar a un chico subida en su moto. Además, es hora de empezar a olvidarse definitivamente de Liam», pensó antes de avanzar un poco en el asiento para pegar su pecho a su ancha espalda y rodear con sus brazos la cintura del

chico. Sonrió y agradeció que el casco tapara esa sonrisa para que él no la viera.

—Buena elección, mariposita —susurró Dan por lo bajo al tiempo que giraba la llave sobre el contacto y así evitar que ella lo oyera.

Sabía que Nayra le daba muchas vueltas a las cosas y le había costado decidir dónde apoyar las manos. Una sonrisa ladeada apareció en el rostro del chico y condujo más despacio de lo normal para aprovechar cada segundo que la tuviera abrazada a él. Era la jodida sensación más maravillosa del mundo.

Por desgracia, Hocklast no era una ciudad demasiado grande y no tardaron en adentrarse en Lou Street. La moto se detuvo frente a la casa que Nayra compartía con su hermana y ambos bajaron.

Nayra se quitó el casco y se quedó unos segundos observando su casa. Era uno de los pocos lugares donde se sentía segura, pero en ese instante, veía esas cuatro paredes como el lugar donde estaba a punto de pasar los peores minutos de su vida. Aunque no lo deseara, quería explicaciones y conocer lo que su familia le había ocultado durante tanto tiempo. Tragó saliva y se giró para tenderle a Dan el casco.

—Gracias por traerme.

—No hay de qué.

Nayra volvió a mirar su casa, pero fue incapaz de caminar. Sus pies se habían quedado clavados en el suelo. No quería entrar.

—Nayra —la llamó Dan tras dejar los cascos apoyados en el asiento de la moto y se acercó para colocarse frente a ella. Le cogió de las manos y, de forma inconsciente, entrelazó los dedos con los suyos—. No puedo decirte que todo irá bien, porque te mentiría. Ambos sabemos que lo que vas a escuchar... no va a ser bueno. —Ella bajó la mirada y se quedó hipnotizada mirando sus dedos entrelazados—. Pero solo quiero que sepas que pase lo que pase, yo estaré aquí. No voy a volver a dejarte sola. Nunca más. —Juntó su frente con la de ella y posó una mano en su mejilla para secar una única lágrima que había aparecido en su rostro sin que se diera cuenta—. Te lo cumplo.

Nayra curvó los labios levemente al escuchar esas palabras. Era su forma de prometer entre ellos y confiaba plenamente en él. Cerró los ojos

cuando sintió los labios de Dan sobre su frente donde depositó un beso que se alargó más de lo necesario, pero que ella disfrutó. Un leve cosquilleo recorrió su estómago y pasó sus brazos bajo sus axilas para abrazarlo y apoyar su cabeza en su pecho. Escuchó su corazón latir y se ciñó más a él. Lo que palpitaba bajo su oído eran los mismos latidos que los de aquel niño que perdió hace años.

—Yo tampoco pienso volver a dejarte solo, D. J. —Se separó un poco de él para mirarlo—. En eso consiste la amistad, ¿no? En estar el uno al lado de otro en todos los momentos.

—Así es. —Le apartó un mechón detrás de la oreja—. Ahora entra y si me necesitas, sea la hora que sea, ahí estaré.

Nayra volvió a abrazarlo, aunque esa vez fue un abrazo más corto y menos íntimo que el anterior. Se separó de él y sintió su mirada sobre ella mientras caminaba hasta llegar a la puerta. Se giró para verlo por última vez y entró con el corazón encogido y con su cuerpo temblando.

Estaba convencida de que su madre ya habría llamado a su hermana para contarle lo que había pasado. Solo con echar la vista hacia atrás volvía a sentirse avergonzada ante las palabras que habían salido por su boca.

Se apoyó en la puerta y se masajeó las sienes con los dedos.

—¿Nayra? —escuchó la voz de su hermana.

—Sí... ya voy.

Nayra se abrazó a sí misma y comenzó a caminar a paso lento hacia el salón. Llegó al umbral de la puerta y se sorprendió al encontrar a su madre allí. Un pequeño gemido escapó de su boca al verla, lo que hizo que delatara su presencia.

Mery sostenía entre sus manos una taza de la cual colgaba un fino hilo blanco por fuera. A su madre no le gustaban demasiado las infusiones, así que el hecho de que se estuviera tomando una no conseguía tranquilizarla. Era más, aunque ella no la estuviera bebiendo, esa tila le había causado el efecto contrario.

Theresa también estaba allí. No sabía descifrar muy bien lo que sus ojos transmitían. Era como si hubiera apagado sus emociones para que ella no las detectara.

Nayra comenzó a jugar con la tela que le sobraba de las mangas de

la sudadera y reunió el valor necesario para dar el siguiente paso.

—Hola... —susurró mientras se acercaba a ellas para sentarse en medio de ambas.

Ninguna de las tres habló. Lo único que salió por la boca de Mery fue un suspiro entrecortado mientras dejaba la taza sobre la mesilla auxiliar. Nayra no dejaba de observarla y, sin darse cuenta ni quererlo, la mandíbula le comenzó a temblar y su mirada se volvió borrosa por culpa de la humedad que se formaba en sus ojos. Sin perder más tiempo, decidió dejar sus dudas a un lado para hacer lo que su corazón le pedía a gritos: se lanzó a sus brazos.

Mery, en un principio, se quedó sorprendida sin saber cómo reaccionar. Nayra no la abrazaba de esa forma desde que era pequeña. Sin embargo, enseguida la rodeó con sus brazos. Apretó los párpados con fuerza y, al igual que estaba haciendo su hija, comenzó a llorar. En esos momentos no hacían falta las palabras.

Mery acarició el cabello de Nayra mientras esta se aferraba a ella con fuerza, pidiéndole que jamás la soltara ni la abandonara y con el deseo de que todo cambiara entre ellas hacia mejor. Seguía sintiéndose una completa idiota y egoísta por tener que esperar a que algo gordo pasara para darse cuenta del tiempo que había perdido y para aprender la lección de que el rencor nunca lleva a nada bueno.

Theresa las observaba en un segundo plano, hasta que finalmente las emociones la vencieron y se acercó para abrazarlas. Nayra y Mery se separaron un poco para dejarla sitio y las tres mujeres Hastings, por primera vez, lloraron juntas mientras se abrazaban, se consolaban y se apoyaban la una a la otra. No había otro sonido en la sala salvo el de sus ligeros sollozos que intentaban ahogar sin conseguirlo.

—Lo siento tanto... —habló Nayra separándose un poco dirigiendo su mirada hacia su madre y su hermana—. Siento tanto... todo. —Miró a su madre—. Siento haberme alejado estos años, todas las palabras crueles que os he gritado, todas las miradas llenas de odio que os he lanzado, siento tanto haber sido una hija penosa y haberte gritado hoy que os odio como si fuera una niña pequeña, infantil e inmadura. —Se secó las lágrimas con las mangas de la sudadera de D. J.—. No lo hago... os quiero muchísimo, aunque casi siempre discrepemos... os quiero.

—Tranquila, mi niña. —Mery le pasó los pulgares por sus mejillas para limpiarle las lágrimas—. Lo sé... yo sí que siento todo lo que sucedió. Siento haber sido tan mala madre, no haber estado ahí cuando más nos necesitabas... y siento tanto que ni tu padre ni yo nos esforzáramos por entenderte... por ayudarte de verdad... los dos estamos muy arrepentidos. Y lo único que queremos es que un día nos perdones, pero solo cuando estés preparada.

—Claro que lo hago, mamá. Os perdono —Volvió a abrazarla—. Quiero empezar de cero, quiero que el rencor se vaya para siempre, quiero que estemos unidos, que estemos bien... y... ¡Dios! Ha tenido que pasar esto para quitarme la venda y ver lo idiota que he sido.

—Ya está, cariño —intentó calmarla—. Eso ya se ha acabado.

—Sí... se ha acabado.

Theresa acarició el hombro de su hermana y esta se volteó ligeramente para abrazarla también mientras se disculpaba por no haberla escuchado y por haber sido tan cabezota. Su hermana siempre era la voz de la razón y, si hiciera más caso a sus palabras, aunque le dolieran, no estaría como estaba en ese momento.

Una vez las tres consiguieron calmarse un poco, Nayra tragó saliva antes de formular la pregunta de la cual le aterraba escuchar la respuesta, así que decidió no soltarla de forma tan directa y preguntar por lo que más le importaba en esos momentos.

—¿Dó... dónde está papá? —tartamudeó.

—Aún en el hospital —contestó Mery recuperando su tila, pero no bebió. Se dedicó a golpear la porcelana con las uñas— Va... va a estar unos días en observación y en breve le darán el alta.

—Entonces... no es nada grave, ¿verdad? No se está muriendo, ¿no?

Nayra quiso aferrarse a la esperanza, sin embargo, esta desapareció cuando los ojos de su madre volvieron a humedecerse y su hermana apartaba la mirada de ella. La mandíbula de Theresa comenzó a temblar y, aunque quisiera hablar, no podía.

—Ojalá fuera así. Me encantaría decirte que te he mentado en el hospital, pero no lo he hecho, Nayra.

Ella palideció y se estremeció al escuchar que esas palabras que su

madre había pronunciado horas atrás no habían sido una mentira. Por una vez en su vida, habría deseado que lo fuera.

—¿Qué le pasa? —consiguió preguntar.

Mery respiró y dio un pequeño sorbo a su tila, tan pequeño, que Nayra estaba segura de que lo único que había hecho había sido mojarse los labios con esa bebida caliente. Su madre estaba tan nerviosa y asustada como ella y su estómago era incapaz de asentar nada en ese momento.

—Hace un par de años, papá fue a hacerse una revisión rutinaria y... le detectaron una miocardiopatía hipertrófica.

Nayra no sabía qué era eso, pero solo el nombre la había dejado con la boca abierta y más aterrorizada de lo que ya estaba. No sonaba nada bien, pero dedujo por la primera palabra que se trataba de un problema de corazón.

—Es... —continuó hablando Theresa al ver que su madre se había quedado bloqueada nada más pronunciar la enfermedad—. Es una patología del corazón, que lo que hace es que este se vaya agrandando cada vez más y más, produciendo arritmias y que no bombee correctamente la sangre al cuerpo.

A Nayra esa enfermedad le sonaba. No sabía dónde, pero la había oído en algún lado. Quizá en el noticiero, pero no conseguía recordar si tenía o no cura ni el porcentaje de supervivencia de las personas con esa patología.

—Pero... ¿no tiene cura? ¡Algo se podrá hacer! La ciencia avanza... tú tienes que saberlo, Theresa. —La señaló—. Tiene que existir algo que pueda curarle.

Theresa negó con la cabeza y tomó aire para continuar.

—Hay tratamientos para alargar la vida y con suerte, podría sobrevivir durante años, pero... papá empeora rápidamente y ha acabado convirtiéndose en una miocardiopatía dilatada. El pronóstico... no es bueno.

Nayra negó con la cabeza y las lágrimas volvieron a salir de sus ojos de forma silenciosa. Su madre, al verla, lo único que se le ocurrió fue abrazarla para que supiera que no estaba sola. Nayra debía asimilar algo en unos minutos cuando Theresa y ella en los últimos dos años habían sido incapaces. No existían palabras de consuelo para ese momento. No le podía mentir diciéndole que todo saldría bien cuando el destino de George estaba condenado. Al menos, eso era lo que los médicos le habían informado esa

misma mañana y, al igual que su hija, se negaba a creer que su marido no tardaría en abandonarlas para siempre.

—Pero... tiene que haber una solución. Una operación o algo. —Miró a su hermana y a su madre—. ¡Lo que sea!

—La única operación que podría salvarle, sería un trasplante, pero los médicos no aseguran que su cuerpo lo acepte o que sobreviva a la operación en caso de que aparezca un donante... dicen que su cuerpo ha llegado a un punto de no retorno donde ni la cirugía solucionaría el problema.

Nayra no sabía cómo su hermana no se estaba derrumbando mientras le contaba todo lo que ella desconocía hasta hacía pocos minutos. No podía aceptarlo y en ese momento, su mente no paraba de funcionar buscando una solución a ese mortal contratiempo. Incluso se planteó que si ella pudiera... le daría su corazón, pero esa operación no era como donar un riñón. No quería que su familia se rindiera.

—Esta mañana... —Mery volvió a hablar—, mientras desayunábamos, tu padre se desmayó y yo... me asusté muchísimo pensando que su corazón ya se había parado, pero lleva un DAI que, esta vez, le ha salvado la vida.

—¿Qué es un DAI? —preguntó Nayra.

—Es un dispositivo que controla su ritmo cardiaco y cuando detecta que este no es adecuado, envía unos impulsos al corazón para intentar regularlos.

—Entonces... con eso puede vivir mucho tiempo, ¿verdad?

Nayra buscaba cualquier cosa que abriera paso a la posibilidad de que su padre no fuera a fallecer en poco tiempo, sino que estuviera con ella en los momentos más importantes de su vida. No quería pensar que no iba a estar el día que tuviera hijos, el día que se casara, el día de su graduación o incluso el día de su próximo cumpleaños.

—No. Es una solución, pero no es cien por cien segura. El DAI siempre actuará cuando detecte que algo va mal, pero quizá un día no funcionen sus intentos por revivir el corazón de tu padre y... entonces... —sollozó Mery sacándose un pañuelo arrugado del bolsillo—, todo acabará. —Se secó las lágrimas.

Nayra se apoyó en el respaldo del sofá y bajó la mirada. Dos años desde que su familia había conocido esa fatal noticia. Dos años completamente perdidos viviendo en la ignorancia de que a su padre la vida se le apagaba

lentamente. Ahora entendía por qué no bebía alcohol, el hecho de que estuviera más delgado y sus ojos cargados de tristeza. En ese instante, empezaba a comprender muchas cosas. Sin embargo, le dolía mucho que la hubieran excluido de esa manera. Habría querido estar cerca de él esos últimos años, aunque sabía que, en parte, el motivo por el que no le dijeron nada había sido por su mala actitud de niña pequeña.

—¿Por qué no me lo habíais dicho antes?

Theresa detectó en la voz de su hermana un atisbo de enfado y, para evitar que volviera a decir cosas que no pensara y saliera corriendo como había hecho horas antes, le cogió de la mano para que la mirara y leyera a través de sus ojos que su intención al ocultárselo no había sido dañina, aunque sabían que no había sido lo más correcto.

—Papá no nos dejaba —empezó a explicarle su hermana—. Él lleva años intentando enmendar su error y que lo perdones y no quería lograrlo solo porque... se está muriendo. —Le costó pronunciar esas palabras—. Papá quería conseguir que primero lo perdonaras de verdad y de corazón y después... contártelo. Le prometimos no decírtelo nosotras, sin embargo... no sabemos cuánto le puede quedar. Pueden ser días o años y te conozco para saber que te arrepentirías toda la vida si él se va y tú no recuperas parte del tiempo perdido con él.

Nayra solo asintió con la cabeza. Si esa mañana su padre se hubiera ido y su situación no hubiera cambiado, estaría hasta el día de su muerte arrepintiéndose de ello. No sabía el tiempo que le quedaba a su padre, pero, por una vez, debía hacer caso a su hermana, disculparse con su progenitor, perdonarlo a él y tener una buena relación padre-hija durante el máximo tiempo que el destino les permitiera. Y eso no era una obligación o algo que tenía que hacer, era algo que deseaba, quería y ansiaba desde hacía años pero su rencor y cabezonería se lo habían impedido. Se juró a sí misma no volver a perder más tiempo y ella sí pensaba cumplir su promesa. Había tenido que ocurrirle algo tan terrible a su padre para abrir los ojos y ver todo el tiempo que había perdido cuando su corazón le gritaba que lo perdonara. Sí, lo pasó muy mal cuando tenía seis años y él le chillaba y golpeaba las cosas. Había cometido un grave error, pero supo reconocerlo y, desde entonces, imploraba el perdón de Nayra.

Mery se quedó a cenar con ellas y aunque las tres intentaban no pensar en todo lo que había sucedido ese día, era inevitable. El silencio fue el gran protagonista durante las siguientes horas, pues no conseguían mantener un tema de conversación por más de dos minutos. Hablar de ello, había encogido el corazón de Mery y de Theresa, y a Nayra directamente se le había roto. Tenía que aprender a recomponerlo poco a poco al tiempo que asimilaba toda la información y el hecho de que su padre pronto las dejaría. Solo con pensarlo, volvía a llorar, así que intentó pensar en otra cosa, pero era casi imposible.

Poco antes de las diez, Mery se fue de regreso al hospital para estar al lado de su marido mientras Theresa y Nayra recogían y fregaban los platos. La mayor de las Hastings se quedó mirando la enorme sudadera que llevaba su hermana y el mensaje que se podía leer en ella.

—¿De dónde la has sacado? —le preguntó, señalándola—. No me digas que esa cosa tan cutre es de Liam.

Nayra bajó la mirada para observar esa prenda y cogió con las manos el borde de ella para estirla y leer mejor esas letras.

—No, es de D. J. Se la regaló su compañero de piso para burlarse un poco de él, por lo visto.

—Así que has estado con Dan todo este tiempo —adivinó.

Theresa abrió la puerta corredera para salir al patio trasero de la casa y sentarse en las escaleras del porche mientras fumaba un cigarrillo. Su hermana la siguió para colocarse a su lado.

Nayra jamás entendería a su hermana. Le asustaban más los gérmenes que podía haber en el brik de zumo del que ella había bebido a morro, que de toda la mierda que se metía con el tabaco. Bueno, en realidad, sí le preocupaba lo que se metía al cuerpo con cada cigarrillo, pero adquirió ese hábito en su etapa adolescente y, a pesar de intentar dejarlo varias veces, jamás lo había conseguido.

—Sí, he estado con él. A pesar del tiempo que ha pasado... sigue siendo mi vía de escape. Para mí, no ha dejado de ser ese niño que siempre me apoyaba y que conseguía hacerme feliz cuando más hundida me encontraba.

—Bueno... ya no es tan niño... nos saca a ambas dos cabezas. —Nayra sonrió levemente y Theresa dio una calada—. Así que... ¿lo has solucionado

con él?

—Creo que sí. —Encogió las rodillas para abrazárselas—. No lo tenía planeado, pero, sin darme cuenta, mi mente me ha llevado a su lado y... supongo que mientras le contaba mis penas y lloraba, he aclarado las cosas con él. —Apoyó la barbilla en sus rodillas—. Sigo alucinando ante el hecho de que esté vivo, pero también estoy feliz de que sea así. Que haya regresado, es maravilloso.

Theresa expulsó el humo con un lento soplo mientras miraba a la luna en cuarto menguante que iluminaba con su luz parte de esa zona de la casa.

—¿Sabes? Me alegra que te hayas refugiado en él en vez de en el idiota de Liam.

—Yo también. Y en cuanto a Liam... se acabó. No puedo seguir más con sus peleas sin sentido y sus celos absurdos. —Suspiró—. Además, ahora tengo otra cosa más importante de la que preocuparme —dijo pensando en su padre.

—¡Guau! ¡Al fin! —Sonrió Theresa—. Y, ¿cómo se lo ha tomado?

—Aún de ninguna manera, pero en cuanto lo haga, te cuento. Aunque haya decidido romper con él, no quiere decir que sepa muy bien cómo hacerlo. No quiero dejarle por mensaje, quiero que nos veamos y, sinceramente, ahora mismo no quiero verlo. En este momento, para mí lo más importante es hacerle saber a papá que lo perdono y lo quiero y... espero que él también me perdone.

Theresa le dio un beso en la mejilla tras apagar el cigarrillo y apoyó su cabeza en el hombro de su hermana.

—No tienes que preocuparte de eso y en cuanto al tema de Liam... cuando tú estés preparada. Me alegro de que hayas tomado esa decisión. —La miró—. Es lo mejor para ti, Nayra. Su forma de quererte... no es querer. Solo eres una obsesión para él.

Ella suspiró y miró el firmamento contemplando cada una de las infinitas estrellas que rodeaban la luna aumentando la belleza del paisaje.

—Créeme. Ahora lo sé.

2 Tengo 99 problemas, pero mi amor por ella no es uno.

Capítulo 17

Nayra llevaba unos días sin saber muy bien cómo sentirse. Tras recibir la noticia de la enfermedad que su padre padecía, quiso ir al día siguiente al hospital aunque su madre y su hermana se lo impidieron, por orden de George. No es que su padre no quisiera ver a su hija menor, era lo que más deseaba, pero no quería que Nayra lo contemplara con el horrible camisón del hospital, con cables por su cuerpo y con un aspecto demasiado demacrado.

Los médicos ya le habían informado de que su situación era crítica. No podían hacer nada más por él. En un segundo, podría pasar de ver la luz del día a acabar sumido en la más profunda oscuridad que parecía rodear a la muerte. Se quedó ingresado hasta que estuvo lo suficientemente recuperado para volver a casa y retomar parte de su rutina.

Debido a su estado de salud, se le había concedido la jubilación anticipada y los días, semanas, meses o años que le quedaran, quería aprovecharlos para recuperar la relación con Nayra y asegurarse de que, cuando él se fuera, a su familia no le faltara de nada. Le había costado asimilar el hecho de que su muerte estaba más cerca de lo que nunca creyó y no iba a mentir, lo asustaba. El miedo a que un día dejara de existir le había invadido durante varios meses y, cuando su esposa no estaba cerca, se había derrumbado, suplicado y rezado a lo que quiera que estuviera ahí arriba para que lo dejara vivir. Habían sido situaciones en las que la desesperación había adquirido protagonismo en su ser y, a pesar de ser momentos puntuales, fueron bastante frecuentes en los primeros días tras recibir la mala noticia.

Sin embargo, tras dos años de pruebas, tratamientos y algunas intervenciones, había aprendido que no había que temer a la muerte. Era un hecho desconocido para la humanidad y quería dejar el mundo mortal, por llamarlo de alguna manera, sintiéndose feliz y en paz.

Al día siguiente, tras dejar el hospital, Nayra fue a visitarlo. Hacía mucho tiempo que la joven no pisaba el hogar donde se había criado. Al principio, sintió como si entrara en un lugar desconocido y, aunque intentó evitarlo, su mente se llenó de malos recuerdos que vivió entre esas cuatro

paredes. Volvió a ver esa casa como si fuera un enorme monstruo que la iba a devorar. Sin embargo, esos pensamientos que odiaba tener, pronto se desvanecieron cuando entró por la puerta del salón y observó a su padre sentado en su sillón.

Estaba más delgado. Se notaba que había perdido bastante peso los días que había estado en el hospital y se le veía cansado, pero, a pesar de su estado físico, había reunido unas pocas fuerzas para girar el rostro, mirarla y esbozar una sonrisa que le iluminó toda la cara.

—Hola, mi niña —le había saludado al verla.

Mery ya le había relatado a su marido lo ocurrido días atrás. Como Nayra se había enterado de su situación de la peor manera y como Theresa y ella le contaron todo por lo que había pasado durante esos dos años. Nayra quiso ir a verlo al día siguiente, le daba igual su aspecto físico, pero George no quería hacerle más daño con la imagen que ofrecía en esos momentos.

Cuando Nayra escuchó esas tres palabras, volvió a derrumbarse. Durante el camino hasta el que fue su hogar en la zona oeste de Hocklast, había estado mentalizándose para no ponerse a llorar delante de su padre. Sabía que eso no les haría ningún bien ni a ella ni a él, pero sus sentimientos volaron solos y, cuando las primeras lágrimas aparecieron, corrió hacia él y cayó al suelo para abrazar sus rodillas mientras lloraba y le suplicaba a su padre que la perdonara y no se fuera. Nayra no sabía las veces que las palabras «lo siento» habían salido por su boca y las decía de verdad. Se arrepentía muchísimo de haberse comportado como una niña, de no haber sido la joven madura que creía que era, de haber dejado que el rencor la dominara durante tantos años. Sí, su padre había cometido errores pero nadie era perfecto y cuando George abrió los ojos, intentó compensarla y disculparse por lo que hizo. Sin embargo, ella se puso la venda e ignoró por completo los gestos de su progenitor.

—Por supuesto que te perdono, Nayra —le había dicho cogiéndole de las manos para que se levantara y se sentara a su lado. Pasó los pulgares por sus mejillas para secarle las lágrimas y pronunció las palabras con las que un nuevo comienzo se iniciaría—. ¿Me perdonarías, Nayra? ¿Me darías una segunda oportunidad?

—Claro que sí, papá. Te perdono.

Padre e hija se abrazaron y Nayra volvió a sentirse una idiota por haber esperado a que algo malo hubiera ocurrido para poder reunir el valor y la confianza en ir a hablar con su padre y conseguir algo que deseaba desde hacía años: una nueva oportunidad. Puede que no tuvieran mucho tiempo para aprovecharla pero cada segundo de ella quería que fuera perfecto.

Nayra y George estuvieron hablando durante horas sobre todo lo que habían callado durante esos años. Entre esos temas, salió el de los estudios y Nayra se tensó, pero su padre no le presionó con las preguntas. Lo que quería saber era si el periodismo le gustaba y qué le gustaría hacer cuando se graduara.

—No sé si conseguiré graduarme, papá. —había dicho Nayra con tristeza y bajando la mirada.

—Sé que lo harás. Aunque te cueste más que a los demás, sé que podrás conseguir todo lo que te propongas. Y también que no te rendirás cuando algo te guste, Nayra.

—Sí que me gusta la carrera, a pesar de que no entré demasiado motivada, pero en el futuro me gustaría dedicarme a algo relacionado con... con... —había titubeado— la fotografía.

George sonrió levemente cuando su hija volvió a hablar de lo que de verdad le apasionaba y le cogió de la mano antes de decirle.

—Me gustaría mucho que un día me enseñaras tus fotos.

Nayra se sorprendió cuando su padre le dijo eso pero, inmediatamente después, una sonrisa apareció en su rostro.

—Me encantaría.

A Nayra le costó mucho despedirse de su padre. Tenía miedo de que esa fuera la última vez que lo viera. Sin embargo, debía ser positiva y confiar en que la vida les dejaría disfrutar de esa oportunidad. Además, y aunque le sonara algo egoísta, no podía condicionar su vida por ese suceso. Debía continuar viviendo y creciendo, no estar aferrada a su padre las veinticuatro horas del día.

Tras irse, pedaleó hasta la playa del norte. Había quedado con Dan allí pero antes pasó por su casa para coger la cámara. Ella se dedicaría a immortalizar nuevos momentos de la naturaleza mientras él entrenaba para el examen físico que debía superar en un par de días con el fin de poder

presentarse al teórico y entrar en el cuerpo de policía.

—Hola, mariposita —le saludó al verla aparecer mientras él realizaba ejercicios de estiramiento.

Nayra le sonrió y se bajó de su bicicleta para dejarla tumbada en la arena antes de acercarse a él, aunque salvaguardó las distancias. Por mucho cariño que le tuviera, no soportaba el olor del sudor y solo tenía que ver su aspecto para saber que ya había dado su carrerita habitual.

Hacía tres horas de ejercicios diarios y, tras estar durante una hora corriendo, después realizaba varias series para fortalecer todos los músculos de su cuerpo: piernas, brazos, abdomen... no le extrañaba que tuviera ese cuerpo.

Las pruebas para superar el examen físico eran muy duras y tras lo que le había costado ahorrar para poder pagar esos estudios, se tomaba muy en serio sus esfuerzos para conseguir aprobar a la primera.

No era la primera vez que Nayra le hacía compañía mientras él hacía sus ejercicios y ella fotografiaba sin parar y colocándose en las posturas más raras para conseguir el ángulo perfecto. Dan no podía evitar que una pequeña carcajada se le escapara al verla. Nayra siempre lo miraba mal cuando lo oía reírse de ella, pero enseguida cambiaba su ceño fruncido por una sonrisa. Le encantaba pasar tiempo con él. Esos momentos le hacían sentir más ella misma, feliz y viva que nunca.

Cuando ambos acababan, simplemente se quedaban hablando de cualquier cosa sentados en la arena y contemplando el mar, como si volvieran a ser esos dos niños que huían de su realidad.

—¿Vienes de ver a tu padre? —le preguntó.

—Sí, ha sido raro, la verdad, pero... siento que me he quitado un peso de encima y también que ahora todo será más sencillo. Quiero ver las cosas un poco más rosas. Me he cansado del gris.

—No soy fan del rosa, pero yo también quiero que ese color cobre más protagonismo. —Le sonrió antes de pellizcarse el puente de la nariz—. Y, ¿sabes algo de Wendy?

Nayra asintió. Desde su último intento de suicidio, Wendy parecía que de verdad se estaba esforzando por cambiar. Había regresado a la terapia y participaba en otras grupales donde se reunía con otras personas que estaban

pasando por lo mismo que ella. Esos grupos de acogida permitían la empatía y sentirse identificados con otros, lo que ayudaba mucho a su amiga a seguir adelante al ver que no estaba sola.

Además, no había vuelto a probar una gota de alcohol desde ese día. Hablaban más que nunca, su relación se iba volviendo cada vez más sana y, cuando quedaban para tomar algo o para cenar juntas, Wendy rechazaba cualquier bebida que tuviera alcohol. También pasaba más tiempo con su hijo y comenzaba a tomarse en serio el hecho de buscar un trabajo decente que le permitiera ahorrar lo suficiente para iniciar un cambio de vida. Quería irse de Hocklast, alejarse del idiota de su novio y vivir feliz con su hijo lejos de las malas compañías y, quién sabe, quizá darle una nueva oportunidad al amor.

—Mejor que nunca. Está cambiando de verdad y... ¡Dios, D. J.!, puede que esté mal que lo diga y que tenga miedo de que después de soltarlo todo se vaya a la mierda, pero... ¡estoy feliz! simplemente, me siento feliz y tengo... muchas ganas de sonreír y de dar abrazos y... de todo.

—Si me quieres dar un abrazo... no te cortes —Abrió los brazos invitándola a hacerlo.

—Ni de coña. Estás todo sudado. —Rio—. En serio, ver que Wendy está cambiando de verdad, que se está esforzando y que se está tomando las cosas con más seriedad... me hace feliz.

—Y a mí me encanta verte así, mariposita —dijo mirando completamente embobado su sonrisa de oreja a oreja la cual le iluminaba por completo el rostro.

Desde que se reencontraron, jamás había visto así a Nayra. Parecía tener ganas de correr, de saltar, de gritar, de reír, de bailar, de soñar... como ella le había dicho, ¡estaba feliz!

—Bueno, quizá sea mejor que baje un poco de las nubes, aunque creo que nunca he estado en ellas, ¿algún plan especial para hoy?

—Pues sí. He encontrado algo casi al final de la playa. ¡Te va a encantar! Un nuevo lugar para nosotros dos, como cuando encontramos el rincón secreto donde tenemos el columpio. En esa zona las aguas son más cristalinas, tiene distintos tonos de azul y hay una sorpresa que, para descubrirla, tienes que venir conmigo.

—¿Ahora?

—Ahora.

—¿Está muy lejos?

—Un poco, pero venga, Nayra. ¡Vas a alucinar con el paisaje! Y estoy seguro de que te tendré que sacar de allí a rastras para que pares ya de hacer fotos.

Nayra sonrió y miró un momento al horizonte. Quedaban dos horas para que anoheciera y ese día, Theresa y ella querían pasar una noche solo de chicas. Ellas dos, dejando las preocupaciones a un lado, comiendo comida basura, vistiendo con sus peores galas, es decir, con algún pijama con agujeros de los que tenían y viendo películas hasta que se quedaran dormidas.

—Está bien. ¿Por dónde se va?

Dan señaló a su izquierda.

—El paseo no llega hasta esa zona, tenemos que ir por la arena. Si vamos a buen ritmo, tú con la bici y yo corriendo, podemos estar allí en una media hora.

—¿Media hora? No sabía que esta playa era tan grande.

—Ni yo, pero ya sabes lo que me gusta explorar y ver qué hay más allá de lo conocido.

—A mí esa curiosidad se me quitó hace años —comentó cogiendo su bicicleta para arrastrarla hacia la orilla y pedalear mejor por esa zona.

—Pues pienso encargarme de que vuelva. —Dan se agachó para refrescarse un poco mojándose con el agua salada la cara y el pelo—. No hay pérdida para ir, por si algún día quieres ir sin mí, aunque me rompas el corazón si lo haces.

—¡Tú has ido sin mí! —bromeó Nayra dándole un ligero golpe en el brazo.

—Solo para ver si la zona era segura —dramatizó poniendo una mano en su pecho—. Es todo recto, hasta llegar a un conjunto de enormes rocas negras. Ese trozo de playa está detrás de ellas.

—Entendido.

—¿Una carrera?

Nayra se quedó pensativa y torció la boca antes de mostrar una sonrisa y subirse rápidamente a la bicicleta para empezar a pedalear.

—¡El último que llegue paga otro día las pizzas!

Dan negó con la cabeza antes de empezar a correr mientras gritaba.

—¡Eres una tramposa, mariposita! —gritó—. Una adorable tramposilla —susurró para sí mismo.

Y el karma pareció actuar contra Nayra, pues, a pesar de haber partido con ventaja en la carrera, no había conseguido vencerlo. La arena húmeda no había colaborado y la chica no paró de maldecir en todo el camino al tiempo que intentaba que las finas ruedas de su bicicleta no se hundieran en la playa.

Se había tenido que bajar varias veces para desenterrarla y, como consecuencia, Dan enseguida la alcanzó y la adelantó, no sin antes soltar una pequeña risa al pasar a su lado consiguiendo que la joven se picara más con esa pequeña competición.

—Ve preparando la cartera, mariposita —le había dicho antes de tomar la ventaja.

A duras penas, consiguió llegar, completamente agotada, más que por la carrera, por las veces que había tenido que bajarse de su medio de transporte para poder ni tan siquiera avanzar.

Dan había reducido el ritmo al ver que Nayra se quedaba muy atrás. Al final, acabó compadeciéndose de ella y acudió en su auxilio para terminar el tramo que les quedaba a la par. Él arrastrando su bicicleta y ella caminando a un ritmo algo lento para recuperar el aliento. Tardaron diez minutos más en llegar, pero cuando Nayra contempló el paisaje que se mostraba ante sus ojos, sonrió hipnotizada por su belleza. Había merecido la pena toda esa caminata, a pesar de que iba a tener que invitar a Dan a un par de pizzas, pero ella estaba encantada de hacerlo.

Emocionada como una niña pequeña, soltó un ligero y agudo chillido antes de ir hacia la cesta de su bicicleta para coger la bolsa de su cámara y colgársela a modo bandolera antes de trepar por las bajas rocas y así, acceder a ese pequeño terreno escondido que Hocklast tenía.

Como Dan le había dicho, las aguas eran cristalinas, pero sus tonos de azul variaban pasando del azul más claro que existía al más oscuro. Parecía sacado de alguna especie de historia mágica de hadas, elfos, duendes o de cualquier otra criatura fantástica.

Pero lo que de verdad le fascinó a Nayra, fue lo que estaba anclado en el extremo de ese lugar. Allí había un pequeño velero abandonado. Las velas

colgaban de sus mástiles completamente raídas y el casco blanco tenía algunas marcas de oxidación. Sin embargo, aún se veía precioso.

La mente de Nayra comenzó a funcionar a toda velocidad y empezó a hacerse un esquema mental de todos los lugares desde los que quería sacar fotos, qué quería captar, cuál sería el mejor ángulo para ello y miles de cosas más. Había tantas posibilidades en ese lugar que unas pocas horas no serían suficientes. Tendría que volver muchos más días, pero no quería hacerlo sola. Quería que Dan la acompañara. Ese lugar, al igual que el del columpio, sería algo suyo y quería compartir todo lo que hiciera en él.

Dan se quedó mirándola con una sonrisa en la boca. Nayra parecía una niña con zapatos nuevos. Estaba tan nerviosa por empezar a inmortalizar lo que veía que no conseguía encajar el objetivo a su preciada cámara. Él sabía muy bien que la chica tenía verdadera pasión por la fotografía. Formaba parte de ella y tenía un talento que muchos quisieran. Solo deseaba que, en un futuro no muy lejano, pudiera dedicarse a ello. Ella se lo merecía y sabía lo feliz que le haría cumplir ese sueño.

Mientras ella sacaba fotos sin parar y, como no, se colocaba en las posturas más raras para ello, Dan se sentó en el borde del velero abandonado que había. Sin poder evitarlo, comenzó a comerse la cabeza y a sentir una opresión en el pecho. Aún Nayra no conocía la verdadera razón por la que había vuelto a Hocklast, la ciudad donde se lo arrebataron todo. Tampoco le había mentido, sí lo había hecho para decir adiós al pasado. No quería pensar ahora en eso, en ese momento quería centrarse en ella.

En todos esos años que habían estado separados, no había dejado de pensar en ella. Sobre todo, en si estaba bien, en si su padre por fin había visto la maravillosa hija que tenía y en cómo habría cambiado desde la última vez que la vio. Si sería alta o, por el contrario, no habría superado el metro y medio. Si su cabello rubio habría cambiado o si seguiría tan claro como lo recordaba. Si continuaba siendo soñadora y entusiasmándose por las cosas más simples que le hacían ilusión. Incluso se había preguntado si había tenido algún que otro noviete por el camino, aunque, si era sincero consigo mismo, tampoco había querido darle demasiadas vueltas a ello. No le hacía ninguna gracia que ella tuviera novio. La recordaba demasiado inocente y dulce como para que un tío estuviera mancillando esa inocencia, por eso, le molestó

conocer la existencia de Liam, aunque enseguida lo aceptó. Ya no era ninguna niña. Tenía veintidós años y lo normal era que hubiera tenido ciertas experiencias que la vida otorgaba, al igual que las tuvo él.

Sin embargo, al conocer la faceta más oscura del chico, juró evitar que ese idiota le hiciera daño. Por mucho que quisiera interferir para que cortaran, Dan sabía que eso no era lo correcto. Debía ser Nayra quien tomara esa difícil decisión.

Por lo último que le había contado, ya estaba decidida a hacerlo, sin embargo, no sabía cómo ni en qué momento. Incluso le había pedido consejo a él, pero no era el más indicado para ello, pues sus relaciones habían sido más bien escasas y muy cortas. Nunca había roto con nadie, simplemente, las dos personas implicadas en su especie de relación se iban distanciando hasta perder por completo la comunicación.

Eso era lo que Nayra estaba haciendo. Distanciarse de Liam y no responder a sus continuos mensajes. En la universidad lo evitaba y cuando pasaba por su casa, le pedía a Theresa que le dijera que no estaba. Sabía que estaba siendo una cobarde y que estaba haciéndolo mal pero el sentimiento de culpa la estaba comenzando a invadir incluso antes de romper todo definitivamente. Además, que se enterara de que el humor de Liam estaba empeorando debido a su indiferencia y que cada día era más agresivo, no ayudaba. Tampoco quería hacer caso a los rumores que corrían por la universidad, sobre todo, al último que había escuchado; supuestamente, su inminente exnovio, había acudido al despacho de un profesor para partirle la cara por suspenderle un trabajo. A Nayra le había costado, pero finalmente había admitido que Liam era una persona agresiva y con un pronto muy fuerte. Sin embargo, quería creer que no era capaz de hacer algo tan loco como eso. Podía costarle su matrícula de la universidad. Temía que, al cortar con él definitivamente, el chico perdiera los papeles y arruinara sus estudios y su vida. Claro que su querido papá lo evitaría. Una de las muchas ventajas de ser el hijo del alcalde.

Dan simplemente le había aconsejado que fuera pensando bien las palabras y que no hiciera nada hasta que no estuviera completamente segura, pues, a pesar de afirmar que lo estaba, sus dudas reflejaban lo contrario.

—Adiós a la batería —lamentó Nayra frunciendo el ceño al ver como su

cámara se apagaba.

Se había olvidado por completo de ponerla a cargar la noche anterior y las dos rayitas que tenía no habían sido suficientes para la sesión fotográfica de ese día.

Apenada, guardó la cámara en la bolsa antes de dirigirse hacia el velero para sentarse al lado de Dan.

—Ya volveremos la semana que viene —le dijo él pasando un brazo por sus hombros.

—Estaría bien. —Sonrió—. ¿A qué hora sale tu tren mañana?

—A las siete y media de la mañana.

Nayra solo asintió con un leve gesto de cabeza y se quedó pensativa contemplando como las pequeñas olas morían en la arena dejando un rastro de espuma en ella.

Dan notó que algo la preocupaba, así que le dio un leve empujón para que lo mirara y le contara qué le pasaba por esa cabecita suya.

—¿Qué te preocupa?

—¿Quieres que te sea sincera?

—Siempre.

—Quizá te suene raro o infantil o descabellado o... yo qué sé, pero me da miedo que cuando te vayas... ya no vuelvas. —Lo miró—. Te acabo de recuperar, hace solo unos días que conozco la verdad y... me asusta que ahora que vuelves a mi vida, el destino te arrebatte otra vez de mí. —Nayra se quedó pensativa y se tapó la cara con las manos antes de separarse de él para empezar a caminar por el casco del velero—. Dios, suena patético y cursi.

Dan se puso de pie y se colocó a su espalda. No la tocó, pero tuvo que refrenar las enormes ganas que tenía de rodearla con sus fuertes brazos y depositar un beso en su coronilla.

—No lo es. Es bonito saber que hay gente que se preocupa por ti. Hace tiempo que nadie, además de Tyler, se preocupa por mí, Nayra. No sabes lo que es sentir que, si un día te pasa algo, a nadie le importará porque para ellos no existes. Que si un día dejas este mundo, nadie te recordará ni llorará. Cuando era un adolescente y antes de conocer a Tyler, no dejaba de darle vueltas a esa cuestión y me sentía terriblemente solo y miserable. Me preguntaba por qué había nacido si no tenía nada que aportar a este mundo.

A Nayra se le humedecieron los ojos al escuchar esas tristes y duras palabras y se giró para abrazarlo rodeando con sus brazos su cintura. Apoyó la mejilla contra su pecho y cerró los ojos para escuchar el latido de su corazón. En ese momento, le daba igual que estuviera sudado. Dan correspondió a ese abrazo y apoyó la barbilla en su coronilla mientras una de sus manos acariciaba el bajo de su espalda en círculos para relajarla.

—A mí me has aportado mucho, D. J. Sin ti, no sería quien soy ahora. No te haces una idea de lo que significó para mí que hace quince años confiaras en mí. —Deshizo un poco el abrazo para secarse los ojos con la palma de la mano—. Solo quiero que lo sepas. Y sé que aún te quedan muchas cosas importantes que hacer en este mundo. —Se separó ligeramente y ahuecó una mano en su mejilla—. Lo siento. No, no sé lo que es sentir eso... Sin embargo, ahora quiero que sepas que en Hocklast hay una chica a la que sí le importa y mucho que tengas un viaje de ida, pero no de vuelta.

Ambos dieron un pequeño paso hacia atrás, aunque sus brazos seguían enredados en el cuerpo del otro.

—Habrà viaje de vuelta. Te he encontrado, Nayra. Después de tantos años... lo he hecho y ten por seguro que no pienso volver a perderte. Te lo cumplo.

Nayra sonrió levemente al escuchar esas palabras tan importantes para ella y, para decepción de Dan, terminó por separarse de él. Se apoyó en las barandillas blancas y algo torcidas del velero.

—Entonces, espero que tengas suerte el sábado y consigas superar las pruebas, aunque sé que lo harás.

—Gracias, mariposita. —Le sonrió—. Mi tren llega a Hocklast el domingo a las diez. Si quieres, el lunes puedo ir a buscarte cuando salgas de la universidad y así saldás tu deuda de las pizzas y te cuento cómo me ha ido.

—Me parece un plan estupendo.

—¡Genial! Y ahora... —Puso una sonrisa que Nayra sabía que no podía traer nada bueno.

Dan empezó a caminar de forma lenta hacia ella sin quitar esa sonrisa lupina del rostro. Nayra tembló y notó que sus piernas comenzaban a fallarle.

—¿Qué haces, D. J.? —comenzó a caminar divertida y un tanto nerviosa para alejarse de él.

—Soy el pirata del velero y tú la dama a la que tengo secuestrada y que quiere huir de mí.

—Pero ¿qué dices?! —exclamó sin poder dejar de reír—. Ya no somos niños para jugar a estas cosas.

Dan elevó las cejas y negó con la cabeza antes de volver a sonreírla.

—Más vale que empieces a correr, mariposita.

Nayra no dudó y tras soltar un pequeño grito acompañado de una sonora carcajada, comenzó a correr por el velero con Dan siguiéndola muy de cerca.

Se escondió tras las velas rotas e incluso intentó trepar por el mástil, pero no conseguía subir más de dos metros antes de que se resbalara y volviera a caer.

—D. J., ¡para! —Continuó corriendo sin dejar de reír.

—¡Soy un pirata! No pienso permitir que la bella dama abandone mi barco.

Nayra soltó una nueva carcajada y consiguió sacar más distancia entre ella y Dan. Acabaron uno frente al otro y ninguno dejaba de moverse caminando en círculos.

—Así que piensas retenerme —le siguió el juego.

—Por supuesto.

—¿No crees que mi príncipe azul vendrá a salvarme?

—No, porque a ti, bella dama, no te van los príncipes azules y voy a conseguir que solo tengas ojos para este pirata y que jamás quieras abandonar su barco.

Nayra negó con la cabeza no sabiendo muy bien si esas palabras eran parte del juego o unas que ocultaban una verdad que Dan no quería que aún descubriera.

—La verdad es que no me van los príncipes azules, puedo cuidarme yo solita, pero... —Siguió caminando en círculos alrededor del mástil para que no la atrapara—. ¿Quién te dice que prefiero al pirata?

—Hum... —Se quedó pensativo—. Porque quizá, el pirata tenga un lado más dulce y finalmente consigas mirarlo más allá de su parche en el ojo y su pata de palo. Quizá sea la bella dama la que luce por mantenerse a su lado en su barco... ¿quién sabe en esta vida de locos?

Nayra no sabía cuándo sus pies se habían quedado fijos sobre la

superficie del velero. Su corazón había comenzado a latir con más fuerza y no había dejado en ningún momento de mirar a Dan. Si él era el pirata y ella la bella dama, estaba claro que quería quedarse con él. Puede que el príncipe azul fuera, por tradición, el héroe del cuento pero el pirata era al que de verdad conocía y jamás lo abandonaría por un tío con sonrisa de ángel, vestido con ropas elegantes y con un tesoro más grande que el de cualquier villano de cuento. A veces, las apariencias engañan y el príncipe azul podía convertirse en el malo de la historia en un segundo. Sin duda, ella se quedaba con su pirata.

Estaba tan absorta en esos pensamientos de piratas, príncipes y villanos, que no se dio cuenta de que Dan atravesaba la distancia que los separaba y la atrapaba.

Nayra intentó huir, pero la tenía muy bien sujeta. Ella gritaba y reía mientras Dan conseguía acercarla más a él.

—Te atrapé, bella dama —le susurró al oído—. Dime, ¿de verdad quieres que te deje ir?

Nayra se giró para mirarlo.

—Nunca.

—Dilo, mariposita.

—No quiero que me dejes ir nunca. Me quedo con el pirata.

Dan aflojó su agarre y ambos quedaron sentados sobre la húmeda cubierta del velero. Uno al lado del otro, con las respiraciones entrecortadas y sus rostros demasiado cerca, pero ninguno hizo amago de poner distancia. Dan seguía con sus brazos alrededor del cuerpo de Nayra y ella había apoyado los suyos sobre los de él. Sin poder evitarlo, elevó una mano para apartarle un mechón rebelde de su cabello rubio de los ojos antes de dejarla reposada en su mejilla.

Él no podía ser un pirata. Dan era la mejor persona que había conocido nunca. No era egoísta, ayudaba sin pedir nada a cambio y se aseguraba de que la gente que lo rodeaba, aunque esta fuera prácticamente escasa, estuviera bien. La vida le había puesto las cosas tan difíciles, que no se merecía más piedras en el camino y ella pensaba estar a su lado para eliminar todas esas piedras de una patada. A veces no entendía cómo, con todo lo que había sufrido, fuera tan maravilloso como era.

—¿Por qué eres tan bueno, D. J.?

—No lo soy en absoluto, mariposita. —Le apartó un colorido mechón tras la oreja—. Aún no conoces la parte más oscura de mí. Solo soy bueno contigo porque con el resto de la gente no merece la pena serlo.

Capítulo 18

Nayra no dejaba de mirar el móvil. No recordaba cuándo había estado tan nerviosa. Si echaba la vista hacia atrás, la última vez fue hacía unos meses y durante varios días mientras esperaba la nota de un examen, que, por suerte, consiguió superar. Y, si era sincera consigo misma, en ese momento no tenía ni la mitad de los nervios que ahora albergaba.

Ese día, Dan realizaba el examen físico y ella ansiaba con todo su ser que consiguiera superarlo. Sabía lo mucho que su mejor amigo se había preparado para ello y se merecía conseguirlo. Nayra no sabía muy bien en qué consistían las pruebas, pero por lo que él le había contado, eran muy duras y, quizá, por muy preparado físicamente que estuviera, no sería lo suficiente para superarlas. Además, estaba el hecho de que él iba con algo de desventaja, pues por su situación económica, no podía permitirse pagarse una plaza en gimnasios o lugares en los que preparar los ejercicios más específicos. Su entrenamiento había consistido en ejercitarse con lo que estuviera a su disposición e improvisando con cualquier cosa que se pusiera en su camino.

Un día, Dan se acercó a Nayra por la espalda y, sin avisar y dándole un susto de muerte, la cogió pasando un brazo por debajo de sus rodillas y el otro por su espalda para comenzar a hacer sentadillas con ella en sus brazos. Según él, necesitaba peso para que el ejercicio fuera más completo y no disponía ni de unas míseras pesas. Al principio, ella se quejó y exigió que la volviera a dejar en el suelo. Aún llevaba su cámara colgada del cuello y temía que se le rompiera pero tras unos segundos, se relajó y acabó muerta de risa mientras ella veía en su cara lo mal que lo estaba pasando sosteniendo sus sesenta kilos. Puede que no estuviera gorda, pero no era ninguna pluma.

Al recordarlo, una sonrisa se formó en su rostro y bloqueó de nuevo el móvil al ver que todavía no le había escrito, por lo que supuso que aún seguía examinándose.

—Tierra llamando a Nayra. —Chasqueó los dedos Wendy frente a ella.

Ese día, habían quedado para tomar un Frappuccino de caramelo, ir de

compras y después, ver una película en el cine antes de ir a cenar. La copa quedaba descartada, por el hecho de que Wendy aún estaba en su proceso de recuperación y quería estar alejada de ciertos locales donde el alcohol y las drogas parecían ser los anfitriones de los mismos.

Sin embargo, Nayra parecía haber desconectado de esa quedada desde hacía unos cuantos minutos. Wendy se había percatado de que no paraba de mirar su móvil y de esa sonrisa bobalicona que se le había formado.

—Lo siento —se disculpó antes de guardar el teléfono en el bolso.

—¿Esperas algún mensaje de Liam?

Al escuchar ese nombre, Nayra se tensó. Wendy apenas estaba al tanto de lo que estaba pasando nuevo en su vida, pero no quería que se preocupara por ella ahora que por fin iniciaba su proceso de rehabilitación y se la veía feliz y sana.

Su amiga tenía un considerable mejor aspecto. Las ojeras que siempre adornaban su rostro habían desaparecido, su tono de piel pálido se había convertido en otro más oscuro y había recuperado bastante peso. Estaba guapísima, se la veía contenta con los cambios y disfrutaba de su nueva vida en la medida de lo posible, pues aún le quedaba mucho que superar y por lo que luchar. Aunque Nayra iba a estar a su lado. Cada vez que la veía, le parecía mentira todo lo que había cambiado. Era una persona completamente nueva y estaba muy feliz por ello. Sin embargo, su hermana no pensaba igual y le había advertido de que no bajara la guardia con respecto a ella. Theresa no se fiaba ni un pelo de Wendy debido a todas las mentiras que había dicho y todos los graves errores que había cometido.

—Eh, no. Liam y yo...no, no estamos bien. —Suspiró—. Se podría decir que, dentro de poco, él ya no será un tema de conversación.

—Vaya... no, no me habías dicho nada —le dijo insegura y retirándose el pelo de la cara para intentar ocultar su decepción.

—No quería que te preocuparas ahora que por fin todo parece ir mejor contigo y entre nosotras.

—Pero ¿estás bien? —se interesó.

—Bueno, por un lado, me preocupa cómo se lo tomará. Aún no he conseguido el valor para hablar con él, aunque, por otro lado, necesito sacarlo definitivamente de mi vida. —Dio un sorbo a su Frappuccino—. Llevamos

tiempo sin hablar y sin vernos y, si te soy sincera, han sido unos días maravillosos. Sin preocuparme por sus celos, por si le parte la cara a alguien por el mero hecho de que me mira o me habla, sin escuchar sus falsas promesas...

—Ya... —fue lo único que pudo decir Wendy al oír la última parte de su comentario.

Sabía la importancia que Nayra le daba a las promesas y lo había aprendido de la peor forma posible. Rompiendo las que le hacía una detrás de otra. Sin embargo, esa última la estaba cumpliendo y pensaba continuar así.

—Así que, en general, creo que estoy bien, aunque hay muchas cosas que te tengo que contar.

—Tenemos todo el día para nosotras. —Sonrió Wendy mientras levantaba la mano para pedir al camarero otros dos Frappuccino.

Durante horas, ambas estuvieron hablando. Nayra la puso al día con respecto a Liam, a su padre y le habló de Dan. Wendy se quedó muy sorprendida por todo lo que le estaba relatando y se lamentaba no haber podido estar a su lado por culpa de sus malos hábitos cuando se enteró de quién era Dan o de la enfermedad de su padre. En cuanto a lo de Liam, se alegraba de que estuviera dispuesta a mandarlo a la mierda. Ni Wendy soportaba a ese idiota ni él a ella. Incluso no pudo evitar sentirse triunfadora al comprobar que, a pesar de que los dos se portaron como unos imbéciles con Nayra, su amiga lo había elegido a ella por encima de él.

En cambio, le preocupaba la aparición de Dan. ¿Y si la abandonaba por él? Ese chico era muy importante para su amiga, solo tenía que ver la sonrisa que se le formaba y cómo le brillaban los ojos al hablar de él. No podía evitar pensar que, en un tiempo, la dejaría de lado para irse con él. Por como hablaba de ese chico, parecía que podía proporcionarle todo lo que deseaba y que no necesitaba más que su amistad para sentirse completa. Si Nayra la abandonara, no sabía qué haría. Ya no le merecería la pena luchar por una vida mejor. Todos los cambios que estaba dando eran exclusivamente por ella, por mantenerla en su vida. Si al final hacía con ella lo mismo que con Liam, se rendiría para siempre. Ya no querría seguir en ese mundo cruel y diseñado solo para las personas que tenían cierto poder sobre las más débiles, como ella.

Definitivamente, a Wendy no le gustaba Dan. Era una amenaza y tendría que conseguir que Nayra le prestara más atención a ella que a él o sabía que la perdería.

—Bueno, dejemos de hablar del tal Dan —intentó sonar relajada.

—Vale. —Rio Nayra sabiendo que estaba siendo muy pesada con respecto a él—. ¿Cómo va la terapia?

—Normal, la verdad. En lo que me ayuda es en que esas tres horas a la semana en las que acudo a las sesiones, es tiempo que me sirve de desconexión, de estar alejada de casa y de poder dedicarme un poco de tiempo a mí. A que alguien me escuche y me diga que voy por el buen camino —miró a Nayra—, además de ti. Sé que también lo haces, pero no sé, es como si a mi psicólogo también le importara y con él ya son tres personas a las que le preocuparía si algo me pasara.

—Me alegra oír que te ayuda.

—Sí, sin embargo, el problema es que el terapeuta pone todo muy bonito, muy fácil y aunque quiero creer sus palabras, cuando salgo de la consulta y vuelvo al mundo real, veo que no es tan fácil como parece. Es más fácil hablar que hacer.

—Pero vas por el buen camino.

—Lo sé, lo sé. En cambio, aunque no lo parezca, me cuesta. —Suspiró—. Yo sí estoy cambiando, pero Parker y la situación en mi casa, no y eso consigue que cuando doy un paso hacia adelante, retroceda dos y vuelva a necesitar... evadirme.

Nayra se tensó al escuchar eso. Wendy empezaba a ser una persona nueva y que le confesara que aún tenía deseos de volver a su antigua vida no le gustaba en absoluto. Parker era el parche principal del que se debía desprender. Era como un auténtico parásito que le chupaba la sangre hasta que ya no le quedaba ni gota. No sabía qué vio su amiga en alguien como él.

Aunque, claro, ella no era muy buen ejemplo tampoco. En cierta forma, Liam también le había chupado la sangre. Si quería conseguir una vida estable con alguien, el chico debería cambiar su comportamiento. Eso o que la chica de la que se enamorara fuera igual que él. Ya ni siquiera le molestaba pensar en Liam con otra. Sonrió por dentro. Estaba preparada para decirle adiós, aunque quedaría con él en algún lugar donde no hubiera personas en

diez kilómetros a la redonda. Si se cabreaba y se ponía agresivo, que lo pagara dando puñetazos a las paredes si lo deseaba, no a gente inocente.

Y lo mejor sería que nadie supiera de esa quedada, especialmente Theresa y Dan. Ambos insistirían en acompañarla, temerosos de que a Liam se le fuera la mano con ella, pero Nayra sabía que él no le haría daño. No podía decir lo mismo con respecto a Dan y Theresa. Dan ya había probado sus puños, por desgracia, y, aunque sabía que de un golpe él podría derribar a Liam, no quería más peleas, pero Theresa... Su exnovio no oficial no la tenía en gran estima y puede que en su estado de ira la golpeará. Nayra jamás se perdonaría que Liam le hiciera daño a su hermana.

No quería darle más vueltas al asunto o retrasaría su decisión, así que, tras pedirle a Wendy que aguardara un minuto, sacó el móvil para mandarle un mensaje a Liam. Sabía que estaba fuera de la ciudad con sus padres, así que esperaba que la semana siguiente ya pudiera cerrar ese capítulo de su vida.

—Intenta olvidarte de Parker y pasar de él cuando estéis en casa. A él no le importa vuestro hijo, así que en cuanto encuentres trabajo y ahorres lo suficiente, podrás largarte de aquí.

—No... no podré —bajó Wendy la mirada a sus pies.

—¿Qué?

Wendy elevó de nuevo la vista y Nayra vio los ojos oscuros de su amiga humedecidos por las lágrimas que se concentraban en ellos. No entendía nada. Ni Parker la quería ni ella lo quería a él. Casi no podían ni verse y el idiota que tenía por novio o más bien, por compañero de piso, no paraba de amenazarla con dejarla en la calle a ella y a su hijo. Parker los quería fuera de su vida, ¿por qué Wendy quería quedarse?

—Se ve que... mi cambio tanto físico como mental está a la vista de todos y él lo ha notado. Le da rabia verme más fuerte, ver que me enfrento a él y odia cuando le digo que me llevaré al niño conmigo en cuanto consiga pasta, así que ahora, ha cambiado de estrategia para retenerme. Ahora me amenaza con llevarme a los tribunales si lo alejo de Dylan. Es el padre biológico y me puede denunciar por alejarlo de nuestro hijo, a pesar de que no se preocupa ni lo más mínimo por él. Parker disfruta viéndome sufrir y haciendo conmigo lo que le da la gana. Me siento, bueno más que sentirme,

en realidad, soy su esclava. Limpio, le hago la comida, me ocupo de todas las tareas domésticas, hago todo lo que me ordena porque es él el que tiene la sartén por el mango. Antes me amenazaba con echarme si no hacía lo que me pedía, ahora con quitarme a mi niño.

Nayra alargó la mano para coger la suya y darle un ligero apretón para intentar animarla. Wendy se secó las lágrimas con la mano que tenía libre. Estaba tan cansada de llorar y de sentir que estaba luchando por un imposible, que se empezaba a plantear si merecía la pena todo lo que estaba haciendo, pero cuando veía el orgullo en los ojos de Nayra al mirarla, sabía que sí lo hacía.

—Encontraremos la solución. Si demostramos que Parker ha ejercido en ambos un maltrato psicológico y cómo ha descuidado a Dylan desde el instante en el que nació, puedes ser libre. Siempre hay una solución y vamos a encontrarla.

—Gracias, Nayra. —Le sonrió—. Por todo.

—En cualquier momento.

El resto del día lo pasaron con total normalidad. Wendy consiguió evadirse de los problemas y disfrutó de su quedada como una joven más. Nayra también disfrutó mucho de esa tarde-noche de chicas. Desde que se conocían, jamás habían hecho algo tan normal. Cuando quedaban, siempre era por el hecho de que su amiga había estado días desaparecida, emborrachándose, drogándose y tirándose a cualquiera que se le pusiera por delante. Jamás habían hecho algo tan normal como irse a tomar un café, ir de compras, al cine o a cenar. Y Nayra confiaba en que, ahora que todo parecía ir mejor, esas quedadas se repitieran con más frecuencia.

Tras cenar en un local de comida rápida, ambas se despidieron para ir a sus respectivas casas. Wendy quería madrugar para pasar el día con Dylan en la playa del este, y Nayra quería ir a la estación de tren para darle una sorpresa a Dan.

Desde que le había mandado el mensaje a Liam, no había vuelto a coger el móvil, así que al llegar a casa se puso al día con los mensajes. Tenía uno de su hermana en el que le comentaba que había salido y que, con suerte, conseguiría ligar y no pasar la noche en casa. Otros tantos de Liam en los que le decía que podían quedar el viernes a la salida de la universidad, junto con

otros en los que expresaba su amor hacia ella y su desesperación por verla. Nayra suspiró. Lo que Liam sentía por ella, no era amor, ni siquiera era algo sano. Finalmente, abrió la conversación que de verdad le interesaba con una sonrisa en los labios.

Dan:

Hola, mariposita. ¿Me echas de menos? Yo a ti sí y no veo el momento de tener nuestra cita (quedada, comida, reunión, como quieras llamarlo si te sigue sin gustar que usemos la palabra cita entre nosotros 😊) el lunes. ¡Tengo mucho que contarte! Aunque lo principal es... ¡lo conseguí! Así que prepárate, porque en cuanto te tenga delante, te voy a coger, te voy a dar un abrazo de oso y voy a dar vueltas contigo así hasta que me pidas que te suelte o te mueras de vergüenza por la gente que tendremos alrededor y nos mire. ¡Estoy deseando que llegue el lunes para verte! Tal como te cumplí, mañana inicio el viaje de vuelta. Nos vemos muy pronto.

Nayra comenzó a saltar en la cama al leer su mensaje. ¡Lo había logrado! Estaba tan contenta por él..., ahora solo le quedaba estudiar para superar el teórico y comenzar su carrera en el mundo policial. En cuanto tuviera dinero ahorrado, seguiría estudiando para ascender puestos hasta convertirse en inspector. Sabía que a Dan no le iba mucho eso del uniforme, patrullar las calles y poner multas mientras mataba las horas muertas del turno comiendo donuts de todo tipo y bebiendo café. A él le iba más la acción, investigar y resolver casos imposibles. Aunque, si era sincera consigo misma... el uniforme le quedaría de muerte.

Nayra:

Estoy muy orgullosa de ti. ¡Sabía que lo lograrías! Yo también te he echado de menos y estoy deseando recibir tu abrazo de oso para celebrar tu gran logro 🥰.

Sin saber muy bien por qué, Nayra se sonrojó al enviarle ese beso y se dejó caer en la cama con una sonrisa de oreja a oreja antes de expulsar un largo suspiro. Los nervios que albergaba parecían haberse concentrado en su estómago, pues sentía como si miles de mariposas revolotearan en él. Bueno, ella quería pensar que eran nervios.

Con pereza, se cambió de ropa y se vistió con el pijama antes de poner la alarma en su móvil. Tendría que salir pronto de su casa para poder estar puntual en la estación y darle la sorpresa a Dan.

El día anterior, cuando se despidieron, le había dicho que no iban a poder quedar cuando volviera porque ella iba a pasar tiempo con su padre, cosa que era verdad, pero George, al escuchar el tono de voz de su hija cuando hablaba de su mejor amigo, la animó para que fuera a buscarlo para darle una sorpresa, y le pidió que un día lo llevara a casa. Su progenitor quería pedirle disculpas y hablar con el chico. Era lo mínimo que podía hacer ahora que sabía que no falleció el trágico día del incendio. Nayra le dio las gracias a su padre y le prometió que así lo haría.

Irremediablemente, la joven se puso a pensar en el día de mañana y maldijo en silencio al darse cuenta de que su hermana no iba a estar en casa para ayudarla con la ropa. Quería arreglarse un poco para darle la bienvenida a Dan, aunque tampoco en exceso, y lo que abundaba en su armario eran vaqueros, sudaderas y camisetas tres tallas más grandes. De ahí, se pasaba a la sección de vestidos, pero estos eran demasiado formales para ir a buscarlo a la estación. A riesgo de que su hermana la matara, decidió cogerle algo de su armario. Al fin y al cabo, tenían la misma talla. De todas formas, le mandaría un mensaje a la mañana siguiente en el caso de que esa noche no regresara a casa para que estuviera al tanto e intentaría no desordenar demasiado su apreciado vestidor.

Tras estar un tiempo esperando y ver que Dan no se volvía a conectar, Nayra se metió bajo las sábanas y se quedó dormida y deseosa de que la alarma sonara para volver a verlo.

Capítulo 19

Se notaba que era domingo, pues la estación de tren que se encontraba a dos kilómetros de Hocklast estaba abarrotada de gente. Nayra había llegado con bastante tiempo de antelación, no quería que ningún imprevisto la retrasara y tenía que coger el autobús que la dejaba más cerca de su lugar de destino.

De los nervios, apenas había pegado ojo esa noche y a las siete de la mañana, incapaz de seguir durmiendo, se había levantado para darse una rápida ducha.

Su hermana no estaba en casa. Parecía que había tenido suerte la noche anterior, por lo que le mandó un mensaje para avisarla de que iba a saquear su armario.

Tras colocarse una toalla en su cabello para que la humedad fuera desapareciendo, Nayra se dirigió al cuarto de Theresa y abrió su enorme armario. Dios, su hermana tenía ropa para vestir a todo Hocklast. Lo bueno era que todo estaba ordenado y completamente organizado. Miró las perchas pero nada de lo que había en ellas la convencía, así que abrió el cajón donde se encontraban las faldas. Tras rebuscar por ellas, se decantó por una de tiro alto de cuadros blancos y negros y con un único volante que cruzaba la prenda desde el centro, hasta un lateral. A Nayra se le daba fatal combinar y saber qué quedaba bien con cada cosa, así que decidió ir a lo seguro y completar ese conjunto con el jersey negro de estrellas blancas que Theresa vestía cuando se ponía esa falda.

De vuelta a su habitación, se secó el pelo, se maquilló y se cambió con la ropa que le había robado a su hermana. Decidió meterse el jersey por debajo de la falda para que esta se viera mejor y complementó el conjunto con unas medias negras con lunares más oscuros y unos botines del mismo color y con tachuelas que, por supuesto, también los había cogido del armario de Theresa. ¡Qué le iba a hacer! A ella no le gustaba nada la ropa ni ir de compras.

Tras recogerse el cabello en una coleta alta, cogió su pequeño bolso y

salió para ir al centro de Hocklast donde se encontraba la parada del autobús que debía coger. Daba gracias a que su ciudad no fuera demasiado grande, aunque, aun así, desde su hogar en la zona sur, hasta el centro, había una buena caminata. Se estaba replanteando considerablemente sacarse el carnet de conducir. Por intentarlo no perdía nada (vale, sí, unos cuantos dólares) y si veía que estar frente al volante no era lo suyo, siempre podía dejarlo y seguir con su bicicleta.

Llegó a la estación con media hora de antelación y, tras encontrar el lugar donde el tren llegaría. Se sentó en uno de los fríos asientos metálicos para esperar. Aún seguía completamente nerviosa y, a medida que los minutos pasaban, sus nervios parecían aumentar. Durante esa media hora, se quedó observando a la gente de su alrededor. Gente con sus maletas aguardando el tren, otros haciendo fila en la taquilla para comprar sus billetes y más personas con carteles y globos para recibir a un ser querido que parecía llevar tiempo ausente. Nayra sonrió cuando vio a dos niños con un globo cada uno correr al que parecía ser su padre. El hombre los abrazó a ambos y los cogió para tenerlos a su altura. La imagen que daban era muy tierna y de amor puro. Sin poder evitarlo, comenzó a recordar su niñez y como, en parte por su cabezonería, ella se había perdido momentos como ese con su padre y ahora..., él se podría ir en cualquier momento.

Nayra consiguió retener las lágrimas pero la sensación de culpa y de tristeza volvió a invadir su ser. No estaba preparada para perder a su padre, pero ¿quién estaba preparado para eso? Por mucho que sepas que es inevitable, el dolor de una pérdida siempre existe.

Por suerte, el sonido de los altavoces anunciando la llegada del tren de Dan logró sacarla de sus pensamientos. Se levantó como un resorte y se peinó un poco las ondas de la coleta con la mano. Ojalá tuviera un espejo para ver si su aspecto seguía siendo decente. No sabía muy bien por qué, pero quería estar perfecta.

No tenía ni idea de por qué puerta saldría Dan, así que se colocó en la del centro para poder tener una mejor visión de todas ellas. Enseguida empezaron a bajar muchos chicos jóvenes, probablemente, los compañeros que había tenido su amigo ese fin de semana. Algunos tenían caras largas y otros mostraban una sonrisa de oreja a oreja cuando se encontraban con su ser

querido para darle la buena noticia de que había superado el examen. Al menos era lo que ella suponía. Giró el rostro cuando escuchó el sonido de un pequeño grito de entusiasmo para ver a uno de esos chicos correr hacia una joven a la que empezó a besar con auténtica devoción. Parecía que estaban protagonizando la escena final de una película romántica. Nayra sintió una punzada de envidia y, por un momento, su mente fantaseó con la idea de que Dan la recibiera así.

«¡Oh, Dios! ¿Pero en qué narices estoy pensando?», se regañó.

Sin embargo, por mucho que su mente quisiera engañarla a sí misma, su cuerpo hablaba solo. Sus sonrisas cuando lo veía la delataban, al igual que lo hacía el brillo de sus ojos y ese cosquilleo que parecía no abandonar su estómago cada vez que se encontraban. Además, no le servía la excusa de decir que todas esas sensaciones eran debido a que Dan, era D. J., pues esos sentimientos empezaron a florecer desde antes de conocer la verdad.

Nayra continuó mirando entre la multitud en busca del chico al que quería ver y abrazar con ansia. Sin embargo, no lo distinguía entre los centenares de personas que deambulaban por el lugar. Ya habían salido casi todos los pasajeros y no parecía haber rastro de Dan. Caminó por el lugar estando atenta, observando a todos lados y deteniéndose más en todos los chicos rubios con los que se topaba, pero nada. Estaba comenzando a sentirse frustrada. Hasta que lo vio. Estaba detenido en mitad de la estación, con la bolsa colgada en su hombro y en la otra mano sostenía su móvil, probablemente, para llamar a Tyler o a un taxi que lo llevara de vuelta a Hocklast.

Nayra sonrió como nunca lo había hecho y empezó a correr hacia él, esquivando a algunas personas y chocándose con otras que se cruzaba con ella. Le dieron igual las miradas asesinas que estos le lanzaban o las llamadas de atención. En ese momento, solo le importaba una cosa. Durante la pequeña carrera, se fijó más en él. Estaba impresionante con esos vaqueros desgastados, una camiseta blanca y la chaqueta de color caqui. Además, la gorra que llevaba colocada del revés le daba un toque más juvenil y relajado.

—¡D. J.! —gritó su nombre.

El chico, al escucharlo, elevó la vista del móvil y comenzó a mirar a su alrededor, pero no la vio, por lo que volvió a llamarlo, aunque esta vez,

levantó el brazo para que pudiera localizarla mejor.

—¡¡D. J.!!

Finalmente, el chico la reconoció y, sin dudar, dejó caer la bolsa y corrió hacia ella para, como le había dicho el día anterior, cogerla y darle un abrazo de oso al tiempo que la hacía girar. Nayra se abrazó a su cuello mientras el chico seguía dando vueltas con ella aún en sus brazos, pero lejos de sentir vergüenza por la gente que los miraba, la joven solo podía sonreír y disfrutar de él.

Dan estaba completamente agotado tras el intenso fin de semana, así que, cuando escuchó su nombre, lo primero que pensó fue que estaba alucinando, pero cuando volvió a oír el nombre por el que solo una persona se refería a él, se convenció de que, en verdad, Nayra estaba allí. Ni siquiera se molestó en guardar el móvil que tenía en la mano. Lo único que pensaba era en correr hacia ella y abrazarla, entre otras cosas con las que su mente fantaseaba, pero sabía que, por el momento, no sería lo correcto.

A su pesar, la dejó en el suelo, pero no se separó de ella, sino que acomodó su dulce rostro entre sus manos. La cara de Dan reflejaba la alegría y la felicidad que le daba verla allí. Estuvo muy tentado de besar su sonrisa, aunque solo fuera con un casto beso, pero consiguió retener sus impulsos.

—¡Cómo me alegro de que estés aquí, mariposita! —Volvió a abrazarla y Nayra soltó un pequeño gemido. Dan tenía mucha fuerza y el aire casi no llegaba a sus pulmones.

—D. J., ¡que me ahogas!

Él la soltó de inmediato.

—Lo siento. Es solo, que me ha hecho mucha ilusión esta pequeña gran sorpresa.

—Me alegro, aunque me ha costado encontrarte.

Dan le apartó un mechón colorido que se le había escapado de la goma que sujetaba su coleta acariciando su mejilla sonrosada en el proceso.

—Pero siempre nos encontramos el uno al otro.

Y ahí estaba de nuevo. Ese cosquilleo que le recorría a Nayra cuando él la miraba como si en ese lugar lleno de gente no existiera nadie más que ella. Durante unos segundos, no se movieron. No hablaron. Solo se quedaron ahí. Mirándose el uno al otro con una sonrisa difícil de borrar mientras por la

cabeza de ambos pasaban cientos de pensamientos y su corazón albergaba otros tantos sentimientos. Cuando estaban juntos, parecía no haber nada más: ni problemas ni preocupaciones ni deberes ni responsabilidades... nada.

Sin ser consciente, Dan había comenzado a acariciar una de las mejillas de la chica. Ella se mordió el labio inferior nerviosa y carraspeó para romper el hielo.

—Quizá... deberíamos irnos —propuso Nayra cuando esos segundos comenzaron a hacerse un poco incómodos.

—Eh... sí, sí. —Carraspeó y se separó de ella tras volver a pisar la tierra. Recogió su bolsa del suelo y se rascó la nuca para intentar calmar un poco los malditos nervios que lo invadían cada vez que la tenía delante—. Tienes razón. Vamos.

Por la cabeza de Dan, le pasó la brillante idea de cogerla de la mano, y, a riesgo de que ella rechazara el gesto o dieran un paso atrás en su recién recuperada relación, la llevó a cabo.

Nayra al principio se tensó, pero no porque le molestara, sino porque se quedó sorprendida al sentir la mano de Dan cubrir la suya. Tardó medio segundo en relajarse y dar un paso hacia él para que sus cuerpos estuvieran más juntos. Disfrutando de la cercanía del otro, caminaron hacia la salida, donde Dan, a su pesar, soltó la mano de Nayra para llamar a un taxi. Tyler no le cogía el teléfono.

—No tardará en llegar —le dijo al colgar y se fijó más en ella. Se dio cuenta de que su vestuario no era el que solía llevar. Volvió a acercarse a ella para susurrarle al oído—. Estás muy guapa, mariposita, aunque con tus enormes sudaderas, también me gustas mucho.

Nayra se sonrojó e intentó ocultar ese rubor con una sonrisa, aunque lo único que consiguió fue que sus mejillas coloridas se le marcaran más. Se sentía como una maldita adolescente cuando el chico popular del instituto por el que todas las chicas suspiran le confesaba que llevaba tiempo fijándose en ella. Estaba tan nerviosa, que casi se le escapaba de su boca lo mucho que él también le gustaba. En realidad, gustar no sería la palabra correcta pero por el momento, ella quería creer que eso definía lo que sentía por su mejor amigo.

—Me apetecía un pequeño cambio, aunque prefiero mil veces mi ropa. Las medias pican —le confesó rascándose disimuladamente el muslo.

Dan soltó una pequeña carcajada. No negaba que esa falda le encantaba. Dejaba a la vista sus largas y torneadas piernas. Por la cabeza le estaban pasando muchas ideas al observarlas y ninguna de ellas era precisamente inocente.

Nayra sentía sus hormonas completamente revolucionadas en ese momento. Le gustaba que se hubiera fijado en su cambio de vestuario y ese pequeño piropo. No mucha gente le decía que estaba guapa, menos, cuando llevaba su habitual vestuario y, aunque ella no le daba mucha importancia, de vez en cuando también le gustaba que otra persona le hiciera sentir bien consigo misma.

Enseguida llegó el taxi y tras guardar su bolsa en el maletero, ambos montaron en el vehículo. Al no estar Nayra acostumbrada a llevar falda, le costó un poco sentarse sin que se le viera más de lo necesario. Dios, no sabía cómo su hermana podía llevar esos conjuntitos hasta para ir a trabajar. Era de lo más incómodo hasta para sentarse.

Dan pagó la carrera tras una discusión de varios minutos con su compañera de viaje para decidir quién invitaba a ese paseo. Lo único que consiguieron con esa pequeña pelea fue que el taxímetro subiera. Finalmente, él la convenció recordándole que ella iba a invitarle a las pizzas y que, además, se moría de hambre, por lo que con una no iba a tener suficiente para comer.

—¿Sabes? Estamos en el siglo XXI, ya no hace falta que el hombre invite a todo —repuso Nayra mientras subía de espalda los escalones para acceder a la vivienda de Dan.

—Pero si os encanta que seamos caballerosos, como los príncipes de Disney o los galanes de novelas medievales.

Nayra soltó una pequeña carcajada y se hizo un tirabuzón en el mechón que tenía suelto con su dedo índice. Dan se fijó en aquel gesto. Siempre lo hacía cuando estaba nerviosa o se sentía insegura. Desde que era una niña.

La joven liberó el mechón y colocó ese dedo en la barbilla para mostrarse pensativa acompañando ese gesto con un sonido que se podía descifrar como un «mmm».

—Creo que ya mantuvimos esta conversación y te dije que me quedaba con el pirata. —Le guiñó un ojo.

Dan elevó las cejas y negó con la cabeza mientras sonreía antes de meter la llave en la cerradura. Lo primero que vieron al entrar fue al gato de Tyler tumbado en el lado del sofá de su amigo. Eso era raro. Toothless y su compañero eran como dos malditos siameses. No se separaban el uno del otro y lo primero que hacía Tyler cuando llegaba a casa después de trabajar, era propiciarle mimos constantes. Dan siempre lo miraba sin dar crédito. Un tío de casi dos metros y capaz de tumbar a alguien de un puñetazo, rendido a los pies de un animal peludo de tres patas.

Cuando Toothless escuchó el sonido de la puerta, se bajó y se acercó a los invitados para frotarse contra sus piernas. Nayra se quedó sorprendida. Ella pensaba que los gatos eran muy aprensivos y renegaban de todo contacto humano. Ese pequeño negro de ojos verdes parecía ser todo lo contrario. Se agachó para acariciar con los dedos el suave pelaje de su cabeza y el animal ronroneó al tiempo que cerraba los ojos para disfrutar de ese pequeño momento de placer, hasta que Nayra se enderezó y volteó la cabeza hacia la cocina al escuchar el sonido de unas risas.

—Ahora entiendo porque Toothless estaba tan solo... te ha sustituido por una chica, ¿eh, amigo? —Rio Dan.

—Sigo diciendo que ese nombre no le pega.

—Cuando veas la película por la cual se llama así, lo entenderás.

Nayra no contestó. Se quedó con los pies clavados en el suelo mientras Dan se dirigía a su cuarto para dejar su bolsa. No sabía adónde ir y se sentía un poco incómoda sabiendo que el compañero de piso de su amigo estaba a escasos metros con una conquista. Solo podía esperar y rezar para que regresara pronto, aunque en el camino en el taxi, le había dicho que iba a darse una ducha antes de volver a salir. Ambos pensaban que la casa estaba vacía. Se veía que no, y la razón de por qué Tyler no le había cogido el teléfono. Estaba demasiado ocupado para echarle un vistazo al móvil.

Pensó en ir al salón, pero los tortolitos que estaban pasándose bastante bien en la cocina, (Nayra no paraba de oír como reían, se besaban y expulsaban algún que otro gemido) no se habían percatado de su llegada, por lo que le incomodaba delatar su presencia y cortarles el rollo si hacía el más mínimo ruido de camino a la estancia.

«D. J., vuelve pronto, por Dios», pensó expulsando un sonoro suspiro.

—Oh, definitivamente, retiro lo de crío.

Nayra abrió los ojos como platos al escuchar esa voz. Esa era... ¿Theresa? Olvidándose de la incomodidad y de la vergüenza, caminó a paso ligero hasta la cocina, donde, efectivamente, subida a la encimera estaba Theresa, con una camiseta que por suerte, le cubría lo necesario y, en el hueco de entre sus piernas, se encontraba Tyler solo vestido con unos vaqueros caídos, afortunadamente. El hecho de que ninguno de los dos estuviera completamente desnudo y con la ropa necesaria para no ver nada inapropiado, hacía esa intromisión más cómoda, dentro de lo que cabía.

—¿Theresa?!

Al escuchar la voz de Nayra, los amantes se separaron y se recolocaron un poco la ropa. Su hermana bajó de un salto de la encimera y se bajó hasta los topes la camiseta.

—¿Nayra! ¿Qué diablos haces aquí?

—¿Yo? ¿Qué diablos haces tú aquí? ¿De qué conoces a Tyler? ¿Y qué haces medio desnuda? —Se quedó en silencio y cerró los ojos por unos pocos segundos—. Vale, esa última pregunta es estúpida, no hace falta que me la respondas.

Tyler no sabía dónde meterse en ese momento. Se había quedado estupefacto al ver que Nayra y Theresa se conocían, aunque no sabía de qué. Mientras la joven del pelo colorido no dejaba de lanzar preguntas, Tyler aprovechó que no lo miraban para ahuecar sus vaqueros e intentar disimular la dolorosa protuberancia que se había formado en pocos segundos al tener a Theresa de nuevo más que dispuesta a repetir lo que habían hecho durante gran parte de la noche.

Hocklast no era muy grande y los lugares para salir de fiesta eran bastante reducidos, así que, cuando Tyler volvió a encontrarse con la preciosa morena que le dio largas el día de Año Nuevo por ser, según ella, un crío, fue directo a su encuentro para demostrarle a esa chica lo que tenía de crío. No iba a negar que le había costado. Ella también lo había reconocido y seguía negándose a liarse con un tío más joven. Sin embargo, había ocurrido lo inevitable y Theresa parecía haberse olvidado por completo de la edad de Tyler mientras el chico estaba entre sus piernas para llevarla al séptimo cielo.

—¿Y tú qué haces aquí? ¿No se suponía que ibas a pasar el día con

Dan? ¡¿Y por qué diablos llevas mi ropa?! Oh, Dios, espero por tu bien que mis armarios y cajones sigan bien ordenados o te juro que te mato.

—Los he dejado intactos. Tranquila, que no he mancillado nada de tu preciado vestidor y... Oh, ¡qué más da eso ahora! ¿Puedes decirme qué haces aquí y de qué conoces a Tyler?

Theresa iba a contestar cuando una cuarta persona entró por la puerta. Dan, alertado por los gritos que, sin darse cuenta, Theresa y Nayra habían soltado, fue al lugar de donde provenían una vez que se había cambiado de ropa y echado un poco de colonia. Había decidido retrasar su ducha para enterarse de lo que estaba sucediendo.

—Espera un momento. —Señaló Theresa a Dan—. ¿Tú vives aquí?

—Que yo sepa, sí —contestó el chico—. Un placer volver a verte... ¿Theresa?

—Correcto. Yo también estoy encantada de volver a verte, bombón.

—¡¿Bombón?! —Miró Tyler a Theresa.

A Nayra comenzaba a agobiarle esa situación. Demasiada gente, demasiadas conversaciones diferentes y entremezcladas y demasiadas preguntas. Y ver a Tyler cada dos por tres meterse la mano por debajo del pantalón para disimular su, ahora más pequeña erección, no ayudaba en absoluto.

—¡Orden, por favor! —acabó gritando Nayra.

—Guau, hermanita, acabas de sonar como un auténtico juez —se mofó Theresa apoyándose en la encimera.

—¡¿Sois hermanas?! —las señaló Tyler.

«Parece que la palabra orden no entra en su vocabulario. Seguimos con más preguntas», pensó Nayra antes de soltar un largo suspiro.

Dan al verla tan agobiada, se acercó a ella y le pasó una mano por los hombros.

—Bueno, veo que hay muchas cosas que explicar —habló—, así que propongo que vosotros, tortolitos, sigáis a lo vuestro, y Nayra y yo os dejamos solos y vamos a comer a otro sitio.

—Espero que me la cuides bien, Dan —lo advirtió Theresa—. No querrás ver la parte más oscura de mí —dramatizó al tiempo que le lanzaba una mirada fulminante y le indicaba que lo estaría vigilando.

—Te doy mi palabra o, cómo le digo a tu hermana... —Miró a Nayra—
... Te lo cumplo.

Nayra sonrió.

Theresa los miraba sin entender demasiado qué había querido decir Dan con eso, pero ella también mostró una gran sonrisa al ver cómo esos dos se miraban. Ese chico era lo que se merecía Nayra. Un chico que la respetaba, que la cuidaba y que sabía cuán importantes eran ciertas cosas para ella. Liam era todo lo contrario a él y se alegraba enormemente de que por fin Nayra se hubiera quitado la venda en cuánto a él. Theresa jamás había visto a Liam mirar a su hermana como Dan lo estaba haciendo en ese momento.

—Me siento un poco desapercibido al ver que todos os conocéis y a mí aún me cuesta un poco saber qué está ocurriendo —intervino Tyler—. He pasado de tener una magnífica mañana a estar de repente en una especie de reunión improvisada que está retrasando mis maravillosos planes.

—Nos conoces a todos, solo que hay que explicar un poco las relaciones entre los cuatro. —explicó Theresa—. Nayra es mi hermana, Dan su mejor amigo y el niño que creíamos muerto, que, casualmente, es tu compañero de piso y tú para mí eres mi cuenta pendiente de Año Nuevo y yo lo mismo para ti.

Tyler se quedó unos segundos, pensativo, hasta que bajó la cabeza a sus pies donde Toothless se había acurrucado reclamando un poco su atención. Nadie se había dado cuenta de cuándo el gato había entrado.

—¿Tú te has enterado de algo, campeón? —le preguntó Tyler a su mascota.

El gato maulló como respuesta y volvió a acurrucarse alrededor de los pies de su dueño para intentar echar una nueva cabezada.

—¡Bah! —Desistió Theresa—. Cuando la sangre te vuelva al cerebro en lugar de donde está ahora concentrada, te lo vuelvo a explicar.

—Creo que será lo mejor.

Dan y Nayra negaron con la cabeza viendo a esos dos. La joven sabía que, esa noche o, a más tardar, el día siguiente, su hermana y ella iban a tener una de sus charlas cotillas con respecto a lo sucedido con los respectivos chicos, lo que significaba llenar su despensa de calorías y así tener provisiones durante las horas que iba a durar su conversación.

Finalmente, abandonaron la casa. Ninguno de los dos quería ser testigo del espectáculo que Theresa y Tyler iban a protagonizar dentro de unos minutos. Aunque, en el fondo, a Nayra le gustaba mucho el hecho de que esos dos necesitaran estar solos, de esa forma iba a tener a Dan todo para ella durante gran parte del día.

Nayra se colocó el casco que él le ofrecía y se montó en la parte de atrás de la moto. Rodeó con sus brazos su cintura y procuró acercar lo máximo su cuerpo al suyo. Estaba comenzando a aficionarse a esos paseos en moto y a sentir su cálido cuerpo contra el de ella.

—Si quieres manosearme, no te cortes, mariposita.

—Más te gustaría a ti.

—No te haces una idea —susurró Dan para él sin saber que Nayra lo había escuchado.

Daba gracias a que el casco tapara lo roja que se había puesto, pero no de pudor, sino por culpa del calor que la había invadido en cuestión de segundos. Imaginarse esa escena hacía que todas sus terminaciones nerviosas acabaran en cierto punto de su anatomía. Estaba más perdida de lo que creía. Necesitaba ordenar las cosas en su vida y aclarar su mente, pero tenía clara una cosa: jamás volvería permitir que nada ni nadie la separaran de D. J.

Capítulo 20

Aún quedaban unas horas para que llegara la hora de la comida. Nayra y Dan habían pensado en ir con sus pizzas a la playa. Sin embargo, el tiempo tenía otros planes para ellos. Hacía pocos minutos que un intenso viento se había levantado, lo que indicaba que se aproximaba una gran tormenta. Arruinado su improvisado plan de comer en su refugio, finalmente decidieron hacerlo en casa de la joven. La tendrían toda para ellos ese día.

Cuando llegaron, Nayra le ofreció a Dan darse una ducha. Con lo que había sucedido en su casa, sabía que el chico no había podido asearse. No es que en ese intenso fin de semana no hubiera recurrido a la esponja y al jabón pero no era lo mismo una ducha en condiciones que una donde tenías que compartir espacio y con un máximo de cinco minutos para acabar. Había muchos chicos y chicas examinándose y todos tenían que estar listos en una hora para llegar a la cena.

Dan aceptó su oferta y se lo agradeció hasta la saciedad. Necesitaba esa ducha.

Nayra le proporcionó todo lo que podría necesitar y se disculpó divertida por el gel y el champú, ya que, por unas horas, la fragancia de Dan dejaría de ser masculina para que su piel desprendiera un agradable aroma a flor de algodón y mimosa.

Dan la miró con una fingida expresión de horror y le dio un beso en la sien antes de volver a agradecerle que le dejara usar su ducha y prometiéndole dejarla tan limpia como estaba. Nayra se quedó un poco impactada por ese beso y asintió con la cabeza como si fuera uno de esos perros que se ponen en la parte trasera de los coches.

Una vez que el chico cerró la puerta, Nayra volvió a pisar la tierra y se quedó pensando en su comentario sobre dejar impoluta la ducha. No sería difícil, teniendo en cuenta que, Theresa, para ser tan presumida y cuidadosa con todos los virus y bacterias que habitaban en el mundo, era la primera en no recoger los pelos que dejaba cuando se lavaba la cabeza. No sabía cuántas veces habían tenido que llamar a un fontanero para que les desatascara el

desagüe.

Y hablando de limpieza... Nayra puso los ojos como platos y corrió a su cuarto. Lo tenía hecho un auténtico desastre. Ropa tirada, papeles por todos lados, la cama deshecha..., en resumen, parecía que había pasado un huracán por él.

Comenzó a recogerla a contrarreloj. No es que tuviera planes de llevar a Dan a su habitación, pero mejor era prevenir que curar y dejarla lo más impoluta posible en caso de que pusiera un pie en ella. Dios, ¿por qué no se parecería más a su hermana en ese aspecto? Ella era una obsesiva con la limpieza del baño, pero Theresa lo era con la de su cuarto.

La dejó medio decente en cuestión de minutos. Claro que, había recurrido a un truco un poco sucio para recoger toda la ropa que tenía tirada. Simplemente había hecho una bola con ella y la había guardado en el armario. Le había costado cerrar las puertas, ya que la ropa no dejaba de caerse y atascarla, pero, tras varios intentos, lo había conseguido.

Nayra se apoyó en la pared con la respiración entrecortada y se pasó una mano por la coleta. Estaba completamente deshecha, así que se quitó la goma para ahuecar su cabello con los dedos y que pareciera un poco decente.

Poco después, la joven escuchó el sonido del pestillo, así que corrió al salón para sentarse en el sofá y fingir que todo ese tiempo había estado distraída con su móvil en vez de ordenando su desastre. Aunque se arrepintió de cogerlo. Apenas le hacía caso y era por la razón que ahora tenía delante. Cada día Liam le mandaba cientos de mensajes y en cada uno de ellos su estado de agresividad iba aumentando. No sabía cómo iba a reaccionar cuando se vieran y ella cortara toda su relación con él. Por primera vez, tenía miedo de que se le fuera la mano con ella. Sin embargo, si seguía posponiéndolo tanto, sería peor, así que decidida le escribió:

Nayra: «Nos vemos mañana. Ven a mi casa a las seis de la tarde. Estaré sola».

Tras pulsar la opción de enviar, bloqueó el móvil y lo dejó encima de la mesa. Enseguida este vibró y la pantalla se encendió mostrando su respuesta.

Liam: «Ahí estaré. Te echo de menos, nena».

—Bueno, y ¿cuál es el plan hasta la hora de comer? —preguntó Dan sentándose a su lado.

Tal y como había predicho Nayra, su olor masculino había desaparecido y ahora desprendía un delicioso aroma femenino. También tenía el cabello húmedo y despeinado. Sin poder evitarlo, Nayra comenzó a adecentárselo con la mano mientras respondía:

—He pensado en ver una peli hasta que pidamos y después, otra mientras comemos. ¿Alguna sugerencia?

Dan se quedó pensativo y una sonrisa se extendió por su rostro.

—Creo que es hora de que veas dos de las mejores películas de animación que hay. Voy a resucitar a tu niña interior.

—Me estás tomando el pelo.

—Para nada, mariposita. ¿Tienes Netflix?

Nayra asintió con la cabeza y encendió la televisión para iniciar la sesión. Le pasó el mando al chico y este buscó la película de *Cómo entrenar a tu dragón*.

—No puedo creer que vayamos a ver una película para niños. —Rio Nayra.

—¿Quién dice que las películas de dibujos son solo para niños?

—No sé... ¿la sociedad?

—Ay, Nayra... —Negó Dan con la cabeza—. Tienes que dejar de pensar que todo lo que dice la sociedad está bien.

Nayra se mordió el labio inferior sabiendo que tenía razón. Si era sincera consigo misma, durante varios años había dejado de ver o de hacer cosas que le gustaría porque pensaba que ella ya no tenía edad para esos planes considerados infantiles. Tenía que cambiar de perspectiva, dejar de pensar en el qué dirán y hacer lo que el cuerpo le pedía. Mientras no le haga daño a nadie, ¿qué tiene de malo?

Sin embargo, si era sincera consigo misma, no era que tuviera demasiadas expectativas con esa película. No tenía ni la menor idea de por dónde iba a tirar, pero la vería por Dan, aunque sería sincera con él en cuanto a sus impresiones. Si no le gustaba y le parecía un horror de película, se lo pensaba decir sin tapujos.

Sin embargo, pocos minutos después, la joven no podía quitar la mirada de la pantalla y comentar cualquier cosa que se le pasara por la cabeza.

—Por Dios, si se comporta igual que un perro. —Rio Nayra viendo al

dragón protagonista—. Lo admito, ¡es adorable!

—¿Y ya entiendes el nombre del gato de Tyler?

—Totalmente.

—Sabía que te iba a gustar —dijo pasando un brazo por sus hombros.

Sin ser consciente y por puro instinto, Nayra se recostó levemente sobre él para continuar viendo la película. Aunque le costara admitirlo, le estaba encantando y la banda sonora que tenía la había encandilado por completo.

Durante la hora y media que duró, Nayra pasó por todo tipo de reacciones. Le encantaba el sarcasmo que usaba el protagonista, se enternecía con cada gesto que hacía Desdentao y, en alguna que otra ocasión, lo había pasado mal y había aguantado las ganas de llorar.

Dan, que no se perdía ninguna de sus reacciones, no pudo evitar soltar una leve carcajada cuando vio como a la chica se le humedecían los ojos, consiguiendo que se ganara un suave golpe de ella en el brazo.

—No te enfades —dijo atrayéndola más hacia él—. Emocionarte es bueno. Significa que has disfrutado y sentido lo que estás viendo.

—Odio cuando tienes razón. —Acabó riendo también y soltó un largo suspiro para liberar parte de la opresión que se había instalado en su pecho, sobre todo, en el final de la película—. Voy a pedir las pizzas. ¿Cuál te apetece?

—Me muero de hambre, así que para mí la barbacoa.

—Enseguida vuelvo. —Saltó con el móvil en la mano por encima del sofá para ir a la cocina donde tenía en un imán el número de la única pizzería de Hocklast—. ¡No pongas la segunda parte sin estar yo! —le gritó cuando ya había salido del salón.

—Ni se me ocurriría. —Rio.

Y decía la verdad. No quería perderse ninguna de las impresiones de Nayra con esa segunda parte, sobre todo, cuando llegaran a cierta escena que a él lo impactó.

Enseguida, Nayra hizo el pedido. Barbacoa para Dan y una margarita para ella. Tardarían veinte minutos en llegar.

—Tengo aún la sudadera que me dejaste cuando... me enteré de lo de mi padre.

Dan frunció el ceño sin saber a qué sudadera se refería, pero enseguida

se dio cuenta de cuál hablaba. La que le regaló Tyler para burlarse un poco de él.

—Puedes quedártela si quieres. No pienso ponerme esa cosa tan cutre.

Nayra rio recordando la frase que ponía en ella y negó con la cabeza. Solo por ver la cara que mostraba pensando en esa sudadera, estaba más que dispuesta a devolvérsela. Si hubiera sido otra, probablemente habría aceptado ese pequeño regalo sin dudar, sin embargo, no era el caso.

—No, no, ¿qué pensaría Tyler si supiera que me has dado algo que te regaló con tanto cariño? —dramatizó llevándose una mano al pecho antes de sonreír—. Anda, ven, la tengo en mi habitación.

«Menos mal que la he recogido», pensó.

Por suerte, no había guardado la sudadera en el armario tras haberle dado un agua. La había dejado en uno de los cajones, por lo que no se tendría que preocupar de sufrir delante de él una avalancha de ropa.

—Está como nueva —comentó dándose la vuelta, pero se quedó bloqueada al verlo.

Le daba espalda. No podía ver la expresión de su rostro y, en ese momento, Nayra necesitaba saber qué estaba pasando por la cabeza del chico al contemplar la fotografía que tenía en su pared. Tampoco sabía qué decirle. Simplemente se quedó observándolo.

Su ancha espalda no mostraba ningún tipo de tensión, algo que la alivió, aunque si estaba completamente rígido. Parecía una estatua. El silencio inundó por completo su cuarto. Este solo se rompió con el sonido de los pies de la joven. Sus pequeños pasos comenzaron a resonar cuando comenzó a acercarse a él, hasta colocarse a su altura.

Nayra primero miró la fotografía.

Después lo miró a él.

Lo miró y no pudo descifrar qué tipo de emoción se escondía detrás de su mirada esmeralda, pero ella sí descubrió otra cosa al contemplarlo: una realidad que le asustaba decir en voz alta y la cual le parecía una auténtica locura. Sin embargo, el cosquilleo, el latido de su corazón, cómo su piel se estremecía cuando la tocaba, incluso ese temblor en las rodillas cuando la sonreía y la miraba. Todo eso no podía mentir y por más que su cabeza quisiera negarlo, de nada servía. La negación no haría que sus sentimientos se

esfumaran como si tal cosa. A pesar de esto, aún no quería resumir todo eso con esa palabra que empezaba por la letra E.

Dejó la sudadera apoyada en su mesa y se acercó más a su cuerpo para cogerle de la mano y entrelazar sus dedos. Dan no tardó ni medio segundo en hacer que sus manos encajaran, pero no quitó la vista de la fotografía.

El chico no sabía muy bien qué sentía en ese momento. Quizá la nostalgia era lo que más abundaba en su corazón en ese instante. Recordaba ese día a la perfección y cómo se había sentido al ver aquella imagen por primera vez. Se sintió un don nadie. Es más, se había quedado mirando hasta su reflejo en una de las vitrinas del puesto que había ese día en la plaza de Hocklast. No le había gustado nada lo que veía en él: a sí mismo. A un fracasado. Vio a una persona que no conseguiría nunca nada en la vida. Vio a alguien que no tenía nada que dar ni que ofrecer. A un egoísta que se estaba aprovechando de la desgracia de una niña para ser él un poco feliz por un par de horas al día. Sintió que tenía que compensar a esa niña por su egoísmo y no pensó en las consecuencias que podría tener: robó esa fotografía.

—Aún la tienes —acabó susurrando.

—Claro que aún la tengo.

—Pensaba que, después de que desapareciera, te habrías deshecho de ella o quizá tu padre la habría encontrado y tirado al primer contendor.

—La escondí durante muchos años —le contó Nayra—. Y cuando te fuiste, en cuanto podía la cogía para mirarla. Hacía que me sintiera más cerca de ti.

—Sé que te gustaban más las fotografías de la naturaleza... pero es la única que pude conseguir.

Nayra sonrió levemente y se abrazó a su brazo al tiempo que apoyaba la cabeza en su hombro. Sabía que Dan había robado esa fotografía y de niña ya lo regañó por ello, pero eso sucedió hace tiempo y no quería recordárselo.

—Me da igual el tema de la fotografía, lo que me gusta de ella es que me la regalaste tú. Eso es lo que la hace especial. Nada más.

Dan ni siquiera recordaba el nombre y el autor de esa fotografía, pero siempre que la veía, la imagen de Nayra acudía a su mente, sobre todo, la sonrisa mellada que le mostró junto con un beso en la mejilla cuando le dio ese regalo envuelto torpemente con papel de periódico que había conseguido

en la papelería de su colegio. Rebuscando en ese gran rectángulo de cartón qué páginas estaban libres de restos de comida y de bebida.

—Estuve investigando sobre esta fotografía —habló Nayra al ver que él se quedaba callado—. Para mucha gente es un beso épico. El famoso beso frente al Hotel de Ville. Una pareja joven demostrando su amor en las calles de París sin importar quién los mire. Sin importar que otras personas los juzguen. El gran Robert Doisneau estaba en el momento adecuado y en el lugar adecuado con su cámara para captar la imagen que esos dos jóvenes improvisaban durante unos segundos en la ciudad del amor. —Dan no dejaba de mirar cada detalle de la imagen—. Sin embargo, es mentira. Solo es un montaje. Ni eran pareja, ni estaban enamorados, ni el fotógrafo captó por casualidad ese momento de romanticismo. La fotografía no fue tomada al azar, sino que esa pareja era simplemente un par de actores que habían aceptado la propuesta de Doisneau.

—Vaya...

—Detrás de cada fotografía hay una historia, pero en muchas ocasiones no es la que todo el mundo conoce. Igual que la famosa foto del marinero besando a la enfermera tras la rendición de Japón y el fin de la Segunda Guerra Mundial. Tampoco fue ningún acto de romanticismo, más bien de acoso —continuó explicando—. Tras la emoción de ese acontecimiento, ese marinero fue besando a toda chica que se cruzaba con él, incluida la enfermera de la fotografía.

—No me lo puedo creer. —Rio Dan—. Cuántas mentiras nos han colado.

—No lo sabes tú bien.

Se quedaron unos segundos más en silencio contemplando la fotografía que tenían delante de ellos. Nayra comenzó a separarse de él, pero Dan no la dejó. Tiró de su brazo para volver a acercarla a su cuerpo, solo que, esta vez, giró un poco el cuerpo para quedar uno frente al otro.

Nayra soltó un ligero jadeo cuando Dan le rodeó con los brazos su cintura. De pronto hacía calor. Sus pieles parecían fundirse por encima de la ropa. La joven cerró los ojos y se mordió el labio inferior al tiempo que bajaba la mirada. El latido de su corazón se había disparado y si no fuera por el hecho de que Dan la tenía abrazada, habría caído al suelo por culpa del

temblor de sus piernas.

Dan bajó la cabeza y apoyó su frente contra la de ella. Ni siquiera sabía de donde había salido ese impulso, solo que, cuando notó que Nayra se alejaba de él, sintió de nuevo ese vacío y esa soledad que le habían acompañado tanto tiempo. No quería soltarla. No quería volver a perderla. Al igual que había hecho ella, él también cerró los ojos e inspiró el dulce aroma que desprendía su cabello.

—Tengo que confesarte una cosa, Nayra.

Un cosquilleo recorrió el cuerpo de ella al escuchar como pronunciaba su nombre con voz ronca y en apenas un susurro. Volvió a jadear. Abrió los ojos y elevó el rostro para que sus miradas conectaran. Su nariz rozó la de él en el camino. Al igual que le había pasado antes, no sabía leer lo que sus ojos escondían. Se le veía perdido, incluso se arriesgaba a decir que hasta había algo de miedo en ellos.

Nayra elevó sus manos para acoger en ellas su rostro. La ligera barba rubia que le cubría la mandíbula le raspaba las palmas, pero no le importó, sino que se acercó más a él y comenzó a acariciar sus mejillas con los pulgares deteniéndose en dibujar con su índice la pequeña cicatriz de su pómulo.

—Puedes contarme cualquier cosa, D. J. Estoy aquí —le susurró.

—No sé si querrás echar a correr después de que hable.

—No voy a irme.

—¿Y si te asusto?

—Pues simplemente lo harás, pero no me marcharé. En ocasiones... habrá situaciones en las que yo te asuste a ti. ¿Huirás?

—Podrás decirme que eres una asesina en serie y yo te ayudaré encantado a ocultar los cadáveres.

Ambos sonrieron, aún con sus frentes unidas.

—Cuando era niño... me hiciste sentir muchas cosas, Nayra. Muchas. Sin embargo, había una que no era capaz de entender. Pero ahora lo hago. Ahora lo entiendo todo: mi yo niño se enamoró de ti sin saberlo y creo que mi yo de ahora también lo está haciendo.

Nayra cogió aire, pero este no duró demasiado en sus pulmones. Se escapó por su boca como un suspiro entrecortado. Dan tenía razón. La había

asustado, pero no pensaba salir corriendo, porque lo mismo sentía ella.

—D. J....

—Sé que aún no has roto con tu novio y... no quiero que te sientas obligada a nada. Ni siquiera sé si solo me ves como tu amigo o incluso como un hermano mayor. Solo... solo quería ser sincero contigo.

—D. J.... yo...

—No hace falta que me digas nada.

Nayra le hizo caso. No dijo nada, pero alzó los talones para colocarse de puntillas y rozar sus labios con los de él. Sin embargo, ahí se quedó. En un simple roce, pues ambos se separaron al oír el timbre de la puerta.

—Debe... debe ser la comida.

Nayra se separó de él y, a su pesar, Dan acabó por dejarla ir. El ambiente que se había creado entre ellos había desaparecido y ese valor que la chica había reunido, ya no estaba. ¿Qué había estado a punto de hacer? No era que no lo deseara, pero, oficialmente, aún era la pareja de Liam y no le parecía bien.

Pagó las pizzas y fue al salón donde Dan la esperaba en pie. Parecía como si el chico no supiera qué hacer tras su confesión. Quizá Nayra quería estar sola. Ni siquiera sabía qué decirle. Había abierto la boca en varias ocasiones, aunque ninguna palabra salía de ella.

—Bueno qué, ¿ponemos la segunda parte? —rompió Nayra el incómodo y tenso silencio.

Él asintió y vieron la película sin hablar, aunque Nayra se dejó consolar cuando llegaron a la escena más dolorosa e inesperada. Le dio una vergüenza terrible haberse derrumbado delante de él, pero no había podido evitarlo. Más, cuando dentro de ella albergaba una esperanza que enseguida se rompió, pues ella viviría algo parecido muy pronto.

Con la excusa de que necesitaba descansar tras el intenso fin de semana, Dan se despidió de ella nada más salir los créditos. Nayra quería haber hablado con él sobre lo sucedido en su cuarto, pero, al verlo tan nervioso, decidió darle tiempo. Además, ella también prefería esperar un poco. Tenía que cerrar el capítulo de Liam y había llegado la hora de ser sincera con Dan y consigo misma.

Capítulo 21

El viento azotaba fuerte en Hocklast, lo que hacía que diera absolutamente igual que llevaras paraguas. El agua mojaba a Nayra desde cualquier dirección. Solo a ella se le ocurría caminar por las calles con ese temporal. Estaba claro que cuando el mal tiempo llegaba a la ciudad, lo hacía a lo grande. Sin embargo, era cabezota como ella sola y quería revelar las nuevas fotografías, por lo que, tras acabar sus clases en la universidad, había decidido ir a la tienda de la señora Owen. Tenía la memoria de la cámara llena y, aunque poseía varias copias en su portátil, le gustaba tenerlas en sus manos y crear con ellas cientos de álbumes. Iba a llegar a un punto en el que ya no sabía dónde iba a guardar tantos. Apenas tenía espacio en las estanterías para sumar más.

Por culpa del mal tiempo, no había podido coger su bicicleta, así que no le había quedado otro remedio que ir a pie. Su ropa y su cabello estaban mojados pero al menos no caían gotas de ellos, así que no calaría el suelo de la tienda de la señora Owen.

—Buenos días —la saludó cuando entró por la puerta haciendo sonar la campanilla.

—Hola, Nayra. ¡Qué alegría verte! —Salió del mostrador para abrazarla sin importar que la joven estuviera mojada—. Y qué bien te veo.

Y no mentía. En todos los años que llevaba acudiendo a su tienda para revelar sus fotografías, jamás le había visto con esa sonrisa, ese entusiasmo y esa alegría. Estaba irreconocible.

—Me siento bastante bien, Melissa.

—Me alegro mucho, cielo. Me enteré de lo de tu padre, ¿cómo está?

Nayra le mostró una ligera sonrisa y se encogió de hombros. Poco a poco iba aceptando lo que le pasaba a su padre. Había aprendido que de nada servía aferrarse al miedo. Sino a la esperanza. Ella lo visitaba a menudo y lo veía bien. George hacía vida normal. Iba a pasear, salía con su madre a cenar y la visitaba a ella y a Theresa a menudo. La familia Hastings estaba más unida que nunca, aunque Nayra seguía arrepintiéndose de haber sido tan

rencorosa y de no haber intentado perdonar antes a su progenitor. Lo había hablado con su hermana, ya que la conciencia aún la reconcomía. Se sentía fatal, a pesar de que Theresa intentaba que dejara de darle vueltas con la típica frase que decía mejor tarde que nunca.

—Está bien, dentro de lo que cabe. De momento no nos ha dado otro susto y espero que siga así muchos años.

—Seguro que será así, cariño. Bueno, ¿me dejas ver qué maravillas has sacado?

Nayra sonrió y asintió al tiempo que le tendía el USB. Como siempre, Melissa Owen se quedaba impresionada con las fotografías y se preguntaba dónde estaban esos lugares que la joven immortalizaba. Ella había vivido toda la vida en Hocklast y, por más que Nayra le juraba y perjuraba que no salía de la ciudad, a Melissa le costaba creer que esos sitios tan bonitos estuvieran en Hocklast. Sobre todo, una pequeña especie de cala con un velero abandonado. Si hubiera visto ese barco, lo recordaría.

—¿De verdad no me vas a decir dónde está este sitio? —Giró la pantalla del ordenador para mostrarle una foto con el velero.

—Es un lugar secreto que encontré con una persona muy importante para mí.

—¿Liam?

Nayra negó con la cabeza. Melissa conocía la existencia de Liam, pero jamás lo había visto en persona ni conocía nada de él.

—Liam y yo ya no estamos juntos.

No era del todo verdad, pero en unas horas así sería.

—Oh, lo siento cielo.

—No lo hagas, Melissa. —Sonrió—. Créeme que es la mejor decisión que he tomado nunca.

—¿No era un buen chico?

—No es malo, pero tampoco bueno. Digamos que debe pulir ciertos aspectos problemáticos de su conducta.

—Mientras tú seas feliz, niña, eso es lo que importa. —Copió la carpeta en su escritorio para revelar las fotografías—. Por cierto, ¿has pensado lo que te propuse?

Nayra frunció el ceño. No sabía a qué se refería.

—¿El qué?

—La exposición.

Con todo lo que había pasado en ese tiempo y las palabras que en su día le dedicó Liam, a Nayra se le había olvidado por completo la propuesta que le hizo la señora Owen de realizar una exposición en un local que pertenecía a una amiga suya e intentar darse a conocer. Y era una buena oportunidad. Podría empezar su carrera como fotógrafa si alguien se fijaba en ella.

—Eh, aún no estoy muy segura. Claro que me gustaría hacer una, pero tengo que pensarlo bien y ahorrar para costear todo lo que necesitaría.

—Ya sabes que yo te haría precio y mi amiga, si hablo con ella, puede cederte el local también bastante barato. Si te parece bien, se lo comento y te preparo un presupuesto. Sin compromiso.

Nayra se mordió un labio inferior no muy segura de qué debía contestar.

—Nayra, es solo preguntar y ver. No pierdes nada. —La animó—. Si te parece demasiado, no tienes que aceptar, pero si lo ves rentable, puedes empezar a organizar cositas. Sabes que estas cosas no son de un día para otro y mientras miras qué fotografías podrías exponer, el título, el color predominante, cómo las organizarías, etcétera, puedes ir ahorrando.

—Está bien. Hazme ese presupuesto.

—¡Genial! Lo tendrás listo cuando vengas a buscar las fotografías. Ahora mismo llamo a mi amiga.

—Gracias, Melissa.

—No me las tienes que dar, cielo.

Nayra salió de la tienda con una sensación de satisfacción, emoción y miedo. Esa exposición aún no era ninguna realidad, pero su mente ya había comenzado a fantasear cómo sería. El tema sería el mar, lo tenía claro. El nombre, no tanto, no era demasiado buena con los títulos. Los colores... le gustaría que predominaran el azul, en todos sus tonos... y el sepia. Tantas ideas pasaban por su mente en ese instante... Necesitaba hablar con alguien.

Su primera opción era Dan pero el chico estaba trabajando, así que, tras coger el móvil, llamó a Wendy. Tal vez podrían quedar en su casa y tomarse un chocolate calentito mientras hablaban. Además, a su amiga le vendría bien para su recuperación salir de su casa. Su hijo estaría en el colegio y el idiota de su novio... ¡a saber!

La llamó, pero no le cogió la llamada. Quizá estaría comprando o en la terapia. No sabía muy bien qué días y a qué horas acudía. Volvió a llamarla, pero al ver que no contestaba, desistió. Probaría más tarde.

Regresó a su casa y se sorprendió al ver a su hermana allí. Bueno, más que sorprenderse, lo primero que hizo fue asustarse y colocar su paraguas medio roto por culpa del viento a modo de arma pensando que un ladrón había entrado en su casa. Por suerte, no era un ladrón, aunque sí se asustó y gritó cuando Theresa salió de la cocina.

¡Estaba horrible! Llevaba el pelo recogido en un moño mal hecho en lo alto de la cabeza, la piel de su rostro se encontraba completamente pálida y dos profundas ojeras adornaban sus ojos. Se había puesto su peor pijama y, por si fuera poco, tenía la nariz más roja e hinchada que un payaso.

—¿Se puede saber qué te ha pasado?

—He pillado un trancazo de narices. Resultado de haber pasado el fin de semana ligera de ropa, así que he vuelto a casa. —Se sonó la nariz—. No avanzaba en el trabajo.

—Creía que Tyler te había dado calorcito.

—Sí, pero pasado el calor, vuelve el frío. El cambio de temperatura no es favorable.

Nayra rio y le pidió que fuera al salón a envolverse con la manta mientras ella le preparaba un té bien calentito.

—He ido a la tienda de la señora Owen —dijo mientras echaba la stevia—. Me ha vuelto a ofrecer lo de la exposición.

—Nayra, te mueres por hacerla —contestó su hermana mientras cogía el vaso que le tendía su hermana—. Dile que sí. Sabes que yo te ayudaré.

—No quiero que me ayudes.

Theresa se atragantó con el té que le ardía en la lengua y comenzó a toser y a sacar ese pequeño músculo que había usado mucho ese fin de semana para que se enfriara.

—¿Por qué?!

—Porque si es un completo desastre, no quiero sentirme más culpable por haber tirado tu dinero.

—Mira, porque no tengo fuerzas, sino, te daba una torta con toda la mano abierta.

Nayra rio y se sentó a su lado. El riesgo siempre iba a estar ahí pero si no daba un paso, aunque fuera uno de hormiga, se iba a quedar estancada toda su vida. Y tenía muy claro que no iba a dedicarse al periodismo.

Como a ninguna le apetecía cocinar ese día, decidieron pedir algo por una aplicación. Durante la comida, Nayra le explicó a su hermana que Liam iba a acudir esa tarde. Todo se iba a acabar. A pesar de que Theresa quería estar cerca de su hermana cuando le soltara la noticia, no le quedaba más remedio que cumplir con lo que Nayra le había pedido: mantenerse al margen. Aunque estaría alerta por si su hermana necesitaba ayuda. Algunos dirían que estaba siendo un poco melodramática, pero no iba a negar que Liam la asustaba y no sería el primer caso en el que un hombre pierde los estribos y acaba haciendo daño a una mujer.

Nayra se encargó de recoger los restos y al poco rato el timbre sonó. Extrañada, la joven miró la hora y vio que no pasaban de las dos de la tarde. Era imposible que fuera Liam.

—Abre, lo más probable es que sea Tyler —le pidió Theresa—. Le dije ayer que se pasara, aunque ahora que lo pienso... mejor échalo, no tengo cuerpo para nada.

—Vaya, vaya, vaya... —Rio Nayra caminando hacia la entrada—. Ya no te parece tan crío, ¿eh?

—¡Cállate!

La joven soltó una leve carcajada y abrió la puerta, aunque la sonrisa se le borró de golpe. Para nada se esperaba esa visita y menos, las condiciones en las que sus dos invitados aparecían.

Parker, el novio de Wendy, estaba ante ella, con la cara desencajada y con sangre en las mangas de la camisa. A su lado, Dylan, el hijo de ambos, lloraba y llamaba a su madre. Sin embargo, parecía que el niño no estaba allí con ellos. Su mirada estaba ida y su llanto era silencioso. Se tambaleaba como si apenas pudiera mantenerse en pie y la única palabra que salía constantemente de su boca era «mamá».

—Ma... má, ma... má, ma... má, ma... má, ma... má.

Nayra empezó a temblar y se agarró a la puerta para no caerse. Nadie hablaba. Parker simplemente la miraba de forma seria. Parecía estar impasible, como si no se hubiera dado cuenta de que llevaba la camisa con

sangre. La cuestión era... ¿de quién?

Un único nombre había pasado por la mente de Nayra, pero su interior le decía que era imposible. Sin embargo, un par de segundos después, su esperanza junto con su corazón se rompieron en mil pedazos.

—Wendy... se ha suicidado.

El niño gritó. Se tapó los oídos y cayó al suelo de rodillas. Ya no llamaba a su madre... gritaba su nombre.

Alertada por esos gritos, Theresa salió. No sabía quiénes eran esas dos personas que tenía delante y se quedó bloqueada al ver el comportamiento del pequeño, pero no se centró en él. Se concentró en su hermana y la sujetó cuando sus piernas fallaron haciendo que cayera al suelo. Ambas acabaron en él. Theresa se colocó de rodillas para sujetar mejor el cuerpo de su hermana.

Theresa empezó a llamarla, pero no respondía. Su mirada estaba perdida, no tenía fuerzas, estaba blanca y dos solitarias lágrimas habían caído por sus ojos sin ni siquiera haber parpadeado antes.

—Nayra... ¡háblame! —le pidió Theresa.

Pero no habló. Asustada, Theresa miró a ese hombre con una mirada interrogante y furiosa. ¿Qué le había hecho para que su hermana estuviera en estado de *shock* en ese momento?

—¡Qué le has hecho! —gritó.

—Wendy... —consiguió pronunciar Nayra.

Theresa volvió a centrarse en su hermana y le apartó el pelo de la cara.

—Qué... ¿qué pasa con ella, cielo?

Sin embargo, Nayra volvió a no poder hablar. Fue Parker quién contestó:

—Está muerta.

Capítulo 22

Dan traspasó la puerta del Karelia's, aunque se detuvo en seco al escuchar los gritos, súplicas y sollozos que salían de la cocina. Enseguida reconoció a los propietarios de ambas voces.

En las últimas semanas, las discusiones entre Sarah y Evan se habían incrementado. Como no, el responsable siempre era el mismo: el padre de Evan. La historia no cambiaba y la pobre chica comenzaba a perder toda la paciencia, por no decir que ya no le quedaba ni pizca de ella.

Dan intentaba entender a Evan y la razón por la cual no mandaba al gilipollas de su progenitor a la mierda para montar él otro restaurante en Hocklast o en cualquier otro lugar, pero le costaba hacerlo. El chico tenía talento, los empleados del Karelia's lo apreciaban y, aunque en un principio no pudiera contar con todos, más adelante y si su negocio iba bien, podía contratar al resto de los empleados. Nadie soportaba al viejo cascarrabias y en cuanto alguien de la plantilla conseguía un trabajo mejor, no dudaba en largarse de allí.

Sin embargo, algo en el interior del hijo del propietario le decía que no se rindiera. Evan quería ver a su padre, aunque fuera solo una vez, orgulloso de él. Pero lo único que conseguía era que le mostrara caras largas, gruñidos y una buena bronca si cometía un error, por muy pequeño e insignificante que este fuera.

—¡No puedo más, Evan! —Escuchó a Sarah gritar entre sollozos—. Te quiero, te amo con locura, pero no soporto todo lo que está pasando. Cada vez te alejas más de mí por culpa de tu padre. ¿Sabes cómo me siento? Me siento invisible para ti y... se acabó. Lo siento.

—¡No! Sarah, ¡espera, por favor! —suplicó Evan.

Sin embargo, ella no reaccionó a esa suplica. Salió de la cocina con la vista puesta en sus pies mientras caminaba rápidamente hacia la salida. A pesar de intentar ocultarse bajando la cabeza, Dan pudo apreciar sus mejillas llenas de lágrimas negras por culpa del maquillaje y como sus ojos estaban rojos e hinchados. Solo habían bastado unos minutos para que dos personas

acabaran con el corazón roto de por vida.

Sin saber muy bien si hacía lo correcto, Dan entró en la cocina donde vio a Evan. El joven estaba con los hombros caídos apoyándose con las manos en una de las encimeras metálicas. Se le veía derrotado y, aunque no le mostraba la cara, no había que ser muy inteligente para saber que estaba llorando. Dan lo confirmó cuando Evan se llevó una mano a los ojos para limpiarse las lágrimas.

Evan no dejaba de preguntarse por qué no había corrido detrás de ella. Por qué no la había alcanzado para abrazarla, besarla y volver a suplicarle que no se alejara de él. Su corazón estaba roto, pero él le había hecho añicos antes el suyo cuando empezó a distanciarse de ella. Cuando dejó de contestar a sus llamadas y mensajes, cuando comenzó a cancelar sus planes para trabajar horas extras en el restaurante con el fin de conseguir que su padre se sintiera orgulloso, cuando dejó de besarla cuando ese mismo hombre los observaba... No podía creerse que hubiera llegado al extremo de dejar de besar a la chica que amaba para no decepcionar más a su padre...

«Dios... ¿en qué estaba pensando? ¿Cómo he podido ser tan idiota? ¿Cuándo he caído tan bajo?», pensó Evan volviendo a limpiarse las lágrimas.

La había jodido pero bien. Ya todo había terminado, la había perdido y no sabía si volvería a ser feliz. Solo lo podía intentar cuando todo acabara. Cuando por fin decidiera ser valiente, tirarle el uniforme a la cara a su padre y largarse por la puerta para no volver a verlo jamás. Sí, lo abandonaría como había hecho su hermano Jack. Al fin y al cabo, a pesar de que estuviera presente en cuerpo, su padre les había abandonado a ellos y a su madre desde el mismo instante en el que esta se quedó embarazada.

Evan escuchó pasos a su espalda y se giró para ver a Dan acercarse a él.

—Lo has escuchado, ¿verdad?

—Sí —contestó Dan—. Lo siento, tío.

Evan solo asintió con la cabeza y soltó un largo suspiro.

—No sé qué voy a hacer sin ella —dijo sincero—. La he cagado... he antepuesto al hijo de puta de mi padre a ella. Sarah me quería... me ha apoyado todos estos años... ha estado a mi lado cuando más la necesitaba y ¿qué le he ofrecido a cambio estas últimas semanas? Indiferencia. Mi padre no me quiere, jamás lo ha hecho y jamás lo hará... y voy y le coloco el

primero en mi lista no escrita de prioridades... ¿qué he hecho, Dan?

—A veces el orgullo propio hace que no tomemos las decisiones más acertadas. Créeme, lo sé por experiencia... Sin embargo, todo el mundo sabe lo que Sarah te quiere y lo que tú la quieres a ella. —Le colocó una mano en su hombro y se lo apretó ligeramente para mostrarle apoyo—. No creo que esté todo perdido, pero te aconsejo que primero decidas qué quieres hacer tú... qué vas a hacer a partir de ahora y, según lo que decidas, creo que ella podría perdonarte y darte otra oportunidad.

—No estaría tan seguro... la he decepcionado tanto...

—Lo has hecho, colega, no te pienso mentir. Pero mientras el corazón de ambos siga latiendo, mientras estéis vivos y os sigáis queriendo, nada está perdido.

—Gracias, Dan.

—Todo acabará. Un día tu padre dejará de joderte la vida para siempre. Te lo prometo —dijo mostrándose más serio que nunca.

Evan jamás había visto esa mirada antes en Dan. Parecía haber rabia detrás de sus ojos y su voz grave y firme había hecho que de inmediato creyera esas palabras.

Necesitaba que se cumplieran esas palabras. Necesitaba recuperar a Sarah, pero antes... tenía que tomar otras decisiones que, sin duda, cambiaría su vida. Claro que tenía miedo. ¿A quién no le asustaba qué repercusiones podían tener esas decisiones en el futuro? Pero después recordaba a su madre y a su hermano. Su madre, aunque le costara admitirlo, llevaba casi toda su vida siendo una cobarde. Su progenitora tenía miedo de dejar a su padre y acabar desamparada o de cualquier otra manera. En cambio, su hermano... sí decidió enfrentarse a su padre, sabiendo que eso significaba que le echaría de casa. Y así fue. Puede que al principio Jack lo pasara mal y malviviera en mil lugares, pero después de la tormenta, llega el sol y ahora vivía en una preciosa ciudad de Inglaterra, tenía trabajo y estaba a punto de casarse con la mujer que amaba.

Evan fue a hablar aunque la melodía del móvil de Dan hizo que ninguna palabra saliera de su boca. Le indicó con la mano que después hablarían, pues en ese momento de verdad necesitaba que alguien le dijera que iba a hacer lo correcto.

Dan sacó el móvil y miró la pantalla para ver quién lo llamaba. Tyler.

—Estoy a punto de empezar el turno, Ty. Más vale que sea importante.

—Lo es. Ven a casa de Nayra y Theresa. Es urgente.

—No puedo largarme así como así del curro. ¿Qué ha pasado?

Evan miró a Dan y afinó el oído para escuchar también lo que decía el propietario de la voz que estaba al otro lado del teléfono.

—La mejor amiga de Nayra se ha suicidado, Dan. Y ella no está bien. Lleva varios minutos en *shock*, sin hablar, con la mirada perdida, temblando más que un puto flan... Theresa está desesperada, asustada y muy preocupada por ella. Creemos que... eres el único que quizá puede hacerla reaccionar. Aunque sea para que llore, para que grite, para que rompa cosas... pero que reaccione.

Dan se pasó la mano por el pelo y la cara. Esa noticia lo había impactado, pero imaginarse a Nayra como una muerta viviente, lo había hecho más todavía.

Quería correr hacia ella.

Quería abrazarla y que lo abrazara.

Quería que hundiera el rostro en su cuello y llorara.

Quería besarla por todo su rostro hasta conseguir que sus lágrimas desaparecieran.

Quería sentarla sobre su regazo y acariciar su espalda hasta que se quedara dormida.

Quería decirle que él estaba ahí y que no la pensaba dejar.

Quería que supiera que todo iba a estar bien.

Quería que ella estuviera bien.

Quería estar con ella.

—¡Joder, Tyler! —Comenzó a moverse nervioso por toda la cocina—. El jefe no me va a dejar irme... lo sabes.

—Lo sé, lo sé, sé que el capullo de tu jefe te despedirá cómo te largues..., pero es importante Dan, te necesita...

—¿Te crees que estoy aquí parado por gusto?! —gritó—. Si fuera por mí, ya estaría en la puta moto, poniéndola a cien por hora, sin importarme una mierda la maldita pasma para llegar allí y abrazarla, para pedirle que me mirara, para suplicarle que hablara conmigo... para hacerla sentir mejor. Y si

fuera necesario, para ser su saco de boxeo y que me pegara puñetazos hasta que se sintiera un poco más feliz, pero... no puedo... ¡Mierda, Tyler! —golpeó la pared con el puño.

Evan lo miró y fue a hablar con él, pero Dan levantó una mano para indicarle que no dijera nada.

—¡Dame el teléfono! —escuchó una voz femenina lejana. Enseguida supo que Theresa le había quitado el móvil a su amigo—. Dan, por favor. Te ayudaré a encontrar otro trabajo, incluso te pasaré dinero si es necesario hasta que encuentres otro, pero, por favor, ven... no sé qué hacer... no sé qué decirle —comenzó Theresa a llorar—. Tengo mucho miedo, estoy asustada por ella... no... no hace nada... está como muerta y... y yo... —sollozó.

A Dan le dieron ganas de estrellar el móvil y soltar un grito de frustración, aunque, en lugar de eso, respiró y apoyó la frente con los ojos cerrados contra la fría pared mientras escuchaba a Theresa llorar y suplicarle que fuera. Se sentía derrotado. Le estaba fallando a Nayra... y no quería volver a fallarla, sin embargo, lo iba a hacer. Solo esperaba que tanto ella como su hermana le perdonaran por no estar ahí en ese duro momento.

—Theresa... no puedo ir, lo si...

—Vete —lo interrumpió Evan—. Yo me ocupo de mi padre. Haré que no te despida. Por lo que escucho, es un asunto importante.

—Theresa, espera un momento. —Se quitó el móvil de la oreja y tapó la parte de abajo con la mano—. ¿Qué estás diciendo? Tu padre me echará y lo sabes.

—No, sé qué decirle para que no lo haga. Vete, Dan. Te necesitan más que aquí.

Dan le mostró una ligera sonrisa. A pesar de que Evan estaba roto por dentro y frustrado consigo mismo, iba a ayudarlo para que él sí pudiera estar al lado de una de las personas más importantes de su vida.

—Gracias. Jamás podré compensártelo.

—Ya lo has hecho. ¿O acaso no eres tú el que acaba de escuchar mis penas?

Ambos sonrieron sin demasiadas ganas y se dieron un rápido abrazo palmeando ligeramente sus espaldas antes de que Dan saliera de allí.

—En diez minutos estoy allí, Theresa —le contestó subiéndose a la

moto antes de colgar—. Ya voy, Nayra. Ya voy.

Mientras, en el hogar de las hermanas Hastings, Nayra seguía sin moverse. Con ayuda de Tyler, Theresa había conseguido sentarla en el sofá. Ella se había colocado a su lado y le había acariciado el cabello mientras le suplicaba que hablara con ella. Sin embargo, Nayra no hacía nada. Tenía la mirada perdida en un punto fijo y por sus ojos no paraban de caer lágrimas que se formaban por la acumulación de la humedad en ellos.

Parker se había ido con su hijo en el momento en el que Nayra había sufrido un leve desmayo. Ese bastardo se había presentado en su casa, manchado con la sangre de Wendy y con su hijo padeciendo una crisis simplemente para darle una noticia devastadora sin demasiada delicadeza. Después de ser testigo de cómo Nayra perdía la fuerza en las piernas, Parker había agarrado a su hijo con fuerza y prácticamente le había arrastrado para largarse de allí.

Theresa le había gritado que la ayudara, que llamara a una ambulancia o que hiciera cualquier cosa. Estaba asustada y desesperada al ver ese estado en su hermana pequeña. Sin embargo, ese tipo la había ignorado y, montando en su coche, había acelerado para marcharse.

Por suerte, había quedado el día anterior con Tyler. Debido a su horrible aspecto por culpa del virus que había pillado, no quería que fuera. Sin embargo, no había cancelado su cita y daba las gracias por haber sido tan olvidadiza. El chico llegó cinco minutos después de que Parker se fuera y, al ver a Theresa y a Nayra en el suelo, no dudó. Corrió hacia ellas y ayudó a ambas a meterse dentro de la casa.

Intentaron poner a Nayra en pie y que caminara, pero la chica seguía sin poder sostener su propio peso, así que al final, Tyler la cogió en brazos pasando una mano bajo sus rodillas sintiendo como la joven temblaba y la sentó en el sofá.

Tyler intentaba mantenerse lo más sereno posible, aunque no lo conseguía. Theresa intentaba aguantar las lágrimas y estaba muy asustada. Verla así no le ayudó para nada y no sabía muy bien qué hacer. Él también estaba muerto de miedo y, a pesar de que lo más lógico hubiera sido llamar a una ambulancia, creía que los sanitarios no conseguirían hacer que Nayra mejorara como lo haría Dan. Sabía que estaba trabajando, pero era un asunto

urgente, así que lo llamó.

Cuando Theresa le confirmó que Dan estaba de camino, él suspiró aliviado. Besó la frente de la chica cuando esta se acercó a él para devolverle el móvil y la abrazó. Puede que Nayra acabara de recibir una noticia muy dura, pero Theresa también necesitaba a alguien que le diera cariño y le dijera que todo saldría bien.

Nadie sabía aún qué había pasado con Wendy. Qué se le había pasado por la cabeza a esa chica para tomar una decisión tan drástica y definitiva. Sin embargo, en ese momento, lo único que importaba era que Nayra volviera en sí.

El timbre de la puerta sonó repetidas veces. A Theresa le costó deshacer el abrazo que estaba compartiendo con Tyler, pero finalmente lo hizo para que fuera él quien se encargara de abrir la puerta.

Dan entró como un auténtico torbellino y a pasos agigantados mirando por toda la casa para ver dónde estaba Nayra. En cuanto la localizó, se sentó a su lado y pasó una mano por su espalda.

Tyler cogió la mano de Theresa y se la llevó a la cocina para prepararle una tila. La necesitaba.

—*Hey*, mariposita, estoy aquí —le susurró y tiró levemente de su cuerpo para que se apoyara en él—. No voy a dejarte sola. Estoy contigo. Ahora y siempre. No pienso irme.

Ella no reaccionó, pero al menos quería que supiera que no la iba a abandonar y que estaría junto a ella cuando su mente volviera.

Dan se quedó en silencio. Sabía que de nada iban a servir las palabras en ese momento. Lo que necesitaba Nayra era no sentirse sola. Él sabía lo que se sentía cuando una persona querida se suicidaba. El mundo se te viene abajo. Estás completamente perdido y parece que no vas a volver a encontrar el camino para salir adelante. Te sientes más solo que nunca y con la sensación de que jamás saldrás del pozo, de que podrías haber hecho más por ella, de que jamás volverás a reír o a ser feliz. Sin embargo, no es cierto, vuelves a ser feliz por esa persona, aunque su recuerdo dolerá hasta el día en el que te vuelvas a reunir con ella.

Estaba convencido de que ahora Nayra se sentía así: sola. Por eso quería que supiera que no lo estaba, que, aunque ahora el mundo se le hubiera caído

encima, él la ayudaría a volver a colocarlo en su sitio.

Durante unos minutos, no volvió a hablar. Simplemente la abrazó y le acarició la espalda. De vez en cuando, Dan apoyaba la boca en su sien y depositaba un suave beso. Sintió como poco a poco Nayra dejaba de temblar, su respiración se regulaba y hacía ligeros movimientos. En ese tiempo, Nayra había abrazado su cintura para ceñirse más a su cuerpo y había recostado su cabeza en su pecho. Había abierto la boca en varias ocasiones, como si fuera a hablar pero lo único que había salido de ella habían sido pequeños suspiros.

Parecía que comenzaba a volver en sí. Dan la miró. Algunos de sus mechones le cubrían el rostro. Levantó la mano que tenía libre y se los apartó detrás de la oreja acariciando su mejilla en el proceso. Al notar esa leve caricia, Nayra movió levemente el rostro y alzó su mirada hacia él. Aún tenía los ojos húmedos, pero solo el movimiento de sus pupilas hizo que Dan se tranquilizara. Empezaba a volver en sí.

—Hola, mariposita —susurró sin apartar la mano de su mejilla.

—Se ha ido... —fue lo único que la chica pudo pronunciar.

—Lo sé, lo siento mucho. —Besó de nuevo su sien.

—Se ha ido para siempre... ya no va a volver —sollozó y hundió el rostro en el pecho del chico.

Dan la dejó hacer. Le permitió llorar mientras él la abrazaba. Al sentir que ella se ceñía cada vez más a él, como si necesitara cerciorarse de que no se iba, la alzó levemente para sentarla en su regazo. Sintió como sus lágrimas mojaban por completo su camiseta, pero le dio completamente igual. Quería que llorara. Eso la aliviaría. Además, era bueno que hubiera salido de su estado de *shock*. Siguió acariciando su espalda con lentas caricias que subían y bajaban hasta que sintió como se relajaba hasta quedarse completamente dormida.

Se levantó con ella en brazos y la llevó a su habitación para tumbarla en la cama. Con ella encima, no pudo abrir la cama, por lo que le colocó una manta que vio apoyada en el respaldo de la silla de su escritorio. Salió con cuidado y cerró la puerta sin hacer ruido para ir a la cocina donde Theresa y Tyler se encontraban.

—¿Cómo está? —le preguntó su amigo.

—Parece que algo mejor. Al menos ha hablado un poco y reaccionado.

—Gracias, Dan —dijo Theresa acercándose a él para abrazarlo—. Eres un chico genial, siempre lo fuiste... Siento que mi padre no lo viera entonces.

—No te preocupes. Eso ya es pasado.

Ella asintió y todos se quedaron en la cocina hablando de qué había pasado. Entraron en la web del periódico local y enseguida encontraron un artículo junto con fotos del caso de Wendy. En Hocklast, no ocurrían grandes cosas, así que una noticia como aquella impactaba a toda la ciudad y los medios se hacían eco de ella.

—Creo que es mejor que Nayra no lea nada de esto —comentó Theresa deslizando el dedo por la pantalla del teléfono.

Había incluso fotos de cómo los sanitarios se llevaban en una camilla el cuerpo de Wendy oculto por una manta térmica.

Según el artículo, la hipótesis principal era que la suicida estaba haciendo la comida cuando decidió cortarse las venas. La joven fue hallada en la cocina desangrada y había restos de verduras cortadas en la encimera. Fue su novio quien la encontró cuando llegó a casa tras recoger al hijo de ambos del colegio. El niño, al ver a su madre, sufrió una crisis de ansiedad mientras la pareja de la joven llamaba a una ambulancia. Parker presionó sus muñecas para cortar el flujo, pero ya era tarde.

Pasaron las horas y Nayra seguía sumida en un profundo sueño. De vez en cuando, Dan abría la puerta para asegurarse de que seguía durmiendo.

Ni Tyler ni él abandonaron la casa. No solo por Nayra, sino también por Theresa. A pesar de que ella no le tenía aprecio a Wendy, le dolía lo que había hecho, sobre todo, por Nayra. La detestaba, no lo negaba, pero jamás le había deseado la muerte.

—¿Necesitas algo, Theresa? —le preguntó Tyler—. Que vayamos a comprar algo o lo que sea.

—No, gracias —contestó cogiéndole de la mano.

Dan se fijó en esos dos. No sabía todavía muy bien qué había pasado entre ellos. Lo único que le contó Tyler fue que la conoció en Año Nuevo y lo rechazó por ser dos años más joven que ella. Luego, que ese fin de semana se reencontraron y prácticamente lo habían pasado juntos, pero nada más.

Algo que admiraba de su amigo es que, a pesar de no creer demasiado en el amor, si alguien lo necesitaba, por poco que conociera a esa persona, no

pensaba abandonarla.

Poco después de las seis de la tarde, se oyeron golpes en la puerta. Theresa fue a abrir mientras los chicos se quedaban en el salón, pero, al escucharla, ambos se levantaron para ver qué ocurría.

—¿Qué demonios haces aquí, capullo? ¡Lárgate!

Theresa fue a cerrar la puerta en sus narices, sin embargo, Liam fue más rápido y colocó la mano en ella para abrirla y entrar.

—Nayra me dijo que viniera a las seis. Además, he visto en las noticias lo de la drogadicta y zorra de su amiga.

—¡Ten un poco de respeto, Liam!

—Ni que tú no pensaras lo mismo, Theresa.

A Theresa le dieron ganas de abofetearlo, pero una profunda voz a sus espaldas hizo que no levantara la mano. Además, por mucho que se mereciera esa bofetada, no era partidaria de la violencia.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Dan apareciendo por el pasillo mientras se cruzaba de brazos.

Liam miró al chico rubio que se encontraba en casa de Nayra y enseguida lo reconoció. Era el mismo al que casi da una paliza hace poco tiempo por acercarse demasiado a su novia.

—¿Qué haces tú aquí, imbécil?

—Pregunta incorrecta. En realidad, es, ¿qué haces tú aquí? —Dan se acercó a él, aunque se quedó detrás de Theresa.

—Nayra me mandó un mensaje para que viniera.

—Pues puedes largarte por dónde has venido. Hoy no es un buen día y está descansando.

—No pienso largarme.

Liam empujó a Theresa haciendo que cayera al suelo y se golpeará la espalda con el mueble de la entrada.

—¡Joder! —se quejó ella llevándose una mano a la zona del golpe.

Tyler, que se había mantenido en un segundo plano, se acercó a ella para ayudarla y a punto estuvo de partirla la cara a ese tío. Si no lo hizo, fue porque Theresa lo detuvo y Dan ya lo tenía inmovilizado contra la pared. Tras intentar entrar a la fuerza, no había dudado en actuar.

—Si no te largas, no seré tan benevolente como la última vez que nos

encontramos... esta vez te juro que te devolveré los golpes.

Lo arrastró hasta la puerta y lo empujó para que saliera de la casa antes de cerrar la puerta. Se aseguró de que ese idiota se iba y fue al cuarto de Nayra para volver a verla. Estaba despierta, sentada en el borde de la cama y mirando las mariposas que colgaban de su ventana.

—¿Nayra?

Ella volteó ligeramente el rostro y lo miró.

—Sigues aquí.

Las lágrimas parecían haber desaparecido, pero se notaba que por dentro estaba completamente rota.

—Claro que lo hago. —Se acercó a ella para sentarse a su lado y cogerle la mano—. Lo siento mucho, Nayra. De verdad.

—Gracias. —Se quedaron en silencio hasta que ella volvió a hablar—. Me... me cuesta creérmelo. Es como... una broma de mal gusto o un mal sueño del que despertaré. Una pesadilla como otras que he tenido sobre ella, pero esta vez... no lo es.

Dan no sabía qué decirle.

—Es que... no lo entiendo, D. J. —Las lágrimas volvieron—. Estaba mejorando. Había vuelto a la terapia, no salía por las noches, no bebía, no se drogaba, no se tiraba a quien se encontrara por un poco de coca... empezaba a cambiar de verdad... no... no lo entiendo...

—No la conocía, Nayra... no puedo decirte qué podía estar pasando por su mente.

—Si se hubiera largado... si no hubiera conocido jamás a Parker... o si lo hubiera dejado cuando estaba a tiempo... no lo habría hecho... ¡Él es el responsable de la mierda de vida que ha llevado y de que se suicidara! —dijo con los dientes apretados.

Nayra soltó la mano de Dan y se clavó las uñas en las palmas de las manos, dejando salir parte de la frustración, de la rabia y de la impotencia que sentía en ese momento. Le daban ganas de gritar, de romper cosas... quería ir a su casa y matarlo. ¡Él era el que tenía que acabar a dos metros bajo tierra!

Dan le volvió a agarrar las manos para que dejara de hacerse daño e hizo que lo mirara. No dijo nada y Nayra se derrumbó de nuevo.

—Se ha ido, D. J.... se ha ido...

Él volvió a consolarla hasta que consiguió que se recuperara un poco. La convenció de salir del cuarto para que viera a su hermana. Theresa seguía preocupada. Lo hizo y ambas se abrazaron mientras la mayor de las Hastings le susurraba palabras tranquilizadoras.

Los chicos se vieron incapaces de dejarlas solas, así que se quedaron hasta que ellas decidieran que debían irse, pero en vez de eso, ambas les pidieron que pasaran la noche con ellas.

Tyler y Theresa fueron al cuarto de esta, mientras Dan se quedaba en el sofá. Sin embargo, Nayra se acercó a él y le tendió la mano.

—Duerme conmigo —le susurró.

Él no dijo nada más. Solo asintió y la acompañó hasta su habitación. Ella ya estaba con el pijama y, a pesar de que él solía dormir solo con un pantalón de pijama, esa vez solo se quitó las deportivas y los calcetines. Ambos se tumbaron y Nayra hizo que él la abrazara. Ella se apoyó en su pecho y cerró los ojos para relajarse con el sonido del latido de su corazón.

—No te irás, ¿verdad?

Dan no sabía si se refería a irse en ese momento o irse para siempre, como lo había hecho su amiga, pero la respuesta era la misma.

—No, no pienso irme.

Capítulo 23

La lluvia se había detenido. La tormenta parecía marcharse, pero, de cierta forma, aún quería estar presente durante un tiempo. Puede que se hubiera llevado el agua, sin embargo, el viento seguía azotando con fuerza y las negras nubes adornaban el cielo, aunque no tenía mucha pinta de que fueran a descargar agua.

A pesar de eso, Theresa le había dejado a Nayra sobre la cama un paraguas negro. Encima de la misma cama donde ella estaba sentada, mirando por la ventana cómo los árboles más delgados se inclinaban y sus ramas cubiertas de hojas se azotaban con violencia. Parecían estar a punto de partirse en dos en cualquier momento. Pero no era así. Por fuera parecían ser más débiles que otros cuyo tronco superaba el metro de diámetro, aunque había una parte que no veíamos de esos árboles. Su exterior se veía frágil, sin embargo, bajo tierra, se encontraba su fortaleza. Esa que les permitía seguir en pie a pesar de la tormenta que amenazaba con hacerlos caer.

Y Nayra quería ser uno de esos árboles en ese momento. Estaba rota. Se sentía vacía y destrozada. Era como si su mundo se hubiera venido abajo. Le pesaba sobre sus espaldas y por más que intentara levantarlo, no podía. Ni siquiera tenía fuerzas para levantarse de la cama. Aún no sabía cómo había sido capaz ni tan siquiera de vestirse. Mostraba un aspecto frágil y una actitud derrotada, sobre todo, porque aún no daba crédito a lo que había pasado.

Tan solo unos días atrás, Wendy y ella estaban tomando algo, animadas, en una cafetería de Hocklast y ahora... ella estaba completamente sola y a punto de decirle adiós para siempre.

No había vuelto a llorar desde que se derrumbó varias veces ese día. Por suerte, Dan estaba a su lado. Esa noche fue la peor de su vida. Tuvo muchísimas pesadillas. Se despertaba cada poco tiempo gritando y llorando, pero, por suerte, él estaba allí. A su lado. Abrazándola, consolándola, susurrándole al oído las palabras más dulces que jamás nadie le había dedicado y repartiendo por su rostro multitud de besos hasta que su cuerpo se

relajaba hasta el punto de quedarse de nuevo dormida entre sus brazos. Se sentía protegida, segura, a salvo. No... por más que a veces su mente intentara engañarla, ella no estaba sola. Era más, en esos dos días se había sentido más arropada que nunca. Dan solo se había separado de ella porque tenía que acudir al trabajo, cuando él se iba, eran sus padres los que acudían a su casa para no dejarla sola hasta que llegara Theresa. En conclusión, Nayra daba las gracias por tener a su alrededor a gente que la quería. Además, no la habían tratado como si fuera una muñeca de cristal que se rompería con el mínimo toque. Se habían comportado con ella como siempre. Con Theresa había ido a pasear y cuando sus padres estaban en su casa, había aprovechado para mostrarles sus fotos. Sus progenitores se habían quedado maravillados. Parecía mentira que en el pasado jamás hubieran visto una mísera foto de las que su hija hacía. Tenía mucho talento, había trabajado mucho para aprender y ellos se habían dado cuenta del gran error que habían cometido al no apoyarla en algo que la apasionaba.

Esa normalidad consiguió que Nayra dejara de pensar durante un tiempo en el horrible suceso acontecido. Sin embargo, cuando se metía a la cama, este volvía a azotarla de nuevo y volvía a sentirse rota.

—Nayra —la llamó su hermana desde el umbral de la puerta de su cuarto—. Es la hora. Mamá y papá ya están afuera con el coche.

Ella solo asintió y se terminó de poner las bailarinas negras, a conjunto con el resto de su oscura vestimenta.

Se miró al espejo que tenía en su habitación y decidió recogerse su colorido cabello en una trenza ladeada. Con el viento que hacía ese día, era lo más ideal.

Agarró el paraguas y tras colocarse la chaqueta por encima de los hombros, salió para reunirse con su hermana que la esperaba en el *hall* de su pequeña casa. Theresa cogió la mano de Nayra y ambas salieron para montarse en el coche familiar.

Al verlas salir, George se bajó del asiento del copiloto para abrazar a ambas. Puede que él no conociera nada a la chica a la que estaban a punto de enterrar, pero Nayra sí lo hacía y podía ver en ella el dolor que sentía ante su pérdida. Él estaba a las puertas de seguir el mismo destino que esa joven y no podía soportar abandonar ese mundo sin antes hacerle saber a su familia que

ellas eran su mayor regalo de la vida.

—Os quiero muchísimo, chicas. Pase lo que pase, nunca lo olvidéis. Y estoy muy orgulloso de vosotras. De las dos.

Tanto Theresa como Nayra sabían que su padre había tenido un momento de debilidad. Iban a un funeral y toda la familia Hastings era muy consciente de que quizá no pasaría demasiado tiempo antes de acudir a otro. Sin embargo, toda ella se aferraba a la esperanza de que pasaran muchos años hasta que llegara ese fatídico momento.

—Y nosotras a ti, papá —contestó Nayra limpiándose las lágrimas con la mano mientras que Theresa lo hacía con un pañuelo.

Mery consiguió retenerlas al ver la escena que las personas más importantes de su vida mostraban y, cuando sus hijas y su marido subieron al vehículo, arrancó de camino al cementerio.

Hicieron el trayecto en completo silencio y, cuando llegaron, a Nayra se le encogió el corazón. Delante del ataúd cerrado había cuatro filas de sillas. Vacías. Le parecía increíble que, a pesar de haber tenido malos rollos desde que se quedó embarazada, la familia de Wendy no estuviera allí.

Su padre le rodeó los hombros y ascendieron la pequeña colina hasta llegar al lugar. Se sentaron en la primera fila tras un breve saludo por parte del cura que esperaba a que más gente acudiera. Poco después, llegaron Dylan, Parker y los que supuso que eran los padres de este último. El único que estaba roto de dolor era el hijo de Wendy. En cambio, Parker y sus padres no eran capaces ni de disimular un poco de tristeza.

Eso a Nayra la enfureció hasta límites insospechados. En cambio, al ver al niño, ese enfado se fue esfumando dando paso a la lástima. A pesar del tiempo que hacía que ella y Wendy se conocían, nunca había visto a Dylan en persona hasta el día en el que Parker se presentó en su casa para comunicarle que su mejor amiga se había suicidado. Quería levantarse de su asiento e ir hacia ese pequeño para darle el cariño que estaba claro que su padre no le daba, sin embargo, no se atrevió. Por suerte, su abuela sí se sentó a su lado para apoyarlo.

—Nayra —Theresa la llamó y cuando esta la miró, la mayor de los Hastings hizo un leve movimiento con la cabeza para que mirara a su derecha.

A lo lejos, Dan y Tyler caminaban hacia ellos. Ninguno de los dos llevaba traje, aunque sí que se habían vestido con ropa más elegante sin renunciar a su estilo informal.

Theresa no se movió. A pesar de que Tyler había estado pendiente de ella esos días, no quería hacerse ninguna ilusión. Sin embargo, Nayra sí lo hizo. Tras disculparse con sus padres, se levantó para eliminar más rápido la distancia entre ambos.

Abrazó a Dan cuando lo alcanzó y él no dudó en rodear su cintura con los brazos.

—Gracias por venir.

—Ya te dije que no pensaba dejarte sola. —Se separaron—. Siento llegar tarde, pero Toothless ha decidido esta mañana que es divertido dejarnos sin calcetines.

Nayra rio levemente y volvió a abrazarlo antes de caminar juntos hasta llegar con el resto de la gente que se había reunido para dar el último adiós a Wendy. Solo había diez personas allí. Era demasiado triste...

A pesar de que Nayra quería que Dan se quedara con ella, el chico insistió en que se sentara con su familia prometiéndole que, después del funeral, se irían ellos dos juntos adonde ella le pidiera. Él se quedó de pie en la parte de atrás junto con Tyler.

El funeral terminó antes de que ni siquiera comenzara. El único que habló fue el cura. Nadie más quiso dedicarle unas palabras a Wendy y, aunque Nayra tenía mil cosas que decirle, era algo entre las dos. No le interesaba que el idiota de Parker las escuchara.

El sonido del mecanismo del ataúd comenzó a sonar y poco a poco este descendió hasta desaparecer ante la mirada de todos. Los únicos sollozos que se escuchaban eran los de un niño que jamás volvería a ver, a abrazar y a besar a su madre.

Dan miró a ese niño imaginando que era el hijo de la fallecida. Se sintió tan identificado con él. Lo único que esperaba era que de ahora en adelante tuviera gente a su lado que le hiciera sonreír de nuevo.

—Bueno, se acabó al fin —se escuchó esa frase en medio del silencio.

Todo el mundo miró al propietario de esa voz: Parker. Algunos con gesto de enfado, otros con incredulidad y una única persona con dolor, rabia

y tristeza.

Nayra se levantó para girarse hacia él.

—¿Se acabó al fin? ¿Eso es lo que tienes que decir?

—Solo quería romper el hielo.

Nayra agarró la silla en la que estaba sentada y la empujó para apartarla y quedar frente a ese desgraciado.

—No te das cuenta, ¿verdad? —le espetó con la rabia saliendo de sus ojos miel—. Tú la destruiste poco a poco. —Se fue acercando lentamente a él hasta quedar a un palmo.

Intimidado, Parker se levantó de su asiento y así quedar por encima de ella e intentar meterle miedo, pero no lo consiguió.

—Tú. La. Has. Matado. ¡Solo tú! —Lo empujó y Parker se tropezó con otra silla, aunque consiguió mantener el equilibrio—. ¡Ella solo quería ser feliz, con su hijo y con el que creía que era el amor de su vida! —gritó ante la expectante mirada de la gente—. Pero no, tú tenías que humillarla, que amenazarla, que chantajearla... te tirabas a otras en sus narices, jugabas con ella como te dio la santa gana y se refugió en el alcohol, en las drogas y en follar con otros tíos.

Todos comenzaron a susurrar, aunque Nayra no sabía si era ante el uso de esa palabra malsonante en un camposanto o ante todo lo que estaba soltando sobre la relación que hubo entre Wendy y Parker.

—¡Ni siquiera la dejaste ir! Tenías que retenerla para disfrutar del placer que te daba verla sufrir. Tú la fuiste destruyendo, no tienes ni conciencia ni corazón, no te planteabas ciertas putas decisiones que tomabas cuando ella intentó suicidarse otras veces. Tú seguías siendo un cabrón de mierda... y por gente como tú, pierdo la fe en la humanidad y en el mundo en el que vivimos.

—Wendy siempre fue una drogadicta. Cuando la conocí ya se metía mierda en el cuerpo. No es culpa mía que fuera una persona que no valiera ni para follar.

Los murmullos aumentaron.

—¡¡Eres tú el que debería estar muerto!! —Nayra se lanzó hacia él y comenzó a golpearlo.

Al ver esa escena y temiendo que ese gilipollas pudiera devolverle los golpes, Dan corrió hacia ella y la atrapó por la cintura para apartarla de él.

—Déjalo, Nayra. No merece la pena. —Miró con seriedad a ese individuo que se frotaba el labio.

No había duda de que la chica tenía un buen rechazazo.

Nayra se revolvió en los brazos de Dan para que la soltara, pero fue en vano. Él era mucho más fuerte que ella, aunque el chico no iba a negar que le estuviera costando retenerla.

Finalmente, Nayra se rindió y se relajó cuando un asombrado Dylan, Parker y los padres de este comenzaron a abandonar el lugar.

George, desde la distancia, suspiró aliviado. Jamás había visto a Nayra así y se había quedado paralizado al ver cómo su hija reaccionaba ante la desafortunada frase que había pronunciado la pareja de la difunta. Por suerte, ese joven consiguió que se detuviera. Habían pasado años, pero no le cabía duda de que ese muchacho que ahora abrazaba a su hija menor era el mismo niño al que había despreciado tiempo atrás.

Sin dudar, se acercó a él y le tendió la mano.

—Entenderé que no quieras aceptarme el gesto —le dijo George—. Ante todo, quiero pedirte perdón por lo que pasó hace quince años. Nunca debí tratarte así. También darte las gracias por todo lo que hiciste y sigues haciendo por Nayra. Sin ti, no habría visto la maravillosa hija que tengo. Jamás me habría molestado en entenderla y, aunque admito que me ha costado, ahora veo el gran talento que tiene.

Dan se separó ligeramente de Nayra para, primero mirar esa mano y después a la chica, como si necesitara alguna señal de que las palabras que decía ese hombre eran sinceras. Cuando ella curvó los labios y asintió, el chico volvió a mirar a George antes de aceptar el apretón de manos.

—Ya es pasado y me alegro de verlo bien, señor Hastings. Nayra me contó su actual situación.

—Llámame George. Y gracias. Yo también me alegro de encontrarme bien, de momento.

Mery y Theresa se acercaron a ellos y Nayra procedió a terminar las presentaciones. Su madre, al igual que su padre, se disculpó con Dan por lo que sucedió hace años y también le dio las gracias por estar al lado de su hija cuando ellos no lo estuvieron.

Se quedaron hablando un poco más. Los padres de Nayra mostraron

interés por cómo fue la vida del chico, ya que pensaban que murió en el incendio de su hogar. A Mery y a Theresa se les encogió el corazón al escuchar brevemente su vida en el orfanato, completamente solo hasta que conoció a Tyler, quien se había acercado para estar cerca de la chica que le estaba robando el sentido común. Era más, aunque no fuera el mejor momento ni el mejor lugar, no pudo evitar pellizcarle el trasero cuando se colocó a su lado consiguiendo que ella diera un respingo.

—¿Estás bien, Theresa? —le preguntó su madre.

—Sí, sí, es que me había parecido sentir que una hormiga me subía por la pierna. —Tyler aguantó la risa—. Mamá, papá, este es Tyler, un amigo mío y de Nayra y el compañero de piso de Dan.

—Encantado —dijo Tyler estrechando la mano de George.

—Parece que nos hemos quedado solos —dijo Theresa percatándose de que no quedaba nadie en el cementerio.

—¿Vamos a tomar algo o prefieres que te acompañe a casa? —le preguntó Tyler a Theresa.

—Ahora mismo creo que una cerveza me entraría muy bien. —Miró a sus padres, a su hermana y a Dan—. ¿Venís?

—Id yendo vosotros —contestó George—. Quiero mostrarles algo a Nayra y a Dan.

Todos asintieron y mientras unos salían del cementerio, el padre de Nayra los guiaba hasta otra zona. Tanto Nayra como Dan estaban confundidos. No sabían muy bien qué les quería enseñar George en un lugar como ese, pero no dijeron nada. Nadie habló durante el camino y ese silencio comenzaba a hacerse algo incómodo. Por suerte, no tardaron en llegar y, aún sin hablar, George señaló una de las lápidas.

Clare Elizabeth Blake

D. J. Blake

24 de abril. A los 29 y 9 años.

R.I.P.

Dan no sabía qué decir. Por una parte, era bastante raro ver su nombre en una lápida pero el sentimiento que más albergaba su interior en ese momento era el de tristeza y alivio. Bajó la cabeza y soltó un suspiro para

intentar retener las ganas que tenía de derrumbarse. De pronto volvió a ser ese niño de nueve años que se sintió solo y abandonado por su madre. La odió cuando lo dejó en el orfanato, pero, tras saber por qué lo hizo, ese odio desapareció. Ella solo quería protegerlo e intentar que viviera una vida mejor. Una vida que ella no le iba a poder dar.

Dan se acercó más a la tumba. Él jamás se hubiera podido permitir que su madre tuviera un lugar donde descansar. Un sitio donde él podía acudir para hablar con ella, para dejarle flores y para que supiera que siempre la querría. Con toda su maldita y oscura alma.

Cuando quedó a un palmo de ella, se agachó para tocar suavemente con la yema de los dedos la fría piedra, como si fuera a Clare a quien acariciaba. No se había percatado de cómo temblaba hasta ese momento en el que vio sus dedos.

Nayra y su padre se quedaron en un segundo plano, la chica aún sorprendida de que la madre de Dan estuviera en un lugar donde descansara en paz y no en otro sitio donde se hubieran deshecho de los pocos restos que quedaron de ella tras el incendio.

—Ya puedes vivir en paz, mamá —susurró dándose cuenta de la ironía de esa frase, pero ya que en vida no había podido ser feliz, esperaba que, donde estuviera, sí viviera todo lo que en el mundo terrestre no pudo.

George tomó con delicadeza el brazo de su hija y ambos se alejaron lo necesario para dejarle unos minutos a solas. El chico necesitaba ese tiempo para despedirse de su madre.

—¿Por qué lo hiciste, mamá? Yo te habría protegido... te habría sacado de allí. Solo necesitaba tiempo para conseguirlo. Sin embargo, te rendiste, aunque no te culpo. Creo que aguantaste demasiado, más que otras personas que, como a ti, nadie quería ayudar. Pero te prometo que tu muerte no quedará impune, te prometo que pienso hacer justicia. —Apretó la mandíbula y contuvo las lágrimas, aunque no sus sollozos—. Sin importarme una mierda las consecuencias. Esto no quedará así. Tú no eras una don nadie. Para mí, eras la mejor madre del mundo y pienso acabar lo que tú empezaste cuando decidiste prenderle fuego a nuestro hogar. Él cree que estoy muerto y esa será nuestra ventaja. Le voy a hacer sufrir por cada golpe que nos dio, por cada lágrima que derramaste y por cada uno de tus gritos de dolor. Lo juro.

Hizo esa promesa mirando fijamente a las letras grabadas que formaban el nombre de su progenitora. Cuando se sintió preparado, se levantó, no sin antes depositar un beso en la lápida. Se reunió con Nayra y su padre esperando una explicación. Como si le hubiera leído la mente, George habló:

—Ese día, contemplé en primera persona el incendio. —Miró a su hija—. Nayra quería entrar a rescatarte y cuando se lo impedí, vi en ella un dolor que jamás había visto. Me sentí un auténtico animal por comportarme como lo hice con ella y contigo y, al saber que ni tu madre ni tú teníais a nadie más, pensé que lo mínimo que podía hacer era encargarme de que tuvierais un sitio donde descansar en paz, aunque tendré que hacer unas llamadas para... cambiar la inscripción de la lápida.

Dan sabía que se refería a su nombre.

—Gracias, George —dijo emocionado con los ojos rojos y humedecidos—. Muchas gracias.

—No me la des, muchacho. —Y, al ver su emoción, George se acercó a él para abrazarlo—. Eres un buen hombre, Dan, y me alegro de que hayas regresado a la vida de Nayra.

Él asintió y Nayra sonrió. Estaba orgullosa de su padre y solo deseaba que ojalá le hubiera contado antes lo que había hecho por él y su madre.

—Me... me gustaría quedarme un poco más aquí —comentó Dan y George asintió.

—Voy a ver dónde han ido tu madre y Theresa —le dijo a Nayra—. ¿Vienes?

—Creo que me quedaré, si no te molesta.

—Para nada, cielo. —Le besó la frente antes de contemplar como el chico caminaba de nuevo hacia el lugar de descanso de su madre—. Me gusta mucho Dan. Solo quiero que lo sepas.

George le guiñó un ojo y comenzó a caminar hacia la salida. Nayra se quedó observando a Dan, quien había vuelto a acercarse a la lápida. Había pasado demasiado tiempo desde la última vez que él estuvo cerca de la única persona que cuidó de él lo mejor que pudo.

Nayra se acercó y se sentó a su lado. No habló. Simplemente lo abrazó y apoyó su cabeza en su hombro. Al igual que él había estado ahí desde el primer momento en el que perdió a Wendy y, a pesar de que lo tuviera muy

reciente, ella quería ser ahora quien lo consolara al descubrir que su madre estaba enterrada en un lugar digno.

—Estaría muy orgullosa de ti, D. J.

Él solo asintió y, tras quedarse unos minutos allí, en silencio y abrazados, se levantaron para irse de allí. Habían derramado demasiadas lágrimas los dos por ese día.

—¿Quieres que llame a Tyler para saber dónde están? —le preguntó Dan mientras caminaban con las manos entrelazadas.

—No. Prefiero que vayamos a tu casa, si no te importa.

—Tú mandas, mariposita.

Siguieron andando por el camino de piedras, aunque se detuvieron en seco al reconocer al individuo que se acercaba a ellos.

Al ver a esos dos demasiado juntos y cogidos de la mano, a Liam se le hinchó la vena del cuello. Iba a matar a ese desgraciado.

—¿Qué haces aquí, Liam?

—Venía a apoyarte con la muerte de la zorra de tu amiga, pero ya veo que me has sustituido.

—¿De qué vas, Liam? No estoy hoy para tus tonterías.

—Nunca estás para mí. Fui el otro día a tu casa para solucionar las cosas y ese capullo... —Señaló a Dan—... Me echó de mala manera.

—Te cité para cortar contigo —soltó sin pensar—. Te advertí que ocurriría si no te replanteabas tu comportamiento, Liam. Ahora, ¡lárgate! No quiero verte más ni escucharte ni leer tus malditos mensajes ni contestar a tus llamadas. Se ha acabado, Liam.

—No lo dices en serio, Nayra.

—Totalmente.

—Yo he estado a tu lado estos últimos dos años, soportando tus malditos bajones cuando tu amiguita te dejaba tirada, comportándome como el chico perfecto, aguantando a la hija de puta de tu hermana y...

No pudo continuar. Dan, harto de todo lo que salía por su boca, soltó a Nayra y le dio un puñetazo a ese individuo.

—Te advertí de que la próxima vez te devolvería el golpe. —Cogió la mano de Nayra de nuevo y tiró de ella—. Vámonos.

Ella asintió y, aunque sí se sorprendió de ese ataque de violencia por

parte de Dan, si era sincera consigo misma, si no se lo hubiera dado él, hubiese sido su puño el que habría impactado en su cara. Por fin, todo había acabado.

Capítulo 24

El día había sido muy largo. Después del funeral, Nayra y Dan fueron a casa de este último y lo único que habían hecho allí había sido comer un montón de dulces, jugar con Toothless y ver películas. Necesitaban algo de tranquilidad tras la intensidad de las últimas horas.

En medio de esas horas, Tyler había llamado a su compañero para avisarle de que no pasaría la noche en casa. Dormir (bueno, dormir) con Theresa le parecía mejor plan que compartir cama con un gato que hacía poco había descubierto lo divertido que le resultaba jugar con sus largas uñas. Empezaba a ser hora de llevarlo al veterinario para que se las cortara, ya que, si lo hacía él mismo, el animal corría el riesgo de quedarse más lisiado de lo que estaba.

—¿Quieres quedarte aquí o prefieres que te lleve a casa? —preguntó Dan.

—Creo que paso de estar en mi cuarto escuchando a mi hermana y a Tyler...

Dan sonrió y cogió el móvil para pedir la cena. La comida basura era lo mejor para intentar superar más rápido los malos tragos de la vida. Además, su cocina estaba completamente vacía y sus ganas de cocinar probablemente se encontraran en la cuarta dimensión.

A pesar de querer mostrarse bien, Nayra estaba apagada y apenas pudo comer la mitad de su hamburguesa con patatas, aunque sí devoró el helado de chocolate que venía de regalo con el pedido.

A veces Dan la veía ausente. Su mente no estaba ahí con él y estaba convencido de que estaba pensando en su amiga, en lo que había pasado y en que poco a poco tendría que asimilar que ya no volverían a estar juntas. Se acabaron las charlas en el muelle de la playa, se acabaron las tardes tomando un café relajadas en una terraza mientras disfrutaban de los rayos de sol, se acabaron sus noches de cine y cena... Sin embargo, eso no era lo único que había acabado.

Cuando decidieron que era hora de ir a la cama, Dan le ofreció la suya

mientras que él dormiría donde Tyler. A Nayra no le gustó demasiado esa decisión. Le habría encantado que, como dos días atrás en su casa, hubieran compartido sábanas. Pero fue incapaz de abrir la boca para conseguir lo que más deseaba.

Se quedó en la puerta hasta que vio como Dan entraba en el cuarto de Tyler con Toothless a su espalda. Cuando el animal traspasó el umbral, el chico cerró para que no volviera a salir.

Y así fue como Nayra sintió celos de un gato.

Se metió en la cama y durante tres horas, no dejó de dar vueltas. Le estaba siendo imposible dormir, aunque no sabía si por sentirse sola o porque tenía miedo de volver a tener pesadillas. Era lo único que invadía su mente cuando cerraba los ojos y prefería no dormir a soñar con horribles imágenes sobre Wendy. Las sábanas que hasta hace unas horas cubrían el colchón estaban arremolinadas alrededor de sus piernas. Molesta, Nayra terminó por tirarlas al suelo.

Finalmente, y cansada de ser incapaz de coger el sueño, se levantó y, tras echarse una fina manta por los hombros, salió de la casa para sentarse en las escaleras de la entrada. Las farolas del paseo estaban todas fundidas. La zona estaba tan marginada que ni el Ayuntamiento mandaba operarios para cambiar las bombillas fundidas, aunque ella lo agradeció. Así las luces blancas no impedían que pudiera contemplar las millones de estrellas del firmamento. Además, esa noche no había luna.

Se apoyó en el poste de madera de la barandilla de la escalera y se arropó más con la manta. El poco viento de la tormenta que aún no había desaparecido azotaba su cuerpo. Su brisa fría hizo que la piel de sus brazos y piernas desnudas se estremeciera. Apretó más la manta contra su cuerpo y respiró hondo. Dejó que el aroma salado del mar inundara sus fosas nasales y, por unos minutos, se relajó con el sonido de las salvajes olas impactando contra las rocas o cualquier elemento que se le ponía por delante.

Su mente no dejaba de funcionar. Tenía demasiados pensamientos en la cabeza y en las últimas semanas habían pasado demasiadas cosas en su vida. Perder a su amiga dolía tanto como si le cogieran el corazón y lentamente fueran apretándolo hasta dejarla sin vida. Entonces, si tanto dolía, ¿por qué se sentía en parte aliviada?

Nayra abrió de nuevo los ojos. No podía creerse la sensación de calma que había estado ignorando tras la muerte de Wendy. Se sentía como una jodida insensible, pero era la verdad. En parte, sentía alivio porque se hubiera ido para siempre. Ninguna de las dos volvería a pasarlo mal.

Wendy ya no tendría que soportar las constantes humillaciones de Parker, ya no tendría que ser fuerte por su hijo, ya no tendría que recurrir a malos hábitos para ser feliz por unas horas. Descansaba en paz, todo había acabado.

En cuanto a ella, ya no tenía que preocuparse de dónde se metía cuando desaparecía. No volvería a caer enferma por culpa de sus decisiones. No se preguntaría a cada momento del día si estaba bien o si por su cabeza estaba pasando una mala idea de hacerse daño. En ocasiones, Nayra había ejercido más el papel de madre con ella que de amiga. Wendy le hacía daño. Su relación era tóxica y ella no quería verlo, o más bien, no quería reconocerlo. Se preguntaba por qué había soportado tanto en los años que estuvieron juntas. Aunque la respuesta era fácil. Era egoísta y no quería sentirse sola. No quería perder a otro amigo y, en el fondo, creía que Wendy la comprendía, que no la juzgaba y que su amistad era sincera. Pero ¿qué hay de sincero cuando las mentiras eran las protagonistas de la relación? Además de todas las promesas incumplidas y los celos que Wendy sacaba a relucir cuando ella era amable con otra persona, ya fuera hombre o mujer. Por no hablar de su mala relación con Liam, bueno, si lo pensaba bien... eran tal para cual.

A pesar del daño, de todos los malos momentos, de las discusiones, de las lágrimas y de todo el malestar, iba a echarla mucho de menos. Un trozo de su ser se había ido con ella y nunca lo iba a recuperar. Ahora que todo había acabado, parte del peso que siempre cargaba en sus hombros había desaparecido. Theresa tenía razón, iba a ser feliz cuando todo acabara y, a pesar de haber deseado con toda su alma otro final, debía aceptar el que el destino había decidido y seguir con su vida. Por Wendy y por ella misma. Quizá ahora se sintiera lejos de la felicidad, pero lograría alcanzarla y no solo rozarla con la punta de los dedos.

—¿Nayra? —escuchó la voz de Dan a su espalda—. ¿Qué haces aquí? Son las tres de la madrugada.

Ella simplemente se encogió de hombros mientras él encendía la luz del

porche y se sentaba a su lado.

—No podía dormir. No paro de darle vueltas a la cabeza...

—Te diría que no lo hicieras, pero sería un consejo tan inútil como cuando estás enfermo y te piden que te mejores. No te jode, como si me gustara estar hecho una mierda. —Ambos dejaron escapar una leve risa—. Es inevitable, Nayra. Comerse la cabeza pensando que podías haberlo evitado o que podías haberle demostrado más lo mucho que te importaba... Lo he sentido con mi madre también... y, hoy en día, esas dudas aún persisten dentro de mí.

Nayra asintió y se movió para pegarse a su cuerpo y reposar la cabeza en su hombro. Dan le rodeó la cintura con el brazo para ceñirla más a él. Se quedaron así. Solos. En silencio. Disfrutando de la calma que los envolvían y sintiéndose el uno al otro, sabiendo que, si alguno de ellos cae, el otro estará allí para recogerle. Nayra ya no se sentía sola.

Sacó los brazos de la manta y con uno de ellos rodeó el suyo mientras que alargaba el otro para alcanzar su mano y entrelazar sus dedos.

—Y... tú, ¿por qué no puedes dormir? —preguntó Nayra.

—Ese dichoso gato se piensa que la cama es suya. Lo he bajado varias veces, pero me lanza una mirada asesina antes de volver a subirse. Encima me ha gruñido... Tyler lo tiene muy malcriado. —Dan comenzó a acariciar sus nudillos con el pulgar—. Así que he ido a tu cuarto para ver si querías compañía y me he asustado al no verte..., por cierto, ¿qué narices le has hecho a mis sábanas?

Nayra rio y se separó un poco para perderse en su mirada verde bosque antes de volver a colocarse como estaba.

—Lo siento. Te prometo que mañana estarán en su sitio.

—¡Venga ya, mariposita! Me dan igual las dichosas sábanas. Me has dado un susto de muerte. Pensé que te habías ido.

—Si te soy sincera, me estaba ahogando en esas cuatro paredes y necesitaba salir a intentar ordenar mis pensamientos.

Dan metió la mano que rodeaba su cintura bajo la manta y comenzó a realizar suaves y placenteros círculos en la piel expuesta de su cadera. Nayra expulsó un pequeño gemido y se relajó entre sus brazos.

—¿Lo has conseguido?

—Algo, aunque me siento una mala persona.

—¿Por qué?

—Mi amiga acaba de morir y estoy destrozada, pero también, me siento aliviada porque ya no voy a volver a pasarlo mal por ella. Aunque, ahora mismo, estoy pensando en otra cosa...

—¿Quieres contármelo?

—Sí pero, antes de eso, tengo que preguntarte algo.

—Lo que sea.

—¿Lo decías en serio?

—¿El qué? —preguntó extrañado.

—Lo que me dijiste en mi cuarto. Que cuando eras niño, te enamoraste de mí.

—Cada palabra que te dije ese día es cierta.

Nayra sonrió y se mordió levemente el labio inferior dejando que este se deslizara levemente entre sus dientes. Giró el rostro rozando levemente con su boca la piel de su cuello antes de levantarlo hasta que sus labios quedaron a unos pocos centímetros de los de él.

—Wendy ha muerto —susurró—, mi padre está enfermo, acabo de salir de una relación y... en lo único que pienso ahora mismo es en que me beses, en que me abrases, en que nunca te deje ir y en que tú jamás me dejes marchar a mí.

—Hay cosas que no te puedo prometer pero mientras los dos respiremos y corra sangre por nuestras venas, yo siempre estaré contigo. Te lo cumplo.

Nayra sonrió antes de posar su mano en su mejilla para chocar sus labios con los de él. Su boca era suave y se acoplaba perfectamente a la suya. Al principio, el beso empezó como algo muy inocente y dulce pero, a medida que el tiempo pasaba, ambos comenzaron a intensificarlo. Fue ella quien le separó los labios para poder explorar su interior y grabarse su tacto y su sabor en la memoria. Nayra se sentía viva. Ella sabía que quería eso, pero no sabía cuánto hasta que por fin tuvo su boca sobre la de él. Dan desvió una de sus manos y la enredó en su cabello para pegar más sus labios. Se sintió completamente feliz y perdido, y deseó que ese momento no terminara nunca. Podría estar toda su vida besándola y no cansarse nunca. Ahora no podía evitar alegrarse de que el idiota de Liam se hubiera comportado como un

capullo con ella. No se la merecía y puede que él tampoco, pero pensaba quererla, protegerla y respetarla.

El beso duró varios minutos durante los cuales él la devoró. Primero lentamente, hasta que su ansia y su deseo pudieron con parte de su autocontrol y su beso se volvió algo salvaje. La saboreó y se excitó cuando un gemido escapó de la boca de la joven. Hasta esos ruiditos conseguían volverlo completamente loco. Nayra necesitaba más de él. No quería dejar de besarlo, ni quería que él lo hiciera. Sonrió sobre su boca y se separó ligeramente para coger aire antes de volver a capturar sus labios.

—¡Miau!

Ambos abrieron los ojos antes de separarse y ver a Toothless mirándolos con un gesto que no supieron muy bien cómo interpretar, aunque parecía que los estaba regañando con la mirada. Cuando el gato vio que se detenían, anduvo hasta colocarse en el centro de los dos consiguiendo que se separaran ligeramente. El animal ronroneó y comenzó a frotar su cabeza contra la mano de Dan pidiendo mimos.

—Eres un celoso —Rio Dan rascando el pelaje de su cabeza.

Nayra soltó una leve carcajada y también acarició al gato antes de dejar escapar un largo bostezo. Dan se percató de ello y dejó de darle mimos a Toothless para disgusto del animal y tenderle una mano a Nayra.

—Deberíamos descansar. Ha sido un día largo y de muchas emociones.

—Sí... demasiadas —contestó aceptando su mano para levantarse—. Ah y, por cierto. Yo también creo que me estoy enamorando de ti.

Epílogo

Dos horas después, Nayra se había quedado completamente dormida, pero Dan era incapaz de conciliar el sueño.

Tras su beso en el porche, frente al mar y bajo las estrellas, habían regresado juntos al cuarto del chico después de dejar a Toothless en el de Tyler. La chica no había tardado en relajarse entre sus brazos y había caído rendida nada más tocar las sábanas que habían colocado entre los dos por encima. Estaba agotada, sobre todo, mentalmente. Dan recordaba las pesadillas que tuvo el día que su amiga falleció y le estaba costando quedarse dormido preocupado porque estas volvieran. Desde que volvieron a encontrarse, apenas la había visto relajada y contenta. Siempre había algo por lo que estaba estresada, triste, agobiada o enfadada. Esperaba que ahora que por fin todo había acabado, consiguiera una estabilidad.

Eso era lo que necesitaba Nayra. Estabilidad. Y él no iba a poder ofrecérsela.

Se quedó embobado mirándola y acariciando algunos de sus mechones. Estaba siendo un idiota y un egoísta. Aún no le había contado toda la verdad. El hecho de por qué había vuelto a Hocklast. Quería que su padre pagara por todo lo que les hizo a su madre y a él. Llevaba desde que pisó la ciudad buscando cualquier cosa que utilizar en su contra. Sin embargo, el proceso iba a ser agonizante y lento. No quería meter a Nayra en sus problemas, pero tampoco quería ocultarle cosas. Estaba en un serio dilema.

Antes, le daba completamente igual las consecuencias si al final todo salía mal. Sin embargo, a partir de ese momento, tenía que medir muy bien sus actos.

Nayra había acabado con todo lo que le hacía daño. Ahora era su turno de decir adiós al pasado y empezar a vivir en paz.

Continuará...

Agradecimientos

Esta historia ha pasado por muchas cosas. Es una novela donde reflejo una parte muy personal de mi vida que quería dejar salir y mientras la escribía me sentía diferente. Suena raro, pero tenía una sensación distinta a cuando escribí mis otras novelas.

A la primera persona que quiero dar las gracias es a Lydia de @todolectura13. Por aceptar ser mi lectora cero y por su sinceridad. Gracias a ella, la novela es lo que es. Ha pasado por muchos cambios y siempre sentía que faltaba algo. He tenido muchísimos bloqueos porque no sabía qué era lo que fallaba. Y ella lo averiguó y por fin la novela fue por el buen camino. Así que, gracias, Lydia, por todas las horas que hemos hablado sin parar, por la lluvia de ideas y por emocionarte tanto con Nayra y D. J. Esta historia también es tuya.

Como no, dar las gracias a mis padres y a mi hermano y al resto de mi familia por estar siempre ahí.

A Mari Tiemblo, Alejandra Pérez y a Moruena Estríngana por vuestro incondicional apoyo y por tenderme la mano cuando estoy pasando por mis peores momentos.

Y también quiero dedicar un huequito de estos agradecimientos a algunas cuentas de bookstagram. Porque son importantes para los escritores y, personalmente, aprecio mucho su apoyo, su dedicación a la lectura y la emoción con las que reciben las buenas noticias. Lara de Between Us, Nieves de Aprovecha la Vida Cada Día, Maru de Valkiria Read, Sandra de Liberty Eagle. Y muchas más. ¡Sois geniales! Y hacéis un trabajo increíble con los escritores.

Por último, agradecer a Teresa por darle una oportunidad a esta bilogía y a los lectores que le han dado una oportunidad a esta historia.

¡Gracias por todo!